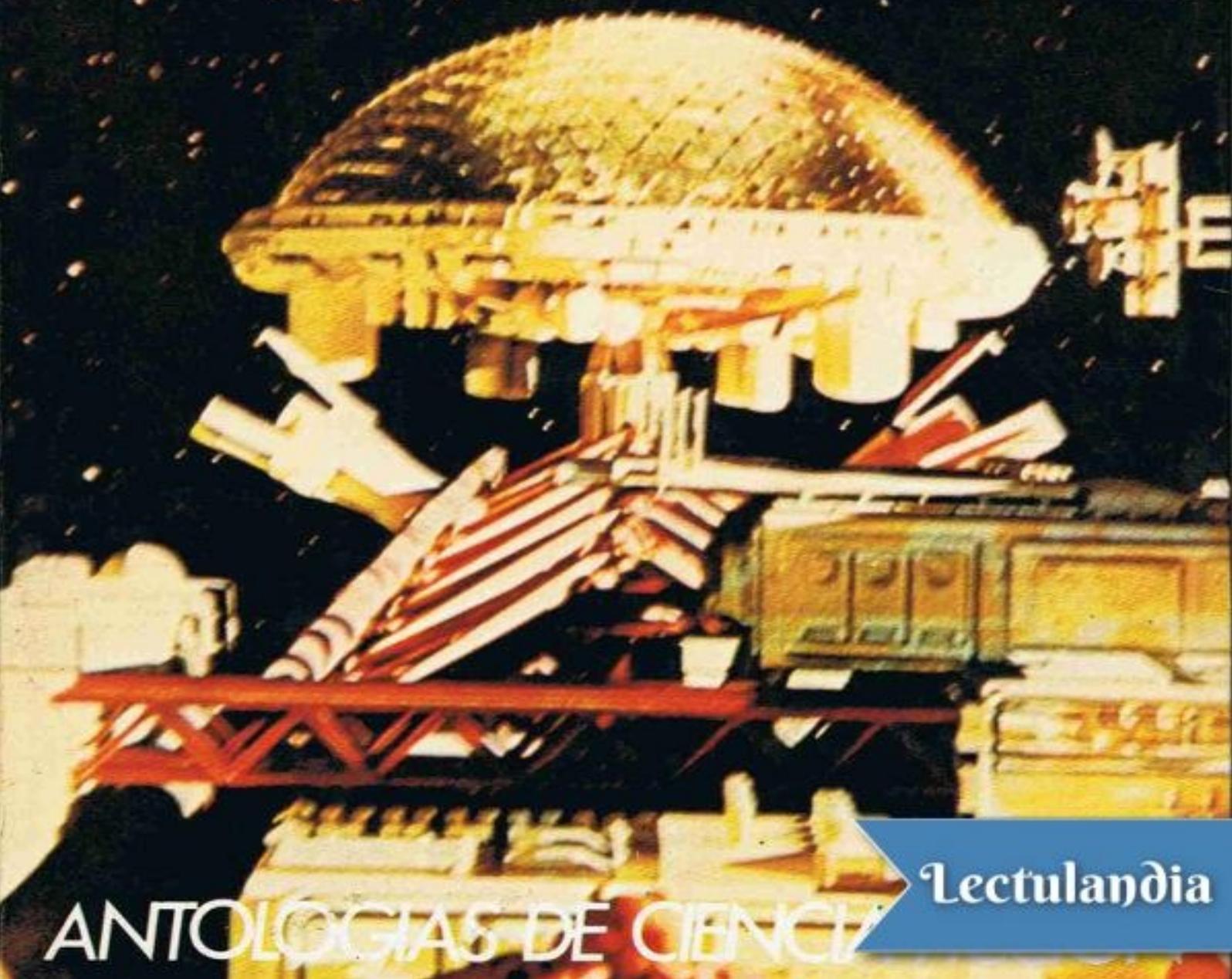


VAN VOGT / POHL / FARMER / SILVERBERG Y OTROS

LA MEJOR CIENCIA FICCION



ANTOLOGIAS DE CIENCIA

Lectulandia

Una antología que contiene:

¿Un planeta donde la vida es inmortal? ¿Cuáles son las consecuencias de esta situación? ¿Un sueño hecho realidad o la auténtica pesadilla de la superpoblación?

El supernegocio turístico a escala interplanetaria con todos los alicientes de civilizaciones desconocidas, mundos maravillosos y peligrosísimos monstruos de planetas terroríficos.

¿Qué haría Vd. si, de pronto, recibe un periódico del porvenir? ¿Jugaría a la bolsa con seguridad? ¿Apostaría a los caballos? ¿O quizás tomaría otras precauciones ante un porvenir que se le presentaba como cierto?

Un loco disemina en la atmósfera un virus de la esterilidad y la impotencia en nuestra hipersexualizada civilización. La frustración de las parejas, los problemas de la superpoblación, la impotencia de las autoridades ante un mundo atroz.

Y otras fantásticas historias cortas de la mejor ciencia ficción moderna.

Lectulandia

AA. VV.

La mejor ciencia ficción

ePub r1.0

Titivillus 24.03.15

Título original: *Best Science Fiction for 1973*

AA. VV., 1973

Recopilación de Forrest J. Ackerman

Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Contenido

Introducción a cargo de Forrest J. Ackerman

Una cosa bella (A Thing of Beauty, 1973), Norman Spinrad

Lo que supimos por el periódico de esta mañana (What We Learned from This Morning's Newspaper, 1972), Robert Silverberg

Setenta años de decpob (Seventy Years of Decpop, 1972), Philip José Farmer

La forma de la ciencia ficción por venir (The Shape of Science Fiction to Come, 1972), Frederick Pohl (Ensayo)

Integrarse (Getting Together, 1972), Milton A. Rothman

El cuento de ciencia ficción más corto que se ha escrito nunca (The Shortest S-F Story Ever Told, 1973), Forrest J. Ackerman

Para cuando llegue a Fénix (By the Time I Get to Phoenix, 1972), Thomas N. Scortia

Para siempre amén (Forever and Amen, 1972), Robert Bloch

Ersatz eterno (Ersatz Eternal, 1972), A. E. van Vogt

Los mercaderes de Venus (The Merchants of Venus, 1972), Frederick Pohl

Epílogo de Forrest J. Ackerman

INTRODUCCIÓN

Uno tendría que ser un masoquista para haber leído toda la palabrería publicada el año pasado bajo la denominación de ciencia ficción. Fragmentos de sueños febriles, textos que se suben a la cabeza, pero en el sentido de los alucinógenos.

Un masoquista, o un recopilador. Y no me gusta sufrir, pero prácticamente me dio conjuntivitis el maratón óptico que fue la lectura de los millones de palabras de CF publicadas el año pasado, de modo que debo ser un recopilador.

Y bastante enojado, por cierto. Usted también, lo sospecho, se habría irritado en mi lugar.

Porque a las Tres Leyes Robóticas de Asimov, y a la Ley de Temponáutica de Niven, y a la Ley del Tratamiento Schlock de Sturgeon, según la cual «el noventa por ciento de todo es burdo», deberíamos agregar ahora el Descubrimiento de Ackerman: «actualmente, una cantidad inusitada de ciencia ficción NO es ciencia ficción».

El Rey Desnudo está caminando entre nosotros (esto es espléndido para *las* sexistas, pero no vendría mal una imagen igualmente epidérmica —una Reina Desnuda— para los varones malévolos); y mientras se pasea desnudo hay muchos que elogian sus ricas vestiduras y prácticamente nadie se atreve a decir «ese hombre no usa ropas». Yo voy a correr el riesgo de perder mi reputación de sastre de palabras.

Edgar Allan Poe se retorcería en su Caja Oblonga si hubiese visto, como yo, un anuncio en la sección cinematográfica del *Los Ángeles Times*. Decía:

El último acontecimiento de la Ciencia Ficción: EL GUSANO CONQUISTADOR

Ahora bien, el «gusano conquistador» original no era una fantasía, ni siquiera un cuento: era un poema alegórico. Su título habría sido apropiado para una película sádica llena de sangre y torturas en que Vincent Price fuera el siniestro cazador de brujas de la vecindad. ¡Y este producto final se le ofrecía al público como *ciencia ficción!* ¡Los bárbaros están entre nosotros! O quizá, los oportunistas.

Se le dan al público como CF muchas cosas que no son ciencia ficción. En los albores de las revistas sensacionalistas, cuando se le ofrecían a la gente títulos como *Amazing, Astounding, Thrilling, Wonder, Startling, Planet, Galaxy, Imagination, Other Worlds, If, Future Fiction, Science Fiction, SuperScience, Astonishing*^[1] y otras revistas, no había ninguna duda sobre los temas de que trataban: invenciones, catástrofes mundiales, aventuras interplanetarias o interestelares, viajes en el tiempo

hacia el pasado prehistórico de los dinosaurios, navegaciones en el Barco de lo Que Vendrá a épocas y climas sociales futuros. De esto estaba hecha la ciencia ficción en el principio, éste era el paradigma del cuento de imaginación, especulación o extrapolación orientada hacia lo científico.

Hoy como ayer tenemos al menos una veintena de revistas populares capaces de atraer el gusto de los aficionados; pero títulos como *Comet, Marvel, Miracle, Space, Vortex, Nebula, Fantastic Universe*, ya no son un índice confiable de sus contenidos.

Ha llegado la hora de anunciar con franqueza los títulos correctos:

Ciencia Ficción *Conformista*.

Ciencia Ficción *Mimética*.

Ciencia Ficción *de Revistita*.

Ciencia Ficción *de Curso Universitario*.

Ciencia Ficción *Surrealista*.

Ciencia Ficción *Que No Lo Es*.

Ciencia Ficción *Insensata*.

Y este año he visto que un editor está publicando una serie de traducciones de ciencia ficción de Rusia y Polonia que presenta con la denominación de «metaficción».

Cumpliendo mi obligación de antologista que debe seleccionar Lo Mejor, he leído volúmenes enteros de Ciencia Ficción *Aburrida* y (he omitido una categoría en la lista precedente) de *Así Llamada* Ciencia Ficción. Y creo de verdad que ha llegado — hace rato — el momento de dejar de abusar de la venerable expresión Ciencia Ficción, acuñada en 1929 por Hugo Gernsback.

Si hay un mercado para las historias surrealistas sin un ápice de contenido ciencia ficticio, pues ciertamente los amantes del surrealismo tienen derecho a él.

Si lo hay para obras miméticas, caprichosas, de brujas y espadas y/o de *nouvelle vague* está muy bien. Pero, por favor, identifíquenlas de alguna manera para que yo, que soy un buscador de ciencia ficción, me ahorre el poco rentable trabajo de empezar por buscar qué es ciencia ficción en tan desorientadoras fuentes.

Muchas de las narraciones que leí eran realmente muy buenas, sólo que habría sido mejor denominarlas con una palabra habitual en los tiempos de las revistas *Munsey: diferentes*. O *extrañas*, como se decía a veces en las páginas de *Argosy* o de *All Story*.

Demasiada paja para tan poco grano: desalentadora experiencia para alguien que podría ser envidiado, si algún lector suspirara: «Ah, ¡si a mí me pagaran por leer toda la ciencia ficción publicada en un solo año!»

Desearía que una cosa fuese absolutamente nixónica (perfectamente clara) en esta Introducción, que también podría subtitularse «Conozca al antologista»: no tengo el menor prejuicio contra la extensión. Por supuesto, no adhiero a la escuela de un crítico para quien ninguna historia por debajo de las diez mil palabras podía ser tomada en consideración por falta de espacio para desarrollar los personajes, la trama,

etc. (Salta en mi mente, como saltamontes de Ganímedes, clásicos brevísimos como «Nacido de hombre y mujer», «Sin un estampido», «Amor» de Richard Wilson, «El arma» de Fred Brown, «Para servir al hombre», y muchos otros.) Y tampoco apruebo el punto de vista (que por suerte no ha hecho escuela) de un antologista a quien le oí decir, con orgullo, que había utilizado deliberadamente dos cuentos que no eran del género, antes que publicar dos narraciones de calidad inferior, un año que le parecía menos rico que otros. Esa misma especie de pensamiento paralógico llevó a un editor de revistas de principios de la década del 50 a la sorprendente conclusión que en sus páginas podía publicar *cualquier* clase de narración siempre que fuera de superior calidad. Este criterio es injusto para los cultores del género, y pueden estar seguros de que Aquí No Va A Pasar. Si hacemos una extrapolación a partir de esa falta de lógica podemos predecir Una Peligrosa Visión, ese tenebroso día en que uno tome un libro llamado *La última antología de ciencia ficción* y lea en la Introducción:

«Como el año pasado, en opinión de este recopilador, no ha habido cuentos de ciencia ficción de buena calidad, me veo obligado a presentarles una excelente combinación de ficciones mundanas aunque Martha Foley se muera de rabia:

»*El botellón maltés*, por Erle Stanley Arpège (Misterio).

»*Lo que el vidente se llevó*, por Mary Houdini (Magia).

»*Ambulancia*, por Anne Interne (Amor en un hospital).

»*La batalla del Mediterráneo*, por Lotta Pollution (Ecología).

»*Lumbres borrascosas*, por Donna Wollheim (Gótico).

»*La monja mecánica*, por Sal Vidor Dalí (Surrealista).

»*La Tercera Guerra Mundial* (Superbreve).»

Jack Williamson, uno de los grandes de la vieja guardia de la ciencia ficción, al enterarse de que me habían designado para hacer esta antología, observó: «Como ya tienes varios volúmenes de “la mejor” ciencia ficción que te hacen la competencia, éste va a ser un verdadero desafío. Espero que esta colección —y estoy seguro de ello— no sea ni demasiado fanática ni demasiado erudita, y que represente la corriente vital de la ciencia ficción como una forma literaria propia de nuestra era tecnológica.»

Yo también lo espero, sinceramente.

Y aunque esto no tiene precedentes en el campo de los libros de bolsillo, invito a todos los lectores a que me digan en qué medida he tenido éxito.

Pueden escribirme a 915 So. Sherbourne Dr., Los Ángeles/CA 90035, y cuando lo hagan, aunque sea una postal, por favor anoten en orden de preferencia los tres cuentos que más les hayan gustado. Los votos serán importantes para los autores porque el 1.º de enero el autor del cuento más votado recibirá un regalo de 75 dólares, aparte de sus derechos, el segundo uno de 50 y el tercero de 25, para que empiecen bien el año. Al mismo tiempo, cuando escriban, díganme si encuentran que

alguna de las historias no debería estar incluida entre las mejores del año.

Hay un cuento que quise incluir y no pude —«Caliban», por Silverberg— porque ya lo había elegido otro recopilador. Y de haber contado con más espacio, habría querido ofrecer: «Piedra de toque», de Dean McLaughlin (*Infinity Three*); «Microcosmos», de Robert P. Holdstockm, de *New Writings in SF-20*, y «A la muerte de Venecia», de Roger Ebert, de *Amazing*. Los recomiendo de todo corazón.

Lamento también no haberme podido poner en contacto a tiempo con el autor de «El cuento de ciencia ficción más corto», para ofrecerle un contrato para la publicación de su relato de tres palabras, de modo que tendrán que leer ese acierto en *Generation*, la antología editada por David Gerrold.

«Una cosa bella», de Norman Spinrad, es una hermosa extrapolación sociológica de un tipo que se inició hace mucho con uno de los primeros cuentos de Asimov en *Astounding*: «Tendencias», de 1939. «Fénix», de Scortia, podría haber nacido de las cenizas de «Brillante ilusión», de C. L. Moore —¡parece imposible que hayan pasado cuarenta años desde que ese clásico apareció en *Astounding*!—, si no fuera porque «Brillante ilusión» sigue brillando. El indiscutido «hombre de ideas» de la ciencia ficción —A. E. van Vogt— está presente con una de sus escasas apariciones actuales, y con casi tantas ideas apretadas en este cuento breve como en una de sus novelas. El maestro de lo macabro, Robert Bloch, practica también una de sus poco frecuentes incursiones en el campo de la ciencia ficción con «Por siempre amén». (Otro cuento breve, «El tren del infierno», ganó el premio Hugo, en 1955.)

Los narradores elegidos en esta antología, desde Frederick Pohl hasta Philip José Farmer o Millón Rothman, han creado cuentos que, a pesar de mi permanente dieta de ciencia ficción de los últimos cuarenta y siete años, me han llamado la atención: por eso los recomiendo a la de los lectores. Y se trata de verdadera ciencia ficción. Ojalá se entretengan con nosotros.

Forrest J. Ackerman.

El jugador de ajedrez de Sexta columna, de Heinlein, ha esperado muchos años para igualar el marcador. Ahora Spinrad le da a un inescrutable oriental la oportunidad de burlarse de un hombre del Oeste, que no es puramente un occidental.

Si tiene usted bastantes años, o si igualmente conoce las grandes novelas de John Taine, quizá imagine el final de este relato si se le dice que recuerda a ese maestro en su obra más característica, especialmente en su habilidad para crear personajes de carne y hueso que interactúan. El profesor Bell (Taine era un seudónimo) era un artista consumado para crear personajes creíbles envueltos en sorprendentes peripecias.

El crítico Tony Lewis escribió en Locus —el periódico bisemanal de ciencia ficción—, hablando de este relato: «La mejor narración del número de Analog es la de Norman Spinrad. No es la clase de cuento que uno esperaría de Spinrad, pero es un deleite leerlo y, aunque parte de su impacto deriva de la sorpresa, no se gasta cuando se lo relea.»

Hace algunas temporadas, Spinrad ganó el Premio al Chico Malo del Año (no es oficial ni, en realidad, existe) por su discutida novela Bug Jack Barron, una cosa fea. Pero ahora merece aprobación y un aplauso anticipado por

UNA COSA BELLA

Por Norman Spinrad

—Viene a verle un señor llamado Shiburo Ito —dijo mi intercomunicador—. Le interesa adquirir un objeto histórico de cierta significación.

Mientras esperaba a que entrara en mi despacho privado, hice que la computadora central me informara sobre sus antecedentes en la pantalla de televisión discretamente ubicada en la parte posterior de mi escritorio. Mi señor Ito era Ito de Cohetes Cargueros Ito, de Osaka; no era necesario adquirir el informe bancario privado de Dun & Bradstreet. Si Shiburo Ito, de Cohetes Cargueros Ito, firmaba un talón por alguna suma inferior a la deuda nacional, era seguro que no sería devuelto por falta de fondos.

El hombre suave, algo calvo, que se deslizó a mi despacho, usaba un kimono de seda roja con un obi negro ricamente bordado: tenía todo el aspecto de una labor de aguja de Mendocino. Sin duda que en el fétido *smog* de Osaka se rozaba con las últimas pieles de Saville Row. Todo en él era *así*: se movía cómodamente por el filo de la navaja entre la clase y la ostentación, con una gracia que solamente tienen los japoneses, y eso cuando tienen el respaldo de millones de yens. El señor Ito no debía de ser ningún tonto. Querría lo que quisiera por concretas razones personales y no sería posible desplazarlo del centro de sus deseos: un típico hombre de negocios japonés de peso pesado, ejemplo de la especie que nos había sacado del centro de la arena internacional.

El señor Ito se inclinó casi imperceptiblemente mientras me tendía su tarjeta. Yo también incliné un poco la cabeza, y me quedé sentado. Estos juegos de expresiones y posturas pueden parecer ridículos, pero no es posible hacer negocios con japoneses de otra manera.

Mientras se sentaba, Ito extrajo un cilindro negro de la manga de su kimono y lo depositó ceremoniosamente sobre el escritorio.

—Me han dado a entender que es usted un *connaisseur* de pósters de Fillmore de la primera mitad de la década de 1960, Mr. Harris —dijo—. La fama de su colección ha llegado hasta los alrededores de Osaka y Kyoto, donde resido. Permítame hacer un pequeño agregado. La idea de una contribución personal a un conjunto tan ilustre me proporcionará gran placer y me pondrá por siempre en deuda con usted.

Me temblaban las manos mientras lo desenvolvía. Con semejantes recursos financieros, el cortés regalo de Ito no sería sin duda decepcionante. Mi padre solía jactarse de las cuentas de gastos de los viejos días en que los comerciantes

americanos imperaban, pero había que reconocer que los márgenes de beneficio al estilo japonés eran sumamente recomendables.

Cuando abrí el envoltorio, tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no perder puntos con un silbido. Porque lo que tenía en la mano era nada menos que un ejemplar de troquel del primer póster de Los Muertos Agradecidos en sutiles negros y grises: un objeto rarísimo que no se podría haber comprado con ninguna cantidad de mero poder adquisitivo. No me atreví a preguntar cómo el señor Ito lo había conseguido. Simplemente compartimos un largo momento de silencio contemplando el póster, cuya belleza e historicidad trascendían de los motivos, por cuestionables que fueran.

¿Cómo podía no gustarme el señor Ito? ¿Quién puede afirmar que los japoneses habían llegado a ocupar su posición internacional solamente por su poder económico?

—Espero tener la oportunidad de complacer su sensibilidad como ha satisfecho usted la mía, señor Ito —dije finalmente.

Ésta era la forma correcta de decirlo: no se podía agradecer un regalo como ése, y había que ir oblicuamente al grano.

Ito se mostró bruscamente confuso, y hasta furtivo.

—Perdóneme mi franqueza, Mr. Harris, pero tengo la esperanza de que pueda ayudarme a resolver un asunto doméstico bastante delicado.

—¿Un asunto doméstico?

—Así es. Comprendo que se trata de una embarazosa intrusión; pero usted es evidentemente un hombre refinado y discreto... Si me permite usted que sea muy directo...

Toda su compostura se había evaporado, como si estuviese por pedirme que le hiciera un arreglo relacionado con alguna desagradable perversión. Yo tenía la sensación de que un *quantum* de poder había saltado bruscamente hacia mí, y era inminente una gran oportunidad financiera.

—Se lo ruego, señor Ito.

Ito sonrió nerviosamente.

—Mi esposa procede de una familia de gran tradición artística —dijo—. Tanto su padre como su madre han alcanzado el altísimo *status* de Tesoros de la Cultura Nacional, distinción que jamás se cansan de recordarme. Si bien he alcanzado cierta medida de éxito financiero en el campo de los cohetes cargueros, me consideran un *nikulturi*, un simple comerciante, carente del refinamiento estético que ellos poseen. ¿Comprende usted la situación, Mr. Harris?

Asentí con la mayor simpatía posible. ¡Ciertamente, los japoneses tienen genio para hacerse la vida difícil! He aquí un industrial japonés de primera categoría que adoptaba una posición inferior ante la sola idea de sus parientes políticos, a quienes probablemente podía comprar o vender con su caja chica. Y al mismo tiempo, estaba decidido a sobornar a esos hijos de puta de una forma que solamente puede tener sentido para un japonés... Me parece que los japoneses gobiernan mejor el mundo

que sus propias vidas.

—Mr. Harris, deseo comprar un objeto para los jardines de mi propiedad de Kyoto. Debe ser de suficiente magnitud como para recordar a los padres de mi mujer mi éxito en el reino de lo material cada vez que lo vean, y yo lo ubicaré de tal forma que lo vean siempre. Y desde luego, ha de poseer suficiente belleza e historicidad para probar que mi gusto no es menos elevado que el suyo. Así conquistaré su respeto y restableceré la tranquilidad de mi hogar. Me han dicho que es usted un excelente consejero en estos asuntos, y estoy dispuesto a examinar los objetos que usted crea convenientes.

¡Así que era eso! Quería comprar algo bastante grande para asombrar a sus parientes artísticos, pero no confiaba en su buen gusto y quería que yo le mostrara algo que él quisiera ver. Y nadaba como un pez dorado en un mar de yens. Apenas podía creer en mi buena suerte. ¿Cuánto querría gastar?

—¿Un objeto de qué dimensiones, señor Ito? —pregunté, lo más casualmente que pude.

—Deseo adquirir una pieza mayor de arquitectura monumental americana para que mis jardines sean un altar a su belleza y su historicidad. Por lo tanto debe tratarse de un objeto de proporciones clásicas, y además... digno de ponerse en un altar, para no desmerecer.

—Por supuesto.

Es decir, que ésta no sería otra venta de una gasolinera o un Howard Johnson; incluso algo como un viejo Hilton, o como El Salón de la Fama del Béisbol que desenterré en Cooperstown el año pasado, parecían demasiado chicos. A su modo, Ito me estaba diciendo que el precio no importaba, que sólo el cielo era el límite. Un tonto con una cuenta bancaria sin fondo se ponía confiadamente en mis tiernas manos.

—Si quiere usted, señor Ito —dije—, podríamos ver inmediatamente varias posibilidades aquí en Nueva York. Tengo mi helicóptero en el tejado.

—Le agradezco que interrumpa sus numerosas ocupaciones en mi honor. Iré complacido.

Despegué del techo y elevé el helicóptero a una altura de trescientos metros, y luego di un salto a Mach 1.5 hacia el Sur, por encima de la ruinosa jungla de concreto del extremo de Manhattan. La parábola nos dejó flotando a un kilómetro y medio al norte de la isla de Bedloe. Descendí hasta cien metros y derivamos suavemente hacia la Estatua de la Libertad, perdiendo altura imperceptiblemente mientras nos acercábamos a la Señora Descabezada, de modo que cuando llegamos a la costa, ya estábamos a su altura: era un toque delicado mostrar la mercancía en toda su gloria, manipular las perspectivas para que la gran estatua sin cabeza, cubierta por la pátina de hollín de la bomba incendiaria, pareciera emerger de la bahía como un coloso mutilado mientras flotábamos hacia ella.

El señor Ito no mostró señales de emoción. Miraba hacia el frente de nuestra

burbuja sin una palabra y ni siquiera una fugaz expresión.

—Como usted sabe, ésta es la famosa Estatua de la Libertad —dije—, y como la mayoría de estos monumentos, puede traspasarse a cualquier comprador que la exhiba decorosamente. Y yo no tendría la menor dificultad en convencer al Departamento de Antigüedades Nacionales de que sus intenciones son ejemplares a ese respecto.

Dejé que el mando automático describiera un giro alrededor de la isla, a unos cincuenta metros de la costa, para que Ito pudiera ver la estatua desde todos los ángulos, y lo adecuada que era para su altar. Pero su rostro era más inexpresivo que el de un servidor de grado C.

—No se ha tocado desde que los insurreccionistas le volaron la cabeza —dije, tratando de excitar un poco su interés—. De este modo, la estatua ha adquirido todavía otro nivel de significación histórica, que acrecienta su carácter venerable. Regalada originariamente por Francia, tiene valor histórico como emblema de la relación entre las revoluciones francesa y americana. Situada en la boca del puerto de Nueva York, fue un símbolo de América misma para generaciones de inmigrantes. Y el daño causado por los insurreccionistas sólo sirve para recordar cuán ligera y afortunadamente superamos ese instante de confusión. Y le agrega cierta atmósfera melancólica, ¿no cree usted? Emoción, belleza intrínseca e historicidad combinadas en una elegante pieza de estatuaria monumental. Y el precio es menos alto de lo que se podría suponer.

El señor Ito parecía algo confuso.

—Espero que me excuse usted, Mr. Harris, ya que mi sentimiento nace de un profundo respeto por el noble pasado de su gran nación; pero este objeto me resulta un poco deprimente.

—¿Por qué, señor Ito?

El helicóptero había terminado toda una vuelta e iniciaba otra mientras Ito bajaba la vista y contemplaba las aguas manchadas de petróleo de la bahía.

—Me entristece el simbolismo de esta estatua rota, que representa la declinación de la pasada grandeza de su nación. Yo sentiría que ubicarla en Kyoto sería un acto innoble, un insulto a la memoria de la grandeza de su país, una afirmación de insoportable orgullo.

¿Quién le podía ganar? Él estaba ofendido porque sentía que si mostraba la estatua en Japón estaría insultando a los Estados Unidos, y por lo tanto, yo le había acusado implícitamente de *nikulturi* al ofrecérsela. Todo lo que la maldita cosa podía significar para un americano era una ruina más de los días gloriosos, y algo que un japonés fanático por las ruinas pagaría por el dudoso privilegio de llevarse. Estos nipones podían volverlo a uno loco. ¿Quién podía ofenderse por una cosa así? Yo le había sugerido algo que yo consideraba una buena compra, y él pensaba que hacerla era un insulto para mí.

—Espero no haberle ofendido, señor Ito —le dije, y casi me mordí la lengua,

porque era exactamente lo que no le debía decir.

La frase era una nueva ofensa, porque le ponía en la posición de tener que negarlo por cortesía.

—Estoy seguro de que nada estaba más lejos de su voluntad, Mr. Harris —respondió Ito con convincente sinceridad—. Ha sido solamente un momento de tristeza por lo contingente que es la grandeza; y de hecho podría decirse que ha sido una experiencia saludable para el alma. Pero hacer que un objeto semejante fuera parte permanente de mi casa sería más de lo que puedo soportar.

¿Eran sus sentimientos reales o sólo cortesía japonesa? ¿Quién podía saber lo que esta gente sentía en el fondo? A veces pienso que ni siquiera ellos mismos lo saben. Pero de cualquier modo, necesitaba mostrarle —y rápido— algo que cambiara su estado de ánimo. Hmmm...

—¿Le gusta el béisbol, señor Ito?

Se le encendieron los ojos como faros y su expresión de circunstancias se evaporó en una cálida y casi infantil sonrisa.

—Ah, sí —dijo—. Tengo una butaca permanente en el Estadio de Osaka, aunque debo confesar que conservo una secreta preferencia por el equipo de los *Giants*. Es extraño que un juego tan profundo haya declinado tanto en su país de origen.

—Quizá. Pero eso mismo ha puesto en el mercado algo que quizá le interese. ¿Vamos?

—Cuando usted quiera —dijo el señor Ito—. Este ambiente se me hace doloroso.

Llevé el helicóptero a doscientos metros y programé un salto a Mach 2.5 hacia el Norte. Y en el acto dejó atrás la gran chatarra de cobre sucio. Es asombrosa la cantidad de emoción que despierta en los japoneses casi cualquier pieza de chatarra. *Nuestra* chatarra, como si en el Japón no tuvieran bastante de la propia. Pero no soy yo quien debe quejarse de esto, que me permite ganarme cómodamente la vida. Todo el mundo sabe el dicho sobre el tonto y su dinero.

La trayectoria del helicóptero nos dejó flotando sobre la confluencia de los ríos Este y Harlem, a trescientos metros. Sin perder altura, avancé hacia el Bronx a quinientos kilómetros por hora. Toda esta zona estaba cubierta de viviendas antes de la Insurrección y había sido arrasada por los explosivos, las bombas incendiarias y el napalm. Nadie había logrado encontrar una razón que justificara económicamente la limpieza del vasto sector, y ahora la tierra quemada y los restos de edificación estaban cubiertos de altos pastos, enmarañadas enredaderas y algunos macizos de árboles dispersos que en una o dos generaciones más constituirían una selva. Estas tierras eran totalmente inútiles por su topografía despareja, y nadie vivía allí excepto algunos patéticos sobrevivientes de las viejas tribus *hippies* que a nadie molestaban y no valía la pena cazar. Sus cabañas y sus tiendas multicolores eran la única señal de vida humana en la región. Era realmente un territorio deprimente, y llevé al señor Ito muy rápido y a bastante altura.

Dos minutos más tarde tenía el aparato suspendido a ciento cincuenta metros

sobre nuestro objetivo, la única estructura verdaderamente intacta de los alrededores. La pétrea cara del señor Ito se iluminó con un placer tan juvenil que me sentí triunfar. Yo sabía que no podía resistir esto.

—¡Ahí está! —gritó encantado—. ¡El Yankee Stadium!

El antiguo estadio había salido de la Insurrección sin otros daños que cierto ennegrecimiento atmosférico y los cráteres de algunos impactos en sus paredes exteriores. En torno todo se veía demolido, excepto una parte de la vieja línea del elevado que aún se mantenía en pie. Era un delicado esqueleto de rojizo metal herrumbrado cubierto de musgo y de hiedra. Las ruinas vecinas eran inmensas pilas de trozos de edificios, escombros y viejos tanques enmohecidos, que formaban colinas cubiertas de frondosa vegetación alrededor del estadio. Éste, cubierto también de enredaderas, se fundía parcialmente en el bravío paisaje.

El Departamento de Antigüedades Nacionales había rodeado el estadio de una alta cerca electrificada de alambre de púas para desalentar a los *hippies* que pululaban en la zona. Un guardia solitario, armado con un rebanador japonés, patrullaba la cerca a cinco metros de altura, en círculos infinitos, en un aparato para una sola persona. Descendí hasta quince metros y di cinco vueltas sobre el estadio, para que el fascinado Ito pudiera imaginar largamente lo bonito que quedaría en el centro de sus jardines en lugar de estar aquí, escondido entre las ruinas. El guardia nos saludaba cada vez que nos encontrábamos: debía ser bastante aburrido pasarse el día allí, sin otra compañía que la chatarra y los *hippies* vagabundos.

—¿Podríamos entrar? —dijo Ito en tono absolutamente reverente.

¡Estaba entusiasmado! Parecía un chico a punto de heredar una tienda de golosinas.

—Ciertamente, Sr. Ito —dije, llevando levemente el helicóptero por encima de las tribunas, a la altura del techo, sobre lo que había sido el centro del campo de juego, hoy cubierto de arbustos y matorrales. Era como descender en una inmensa catedral descubierta. Mientras bajábamos, nos rodeaban con su extraña grandiosidad las tribunas de tres plantas cuyas butacas de madera podrida estaban cubiertas de musgo y de hongos, y habitadas por bandadas de pájaros rumorosos.

Cuando tocamos el suelo, Ito parecía flotar en su asiento de pura felicidad.

—Qué hermoso —suspiró—. Es algo tan histórico y venerable. ¡Ah, Mr. Harris!, ¡cuántas nobles acciones ocurrieron en este Yankee Stadium en los días que se fueron! ¿Podemos descender?

—Naturalmente, señor Ito.

Magnífico: yo no debía decir una sola palabra. Él se estaba vendiendo a sí mismo ese enmohecido e inútil desecho con insuperable habilidad.

Bajamos de la cabina y nos abrimos paso a través de las altas hierbas mientras las palomas revoloteaban sobre nuestras cabezas; por su mera inmensidad, el lugar causaba la ilusión de un significado casi místico, como si se tratara de una ruina griega, o de un Stonehenge, y no de un viejo estadio de béisbol. Las tribunas parecían

atestadas de fantasmas, y el eco de grandes acontecimientos que jamás ocurrieron llenaban los amplios, sombreados, cavernosos espacios.

El señor Ito, como descubrí, sabía más que yo del Yankee Stadium. Me condujo a paso medurado y reverente, dándome espantosamente la lata con una especie de *grand tour* de recuerdos.

—Aquí Al Gionfrido conquistó su famosa Serie Mundial, al lograr el *catch* de un posible *home run* del gran Di Maggio —dijo, mientras llegábamos a la alta pared negra que rodeaba los *bleachers*.

Había una cifra borrosa, 405. Seguimos la pared hasta que encontramos el 467, a la izquierda. Había tres pilares de piedra que sobresalían del campo de juego como tumbas, y cinco placas de cobre, tan verdes y corroídas que no era posible leerlas. En los viejos días seguramente se tomaban estas cosas en serio, como hacen ahora los japoneses.

—Memoriales de los grandes héroes de los Yankees de Nueva York —dijo Ito—. El legendario Ruth, Gehrig, Di Maggio, Mantle... En este mismo lugar Mickey Mantle metió una pelota en los *bleachers*, hazaña que durante casi medio siglo se había considerado imposible. ¡Ah...!

Y así sucesivamente. Ito recorrió íntegramente los densos matorrales del campo de juego y encontró alguna tontería que para él tenía vasta significación en casi cada metro cuadrado del Yankee Stadium. En este punto, Babe Ruth consiguió su sexto *home run*; aquí Roger Maris superó ese récord; allí Mantle estuvo a punto de enviar una pelota por encima del alto techo del estadio. Era asombrosa la cantidad de trivialidades que sabía, y la importancia que tenían a sus ojos. La visita parecía interminable. Yo me habría muerto de aburrimiento si no hubiera sido obvio que estaba decidido a quedárselo. Mientras Ito proseguía su romance con el Yankee Stadium, yo me entretenía contando mentalmente yens. Me imaginé que podría cobrarle unos diez millones, o sea que mi comisión sería de un millón limpio. Pensar en esa cifra a punto de caer en mis manos fue suficiente para mantenerme sonriente durante las dos horas que Ito se pasó parloteando de *home runs* y de juegos triples.

Era ya la media tarde cuando se sintió saturado y me permitió que le llevara de vuelta al helicóptero. Sentía que era hora de hablar de negocios, precisamente ahora que estaba hechizado por el estadio y que sus resistencias debían estar bajas.

—Me ha alegrado profundamente observar la profundidad de sus sentimientos por este hermoso y venerable estadio, señor Ito —dije—. Estoy listo para facilitar la rápida transferencia del título cuando usted disponga.

Ito se sobresaltó, como si le hubiese despertado de un sueño agradable. Bajó los ojos y se inclinó casi imperceptiblemente.

—Ay —dijo—, aunque me agradaría hasta más allá de lo razonable poner el noble Yankee Stadium en el centro de mis jardines, ese gesto de indulgencia conmigo mismo sólo exacerbaría mis dificultades personales. Los padres de mi esposa consideran injustamente que el noble deporte del béisbol es simplemente un juego

bárbaro importado de América. Infortunadamente, mi esposa comparte esta opinión y con frecuencia se burla de mi entusiasmo al respecto. Si adquiriera el Yankee Stadium sería el hazmerreír de mi familia y mi vida se tornaría insoportable.

¿Qué les parece? ¡El hijo de puta me había tenido dos horas dando vueltas por ese basurero diciendo pavadas y volviéndome loco, y sabía desde el principio que no lo iba a comprar! Ganas no me faltaban de hacerle tragar los dientes de un golpe, pero pensé en todos esos yens que todavía tenía la posibilidad de ganar y logré dar la respuesta justa: una sonrisa de tristeza y simpatía, un suspiro de dolor compartido, un murmurado «ay».

—Sin embargo —dijo Ito alegremente— el recuerdo de esta visita será siempre un tesoro para mí. Estoy profundamente en deuda con usted por haberme proporcionado esta experiencia, Mr. Harris. Sólo por ella mi viaje desde Kyoto queda justificado con creces.

Ahora sí que me había ganado el día.

Yo estaba pasando un momento verdaderamente difícil y a punto de perder el negocio más importante que se me había ofrecido nunca. Le había mostrado a Ito las dos cosas mejores que tenía en mi zona, y si él no encontraba lo que quería en el Noreste, le quedaban muchísimas piezas de primera en el resto del país, como el Arco de San Luis, el Matterhorn de Disneylandia y el Tabernáculo Mormón de Salt Lake City. Y también muchísimos vendedores dispuestos a cobrar una suculenta comisión.

Pensé que sólo me quedaba una posibilidad antes de que Ito decidiera cambiar de aires: el complejo de edificios de las Naciones Unidas, que estaba en una embrollada situación legal. Al irse de Nueva York, la institución retuvo su propiedad de los edificios, pero cuando las Naciones Unidas cerraron, aquéllos fueron reclamados por el Estado de Nueva York, la ciudad de Nueva York y el Gobierno federal, aparte de los demás acreedores extranjeros de la ONU. El Departamento de Antigüedades Nacionales no tenía títulos claros, pero estaba encargado de administrar la propiedad en representación del Gobierno federal. Si yo conseguía encajársela a Ito, el Departamento de Chatarrería Nacional estaría más que contento de coger el talón y dejar que los demás trataran de quitárselo. Y una vez que estuviera en Kyoto, el Gobierno japonés seguramente no devolvería nada que uno de sus súbditos de peso hubiera comprado en moneda dura.

Así que dirigí el rumbo a Match 1.7 hasta un punto a cien metros sobre las grasientas aguas del río Este, cerca del complejo de la ONU y de la Calle 42. A esta hora del día, y vistas desde este ángulo, los edificios de la ONU debían parecer lo que yo esperaba que fuera una especie de romántica postal japonesa. La Secretaría era una gigantesca tumba de cristal dramáticamente recortada por el sol descendente en medio de la perpetua niebla gris sobre Manhattan; a su lado, la suave curva de la Asamblea General otorgaba al grupo un contorno equilibrado y caligráfico. El efecto general parecía similar al de uno de aquellos antiguos Torii japoneses, especie de pórticos, sólo que en mayor escala.

La Insurrección no había tocado las Naciones Unidas. Los rebeldes tenían por ella un apego insano. Y desde el río no se veía el populachero mercado al aire libre que habían autorizado en la plaza ni los dudosos bares a lo largo de la Primera Avenida. Y por suerte, el Departamento de Antigüedades Nacionales se preocupaba mucho de conservar en buen estado los edificios mismos, calculando que la posición del Gobierno federal se debilitaría si alguien podía decir que el Departamento estaba dejando que se cayeran en pedazos.

Floté suavemente sobre el río y me lancé al ataque.

—Al frente están los edificios de las Naciones Unidas, señor Ito, un símbolo melancólico de uno de los más nobles sueños del hombre, ahora vacíos y abandonados, como un monumento al infortunado fracaso de las Naciones Unidas.

Los rayos de sol se reflejaban en el río y luego, en los cientos de ventanas de la Secretaría, brillando intermitentemente mientras hacía girar el helicóptero en torno del edificio. Cuando llegamos al Oeste, toda la fachada era un telón de fuego anaranjado.

—La Secretaría podría recoger en sus jardines el alba y el ocaso, señor Ito —dije—. Se la considera uno de los más hermosos ejemplares del Utilitario del Siglo Veinte en todo el mundo, y puede ver usted que se encuentra en inmejorables condiciones.

Ito no decía nada. Sus ojos no parpadeaban. Los músculos de su cara parecían de madera. El aparato volvió a pasar detrás de la Secretaría, que eclipsó el sol y su gigantesco reflejo, y abajo vimos el elegante techo de concreto gris de la Asamblea General.

—Y desde luego, la significación histórica de las Naciones Unidas es inmensa, a pesar del trágico...

—Perdóneme mi crudeza —interrumpió Ito en voz cortante—, si formulo una opinión política, Mr. Harris, pero creo que mi sinceridad le ahorrará tiempo y esfuerzo, y a mí bastante incomodidad.

Era de pronto Shiburo Ito, de los Cohetes Cargueros Ito, un constructor de la economía de la nación más poderosa de la Tierra, y me lo hacía notar.

—Respeto absolutamente sus sentimientos hacia las desaparecidas Naciones Unidas, pero no los comparto. Le recuerdo que las Naciones Unidas nacieron como una alianza de países que humillaron al Japón en una terrible guerra, y que expiraron como una chillona asamblea de empobrecidos Estados mendigos unidos solamente por la deshonrosa determinación de obtener una limosna internacional de los Estados más progresistas, adelantados y autosuficientes, entre los cuales se encuentra en destacado lugar el Japón. Por lo tanto, lamento señalar que la vista de estos edificios sólo me causa disgusto, aunque posean cierta belleza intrínseca como objetos abstractos.

Su cara era una máscara brillante, y él mismo parecía estar a millones de kilómetros de distancia. Había llegado tan cerca de la furia exteriorizada como podía

un japonés importante, por todo lo que yo había oído decir. Debía estar ardiendo por dentro. Pero maldito sea, ¿por qué tenía yo que saber el significado que la ONU revestía para él? La ONU no había significado nada para nadie durante años, aparte de un tonto idealismo que la llevó a la bancarrota cuando la coparon los tercermundistas. Suerte perra, encontrarme con una de las pocas personas del mundo que aún recordaba el asunto.

—Debe estar usted fatigado, Mr. Harris —dijo fríamente Ito—. No quiero molestarle por más tiempo. Sería mejor que regresáramos a su despacho. Si tiene usted otros objetos que mostrarme, podríamos arreglar otra cita para un momento que nos convenga a ambos.

¿Qué podía decirle? Le había ofendido y además no podía recordar ninguna otra cosa para mostrarle. Llevé el helicóptero a doscientos metros y volé sólo a unos ciento cincuenta kilómetros por hora sobre el río, esperando contra toda esperanza que se me ocurriera algo para salvar este negocio perdido de un millón de yens antes de llegar al despacho y ver partir para siempre el gigantesco pez dorado.

Mientras tanto, Ito miraba impassible desde nuestra burbuja las aburridas hileras de altos edificios de apartamentos en la costa de Manhattan, sin dignarse hablar ni percibir mi miserable existencia. La luz naranja oscuro que penetraba en la burbuja convertía su cara redonda en un sol naciente, como el de la bandera japonesa. Parecía apropiado. El muy bastardo era como su país: un gran señor políticamente quisquilloso y económicamente cortés y arrogante, con una sensibilidad estética inexplicablemente combinada con una loca pasión por nuestras antiguallas. Ito parecía de pronto superior en todos los sentidos y, en el instante siguiente, tonto e infantil. He hecho negocios con japoneses durante años, y todavía no los entiendo. Lo mejor que puedo hacer es imaginarme por el contorno cuál es la realidad interior, con la esperanza de acertar. Esta vez, con un millón de yens bailándome delante de los ojos, me había equivocado tres veces seguidas, y ahora volvía a casa con la cola entre las patas con un cliente descontento cuya sola posición parecía expresar que yo era un grosero estúpido de segunda categoría y que él era uno de los amos de la creación.

—¡Mr. Harris! ¡Mr. Harris! ¡Allá! ¡Esa magnífica estructura! —Ito estaba casi gritando.

Los ojos le brillaban de excitación, y, ciertamente, sonreía.

Señalaba el río Este hacia el Sur. La costa de Manhattan estaba repleta de los planes de vivienda pública más abominables, y la costa de Brooklyn era aún peor: uno de esos inmensos y así llamados parques industriales, con edificios bajos y sin ventanas, depósitos geodésicos y unas cuantas torres de lanzamiento de cohetes. Sólo una estructura se destaca, y era lo único a que Ito se podía referir: la que unía los planes de vivienda del lado de Manhattan con el parque industrial de la costa de Brooklyn.

El señor Ito señalaba el puente de Brooklyn.

—¿El... eh... puente, señor Ito? —conseguí decir inexpresivamente.

Por lo que recordaba, el puente de Brooklyn sólo tenía un título para la historicidad: era el motivo de muchos viejos chistes que ya no eran divertidos. El puente de Brooklyn era lo que cómicos estafadores de antaño le vendían tradicionalmente a los turistas y a los campesinos, junto con alguno que otro ladrillo pintado de dorado.

De modo que no pude resistir la tentación.

—¿Quiere comprar el puente de Brooklyn, señor Ito?

Era hermoso: me había puesto en tales apuros, y finalmente se había mostrado tan altanero y poderoso conmigo, y ahora le estaba diciendo necio en la cara y ni siquiera lo sabía.

Asintió, con la expresión de un hombre honesto e ingenuo salido de un viejo chiste y dijo:

—Me parece que sí. ¿Está en venta?

Reduje la velocidad a sesenta kilómetros, descendí a treinta metros y contuve la risa mientras nos acercábamos a esa vieja monstruosidad. Dos agachadas y macizas torres de piedra sostenían los herrumbrados cables que a su vez soportaban el puente. El saltador había hecho innecesario el puente años antes; nadie se había molestado en conservarlo ni derribarlo. Donde los grandes bloques de piedra gris oscuro se encontraban con el agua, parecían cubiertos de verde limo pútrido. Por encima del agua, las torres estaban blanqueadas por un siglo de guano.

Era difícil creer que Ito estuviera hablando en serio. El puente era una roñosa y maloliente basura. Se merecía que se la vendiera.

—Por supuesto, señor Ito —le dije.

Dejé el aparato flotando a treinta metros por encima de una de las viejas torres. Donde no había guano, había al menos dos centímetros de hollín. Y el puente mismo estaba cubierto de mugre apelmazada, conchillas y más guano; seguramente había sido la residencia de las aves durante varias décadas. Y me alegré de que el saltador fuera hermético; el hedor debía ser increíble.

—¡Excelente! —exclamó el señor Ito—. Bellísimo. Estoy decidido a ser el hombre que adquiera el puente de Brooklyn, Mr. Harris.

—No se me ocurre nadie más digno de ese honor que usted, señor Ito —respondí con absoluta sinceridad.

Unos cuatro meses después de que la última sección del puente de Brooklyn fuera enviada en cohete a Kyoto, recibí dos paquetes postales del señor Shiburo Ito. Uno contenía una minicasette y una diapositiva holográfica. El otro era muy pesado, del tamaño de una caja de zapatos, y estaba envuelto en papel de arroz de color azul.

Por esos días me sentía algo más reconciliado con la memoria del señor Shiburo Ito, ahora que tenía en mi cuenta bancaria un millón de sus yens. Puse la mini en mi reproductor y escuché su voz:

—¡Saludos, Mr. Harris! Le reitero mi profundo agradecimiento por haber apresurado la transferencia del puente de Brooklyn a mis propiedades. Ya ha sido ubicado en forma permanente; nos ha dado a todos gran goce estético y ha favorecido la tranquilidad de mi hogar en forma imposible de medir. Le envío una holo del puente, y agrego una pequeña muestra de mi apreciación que, espero, usted sabrá tomar en el espíritu en que es enviada. *Sayonara*.

Con mi curiosidad excitada, puse la diapositiva holográfica en el visor de pared: una montaña cubierta de bosques se erguía en dos picos gemelos de austera piedra gris. Una catarata fluía graciosamente entre los dos pináculos hasta el lago que había al pie, donde se rompía en el perpetuo movimiento de una suavísima espuma contra una roca chata y convirtiendo el lugar en un paisaje chinesco. Y el puente de Brooklyn, con sus torres apoyadas sobre el borde del abismo, gracioso y delicado en la escala de ese paisaje, unía los dos picos por encima de la catarata como una tela de araña. La piedra estaba limpia y resplandecía de humedad; los cables y el piso estaban cubiertos de fresca hiedra verde. La diapositiva holográfica había sido tomada mientras el sol se ponía entre las torres, destacándolas con su ígneo naranja, dando a la espuma la calidad del cobre, y brillando en el agua.

Era muy hermoso.

Dejé pasar un buen rato antes de apartarme de la escena, cuando por fin recordé el otro paquete.

Debajo del papel azul había un ladrillo pintado de dorado. Abrí la boca. Me reí. Volví a mirarlo.

El objeto parecía superficialmente un viejo ladrillo pintado con pintura dorada. Pero no lo era. Era un sólido ladrillo de oro puro, una réplica del objeto original hasta en sus menores detalles.

Yo sabía que el señor Ito estaba tratando de decirme algo, pero no sabía bien qué.

El tema de recibir el periódico de mañana es un tema recurrente.

Los aficionados a la ciencia ficción allá por mediados de los años 30 se asombraron al descubrir La extraña historia del Periódico de Brownlow, de H. G. Wells, en las páginas de una revista mundana, probablemente Collier's o el Saturday Evening Post; y en la misma época una película trató un tema parecido: El vidente, con Claude Rains. Unos diez años más tarde, el cine rescató el asunto del periódico futuro en Sucedió mañana, adaptación de un cuento de Lord Dunsany.

Son muchos los autores que han reiterado en estos días la vieja historia del pacto con el diablo, o los viajes en el tiempo del tipo «Yo, Adán; tú, Eva»; por eso es tan difícil tratar un tema como el del periódico de la semana que viene, y sacar un nuevo conejo de la vieja galera.

Esta narración extrae sin lugar a dudas un nuevo y peculiar conejo: pocos como el ubicuo y siempre excelente Bob Silverberg lograrían tan exitosamente que salte, brinque y retoce.

Si alguna vez recibe usted un ejemplar de un periódico del porvenir, antes de aprovechar sus informaciones debería considerar...

LO QUE SUPIMOS POR EL PERIÓDICO DE ESTA MAÑANA

Por Robert Silverberg

I

Esta tarde salí de la oficina para casa a las 6,47, como de costumbre, y encontré que nuestra calma callecita había estado enloquecida de excitación todo el día. Aparentemente el chico de los periódicos había repartido el *New York Times* del miércoles 1.º de diciembre en todas las casas de Redbud Crescent. Como hoy es el miércoles 22 de noviembre, el 1.º de diciembre es a mediados de la semana próxima. Le pregunté a mi esposa ¿estás segura de que es así? Porque yo leí el periódico hoy a la mañana, antes de ir al trabajo, y no vi nada extraño.

A la hora del desayuno el periódico podría estar impreso en albanés y tampoco verías nada extraño, me contestó mi mujer. Mira esto. Y tomó el periódico del armario del hall y me lo tendió plegado. Parecía igual a cualquier otra edición del *New York Times*, pero advertí ahora lo que no había visto durante el desayuno: que ponía miércoles 1.º de diciembre.

¿Hoy es 22 de noviembre?, pregunté. ¿Lunes?

Por cierto que sí, me dijo mi mujer. Ayer fue domingo y mañana es martes y todavía no ha llegado el Día de Acción de Gracias. ¿Qué vamos a hacer con esto, Bill?

Examiné el periódico. Los titulares de la primera plana no tenían nada de asombroso, el mismo tipo de cosas que publica siempre el *Times* cuando no hay algún acontecimiento de importancia cósmica. NIXON Y SEÑORA VISITARÁN 3 CIUDADES CHINAS EN 7 DÍAS. SÍ. ENTRAN Y SALEN DE UN BANCO A TIROS: 10 HERIDOS. Está bien. ROMA: GRUPO DE LOS DIEZ INICIA NEGOCIACIONES PARA REVALORIZAR DIVISAS. Ok. Lo de siempre. Pero el periódico era del 1.º de diciembre y supongo que eso era una sorpresa, de cualquier modo.

Esto es una broma, le dije a mi mujer.

¿Quién haría una broma semejante? ¿Imprimir todo un periódico? Es imposible, Bill.

Si es por eso también es imposible recibir el periódico de la semana próxima ¿o no lo habías pensado? dije.

Se encogió de hombros y yo tomé la segunda sección y la hojeé hasta llegar a la

página 50 donde estaban los anuncios fúnebres. Admito que me sentí inseguro por un momento, ¿y si no era un chiste y me encontraba con mi nombre? Vi con alivio los nombres de Harry Aogoff, Terry Turner, el doctor M. A. Feinstein y John Mills. No diré que la muerte de esas personas me causara placer, pero mejor que fueran ellos y no yo, por supuesto. Hasta leí los anuncios más pequeños, pero yo no estaba. Luego busqué la sección deportiva y leí SE ACABÓ LA RACHA DE LOS KNICKS, 110-109. En la oficina habíamos pensado ir a ese partido, pero mi primera idea fue que no valía la pena. Ahora recordaba que uno puede hacer apuestas sobre los partidos de baloncesto, y que yo sabía quién iba a ganar y eso me hacía sentirme muy raro. Y también me sentí raro cuando vi al pie de la página 64 los resultados de las carreras en el hipódromo de Yonkers, y entonces rápidamente flip flip flip llegué a la página 69 y miré la sección financiera. DOW AUMENTA 1.61 Y LLEGA A 881.34. Las acciones más activas al cierre eran las de National Cash Register, con 27 3/8, de 3/4. Luego Eastman Kodak, que de 88 7/8 había bajado 1 1/8. Para ese momento había empezado a transpirar. Le di el periódico a mi mujer y me quité chaqueta y corbata.

Dije ¿cuánta gente ha visto este periódico?

Toda la que vive en Redbud Crescent, dijo ella, es decir once casas.

Y fuera de nuestra calle, ¿nadie?

No, los demás recibieron el periódico del día, ya lo controlamos nosotras.

¿Quiénes sois nosotras?, pregunté.

Marie y Cindy y yo dijo ella. Cindy fue la que se dio cuenta, me llamó y nos reunimos y hablamos del asunto. ¿Qué vamos a hacer con esto, Bill? Tenemos los valores de la Bolsa y todo, Bill.

Si no es una broma le dije.

Parece un periódico de verdad ¿no, Bill?

Quiero beber algo dije. Me temblaban las manos y seguía transpirando. Casi me reí: justamente la noche del sábado alguno de nosotros había dicho qué regular y predecible era nuestra vida en el suburbio y qué suave y opaca igualdad tenía. Y ahora esto: el periódico de la semana próxima. Como si Dios nos hubiese escuchado y le hubiese dicho a Gabriel o a quien fuera, riéndose para sus adentros, ya es hora de mandarles a esas camisas rellenas de Redbud Crescent un poco de movimiento.

II

Después de la cena llamó Jerry Wesley y dijo tenemos una reunión en casa esta noche, Bill: ¿puedes venir con tu mujer?

Le pregunté de qué se trataba y me dijo del periódico.

Ah, sí, dije, el periódico. ¿Y qué piensas de eso?

Ven, dijo, prefiero no hablar por teléfono.

Pero tenemos que conseguir una *baby sitter*, Jerry.

No, no necesitáis, ya lo arreglamos, me dijo. Las tres chicas Fischer se van a ocupar de todos los críos. Te esperamos a las nueve menos cuarto.

Jerry es un vendedor de seguros de mucho éxito, y tiene la casa más linda del Crescent, dos plantas, estilo Tudor, con casi media manzana de tierra y una gran habitación cubierta de paneles en el sótano, para las reuniones numerosas. Allí nos encontramos. Éramos el séptimo matrimonio después llegaron los Maxwell, los Bruce y los Thomason. Había sillas plegables y Cindy Wesley había preparado sus grandes bandejas de canapés, como siempre, y había un montón de bebidas que uno podía servirse directamente en el bar. Jerry se dirigió a todo el mundo sonriendo y dijo me imagino que se habrán preguntado por qué los reuní esta noche. Alzó su ejemplar del periódico: desde donde yo estaba sólo podía leer claramente un titular, ENTRAN Y SALEN DE UN BANCO A TIROS: 10 MUERTOS, pero con eso bastaba para reconocer *el* periódico.

Jerry dijo ¿todos recibieron hoy este ejemplar?

Asentimos.

Ustedes saben dijo Jerry este periódico nos da una extraordinaria oportunidad para mejorar nuestra posición. Quiero decir, si aceptamos que ésta es la edición real del 1.º de diciembre y no una broma verdaderamente increíble, no tengo necesidad de decirles qué tipo de beneficios podemos obtener ¿verdad?

Naturalmente dijo Bob Thomason pero ¿por qué pensar que no se trata de una broma? ¿Quién puede creer que es el periódico de la semana que viene?

Jerry miró a Mike Nesbit. Mike es profesor de Derecho en Columbia, y de todos nosotros es el que más formación intelectual tiene.

Mike dijo bueno, la conclusión obvia es que alguien nos está haciendo una broma. ¿Pero han leído con atención el periódico? Cada uno de los artículos está escrito en forma perfectamente auténtica. No hay un solo detalle que parezca falso. No es como esos periódicos donde se cambian los titulares, pero dejando tal cual el resto de una edición antigua. Así que consideremos las probabilidades. ¿Qué es más fantástico? ¿Que alguien se tome la molestia de componer toda una edición falsa del *Times* y nos la haga llegar, o que por algún remolino de la cuarta dimensión podamos echarle un vistazo al periódico de la semana próxima? No me resulta fácil creer ninguna de las dos; pero casi estoy más dispuesto a aceptar un pase mágico de la cuarta dimensión que la idea de una broma. Para comenzar, a menos que alguien tenga un equipo del tamaño del que tiene el *Times*, llevaría meses y meses preparar una edición así. Y además nadie podría haber trabajado con muchos días de anticipación, porque hay cosas que nadie podía realmente saber una semana atrás, como el asunto de la Fase Dos y los combates entre la India y el Pakistán.

¿Pero cómo vamos a recibir un periódico de la semana que viene? insistía Bob Thomason.

Yo no sé la respuesta dijo Mike Nesbit. Lo único que puedo decir es que el

periódico me parece genuino. Un milagro, si ustedes quieren.

Yo pienso lo mismo dijo Tim McDermott, y otros también.

Podemos ganar un montón de dinero con esto dijo Dave Bruce.

Todo el mundo sonreía de una manera extraña, tensa. Era evidente que a nadie se le habían pasado por alto las informaciones de la Bolsa ni los resultados de las carreras, ni las consecuencias obvias.

Jerry dijo hay una cosa muy importante que tenemos que descubrir primero. ¿Alguien ha hablado de este periódico a alguna persona que no se encuentre en esta habitación?

Todos dijeron que no y ejem y yo no.

Está bien dijo Jerry. Les propongo que sigamos así. No lo notificamos al *Times* y no se lo decimos a Walter Cronkite y tampoco le contamos nada a nuestro cuñado que vive en Dogwood Lane ¿no les parece? Ponemos los periódicos en lugar seguro, y hacemos, también, lo que podemos con la información que ha caído en nuestras manos. ¿OK? Votemos. Todos los que quieran mantener *top secret* este asunto del periódico, que levanten la mano derecha.

Se alzaron veintidós manos.

Bueno dijo Jerry incluso los chicos. Si lo saben van a querer mostrar el periódico en la escuela. Así que por Dios silencio.

Sid Fischer dijo vamos a explotar juntos la cosa ¿o nos movemos independientemente?

Independientemente dijo Dave Bruce.

Por supuesto dijo Bud Maxwell.

El único que quería una especie de sistema de comisión era Charlie Harris. Charlie tiene mala suerte en la Bolsa y le asusta arriesgarse, aunque tenga en la mano el periódico de la semana que viene. Jerry pidió un voto, y el resultado fue diez a uno a favor de la empresa individual. Por supuesto, dije, si alguien quiere trabajar en equipo con otro nadie se lo impide.

La reunión se levantó. Todos fuimos a buscar un trago y Jerry dijo recuerden que sólo disponen de una semana para moverse. El primero de diciembre, éste será un periódico como cualquiera y un millón de personas lo tendrá en la mano.

III

Lo malo es que si uno tiene un periódico de tan sólo la semana que viene no puede obtener ganancias fabulosas en el mercado de valores. Las acciones no suben cincuenta u ochenta por ciento en unas cuantas sesiones. Los cambios verdaderamente grandes llevan varias semanas, o meses. Con todo, en posesión de los datos que tenía, algo se podía hacer. Por de pronto, era evidente que los días

venideros eran de subida. Según la edición vespertina del *Post* que había llevado a casa, Dow había cerrado a 803.15 el día 22, la cifra más baja del año. Pero el *Times* del 1.º de diciembre mencionaba un asombroso avance en dos días, y el promedio estaba a 831.34 el 30. Eso no estaba mal. Podía operar con los márgenes para aumentar un poco mis ganancias. Vamos a ganar un montón con esto le dije a mi mujer.

Si se puede confiar en ese periódico me dijo.

No te preocupes le dije. Cuando regresamos de lo de Jerry, abrí los dos periódicos y anoté todos los valores que habían aumentado por lo menos un 10 % entre el 22 y el 30. El resultado fue el siguiente:

Acción	Cierre 22 nov.	Máxima 30 nov.
Levitz Furniture	89 1/2	103 3/4
Bausch & Lomb	133 3/8	149
Natomas	45 1/4	57
Disney	99 7/8	116 3/4
EG & G	19 1/4	23 3/4

Divide los riesgos, Bill, me dije. No pongas todos los huevos en un solo cesto. Aun si el periódico era falso no podría sufrir demasiado si compraba las cinco. Así que a las 9,30 de la mañana siguiente llamé a mi corredor y le dije que quería hacer algunas compras a la apertura, en la cuenta de márgenes. Me dijo no te apures Bill la bolsa está floja. Mira ayer se registraron 201 bajas, para Navidad habrá 750. Ustedes ven que es un corredor muy especial, porque la mayoría no trataría nunca de desalentar a un cliente cuya compra les dejaría una comisión. Pero le dije tengo una corazonada y quiero comprar Levitz Bausch Natomas Disney y Eg & G. Usé el margen hasta el fondo y algo más. Bueno me dije si esto sale como espero significa vacaciones en Europa, un Chrysler nuevo, una capa de armiño para la señora y un montón de cositas. ¿Y si no? Y si no habrás perdido bastante dinero Billy querido.

IV

También usé las páginas deportivas.

En la oficina busqué las apuestas de Knicks contra SuperSonics el martes próximo en el Garden. Dos de los muchachos se preguntaron por qué me interesaba una acción tan anticipada, pero no me molesté en contestarles. Finalmente, Eddie Martin tomó los Knicks a once puntos, y Marty Felks, Milwaukee por ocho sobre los

Warriors la misma noche Felks pensaba que Abdul-Jabbar era el mejor centro que hubo nunca y siempre le apuesta a los Bucks, pero mi periódico decía que los Warriors ganarían 106 a 103. Durante el almuerzo, con la gente de Leclair & Anderson le di 250 dólares a Butch Hunter, por St. Louis contra los Giants el domingo. Después me detuve en la oficina de apuestas de la vecindad y me dediqué a las carreras de Acueducto. Mi guía del futuro aseguraba que la Doble pagaba 54,20 dólares, y Exacta, en la tercera, 62,20: distribuí algún dinero entre ambas. Lamentablemente, no había ese día ganadores de 2.500 dólares, pero tampoco se pueden elegir los milagros, ¿verdad?

V

El martes a la noche volví a casa, me serví un trago y le pregunté a mi mujer qué hay de nuevo y me dijo todo el mundo ha estado hablando del periódico y algunas de las chicas han hecho apuestas y hablado con sus corredores. Varias de las mujeres de aquí juegan a la Bolsa y hasta a las carreras, aunque mi mujer no es así, deja estrictamente los asuntos masculinos a mi cargo.

¿Qué acciones compraron? pregunté.

No recordaba los nombres, pero un rato antes Joni Bruce había telefoneado pidiendo una receta y mi esposa le preguntó sobre la Bolsa y Joni le contó que había comprado Winnebago, Xerox y Transamérica. Me alegró saberlo porque pensé que si toda la gente de Redbud Crescent pedía al mismo tiempo acciones de Levitz Bausch Disney Natoman y EG & G alguien podía encontrarlo sospechoso. Por otra parte de qué me preocupaba, si siempre podríamos decir que habíamos organizado un club de inversiones en la vecindad, y de cualquier modo no me parece que haya ninguna ley que prohíba a la gente comprar y vender valores cada vez que lee un periódico de la semana que viene. Así y todo, nadie necesita publicidad y me alegré de que estuviéramos comprando valores diferentes.

Después de la cena consulté el periódico para ver por qué había comprado esas acciones Joni. Winnebago había avanzado de 33 1/8 a 38 1/8; Xerox de 105 3/4 a 111 7/8 y Transamérica de 14 7/8 a 17 5/8. Pensé que era una tontería por su parte preocuparse por Xerox que sólo había tenido un 6 % de aumento, ya que sólo se gana con los porcentajes, pero Winnebago superaba el 10 % y Transamérica casi el 20 %. Lamenté no haber reparado en Transamérica, pero no tenía demasiado sentido ponerse envidioso porque mis propias decisiones no habían sido malas.

Una cosa me sorprendió en el periódico mismo. En algunas partes la impresión parecía un poco borrosa y en algunas páginas apenas se podían leer las palabras. Además el papel parecía de distinto color, más oscuro, como si hubiera envejecido. Lo comparé con el periódico de esa mañana, y la edición del 1.º de diciembre parecía

decididamente más oscura. El papel de periódico no envejece tan pronto, así, en dos días.

¿Qué quieres decir?

Que se está deteriorando o está cambiando.

Puede ocurrir cualquier cosa me dijo mi mujer. Es como un sueño, sabes, y en los sueños las cosas cambian todo el tiempo sin avisar.

VI

Miércoles 24 de noviembre. Vamos a tener que seguir sudando; hasta ahora la Bolsa no se está moviendo mucho. El *Post* de hoy trae los valores al cierre: hubo un aumento a la mañana, pero todo se desvaneció a la hora del cierre y Dow bajó a 798.63. Sin embargo, mis cinco acciones tuvieron un decoroso movimiento ascendente el martes y el miércoles, así que lo mejor es que no me preocupe. Tengo cuatro puntos de ganancia con Bausch, con dos Natomas, cinco en Levitz, dos con Disney, tres cuartos con EG & G. Aunque eso está muy lejos de las cotizaciones del 1.º de diciembre es mejor que tener pérdidas, y todavía falta el «asombroso avance» de los dos últimos días del mes. Todavía puede salir bien. Winnebago, Transamérica y Xerox también aumentaron un poco. Mañana no hay Bolsa porque es el día de Acción de Gracias.

VII

Día de Acción de Gracias. A la tarde fuimos a lo de Nesbit. Antes la gente pasaba el día con su familia, los tíos, las tías, los abuelos, los primos, etcétera, pero eso no es posible en un suburbio flamante donde todo el mundo viene de lejos, así que en cambio comemos el pavo con los vecinos. Los Nesbit invitaron a los Fischer, los Harris, los Thomason y a nosotros con todos los chicos, por supuesto. Una gran reunión ruidosa. Los Fischer no llegaban, era tan tarde que pensamos enviar a alguien para averiguar qué ocurría: era prácticamente la hora del pavo cuando aparecieron, y Edith Fischer tenía los ojos enrojecidos de llorar.

Dios mío Dios mío dijo acabo de saber que mi hermana mayor se ha muerto.

Empezamos con las insensatas preguntas consoladoras habituales era una persona enferma y dónde vivía y de qué murió. Y Edith dijo llorando no está muerta todavía pero se va a morir el martes próximo.

¿El martes próximo? preguntó Tammy Nesbit. ¿Qué quieres decir? No

comprendo cómo puedes saberlo en este momento. Y pensó un segundo y comprendió, y todos comprendimos. Oh dijo Tammy el periódico.

Edith estaba leyendo las noticias fúnebres explicó Sid Fischer sabe Dios por qué pura curiosidad me imagino y de pronto lanza un grito y dice que ha visto el nombre de su hermana. Algo repentino, un ataque cardíaco.

Tiene el corazón débil dijo Edith, ya ha tenido dos o tres ataques este año.

Lois Thomason se acercó a Edith Lois siempre hace tan bien esas cosas y la abrazó y le dijo vamos Edith por supuesto que es un golpe terrible para ti pero sabes que era inevitable y que al menos la pobre mujer no sufre más.

Pero no ves dice Edith llorando que en este momento está viva tal vez si la llamo y le digo que vaya al hospital la puedan salvar. Podrían ponerla en terapia intensiva y prepararla para el ataque antes de que se presente. ¿Pero cómo puedo decirle eso? ¿Qué razón le doy? ¿Que leí la noticia de su muerte en el periódico de la semana próxima? Va a pensar que estoy loca, se va a reír y no me va a hacer caso. O se trastorna y se cae muerta ahí mismo por culpa mía qué puedo hacer Dios mío qué puedo hacer.

Podrías decirle que has tenido una premonición sugirió mi mujer. Un sueño muy vivido que te ha parecido verdad. Si tu hermana cree un poco en esas cosas quizá decida que no le haría mal ir al médico y entonces...

No dijo Mike Nesbit no puedes hacer eso Edith. Porque no la pueden salvar. No *la salvaron* cuando le llegó el momento.

El momento no le ha llegado todavía dijo Edith.

En lo que concierne a nosotros el momento sí ha llegado porque tenemos los periódicos que describen en tiempo pasado lo que ocurrió el 30 de noviembre. Sabemos que tu hermana va a morir y para todos los fines ya está muerta. Es seguro, porque está en el periódico y si aceptamos que el periódico es auténtico entonces relata hechos reales que no se pueden modificar.

Pero mi hermana dijo Edith.

El nombre de tu hermana está en la lista de los muertos. Si interfieres lo único que conseguirás es agravar el sufrimiento de su familia y eso no va a cambiar nada.

¿Cómo puedes saberlo Mike?

No se puede cambiar el futuro dijo Mike. Los hechos de ese día del futuro son para nosotros tan permanentes como cualquier acontecimiento del pasado. No podemos atrevernos a cambiar el futuro que ya está firmado, sellado y entregado en el periódico. Por todo lo que sabemos el futuro es como un castillo de naipes. Si tomas un naipe, la vida de tu hermana, todo el castillo se derrumba. Tienes que aceptar el decreto del destino, Edith, de otro modo no se puede saber qué podría ocurrir.

Mi hermana dijo Edith. Mi hermana se va a morir y no me dejan hacer nada para salvarla.

VIII

Edith con ese estado de ánimo nos aguló la fiesta de Acción de Gracias. Más tarde se recobró un poco pero siguió conduciéndose como una persona en duelo y para todos nosotros era difícil sentirnos alegres y agradecidos mientras ella estaba tragándose el llanto. Los Fischer se fueron en seguida después de cenar; todos abrazamos a Edith y le dijimos cuánto lo sentíamos. Y pronto se marcharon también los Thomason y los Harris.

Mike nos miró y dijo espero que no se vayan corriendo ustedes también.

No dije yo no hay prisa ¿verdad?

Nos quedamos un rato. Mike habló de Edith y de su hermana. No es posible salvarla repetía. Y podría ser muy peligroso para todos que Edith tratara de interferir con el destino.

Para cambiar de tema empezamos a conversar sobre las acciones. Mike dijo que había comprado Natomas Transamérica y Electronic Data Systems. Esta última debía ascender $36 \frac{3}{4}$ el 22 de noviembre a 47 el 30. Le dije que yo también había comprado Natomas y le conté qué más había comprado, y él trajo el periódico para controlar las cotizaciones. Mirando por encima de su hombro advertí que la impresión me parecía más borrosa que en la noche del martes, y que el papel también parecía áspero y grisáceo.

¿Qué te parece que está ocurriendo? le dije. El papel se está deteriorando.

Se trata de una anomalía entrópica dijo.

¿Anomalía entrópica?

La entropía es la tendencia natural de todas las cosas del Universo a romperse por las costuras a medida que pasa el tiempo. Estos periódicos deben sufrir una inusitada tensión entrópica por la anómala posición que ocupan, fuera de su lugar debido en el tiempo. Yo he notado que cada vez me cuesta más leer las palabras y no me sorprendería que se tornara completamente ilegible en un par de días más.

Buscamos los valores de mis acciones en su periódico y el primero que vimos fue el de Bausch & Lomb, que alcanzaba un tope de $149 \frac{3}{4}$ el 30 de noviembre.

Un segundo le dije estoy seguro de que el tope era 149 justo.

Mike pensó que podía ser un efecto de la impresión borrosa pero no todavía estaba bastante clara la página de las cotizaciones y decía $149 \frac{3}{4}$. Y el tope de Natomas era $56 \frac{7}{8}$ y yo estaba seguro de que era 57. Y así con las demás: las cifras no coincidían con las que yo recordaba. Tuvimos una pequeña discusión amistosa al respecto y después no tan amistosa porque Mike dio a entender que me fallaba la memoria y fui a casa a buscar mi ejemplar. Los pusimos uno al lado del otro y comparamos las cotizaciones, y seguro que eran distintas. Prácticamente ninguna cotización de su periódico era igual a las del mío, en todas había una pequeña diferencia, un octavo aquí, un cuarto allá. Y lo que era peor, las cifras de mi periódico

no coincidían con mis propias anotaciones. Ahora, mi periódico daba: Bausch 149 1/2, Natomas 56 1/2, Disney 117, Levitz 104, EG & G 23 5/8. Todo se estaba moviendo.

Una grave anomalía entrópica dijo Mike.

Me pregunto si los periódicos fueron alguna vez idénticos dije. Debimos compararlos el primer día. Ahora ya nunca sabremos si todos teníamos el mismo punto de partida.

Veamos las otras páginas Bill.

Las comparamos. Los titulares eran todos los mismos pero había pequeñas diferencias de redacción. Los anuncios clasificados tenían una cantidad de variaciones. Algunas de las noticias fúnebres eran distintas. Todo era similar pero nada idéntico.

¿Cómo puede ser esto? dije ¿cómo pueden cambiar las palabras de una página impresa de un día para el otro?

Y en primer lugar ¿cómo puede ser que tengamos un periódico del futuro? dijo Mike.

IX

Les telefoneamos a los demás y les preguntamos las cotizaciones, explicando que queríamos hacer algunas comparaciones. Charlie Thomas dijo que Natomas estaba a 56 y Jerry Wesley que a 57 3/4 y Bob Thomason dijo que toda la página de las cotizaciones estaba demasiado borrosa, pero que le parecía que la cifra de Natomas era 57 1/2. Y así sucesivamente. Todos los periódicos eran diferentes.

Una anomalía entrópica. Y soplaba con fuerza.

¿En qué podíamos confiar? ¿Qué era real?

X

El sábado a la tarde vino Bob Thomason, muy agitado. Tenía su ejemplar debajo del brazo. Me lo mostró y me dijo Bill ¿cómo puede ser esto? Las páginas estaban literalmente cayéndose a pedazos y además, completamente en blanco. Apenas se podían discernir como sombras sucias donde había habido palabras. El periódico parecía tener un millón de años.

Fui a buscar el mío. Estaba mal, pero no tanto. La impresión se veía leve y sucia, pero era posible leer claramente algunas cosas. Natomas 56 1/4. Levitz 103 1/2.

Disney 117 3/4. Número nuevos todo el tiempo.

Mientras tanto, en el mundo real la Bolsa ha estado subiendo en forma sostenida durante dos días, como preveía el periódico, y todas mis acciones van hacia arriba. Tal vez me esté volviendo loco, pero al menos eso no me sorprenderá pobre.

XI

Lunes 29 de noviembre, por la noche. Hace una semana que comenzó este asunto. Todos los periódicos se están destruyendo. Yo todavía alcanzo a leer retazos de texto en algunas páginas, pero no en el resto. Dave Bruce dice que el suyo está completamente en blanco, como el de Bob el sábado. El de Mike está en mejores condiciones, pero tampoco durará mucho. Se los está comiendo la entropía. La Bolsa volvió a subir esta tarde: ayer los Giants fueron derrotados por St. Louis y durante el almuerzo Butch Hunter me pagó lo que gané con la apuesta. Además ayer, Sid y Edith Fischer partieron bruscamente a Florida por unos días. Allí vive la hermana de Edith, la que debería morir mañana.

XII

No puedo dejar de preocuparme por lo que puede hacer Edith acerca de su hermana, después de todas las cosas que Mike le dijo el Día de Acción de Gracias.

XIII

De modo que hoy es el martes 30 de noviembre por la noche y acabo de volver a casa con el *Post* y las cotizaciones de cierre. Infortunadamente no puedo compararlas con las cifras de mi ejemplar del *Times* de mañana, porque se convirtió en polvo, como ocurrió con todos los demás ejemplares. Pero tengo las anotaciones que tomé la primera noche, mientras pensaba qué valores comprar. Y me alegra decir que todo ha marchado perfectamente a pesar de los efectos de la anomalía entrópica. Dow cerró hoy a 831.34, que es exactamente lo que había anotado. Y miren esta lista de cotizaciones en que vendí todo lo que había comprado:

Levitz Furniture	103 3/4
Bausch & Lomb	149
Natomas	57
Disney	116 3/4
EG & G.	23 3/4

Es decir, todo lo que esta semana me ha costado en nervios, lo he recuperado en dinero.

Mañana es el 1.º de diciembre y será divertido volver a ver el periódico, con sus titulares sobre el viaje de Nixon a la China y la gente herida en el asalto del Banco y las negociaciones de Roma. Como ver a un viejo amigo que regresa.

XIV

Me imagino que todo tiende a nivelarse. Esta mañana, antes del desayuno, fui a coger el periódico, y estaba como siempre entre las plantas, pero no era el del 1.º de diciembre aunque hoy es el 1.º de diciembre. Lo que dejó el chico es el *Times* del lunes 22 de noviembre, que no había recibido nunca.

Eso en sí no tendría nada de malo. Pero este periódico está lleno de noticias que no recuerdo, del lunes pasado. Como si alguien se hubiera entrometido con la semana pasada y hubiera cambiado todo de lugar, determinando una cantidad de cosas raras. Aunque no leí el *Times* de, ese día, seguramente me habría enterado del asesinato del gobernador de Missouri. Y del terremoto que mató a diez mil personas en Perú. Y de la renuncia del mayor Lindsay, que pasó a ser el nuevo secretario de Estado de Nixon. ¿Cómo no me iba a enterar de la renuncia del mayor Lindsay para pasar a ser nuevo secretario de Estado de Nixon? Este periódico no puede ser cierto. ¿Y el de la semana pasada? ¿Y las cotizaciones, y los resultados deportivos?

Cuando llegue al centro hoy lo primero que haré será ir a la Biblioteca Pública de Nueva York y controlar en el archivo el ejemplar del *Times* del 22 de noviembre. Quiero saber si el de la Biblioteca es como el mío.

¿Qué periódico recibiré mañana?

XV

No creo que vaya a trabajar hoy. Salí a buscar el coche después del desayuno,

pero no estaba. No había nada; sólo gris todo gris. Ni césped ni árboles ni las demás casas sólo gris como una densa niebla que lo cubriera todo. Me quedé en el umbral con miedo de meterme en ese gris. Volví al interior desperté a mi mujer le dije.

¿Qué pasa Bill preguntó qué quiere decir eso por qué está todo gris?

No sé le dije escuchemos la radio. Pero no se oía el menor sonido ni tampoco la señal de control de la TV y la línea de teléfono estaba muerta y todo muerto y no sé qué ocurre o dónde estamos no comprendo nada de esto salvo que se trate de un caso grave de anomalía entrópica y que el tiempo se haya enroscado sobre sí mismo de alguna extraña manera y no sé nada ni comprendo nada.

¿Edith qué nos ocurre?

No quiero vivir más aquí cancelaré la suscripción al periódico quiero vender mi casa irme de aquí volver al mundo real pero cómo cómo no sé todo está gris gris gris todo gris y nada afuera sólo un montón de gris.

Hace veinte años Philip José Farmer recibió de manos de Isaac Asimov uno de los primeros Hugos: era en la 11.ª Convención Mundial de Ciencia Ficción, en Filadelfia, y el premio conquistado era el de Autor Más Promisor.

Ciertamente que Farmer, fantásticamente fecundo, ha cumplido esa promesa en las últimas dos décadas. Otro Hugo. La fabulosa serie «Mundo río». Más de veinticinco ediciones de bolsillo llenas de ideas audaces. Investigaciones que revelan facetas desconocidas de Tarzán y Doc Savage. Y no se sabe cómo encontró tiempo para hablar un lenguaje de ciencia ficción, esperanto, en que le encanta conversar con su hija Kim.

La narración que sigue se refiere, entre otras cosas, a los hipersexogénicos ciudadanos de Nova (libres de supersticiones y celos sexuales, y seres humanos totalmente liberados)... y basta de aperitivos: es hora de descubrir el fascinante camino de la historia futura durante los

SETENTA AÑOS DE DECPOB

Por Philip José Farmer

Abril, Año Uno

Esa terrible mañana, Jackson Canute enfrentó tres cosas que no quería enfrentar.

Una: su negocio de alimentos infantiles se quedaría prácticamente sin clientes en menos de dos años.

Dos: según todas las probabilidades, él no era uno de los naturalmente resistentes. Según las últimas informaciones, sólo una de cada veinte mil personas no quedaría permanentemente estéril.

Tres: como todo adulto, estaba experimentando el síndrome del fin del mundo, como se había dado en llamarlo.

Se sentía capaz de controlar la tercera. Siempre se había enorgullecido de su dominio de sí, su flexibilidad y su capacidad de adaptación.

¿La número dos? No sabría si era estéril o no hasta que se sometiera al test explicado por Clabb en sus cartas.

¿La primera? Cambio de ramo, conversión.

Pero su esposa Ellen le estaba telefoneando y podía ver por su rostro tenso, su blancura y sus ojos muy abiertos que estaba a punto de tener un ataque de histeria a propósito de las tres y de ponerse muy desagradable por la dos.

Su secretaria Jessica le preguntó si le pasaba la comunicación y respondió que sí: su filosofía era Terminemos De Una Buena Vez Con Eso.

Oprimió el botón.

—¿Por qué tardaste tanto en contestar? —dijo Ellen.

—Tú no eres la única que está angustiada —dijo—. Oí las noticias por la radio justamente cuando entraba en el aparcamiento.

—Pero es espantoso —dijo ella—. Simplemente horrible.

—Si es verdad —dijo Jackson.

—¡Por supuesto que es verdad! —Su voz se alzó, como el canto de un pájaro asustado—. Han verificado todos los puntos principales antes de dar la noticia. Y de lo contrario, ¿cómo explicarse la brusca disminución de los embarazos en los últimos cuatro meses? ¡Es todo obra de Clabb^[2]! Si él lo explica todo en su carta, la que leyeron. Cómo construyó fábricas pequeñas en todo el mundo, excepto detrás de la Cortina de Hierro, y cómo solamente él sabía que el aerosol que le habían preparado sus científicos estaba siendo esparcido a los cuatro vientos y cómo afectaba sólo al hombre y a los monos superiores y cómo sólo una persona de cada veinte mil...

—Escuché la lectura de la carta de Clabb por la radio, y volví a escucharla por TV cuando llegué a mi despacho.

—Dicen que Clabb ha desaparecido. Nadie tiene la menor idea de dónde se encuentra.

—Naturalmente —dijo Jackson.

—Por favor, ven a casa —dijo Ellen—. Estoy destrozada.

—Tenía la idea de regresar, Ellen. Iba a llamarte —dijo. Era obvio que se reservaba los reproches para cuando volviera—. Pero antes debo hacer algunas llamadas. Lleva tiempo y dinero convertir un negocio en otro.

—Lo comprendo. ¡Suerte, Jack!

Llamó a Arnold Rawley, pero la secretaria le dijo que Mr. Rawley no estaba. No sabía dónde se podía encontrar. En su casa no estaba, porque le había llamado allí y la esposa le había contestado que debía estar trabajando.

Canute telefoneó a *Mike's*, un bar de la carretera de Highview, cerca del Bosque de Highview, donde Rawley y Canute residían. *Mike's* era un bar pequeño y elegante, algo así como el bar de la vecindad, y los vecinos de Highview eran los hombres más ricos e influyentes de Busiris.

Le respondió Mike. Unos segundos después aparecía en la pantalla el arrebatado rostro de Rawley.

—¡Jackson! —dijo Arnold—. ¡Ven aquí! ¡Estamos celebrando el fin del mundo! No va a haber más niños... —le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Ya tienes seis —dijo Canute—. No tienes motivos para preocuparte tanto.

—Sí, pero no tendré nietos... Ojalá lo cuelguen a Clabb... Colgarlo sería poco, que lo crucifiquen, aunque sea una blasfemia. Tendrían que clavarlo...

—¿Por qué estás llorando dentro de tu vaso de cerveza... no, de whisky, tan temprano? Ni siquiera sabes si todo lo que afirma Clabb es verdad. Y con seis niños, tienes la posibilidad de que uno sea fértil aunque se verifique todo lo que dicen las cartas. Tengo trabajo y te necesito. Quiero empezar inmediatamente con la reconversión del negocio; estoy llamando a una reunión de emergencia de la junta de directores y tú deberías ocuparte del aspecto legal. Pero ya veo que hoy no estarás en forma. ¿Y tu socio? ¿También se está emborrachando?

—¿El joven Luckenvor? ¿Ese pescado frío? No.

—Le llamaré entonces —dijo Canute—. Espero verte sobrio mañana. A las ocho. Rawley sonrió.

—Luckenvor no es el único pescado frío.

—Me puedo poner tan histérico como vosotros —dijo Canute— cuando hay verdadero motivo. No se está cayendo el cielo.

Volvió a telefonar a la oficina de Rawley. Mrs. Tengrow, la secretaria, le dijo que Luckenvor estaba en el hospital, y que se lo acababa de decir por teléfono Mrs. Luckenvor. Había embestido un farol, se había roto una vértebra y después un brazo cuando otro coche chocó contra el suyo. El otro conductor había sido arrestado por

ebriedad. Luckenvor no estaba arrestado, aunque también se encontraba ebrio... ¿y dónde estaba Mr. Rawley?

—¿Por qué estaba Luckenvor borracho tan temprano? —preguntó Canute—. Mrs. Tengrow, ¿cuándo dieron por primera vez la noticia de las cartas de Clabb?

Mrs. Tengrow tenía sesenta años, no tenía hijos y por lo menos hacía cuarenta años que no se preocupaba mucho por la dirección en que iba el mundo.

—El primer aviso fue durante el último programa de la noche.

—Mucha gente debe haberlo escuchado entonces —dijo—. Nunca pensé que Luckenvor... —Se interrumpió, le dijo a Tengrow dónde encontrar a Rawley y le aconsejó—: No le pida que vaya a su despacho. Debería irse a su casa en un taxi.

Canute hizo varias llamadas a los miembros de la junta, y los citó para una reunión en la Cabeza del Jabalí Dorado. Su secretaria se ocuparía de conseguir el salón privado de banquetes y demás detalles.

Escuchó la voz de Jessica por el intercomunicador: seguía hablando con Ellen. Salió por la puerta trasera, aunque Jessica seguramente había hecho girar el teléfono para que Ellen no le viera pasar.

Se alegró al ver desde lejos el techo castaño rojizo y los altos pilares blancos de su casa. Algo se removía en el helado lógamo de sus entrañas, enviando vibraciones a todo su cuerpo.

«*Humanisismo* —pensó—. Me pregunto de qué grado de la escala personal de Richter...»

Si podía canalizar así sus reacciones estaba a salvo.

Detuvo el coche en el camino curvo de acceso, lo apagó y se quedó lo que le pareció un largo rato detrás del volante. Finalmente se abrió la gran puerta de roble labrado y apareció Ellen. Bajó del coche y se acercó. Ella se arrojó contra él como una pelota de baloncesto contra el aro. La sostuvo un largo momento, y cuando vio que la gente de los coches que pasaban se daban vuelta a mirar la condujo hacia la casa. Y allí hizo lo que le parecía lo mejor para consolarla —y consolarse—; Ellen protestó débilmente, pero muy pronto abandonó la resistencia. Comprendía que se trataba del acto más significativo, que en cierta forma le estaban mostrando los puños a la catástrofe que pendía sobre la Humanidad. Y también sentía la esperanza de concebir, de que ellos no compartieran el destino mayoritario del mundo.

Canute no consiguió gran cosa el día siguiente. Rawley no estaba en condiciones de trabajar. Aunque no hubiese bebido tanto la víspera, igualmente se habría quedado en su casa para tranquilizar a su mujer. Y los miembros de la junta estaban todavía bajo el shock, y se negaban a concurrir a una reunión hasta que pudieran reponerse.

El tercer día, Jackson se tomó su tiempo antes de abandonar la mesa del desayuno. Ellen estaba muy calmada, aunque por momentos le temblaba el mentón o una lágrima le corría por la mejilla. Miraban juntos el informativo matutino. Noticias

internacionales, nacionales y locales. Tres elefantes, y los dos últimos llevaban la cola del precedente en la trompa. La mayoría de los programas habían sido cancelados y reemplazados por informaciones o programas especiales, que consistían sobre todo en autoridades oficiales o científicas que hablaban, o eran entrevistadas o se reunían con otras autoridades. También había imágenes de las reacciones públicas y privadas en otras partes del mundo.

Poco antes de salir para su despacho, Jackson dijo:

—Busiris tiene una población de unos doscientos mil habitantes. Esto significa que sólo diez adultos son naturalmente resistentes. ¡Diez! Y si la mitad son mujeres, ¿cuántas pueden tener hijos? Una persona puede ser naturalmente resistente, pero no significa necesariamente que sea fértil.

El presidente de los Estados Unidos debía hablar a las 8 de la noche. Un comentarista estimaba que Lister formularía el mismo anuncio que habían hecho el premier chino y el presidente de Francia, quienes habían establecido el carácter obligatorio del AF, el análisis de fertilidad, para todos los ciudadanos entre dieciséis y cincuenta años. El test era otra contribución de Clabb, descrita en una de sus cartas. Bastaba pinchar con una aguja sumergida en clabbonita la piel del brazo o la mano, a bastante profundidad para sacar sangre; diez minutos más tarde, en las personas resistentes naturalmente al aerosol de Clabb, debía aparecer una información roja de aproximadamente un centímetro de ancho alrededor del rasguño. En todas las naciones se prepararon enormes tanques de clabbonita y se entrenó a todos los empleados públicos para administrar el test.

Algunos comentaristas opinaban que en los Estados Unidos se objetaría la legalidad del AF por interferir con los derechos civiles: por ejemplo, los Testigos de Jehová podían negarse a dejarse extraer sangre.

Canute besó a Ellen y se dirigió a su despacho. Todavía no le había reprochado por haber insistido en no tener hijos hasta que él tuviera treinta años y ella veintiséis. Quizás esperaba hasta saber los resultados del test, o era más capaz de dominarse de lo que él hubiera creído.

Jessica le esperaba en el despacho con el resumen de lo que había logrado el día anterior: Rawley llegaría a las 10,30, listo para analizar las acciones legales exigidas por la conversión. La junta de directores y algunos de los principales accionistas estarían en la Cabeza del Jabalí Dorado a las 12,00. La reunión empezaría a la 1, después de comer. Mr. Joshua Tabbs, del Banco de Ahorro y Crédito Federal, estaba dispuesto a recibirlo el día siguiente a las 10,00 si Canute lograba que la junta autorizara la conversión.

—¿Cómo parecía estar? —preguntó Jackson.

—Trastornado.

—Habría preferido que se mostrara cordial, como hace cuando está dispuesto a conceder un crédito. Pero es esperar demasiado: todo el mundo está trastornado, o muy excitado, o muy controlado.

Jessica alzó la vista: sus ojos eran naturalmente grandes y el maquillaje los hacía inmensos. Eran de un bonito violeta bajo los cristales de contacto que siempre usaba en su presencia, aunque él sospechaba que el color verdadero era el azul.

—Mr. Canute, ¿qué piensa del AF? ¿Cree que todo el mundo tendrá que hacer el test?

—No parece haber otra salida —dijo—. El mundo, o mejor la Humanidad, no puede prescindir de ninguna persona fértil.

—¿Y la gente soltera?

—No creo que se mantengan las sanciones sociales. Cuando la supervivencia está amenazada, las convenciones se van por la ventana.

Ella bajó la vista hasta su hermoso pecho, y luego le miró.

—¿Y qué ocurre si, por ejemplo, yo soy fértil y el hombre que quiero no lo es?

—Ningún problema —dijo Jackson, mirando su reloj—. Se puede recurrir a la inseminación artificial.

—¿Y si mi marido no quiere cuidar al hijo de otro hombre?

—No te imaginas cuánta presión social va a tener que soportar la gente así —dijo Canute—. Jessica, hoy es un día muy importante para Canute Baby Foods, Incorporated. Selecciona las llamadas todavía más cuidadosamente que de costumbre. Usa tu juicio.

—¿Cuándo empezará el AF?

—¿Qué? Ah, no sé. Quizá demore meses, si el Congreso tiene que aprobar una ley. Estaré en mi despacho. Que Rawley pase apenas llegue.

La mañana transcurrió sin dificultades. Rawley, con el rostro y los ojos enrojecidos, se movía perezosamente, pero su cerebro funcionaba tan bien como de costumbre. Apenas entendió que Jackson no quería hablar de Clabb ni del AF se puso a trabajar. Sólo en el momento de retirarse dijo:

—¿Y qué haremos mi mujer y yo si ninguno de nuestros hijos es fértil?

—Los mayores tienen dieciséis y diecisiete años ¿verdad? —dijo Jackson—. Entonces son bastante grandes para el test, y pronto se sabrá qué ocurre. Y los demás tienen doce, once, nueve y siete años, si no me equivoco. Tendrán que esperar hasta la pubertad y averiguarlo entonces. Mientras tanto, te sugiero que pienses más bien en sus reacciones, no en las tuyas.

—Lo hago —dijo Rawley—. Sus reacciones, como dices, son las mías. Si ellos lloran, yo también.

—Y cuando...

Jackson se interrumpió. Decirle que dejara de disolverse la médula en alcohol y que tratara de darles un buen ejemplo a los chicos no serviría más que para enfurecerlo.

—¿Qué?

—Nada. Buena suerte para tus hijos. Buena suerte para todos los chicos.

Las probabilidades estaban terriblemente en contra, pero alguno de los chicos de

Rawley podría ser uno de los diez afortunados de Busiris. Si es que eso era afortunado, porque ser fértil significaría estar en el centro del interés social. Y los psicóticos decepcionados constituirían un peligro para los fértiles. Quizá los afortunados debieran convertirse en semiprisioneros, custodiados por el Estado para su propio bien.

A la reunión de la junta asistieron varias damas mayores que poseían grandes bloques de acciones. No estaban preocupadas por su propia fertilidad o esterilidad, incluso la mayoría había pasado la edad máxima del test. Pero sus hijos lo estaban. Jackson respondió a todas las preguntas con una calma y un optimismo que estaba lejos de sentir y que no le parecían fundados en la realidad; pero su objeto era tranquilizarlas para que pudiesen considerar racionalmente las dificultades financieras que debía afrontar Canute Baby Foods Inc. Algunas incluso no podían comprender la idea de que los alimentos infantiles no tendrían clientes en menos de dos años.

—Pero eso quiere decir que los pañales de papel que fabrica mi hijo tampoco se venderán —dijo Mrs. Wilmort.

—Muchas cosas dejarán de producirse —dijo Canute—. Es fácil pensar en lo obvio; pero muchas más industrias serán afectadas a medida que pase el tiempo. Una tendencia será constante y haremos bien en no perderla de vista: de ahora en adelante todos los negocios tendrán un mercado constantemente decreciente. La idea de la expansión económica unida a la expansión de la población es una cosa del pasado.

—La Bolsa sigue bajando —dijo Mrs. Dammfrum.

—Se estabilizará y volverá a subir —dijo Jackson, sin creerlo—. Las depresiones anímicas de la Humanidad siempre generan depresiones financieras.

—¡Ese maldito Clabb! —dijo Mrs. Mondries.

Jackson sonrió. Mrs. Mondries era una persona rígida y estricta y nunca habría pensado que pudiese tener un estallido de ese tipo. Lo que de demostraba qué poco sabía él.

La reunión posterior a la comida duró minutos. Jackson recibió la autorización para la conversión de su industria por unanimidad, y llamó de inmediato a Jessica para que le arreglara una cita con Tabbs esa misma tarde. Nadie tenía ganas de seguir hablando de negocios.

El reverendo Cottons, un prominente accionista y sacerdote sin denominación, impartió la bendición al final. Oró por que Dios se apiadara de sus hijos, borrara las consecuencias de las maldades de Clabb y resucitara la capacidad genética de la Humanidad. El reverendo era un hombre alto y bien parecido de cincuenta y seis años que proyectaba considerable carisma o un facsímil muy aceptable, y una virilidad que atraía tanto a los hombres como a las mujeres de su iglesia. Erotismo y misticismo siempre habían estado unidos en las mentes de los fieles, pensaba Canute; en alguna parte de las capas inferiores de la conciencia humana estaba eternamente agazapado el deseo de adorar a la diosa de la fertilidad.

Incluso Canute, que no era religioso, se sintió más optimista después de la oración de Cottons. Era realmente imposible creer en la esterilidad en presencia del reverendo.

A las tres de la tarde, Canute se encontraba en la oficina de Tabbs. El banquero era un hombre delgado y calvo de ojos pequeños, cuyo color verdoso recordaba los dólares nuevos. Estaba lleno de buen humor y de sonrisas, pero no quería tomar ninguna decisión.

—No puedo ver objetivamente las consecuencias del cambio que proyectan mientras no se acabe el pánico —dijo Tabbs—. Me comprende, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Canute—. Sólo que no tengo mucho tiempo para comenzar.

—Comprendo. Pero tampoco sé exactamente qué es lo que proyectan hacer. Y el negocio de los alimentos envasados es sumamente competitivo, ¿no es así?

—Así es. Puedo proporcionarle las cifras de toda la industria de envasados la próxima vez que lo veamos. Pero ahora, como le dije por teléfono, lo que necesito es saber si tiene interés en hacernos un préstamo.

—¿Antes de hablar con otras personas? Créame, Jackson: nuestras relaciones han sido tales que tengo, no gran confianza, sino la mayor, en usted. Sólo tiene veintiocho años, pero ha llevado adelante el negocio de su padre con notable éxito. En cualquier otra circunstancia, no vacilaría en adelantarle lo que necesite. Pero en otras circunstancias, tampoco querría usted una conversión, ¿verdad? Y el Banco, también, debe enfrentar distintas condiciones.

Los banqueros operaban con cifras y con hechos concretos, pero eran las personas más plásticas. O quizás ectoplásmicas.

—Yo puedo comprender por que usted quiere esperar —dijo Canute—. Sólo que no puedo esperar.

—Es natural —dijo Tabbs—. Pero a usted le va a llevar cierto tiempo decidir exactamente qué quiere hacer, estimar cuánto va a costar la operación, qué pérdidas sufrirá durante el cierre previo al cambio, y demás. Cuando tenga los datos precisos, quizá nosotros estemos en mejor posición para saber qué está ocurriendo. En otras palabras, cuando la polvareda se deposite sabremos a qué distancia estamos de las montañas.

Canute se puso de pie al mismo tiempo que Tabbs, quien parecía algo fastidiado de que Canute se le anticipara.

Tabbs le apretó la mano mientras le decía:

—Lo siento mucho, pero...

—El Banco está ante todo, por supuesto —dijo Canute, preguntándose por qué Tabbs había considerado necesario disculparse.

—Mi hija quedó embarazada hace cuatro meses —dijo Tabbs—. Así que ha escapado a esta tragedia. Podríamos decir que nuestra familia ha hecho un depósito justamente a tiempo. Cuáles serán los intereses...

Canute sonrió, pero contuvo la risa porque no estaba seguro de que Tabbs no estuviera hablando en serio.

—Felicitaciones —le dijo—. Por lo menos, será abuelo una vez. Y quizá su hija sea una de las afortunadas.

—Eso es mejor que tener oro en el Banco —dijo Tabbs.

Acompañó a Jackson a la puerta con aire reconcentrado, como si estuviera pensando en el tesoro guardado en la oscura bóveda del vientre de su hija.

En la calle, Canute se sintió desanimado. Sabía que la situación era mala, pero no esperaba una negativa. Tampoco estaba enojado con Tabbs, que debía enfrentar, como todos los demás, un futuro diferente.

El Banco de Ahorro y Crédito Federal estaba en el extremo del trazo más corto de un enorme centro comercial en forma de L. Canute decidió dar una vuelta, observar las ventas, pensar un poco en el cambio. Las tiendas y las aceras parecían tan animadas como de costumbre: ninguno de los movimientos de compradores ni vendedores indicaba que hubiese ocurrido una catástrofe. Muchos no comprendían aún —al menos emocionalmente— la profundidad de la modificación ocurrida. No se trataba de un rápido desastre, como un maremoto o una erupción volcánica, que en seguida han terminado. Ésta era una calamidad invisible. Sus efectos se irían haciendo reales lentamente, tan lentamente que la mayoría de la gente no empezaría a ver claramente los resultados hasta dentro de cinco años. Incluso entonces, estos resultados no serían terribles. Como cada año morían sesenta millones de personas, en cinco años habría en todo el mundo trescientos millones de muertos. Juntos, llenarían un gigantesco y terrible cementerio; pero no estarían juntos sino esparcidos por todo el planeta. La Tierra los absorbería tranquilamente y, a nivel local, los sobrevivientes no notarían demasiadas diferencias. Las ciudades y los pueblos estarían un poquito más despoblados, y sería más fácil encontrar casas o apartamentos vacíos, aunque no de una manera deprimente. Recientemente los nacimientos habían alcanzado la cifra promedio de 125 millones anuales; si se restaban de esa cifra los 60 millones de muertes, el mundo ganaba anualmente 65 millones de personas. La Tierra cargaba cada año con una nueva nación, otra Francia o Alemania; y ahora, ese aumento había sido bruscamente interrumpido. Tendrían que pasar varios años antes de que la perspectiva real fuera visible para alguien más que los estadígrafos.

Canute pasó de la rama corta a la más larga de la L y se detuvo en la tienda de licores. Estaba llena de gente: los vendedores se movían activamente, tratando de servir a todos los clientes en el acto. Las tiendas de licores, según un comentarista de TV, estaban superando todos los récords de venta. Algunos de los compradores parecían haber bebido antes; seguramente habían salido a buscar más, aunque no pudieran caminar en línea recta ni ver con claridad.

Retornó al aparcamiento. Era el 15 de abril, un día de cielo claro y sin nubes. Había llovido tres días antes: el césped estaba muy verde y los árboles empezaban a

florecer. Era una alegría estar vivo. Y sin embargo, como había escrito T. S. Eliot, «abril es el mes más cruel». La Humanidad se enfrentaba con su propio fin. Pero ¿era realmente así? La carta de Clabb decía claramente que él creía darle a la Humanidad su única oportunidad de supervivencia, y quizás era cierto. Aun así, éste era ya el mes más cruel de la vida de Canute.

Regresó a su despacho. Kalender, el agente comercial del sindicato del envase, le estaba esperando. Canute le dio un apretón de manos y dijo:

—Me preguntaba cuánto tiempo le llevaría comprender las consecuencias.

Kalender no dijo «consecuencias de qué».

—Me cree más inteligente de lo que soy. Debería haber comprendido, pero no fue así, por la sorpresa, me figuro. Anoche vi el programa de Millman y dijo que en cinco años todos los parvularios del mundo quedarían vacíos. Y en seis, todos los primeros cursos de las escuelas. Me puse en pie de un salto y llamé a gritos a Richie, mi mujer, creo que usted la conoció...

—Así es. Una mujer encantadora —dijo Canute—. De cualquier modo, yo pensaba llamarle mañana.

El traje de Kalender había sido cortado por el mismo sastre que el de Canute, aunque su corbata era más llamativa. Hacía tiempo que había depuesto su estilo beligerante en presencia de Canute, a quien escuchó sin interrupciones mientras le informaba de lo que pensaba hacer.

—Igual iniciaremos el paro el primero de julio si la industria no cede —dijo Kalender.

—¿Votarán por la huelga a pesar de la dudosa situación económica y con un futuro tan incierto?

—No se olvide que el año pasado no pedimos aumento de salarios por el discurso de Lister contra la inflación. Me sorprendió que no se decidiera un paro; pero este año la cosa es peor. Los precios, bueno, usted ya sabe. Y aunque no quisieran ir a la huelga para ayudarlo a hacer la conversión, tienen que hacerlo, porque es nacional. A los obreros del envasado que no están en el ramo de alimentos infantiles no les importa su situación particular. Tenemos que seguir a la central nacional.

—¿Y no podrían conseguir una excepción?

Kalender sonrió apenas.

—No creo, pero lo voy a intentar. La central piensa que la minoría debe sufrir para que la mayoría se beneficie.

Canute dijo:

—En diez años la población de doscientos mil de Busiris se reducirá a ciento ochenta mil. Las ventas de alimentos enlatados —de todo, en realidad— se reducirán. Ahora bien: la disminución local de población no es muy grande. Y Alimentos Canute, después de la conversión, seguirá vendiendo la mayor parte de la producción fuera de Busiris. Pero en un término de quince años, la disminución de la cantidad de consumidores exigirá inevitablemente el cierre de buena parte de las industrias

envasadoras, y los efectos se van a sentir antes: aquí y allá se cerrarán fábricas que no se volverán a abrir.

—¿Está tratando de asustarme? —dijo Kalender, inclinándose hacia delante.

—Piénselo y se asustará usted mismo.

Canute tamborileó con los dedos sobre el escritorio y agregó:

—De acuerdo con el actual convenio, la compañía tiene que pagar salario completo en todo caso de cierre por motivos de reparaciones, conversión, mantenimiento, etc. Pero no durante una huelga.

—Me imaginé que me lo diría —Kalender se interrumpió para encender un cigarrillo—. Si espera hasta la huelga para hacer la conversión, no tendrá que pagarle al personal durante el cierre. La central lo sabe. Anoche hablé con ellos de esto más de una hora. Les telefoneé apenas comprendí lo que iba a ocurrir. Y me dijeron —esto es confidencial, por supuesto— que el nuevo convenio va a prever estos casos, de modo que las compañías tengan que reembolsar a su personal el cien por ciento haya o no huelga. Eso sí, el pago no se hará en el momento, sino que se podrá extender hasta por un período de seis meses. Nosotros sabemos que la industria tiene problemas y ayudaremos hasta cierto punto.

Jackson Canute se echó atrás, puso las manos detrás de la cabeza y miró el cielorraso celeste, decorado con dibujos lineales brillantes de mandalas, cruces ansadas, ojos cósmicos, pirámides, signos \$ y de infinito, el gráfico del yin y el yang.

—En principio me opongo. Pero en la práctica no me parece que haya mucha diferencia. Si no hacen huelga lo mismo tengo que pagar durante el cierre. Lo que no sé es qué decidirán los Bancos en lo que respecta al salario de los días de huelga y cierre... Podrían decidir no conceder créditos. Los Bancos consideran las cosas a largo plazo y no tendrán ningún problema en extrapolar los efectos del *decpob*, como empiezan a llamarle los periodistas. La industria de alimentos envasados es altamente competitiva, lo sabe usted tan bien como yo. Y nos va a llevar tiempo establecernos, y nos va a costar mucho, y es posible —casi diría probable— que fracasemos.

»Y aun si nosotros —porque los operarios son parte de Alimentos Canute tanto como los directores o los accionistas— conseguimos una parte del mercado suficiente para permitirnos vivir, no la vamos a conservar eternamente. Las ventas, como le dije, van a disminuir en todas las industrias. Y dentro de cuarenta años, cuando hayan muerto dos mil cuatrocientos millones de las personas que están vivas hoy, con un ínfimo reemplazo por nuevos nacimientos, la población mundial será de unos mil seiscientos millones. Todavía parece mucho, ¿verdad?

»Dentro de setenta años habrá todavía varios millones de centenarios y nonagenarios, y algunos cientos de miles de jóvenes fértiles. Tal vez. Siempre que la sociedad no se derrumbe mucho antes, como bien podría ocurrir. Como usted sabe, la sociedad moderna, capitalista, socialista o comunista, depende de una economía de expansión. Lo que...

—Ya sé —dijo Kalender—. Y los Bancos también. Pero aun así, si los Bancos

dejan de conceder créditos, se quedarán sin trabajo. ¿No es más lógico que traten de mantener todo lo posible una política de sigamos-como-de-costumbre?

—Así lo espero.

Canute habló algo más sobre lo que podía hacerse, pero finalmente ambos retornaron de las abstracciones a los próximos seis meses, hasta que Kalender decidió retirarse.

—Lo normal es que estas conversaciones preliminares aclaren las realidades y las posibilidades —dijo—. Digamos en público lo que digamos, los dos sabemos bastante bien qué vamos a terminar por hacer. Pero esta vez, ¿quién sabe? Los Bancos deciden.

—Ellos también forman parte del cuadro general —dijo Canute—. Y dependen de muchos factores para decidirse. Uno de ellos, y muy importante, es el discurso de esta noche del presidente de los Estados Unidos. Quizá diga algo significativo.

Kalender se marchó. Canute se sentía deprimido. Y no le ayudó recordar que la depresión es furia volcada hacia dentro. ¿Contra qué estaba furioso? ¿El sindicato? ¿Por su miopía? Sus miembros actuaban de acuerdo con las viejas leyes del juego, y si no veían la necesidad de cambiarlas, no eran de esto más miopes que empresarios o banqueros. Tal vez el presidente, que era un hombre flexible y nada convencional —demasiado, para muchos votantes— propondría nuevas leyes de juego. Pero aun si lo hacía ¿podría conseguir que el país las aceptara?

Canute había invitado a cenar a los Rawley; a su vicepresidente, Markham, y a su esposa; a Mrs. Luckenvor, que vendría después de ver a su marido en el hospital; a Jack Ward, dueño de una compañía de construcción y prestigioso político; al intendente de la ciudad y su esposa, y a Manfred Schiller, profesor negro de economía de la Universidad de Traybell.

Durante la cena, la conversación era interrumpida por frecuentes silencios a pesar de la probada habilidad de todos los invitados para mantener una conversación en marcha. Después, pasaron al living a ver y escuchar el discurso de Lister.

El presidente era un hombre de rostro delgado, de cincuenta y tres años de edad. Su voz tenía una peculiar resonancia compulsiva; la mayor parte del electorado quería creerle. Normalmente lograba parecer grave y alegre al mismo tiempo, pero esta noche parecía abrumado. O tal vez, pensó Canute, los espectadores habían apagado sus receptores de alegría.

Canute se sintió decepcionado: el presidente no propuso ninguna clase de medidas económicas vigorosas. En realidad, no tenía derecho a esperarlas; como se había dicho más temprano, era muy pronto para ello. La mayor parte del discurso se refirió al establecimiento del test de fertilidad para toda la nación, excluyendo solamente a los muy jóvenes y a los muy viejos. El test empezaría a realizarse el 28 de junio, y el recién creado Departamento AF se ocuparía de la organización. No se

necesitaba personal médico profesional para realizar el test ni tampoco para interpretar sus resultados. En cuatro meses el país conocería sus «recursos de fertilidad». Los científicos estimaban dichos recursos en aproximadamente 13.250 personas. Esta cifra excluía a los de mayor edad, pero incluía los jóvenes inmunes al aerosol, aunque la fertilidad real no podría conocerse hasta su madurez sexual.

Repitió varias veces que las personas fértiles recibirían un tratamiento especial, pero no dijo qué tipo de régimen o tratamiento sería.

Dijo también que el mundo no tenía motivos para el pánico. El problema de la superpoblación se había resuelto de la noche a la mañana, le gustara o no al mundo la naturaleza de la solución. Lo que había ocurrido era una catástrofe, pero no el fin de la Humanidad. Lejos de ello. La gente no se estaba muriendo a menor edad ni en mayores números: la única diferencia era que el mundo no tenía que resolver diariamente el problema de la llegada de bastantes niños para poblar Nueva Orleans, Louisiana o Newark, Nueva Jersey.

El punto de vista de Lister era optimista.

Sin embargo —y en este punto su voz resonó como llamando a una carga de caballería— ya no servían los viejos métodos para enfrentar problemas sociales y económicos y por lo tanto, no podían ser utilizados. Era una situación nueva, sin precedentes: los métodos deberían ser igualmente sin precedentes. Habría muchas resistencias a algunos de ellos, porque la mayoría de la gente era naturalmente conservadora y resistente a los cambios rápidos. Pero todos verían pronto que los viejos métodos eran ahora inútiles.

Los nuevos puntos de partida serían expuestos en un próximo discurso. Mientras tanto, no había causas para el pánico ni para el pesimismo, a nivel nacional ni individual.

Los comensales de la reunión de Canute escucharon en silencio a diversos comentaristas que interpretaron el discurso presidencial. Luego se dieron resúmenes de los discursos de otros jefes de Estado, que en esencia, plantearon similares puntos de vista.

Finalmente, Canute apagó el televisor, y todos empezaron a conversar animadamente. Ni siquiera los que tendían a poner en tela de juicio los «métodos» de Lister tomaron sus palabras a mal. Sostenían alegremente que no tenía sentido reemplazar el actual sistema por instituciones aún más socialistas o de tipo comunista. Era obvio que el discurso del presidente le había levantado el ánimo a todo el mundo, incluso a quienes estaban dispuestos a combatir sus medidas para enfrentar la crisis.

—¿Qué te pareció, Jackson? —dijo Rawley.

—Sea cual sea el nuevo sistema, algunas personas ascenderán y otras descenderán —respondió Canute.

—Y tú esperas ascender, ¿verdad? —preguntó Rawley.

—Creo que soy bastante flexible.

—Espero que seas bastante flexible para obtener un crédito. Quizás ésa sea una de las medidas que Lister estaba dando a entender... Un crédito federal podría mantener en marcha Canute Baby Foods, Incorporated.

Lo malo de Rawley, pensó Canute, es que insistía en pensar en los mismos viejos carriles.

Junio, Año Uno

Jackson y Ellen Canute habían recibido dos semanas antes una carta del reciente Departamento de Análisis de la Fertilidad. Debían presentarse en el Colegio de Reywoods el 28 de junio a la mañana. La comunicación incluía el procedimiento a seguir en caso de que no quisieran someterse al test por motivos civiles o religiosos. El arresto era automático, pero de acuerdo con la Ley de Emergencia de Recursos Vitales, podrían quedar de inmediato en libertad bajo fianza, y los juicios se realizarían en el plazo de una semana, ante jueces especiales y un jurado de doce pares. Era una velocidad desconocida por las cortes, pero los fértiles, como los llamaban sencillamente los medios de comunicación masiva, tenían absoluta prioridad. El Gobierno, que era el pueblo, no podía perder un solo padre o madre potencial. En una rueda de Prensa el presidente dijo que la existencia de la Humanidad dependía de una persona de cada veinte mil, y que había que encontrar rápidamente a esas personas. Señaló que en las naciones menos democráticas se habían aprobado leyes similares, con mayor coerción y penalidades.

Para el 28 de junio se había aprobado una ley que imponía el examen físico y psiquiátrico de las personas que rechazaran el test: la teoría era que alguien que no quisiese cooperar a salvar la Humanidad debía padecer una psicosis. Una parte del examen consistía en pinchar la piel con una aguja hasta que brotara la sangre. En la mayoría de estos casos no se produjo una reacción inflamatoria, y los examinados fueron puestos en libertad de inmediato y sin juicio. Esto provocó buena cantidad de litigios contra el Gobierno de los Estados Unidos, y eventualmente la Suprema Corte de Justicia declaró inconstitucional esta ley, pero para ese momento ya todo el mundo había realizado el test, incluso los objetantes.

Jackson y Ellen salieron para el colegio esa cálida mañana de junio. Un embotellamiento de tráfico les detuvo diez minutos. Cuando llegaron al gran aparcamiento, tuvieron que esperar a que alguien se fuera. Un pequeño Volkswagen de vapor trató de arrebatarles el lugar; venía en sentido prohibido, ignorando las flechas y señales.

Ellen estaba esa mañana sombría y remota, y Jackson estaba furioso por esto. Y por eso, cuando vio que el Volkswagen intentaba meterse en un lugar libre, pisó el acelerador bruscamente. Ellen se agarró a su brazo y apoyó la otra mano en el tablero

mientras Canute hacía girar el volante. Tocó la bocina, pero el conductor del otro vehículo, sonriendo por debajo de un espeso bigote, no trató de frenar ni detenerse. Jackson lanzó un juramento cuando el Volkswagen chocó contra el guardabarros izquierdo.

Se quedaron un momento pálidos y temblorosos. La bolsa contra impactos se desinflaba con un largo suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó Jackson.

—Creo que sí —dijo Ellen—. Un poco asustada.

—Yo iba a ocho y él a trece —dijo Jackson—. Esto significa que chocamos a veintiún kilómetros por hora.

—Me alegra que seas tan rápido y frío —contestó Ellen—. Eres tan frío que ya nunca tendré un hijo.

—Todavía no hemos hecho el test.

Se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta, sabiendo que si se quedaba un instante más en el coche iba a estallar contra Ellen. Bajó y examinó los destrozos; el guardabarros estaba arrugado, pero el otro coche tenía abollados la trompa, el paragolpes y el radiador. Mil dólares de reparaciones para el otro, cien para él.

Apareció un guardia, con un magnetófono colgado del cuello y un micrófono en la mano. El conductor del Volkswagen bajó, pero no la mujer que le acompañaba. Era una bonita chica de veinte años, con un bebé que lloraba; pero tenía cinturón de seguridad y la bolsa contra impactos la había protegido, así como a la criatura. El conductor, también muy joven, usaba una de las nuevas pelucas María Antonieta, gafas de montura verde, pendientes de cristal y un traje Luis XVI fluorescente verde y rosa, y parecía pálido y enojado.

—Llevo un niño en el coche —dijo.

Canute acusó el golpe y se recuperó en seguida:

—Entonces ¿por qué conducía en sentido prohibido y por qué trató de aventajarme y ocupar un lugar al que no tenía derecho?

El guardia se paró ante ellos, con el magnetófono en marcha y dijo:

—Ya he llamado a la Policía regular. Mientras tanto, sus tarjetas de identificación, por favor.

Jackson se la tendió; el hombre la introdujo en el magnetófono y la sacó cuando se encendió una lucecita. El joven también se la dio, diciendo:

—Tengo un niño en el coche y este tío no lo tuvo en cuenta.

Se había reunido la gente. Varios debían haber visto el accidente, pero sólo una persona, una señora de mediana edad llamada Greenbaum, se ofreció como testigo.

El joven, un tal Mr. Dutton, seguía hablando del niño, y diciendo que Canute se le había metido delante sin preocuparse.

Jackson no comprendía la insistencia de Dutton sobre ese punto totalmente irrelevante. ¿Qué tenía que ver el niño, aparte de que su presencia debía inducir a Dutton a ser más cuidadoso? Pero oyó los comentarios de los circunstantes y

comprendió qué buscaba Dutton. El joven no tenía razón, pero sabía que las cosas habían cambiado y que ahora los niños eran la posesión más preciosa de la Humanidad. Y trataba de conquistar la opinión de los presentes, y además estaba teniendo éxito: Canute veía cada vez más miradas hostiles.

Tuvo el impulso de pegarle a Dutton, pero lo reprimió. Tal como estaba la situación, las emociones prevalecían sobre la lógica. Pero no prevalecerían ante el juez. ¿O sí? Después de todo, los jurados eran seres humanos.

Llegó la Policía y recogió las pruebas y testimonios. Un *service* llevó el coche de Dutton: Canute terminó de meter su coche en el espacio libre y ayudó a Ellen a descender.

Diez minutos después del test no había en sus muñecas ninguna inflamación.

Ellen esperó aún cinco minutos —la gente variaba— y se echó a llorar suavemente.

Jackson la tomó del brazo y salieron. Mientras pasaban junto a los Dutton, oyó a la chica decir:

—¿Qué quieres que le haga si yo soy fértil y tú no? No es por mi culpa, ¿verdad? Y además ¿qué importa? ¡Si estamos casados y ya tenemos un niño!

A pesar de la pena de Ellen, Jackson no pudo dejar de sonreír. Más tarde se sentiría avergonzado de ello, y aún más tarde lamentaría la suerte de Mrs. Dutton. Había de saber años más tarde que el niño había muerto, que ella estaba divorciada de Dutton y casada con un hombre fértil, noticia muy común en los periódicos.

Pero en el presente no tenía mucho tiempo para pensar en los Dutton. En el coche, Ellen empezó a sollozar violentamente. Él intentó ponerle el brazo sobre los hombros, pero ella se hizo a un lado. Volvió a su casa, y cuando ella se encerró en su cuarto, partió en el coche a *Mike's*.

Julio, Año Uno

Jackson Canute estudiaba los informes de sus asesores. Confirmaban específicamente lo que él pensaba en general. La industria envasadora estaba saturada y sólo podía esperar en el futuro una firme declinación del mercado. Aun si Canute podía conseguir crédito, bancario o federal, la conversión no haría otra cosa que postergar la bancarrota.

Otra complicación radicaba en que los distribuidores habían subido los costos. Pedían un centavo más por lata, a la vista, y otro por debajo de la mesa. La organización de los distribuidores —Canute no dudaba de que era un sindicato de la Mafia— estaba tratando de sacar todo el beneficio posible antes de que el mercado se fuera al infierno.

Seis Bancos, y el primero era el de Ahorro y Crédito, habían rechazado el pedido

de Canute.

Jackson había citado a Kalender.

Le dijo que no hacía ninguna diferencia que el sindicato parara o no. Kalender, si bien lo esperaba, palideció.

—¿Y un crédito federal?

—Aunque lo logremos —cosa que dudo— cuando terminemos con los largos trámites será demasiado tarde. Parece que todos vamos a depender de la Ayuda de los Desocupados. Y cuando digo todos, me refiero también a mí mismo.

—Lo dice en broma —sugirió Kalender, con aire sombrío—. Usted tiene dinero en el Banco, amigos poderosos, y un título de bioquímico y otro de administrador de empresas.

—Aunque no sea asunto suyo, tengo en el Banco suficiente dinero para pagar tres meses de alquiler y mantenimiento de mi casa de Highview Drive. Y mis poderosos amigos no podrán conseguirme un empleo si no hay una vacante.

La sorpresa de Kalender estaba levemente teñida de placer. Algo en él se alegraba de la mala fortuna del empresario y no podía ser ocultado por completo. Canute no se sintió resentido, la reacción de Kalender era humana.

—Llevará tiempo cerrar la compañía —dijo Canute—. No puedo irme así como así. El procedimiento legal y el papeleo demorarán unos seis meses. Odio pensar en las reuniones con la junta, los accionistas, los abogados y los representantes del Tío Sam.

Kalender se puso de pie.

—¿Le parece que a mí me será fácil decirle a mi gente que están en la calle? —Le dio un apretón de manos a Canute—. Buena suerte.

—También se la deseo —dijo Canute—. Pero nos vamos a ver muy seguido durante varios meses, de cualquier modo. Es curioso, ¿verdad? Nos vamos a ver más ahora que vamos a cerrar que mientras éramos prósperos.

Agosto, Año Uno

En ese momento, Busiris, Illinois, tenía exactamente 200.302 habitantes. De éstos, doce eran inmunes al aerosol y presumiblemente fértiles. Cuatro estaban casados con cónyuges estériles; cuatro tenían menos de dieciséis años; una era una monja católica que inicialmente se había opuesto al test, aceptando más tarde; otra era una lesbiana que vivía con otra lesbiana; otra, una mujer de veintisiete años, demente sin esperanzas de curación. Y el duodécimo era un hombre de cuarenta y cinco años, divorciado, sin hijos, diabético, misógino y firmemente creyente en la teoría de que Dios deseaba aniquilar la Humanidad. Por lo tanto, de ninguna manera donaría su simiente para la supervivencia de aquélla.

Otras ciudades, en todo el mundo, mostraban un cuadro similar.

En un pueblo rural, Boseman, pocos kilómetros al oeste de Busiris, con una población de quinientas personas, no había nadie inmune.

En la región metropolitana de la ciudad de Nueva York, sobre trece millones de habitantes, seiscientos cincuenta eran fértiles.

De los cuatro mil millones de habitantes de la Tierra, los inmunizados eran doscientos mil. La cifra no era totalmente precisa, porque algunas tribus amazónicas, así como los pigmeos africanos, habían escapado al test. De esos doscientos mil la mitad eran mujeres. Unas veinticinco mil no estaban en condiciones de reproducirse por diversas razones, entre ellas la esterilidad. Porque la resistencia al aerosol de Clabb no determinaba que una persona fuera fértil. Y si las mujeres fértiles casadas con hombres no fértiles se incluían entre las inasequibles, su total llegaba al ochenta y cinco por ciento.

—Lo que debemos hacer —dijo el premier chino en su Declaración de Pekín— es convertir lo inasequible en asequible.

—Persuadiremos, pero no ejerceremos coerción —dijo el primer ministro inglés.

—La madre solicita el máximo sacrificio de sus hijas —dijo el premier soviético.

El Papa, cuando se recopiló la primera estadística completa, continuó guardando silencio acerca de la actitud de la Iglesia en la nueva situación. Se dijo, sin embargo, que se estaba estudiando.

—Éste es el momento de que todos los ciudadanos contribuyan primero al bien común y después al propio —dijo el presidente de los Estados Unidos—. Se deberán promulgar leyes que permitan obrar así a los ciudadanos.

Entrevistado al día siguiente, Lister dijo que formularía propuestas específicas en un momento más apropiado. De acuerdo con algunos analistas de información, significaba que Lister se refería a un momento en que el ánimo del público estuviese predispuesto a recibir favorablemente propuestas radicales. Pero se mostraban vagos acerca de lo que quería decir «radicales».

También se mostraban vagos los borrachos de la barra de *Mike's* acerca de las palabras de Lister y los comentarios de la Prensa. Eran más precisos en los adjetivos con que calificaban al presidente y a los periodistas.

—Escucha, Jackson —dijo Rawley, repleto de bourbon—. Creo que Lister se propone algo muy radical. Radical de veras, ¿me comprendes? En su discurso del mes pasado —¿recuerdas que lo oímos en casa?— sugirió, apenas sugirió, que el sistema actual no puede resolver esta crisis. No dijo qué quería decir «sistema». Pero a mí no me engaña, le conozco bien. Sé cuándo meramente aventuraba un nombre, y cómo procedía cuando realmente quería una persona determinada en el gabinete. Y conozco perfectamente sus discursos sobre la economía de la abundancia cuando era un diputado joven. Así que...

Jackson había escuchado en silencio. Cuando Rawley pidió otra copa, le dijo:

—Si una casa tiene tantas termitas que ya es tarde para exterminarlas, y está a

punto de caerse, entonces la derribas y construyes otra. No la reparas.

—¿Qué? —dijo Rawley.

—Toda la economía se está yendo al diablo, y desde hace largo tiempo. No ha sido capaz de resolver sus propios problemas ni siquiera con un rendimiento del sesenta por ciento. Lo sabes, aunque no quieres admitirlo. Y ahora que ocurre esto, ¿te parece que podernos combatirlo usando métodos que no servían ni siquiera antes?

El abogado vacilaba, con la nariz casi dentro del vaso. Jackson dejó de hablar y empezó a conducirlo hasta su coche para llevarle a su casa. La mujer de Rawley podría venir a buscar más tarde, en taxi, el coche de Rawley.

Setiembre, Año Uno

El famoso discurso presidencial de la Bendición Disfrazada duró sesenta minutos y fue sin duda el más comprimido que se pronunció nunca.

Jackson, que se había quedado trabajando hasta tarde, vio en su despacho, mientras bebía bourbon con hielo, cómo el presidente hacía historia.

Lister comenzó por decir que la cosa estaba hecha —por Clabb— y que no podía volver atrás. Era el momento de que el pueblo de América y todos los pueblos del mundo emergieran del duelo y la depresión. Para sobrevivir como una sociedad viable y legar a nuestros pocos hijos una sociedad viable —y asegurar el mantenimiento de la civilización— no había que realizar milagros, sino prodigios. Lo que sería difícil, pero no imposible. Sólo había que desprenderse de los viejos hábitos de pensamiento y acción, y convertirse en nuevos hombres y mujeres.

Clabb, lo quisiera o no, había abierto una puerta. El problema de la polución se estaba resolviendo de por sí, y desaparecería a medida que la población disminuyera. Si bien la desocupación había aumentado enormemente, se trataba de una situación temporaria. Lister preveía una escasez de personal para el futuro inmediato, en la medida que se desarrollara su plan. La nación conocería una época de desconocida prosperidad. La pobreza desaparecería. Todo aquel que quisiese educación, la recibiría sin costo. La tierra misma sería hermoseedada, y se cuidaría especialmente de la generación nacida después del Efecto Clabb, es decir, la generación fértil. No heredaría un mundo caído en el salvajismo, como muchos predecían, sino un planeta tan próximo al paraíso como la falible naturaleza humana era capaz de crear.

Lo que el presidente y sus asesores consideraban era una sociedad progresivamente automatizada. Todas las industrias y todos los servicios serían equipados con cerebros electrónicos, con el resultado previsto que todos los medios de producción, desde las minas a las plantas, y desde el transporte hasta la distribución final de los bienes a los consumidores, alcanzarían la máxima eficiencia.

Esta automatización no privaría a las personas de sus empleos: por el contrario,

habría más empleos que personas. Se necesitaría el esfuerzo total de la población completa para construir la sociedad cibernética, y a medida que la población se redujera (Canute alzó su copa en un silencioso brindis a los futuros muertos, entre quienes se contaba), los ordenadores y la maquinaria automática continuarían la producción. Por ejemplo, las granjas automatizadas seguirían aportando sus productos aunque hubiera un decrecimiento de la población. Los ciudadanos se verían libres del trabajo duro para la mera supervivencia, que sería reemplazado por un trabajo válido y creativo.

—¿Y cómo harás para automatizar las granjas sin expropiarlas y convertirlas en empresas estatales —le preguntó en alta voz Canute a su televisor—, y cómo reaccionarán los hacendados expropiados? Mañana te acusarán de comunista, y el día siguiente algún loco disparará contra ti.

Lister, era obvio, se había dicho lo mismo. Se preocupó mucho porque su auditorio le comprendiera exactamente. Prometió que los granjeros recibirían equipo cibernético y serían instruidos para utilizarlo. Quienes quisieran aprender a reparar y mantener dichos equipos podrían asistir a escuelas gratuitas. Quienes no quisieran o pudieran adquirir el adiestramiento necesario podrían recurrir a un *pool* de técnicos.

Lo que no dijo Lister en ese momento, ni nunca, fue que si un granjero moría sin herederos, el Gobierno compraría su granja y la convertiría en una propiedad estatal. Y que si había herederos, el Tesoro permitiría el reajuste del impuesto a la herencia si los herederos estaban dispuestos a vender la propiedad al Gobierno.

Lister tampoco mencionó el hecho de que la derogación de la Enmienda vigesimosegunda de la Constitución estaba discretamente en camino, y que su promulgación llegaría a tiempo para su reelección por un tercer término. Y por un cuarto, quinto y sexto.

A pesar de las muchas objeciones al programa de Lister que se hicieron más tarde, la mayor parte de la nación se sintió excitada y reanimada por ese discurso. De lo malo saldría algo bueno, por lo menos la prosperidad general. El presidente era realmente un líder de su pueblo, adaptable y valiente. Después de una serie de presidentes ineptos, desde el punto de vista histórico.

Dos semanas después del discurso de Lister, Canute recibió una llamada telefónica.

—De la Casa Blanca, Mr. Canute —dijo Jessica con voz temblorosa.

—¿El presidente? —a Canute le latió violentamente el corazón.

No era Lister, sino uno de sus numerosos secretarios. Comenzó por preguntarle a Canute cómo se encontraba, y dijo que se alegraba ante la respuesta de Jackson: «Espléndido.» Luego le anunció que recibiría una carta del presidente, o al menos originariamente compuesta y firmada por él. Confirmaría esta llamada y le expondría con mayor detalle los planes presidenciales: ahora se trataba solamente de proporcionarle un rápido resumen de lo que se le propondría.

Canute conocía en términos generales los fundamentos y funciones del CONEN,

la Comisión del Nivel Económico Nacional. Los medios de comunicación habían hablado mucho de ella. Ahora se le preguntaba si estaba dispuesto a asumir un cargo en la junta local, más concretamente a organizaría bajo la supervisión del presidente local, quien había recomendado a Canute porque sabía que se encontraría libre de sus ocupaciones habituales y porque poseía las calificaciones necesarias. Una de ellas era su condición de miembro del partido político presidencial y buen amigo del presidente local, si bien esto no era todo.

Canute dio de inmediato su aceptación verbal, para confirmarla luego por escrito. Agradeció al secretario y contempló con gran satisfacción la imagen que se desvanecía.

Jessica era demasiado refinada para preguntarle qué significaba la llamada. Pero Canute, que no era conscientemente sádico, la llamó para darle la noticia. Jessica parecía aún más bonita excitada. A Jackson le resultaba violento y turbador su contraste con Ellen, que cada día lucía y se comportaba más como una arpía. La reacción de Jessica —que jamás fastidiaba a Jackson y obviamente le quería— ante el problema de la esterilidad era francamente diferente. Si estaba dolorida, ni se le notaba ni la amargaba exteriormente.

Jessica había estado casado una vez por poco tiempo, y aunque nunca se extendió sobre el tema, un año atrás, una noche que Jackson y ella se habían quedado trabajando hasta tarde, le dijo que si alguna vez un hombre la quería, tendría que competir con la imagen de su padre muerto. Jackson se había dicho entonces que su relación no excedería nunca de la situación empleador-empleada. Era suficiente competir una vez con un fantasma.

Pero Jessica estaba ahora tan contenta que le besó rápidamente en los labios y, riendo, volvió de inmediato a la oficina exterior. Jackson no había besado a una mujer durante diez días: Ellen le ofrecía fríamente su mejilla y ahora ni siquiera eso.

Pero un matrimonio significaba algo más que besos y toda mujer mentalmente estable era capaz de sobreponerse a sus depresiones. Canute se habría sentido feliz si Ellen hubiese recuperado la alegría, pero no sabía ya qué más hacer para ayudarla. Había intentando todo lo que podía en el tiempo libre que le dejaba la liquidación de Canute Baby Foods Inc. Le había sugerido consultar a un psiquiatra, o visitar conjuntamente a un psicólogo de parejas: ella se había negado, diciendo que esos hombres no podían devolverle la fertilidad. Subrayó la palabra *hombres*, dando a entender que consideraba a Canute un miembro de ese culpable conjunto, aunque él pensó que Ellen le tenía ubicado en un círculo más reducido, donde sólo estaba él mismo: el hombre que la había inducido a aplazar la maternidad.

Le preguntó si quería adoptar un niño, a lo que ella se negó: quería uno propio. Con todo, Jackson pensó que podía cambiar de ánimo e hizo averiguaciones. No había ninguna posibilidad desde hacía largo tiempo: el día siguiente a la publicación de las cartas de Clabb los orfanatos habían sufrido una avalancha de pedidos de adopción.

Ellen padecía también por no estar casada ya con un hombre rico. No sólo se negó —le arrojó ceniceros— cuando él dijo que era preciso poner la casa en venta, aunque pocas posibilidades había de venderla sin gran pérdida, dada la pésima situación del mercado de propiedades.

Pero ahora, el cargo del CONEN importaba 100.000 dólares anuales, es decir, a causa de la inflación, una cifra equivalente a 45.000 dólares hace diez años. Podía mantener la casa, aunque no volviera a ser un hombre de grandes medios. Ellen y él deberían vigilar atentamente el presupuesto, y posiblemente fuera mejor vender con pérdida —que en parte sería absorbida por la reducción del impuesto a los réditos— y adquirir una casa más pequeña.

Sirvió hielo y bourbon en dos vasos y llamó nuevamente a Jessica. Le dijo que después de todo no se quedaría sin trabajo: como miembro de la junta del CONEN tendría necesidad de un pequeño batallón de secretarias, que ella dirigiría. Habría suficiente presupuesto. Para no mencionar —no lo hizo— que, como funcionario del CONEN, tendría considerable poder e influencia.

—*¡Jessica: por nuestro futuro!*

Abril, Año Tres

Con un índice de mortalidad anual de 9 por cada mil habitantes, Busiris debía haber perdido 5.400 ciudadanos en tres años. Pero la proporción de suicidios, homicidios y accidentes fatales se elevó agudamente y la población, que debía ser de 194.600, era aproximadamente de 183.000 personas. Sin embargo, en la actualidad los suicidios habían disminuido y prácticamente igualaban las cifras de los tiempos anteriores a Clabb.

Todavía era prácticamente imperceptible el impacto de las muertes y la disminución de los nacimientos. Cuando Canute iba a su trabajo o recorría los barrios apartados, o los alrededores de la ciudad, veía pocas casas vacías. La única imagen que realmente le impactaba era la de los parvularios.

Habían cerrado. Se veían niños jugando en los patios de las escuelas durante los recreos, pero sabía que los grados inferiores quedarían desiertos muy pronto. Durante años, las escuelas se habían ido llenando cada vez más; pero dentro de muy poco tiempo disminuiría la cantidad de alumnos por clase, y habría más maestros disponibles por alumno.

Canute, como miembro de la junta del CONEN —de hecho era ahora el presidente—, cumplía también las funciones de supervisor de la educación. Recorría de cuando en cuando las escuelas, aunque un secretario se ocupaba del control permanente. En tres años su presupuesto se había triplicado, y tenía ahora dos veces más personas trabajando a su cargo. Su poder era grande, pero también su trabajo y

su responsabilidad. Había recibido algunos agasajos, se le habían acercado muchos que querían favores y, en una ocasión, había sido golpeado por cuatro hombres que le llamaron, entre otras cosas, «instrumento del Gobierno». Tuvo suerte: otro miembro del CONEN fue asesinado a balazos cuando subía a su coche, en el aparcamiento, una noche muy tarde. Los asesinos habían dejado una insignia en su ensangrentada chaqueta: sobre las letras LLL, una mano que sostenía una tea encendida. Liga de Lucha por la Libertad. Revolucionarios clandestinos. Pero este grupo clandestino, al revés de los grupos similares del pasado, estaba integrado por reaccionarios que querían mantener intacto el antiguo sistema, que aún consideraban las viejas estructuras adecuadas para la resolución de los nuevos problemas.

Posteriormente se descubrió que un marido celoso había contratado a tres asesinos para matar al funcionario del CONEN, y por un tiempo había logrado acusar al grupo clandestino. El marido celoso era precisamente el hombre responsable del nombramiento de Canute, el primer presidente de la junta local. El escándalo resultante fue utilizado por los opositores para desacreditar la política oficial.

Canute fue designado nuevo presidente, y aceptó el cargo entre agudas críticas. Uno de los críticos más enconados —y el más influyente— era el editor y director de *El Sol de Busiris*. Caleb Tooney tenía sesenta años de edad, había sido conservador toda su vida, y era un importante accionista de la enorme planta Diesel de Busiris. Ferviente opositor a la política de Lister, sostenía en muchos de sus editoriales que éste debería suprimir ciertas partes de la Constitución, como por ejemplo los artículos consagrados a los derechos civiles, para el eficaz desarrollo de sus planes. La mejor refutación de estas profecías era que Tooney podía publicar libremente sus editoriales.

Julio, Año Tres

Cuando *El Sol de Busiris* fue pasto de las llamas, el jefe de Policía afirmó que se trataba de un incendio intencional y demostró con pruebas concretas que el fuego había sido provocado. No pudo, sin embargo, hacer arrestos. Podría haber sido cualquier psicótico motivado por el deseo de contemplar las llamaradas. Tooney dijo privadamente que había sido el personal de inteligencia del Gobierno, aunque se abstuvo de acusar directamente a Lister.

Canute reflexionaba.

Se dijo que el destino de la Humanidad estaba en juego, y que el Gobierno debía tomar medidas severas, incluso medidas que él mismo habría considerado criminales en circunstancias ordinarias, pero que justificaría en la actualidad.

Y luego se reprochó por caer en racionalizaciones cobardes. ¿Valía la pena la supervivencia si era preciso crear una sociedad represiva para sobrevivir? El

periódico de Tooney había servido de válvula de escape para muchas tensiones peligrosas. No había logrado obstaculizar la labor del CONEN. Y había llamado la atención sobre los errores que a veces cometía el Gobierno, como la arrogancia o la transgresión de los derechos de las personas.

Bueno o malo, el periódico ya no existía. Tooney era un viejo obstinado: trató de reunir dinero y de obtener préstamos bancarios para reconstruir el taller. No logró cobrar los seguros porque en apariencia no había tomado una cantidad suficiente de guardias, ni establecido el costoso sistema de alarma especificado por los aseguradores. Tooney llevó el caso a los tribunales; la primera audiencia se celebró un año más tarde y luego el asunto se arrastró durante seis años entre tribunales menores y mayores, hasta que Tooney perdió. Mientras tanto, un grupo más liberal anunció su proyecto de editar un nuevo periódico, el *Busiris*. Pero no llegó a aparecer. La gente de la ciudad se había suscrito a periódicos de Chicago y St. Louis, o veía las noticias a través del canal local de televisión. Más adelante, una red nacional suprimió todos los programas no informativos y terminó por reemplazar a la prensa.

Canute veía cómo cierto esquema tomaba forma en todo el país. Los demás periódicos fueron muriendo por diversas causas: bancarrotas, problemas laborales, disminución de anuncios, alzas impositivas o actos de vandalismo. En muchos casos, no ocurría nada espectacular; sólo, quizá, que una emisora de TV local se convertía en una fuente *full time* de noticias, y que la gente no compraba el periódico. El Gobierno le prestaba dinero a las nuevas estaciones de TV, pero no a los periódicos, aunque siempre tenía buenos motivos para la negativa. El mejor era que no deseaba arriesgar el dinero de los contribuyentes en una empresa sin porvenir.

Octubre, Año Siete

El *Decpob* había reducido la cantidad de habitantes de Busiris a 176.625. La pérdida de 23.677 ciudadanos era perceptible, pero no dramática. De hecho, no había casas desocupadas en las mejores zonas residenciales. Cuando un propietario moría sin herederos, o éstos estaban dispuestos a vender, el Gobierno otorgaba créditos a ciertos ciudadanos elegidos de las zonas más pobres, que se instalaban en los barrios anteriormente exclusivos.

Jackson Canute vivía en el distrito más residencial. Las manzanas eran allí excepcionalmente largas, equivalentes a tres manzanas normales. Muy cerca vivían seis familias negras, encabezadas por abogados, médicos y profesores universitarios.

Cuando Jackson recorría el distrito vecino, con casas cuyos valores estaban entre los 50.000 y los 75.000 dólares, veía numerosas personas de color. Sabía que antes residían en el sector de la clase media negra en el Oeste.

La gente de las regiones pobres obtenía créditos oficiales, y por tanto la

oportunidad de trasladarse, en grupos pequeños y por sorteo. Pero según Canute descubrió, aunque no habría podido probarlo, los ganadores eran siempre personas cuidadosamente elegidas: gente ambiciosa con deseos de progresar, y de quienes cabía esperar que continuaran ajustándose a la definición gubernamental de los «ciudadanos responsables».

Era obvio que el Gobierno estaba tratando de dismantelar discretamente los ghettos. No sólo Jackson lo descubrió: hubo tumultos y acciones judiciales. Pero los tumultos fueron contenidos y los juicios se alargaron infinitamente. Los que protestaban eran tanto blancos como negros y se sentían con idénticos derechos para oponerse a las injusticias.

Como presidente de la junta del CONEN, Canute poseía realmente más poder que el intendente de Busiris. Lo usó en cierta oportunidad para realizar una encuesta entre los blancos pobres del sector Sur. Descubrió que había menos candidatos calificados que en el ghetto negro: prácticamente ningún profesional, y muy pocos seres con verdadera ambición. Jackson comprendió cuáles eran los factores que provocaban el fenómeno, pero nada podía hacer para alterarlos. Concluyó que el Gobierno estaba tratando de lograr la transición social indispensable con el mínimo de enfrentamientos, y que en esto se conducía sensatamente. Con todo, encontró también bastantes blancos valiosos y ayudó a que se instalaran en sectores próximos al suyo: esto causó acusaciones de discriminación, por parte de negros y blancos, y turbó aún más sus días y noches.

El poder era en sí una gran remuneración, pero sus subproductos eran ese tipo de tensión nerviosa que produce úlceras, y la fatiga. Aun protegido por su equipo secretarial, Jackson vivía asediado por las cartas, las llamadas telefónicas y los visitantes que le sorprendían al salir de su despacho o le aguardaban en la puerta de su casa. Una vez alguien le arrojó una nota atada a una piedra por la ventana de su living: en el sobre había dinero para pagar los vidrios rotos, pero Jackson hizo arrestar igualmente a su corresponsal.

Ellen le abandonó el día siguiente, El incidente de la pedrada fue uno más en una larga serie de motivos de queja; pero Jackson y ella habían reñido cada vez más, y sus reconciliaciones eran cada vez menos frecuentes y duraderas. Sin embargo, quizá, si él hubiese podido pasar más tiempo con ella, si Ellen no hubiese sido asediada por los pedigüños, habrían podido mantener la paz.

Año Ocho

Jackson extrañó a Ellen, aunque no mucho. Se casó con Jessica seis meses después del divorcio. Fueron bastante felices, aunque ella se quejaba de sus frecuentes ausencias. Ella siguió trabajando con él, pero Jackson pasaba buena parte

del día fuera de su despacho, y de la noche fuera de su casa. Tuvo algunos malos momentos provocados por su esterilidad, y algunas pesadillas acerca del fin del mundo; pero no eran frecuentes ni se le pasaba por la cabeza culparlo a él al respecto.

Jessica, un día, se creyó embarazada. Durante los primeros diez años después de Clabb eran comunes los falsos embarazos, que eran en definitiva tumores de rápido crecimiento y con mucha frecuencia malignos y metastásicos. Era como si el profundo deseo inconsciente de la maternidad causara en algunas mujeres este tipo de crecimiento celular; muchas no se trataban a tiempo. Pero las muertes femeninas por este motivo aumentaron mucho, tanto que el índice general de mortalidad pasó de nueve (en los primeros tres años) a once por mil el octavo año.

Jessica murió a fin de año.

Quizás ese tipo de enfermedad se debía, pensaban algunos psicólogos, al síndrome del fin del mundo. Generalmente tal síndrome se manifestaba en formas vagas, y por esto mismo era difícil de diagnosticar y curar. Como una pregunta formulada de modo poco preciso, no tenía respuesta posible. No fue mucha la gente que perdió la razón por su causa, pero sí la alegría del trabajo y del ocio. Hizo más pálidos el cielo y la tierra, y afectó la mente inconsciente de los hombres y las mujeres.

Jackson Canute se decía a veces que él estaba exento de estos sentimientos. Hasta el año Cero A. C. (antes de Clabb), como lo denominaban aviesamente los periodistas, su trabajo por lo menos le había resultado satisfactorio. Había sido un útil miembro de la comunidad mientras dirigía una industria que producía alimentos infantiles. Ahora dirigía lo que era en esencia un cambio, si bien ese cambio involucraba la empresa más larga y vasta de la Historia. Nada le gustaba más que dirigir una organización con su estilo particular, esto es, haciendo primero planes en gran escala y tratando luego directamente con las personas mismas en pequeña escala.

Otras personas no eran tan felices; pero así eran las cosas, y parte de su trabajo consistía en tratar de mejorar su disposición. Aunque, desde luego, como su finalidad básica era obtener lo mejor para los más, era evidente que una minoría no sería feliz.

A Jackson le tocó ocuparse del caso de Miss Scroop, la muchacha lesbiana que el test había revelado fértil. Miss Scroop anunció su intención de tener hijos con dos condiciones: que fuera por medio de la inseminación artificial, y que se le permitiera casarse legalmente con su amante, Miss Windsor.

Este asunto hizo furor durante el octavo año después de Clabb. *Time* (que aún era una revista y no una emisora de TV) dedicó tres artículos a las dos mujeres, haciéndole, de paso, bastante publicidad favorable a Canute. El empleador para quien trabajaba Miss Scroop la despidió apenas formuló el anuncio; Canute no pudo conseguir que volviera a aceptarla y finalmente la contrató como secretaria. Las dos mujeres recibieron infinitas cartas amenazantes, y el mismo Canute un centenar. (No se podía utilizar el teléfono para estos menesteres porque la pantalla telefónica

mostraba automáticamente el número del otro aparato.) Algunos ciudadanos con espíritu público le pegaron al ex empleador de Miss Scroop.

Ella insistió en el casamiento legal; y el hecho de que la legislatura de Illinois lo hiciera inmediatamente posible demostraba hasta qué punto se había modificado la opinión pública: ciertamente ningún legislador de la nación habría permitido la aprobación de una ley semejante el año anterior.

Diez meses después Mrs. Windsor, como pasó a llamarse, dio a luz el primero de sus cinco hijos. Jackson vio por TV la entrevista realizada en el momento de salir del hospital con el bebé.

Reportero: «¿Está usted contenta, Mrs. Windsor?»

Mrs. Windsor: «Contentísima. También Glenda está feliz.»

Reportero: «¿Es verdad que piensa educar a su hijita como una lesbiana?»

Mrs. Windsor: «Si no tuviera el bebé en brazos, pedazo de (censurado), te daría una buena patada en los (censurado). Sal del paso (censurado).»

El reportero se había atrevido a decir en público lo que muchos habían dicho en privado o en cartas a los directores de los medios masivos.

En su entrevista final con *Time*, Mrs. Windsor afirmó que la niña sería «correctamente» educada.

—Yo fui educada por dos heterosexuales... ¿Quién puede saber cómo será Safo?

Eventualmente las dos Windsor y la niña dejaron Busiris y se establecieron en la ciudad de Nova, un reciente establecimiento federal situado cerca de Asheville, Carolina del Norte. Allí se instalaron en una casa que algunos calificaron de palaciega, donde no volvieron a ser molestadas.

La monja fértil, sor Graciana, había sido eximida de sus votos a condición de que se casara y tuviera niños. El único hombre fértil de su fe en Busiris era un tal Mr. Bunding, cuya primera esposa había fallecido al dar a luz. Mr. Bunding se casó con sor Graciana, que le abandonó la mañana siguiente a la noche de bodas sin dar razones. Mrs. Bunding vivió durante un año en un apartamento en el otro extremo de la ciudad y luego se marchó a Nova. Con todo, le dio a Mr. Bunding seis hijos, todos mediante inseminación artificial. La Iglesia no objetaba el procedimiento mientras el donante fuese su propio marido.

Nova había sido establecida por el Gobierno federal con el carácter de centro para «el mantenimiento de los principales recursos de la nación». Había precedentes en otros países, como China, Japón, Indonesia, Israel, la República Árabe Unida, Brasil y la Unión Soviética. Estas naciones, donde era obligatoria para las mujeres fértiles la cifra de siete alumbramientos, hacían importantes previsiones económicas para cada niño nacido. El Congreso de los Estados Unidos fundó Nova e hizo todo lo posible para atraer a la nueva ciudad a las parejas fértiles. Algunos protestaron, porque la cómoda y gratuita existencia de los fértiles era discriminatoria. La respuesta,

abiertamente formulada a través de todos los medios informativos, fue que no todas las discriminaciones eran malas, especialmente si ayudaban a la Humanidad en general, y a los Estados Unidos de América en particular, a sobrevivir.

Algunos radicales propusieron que todas las naciones apoyaran una comunidad internacional única donde se reunieran todas las personas fértiles, que sería, de hecho, un nuevo Estado. La lengua común de sus ciudadanos sería el Esperanto, recientemente revisado, o el Loglan III; a su debido tiempo la Humanidad se libraría de esta forma de todos los problemas causados por el nacionalismo y la diferencia de los idiomas.

A muchas personas la idea les pareció buena. Eso sí, era naturalmente imposible que ninguna nación aceptara la idea como una realidad viable, puesto que todas tendían a conservar para sí sus propios fértiles.

San Marino, la diminuta nación de habla italiana, tenía una ciudadana fértil: ella, su marido y sus seis hijos aceptaron la oferta más conveniente y emigraron secretamente a los Estados Unidos, donde se establecieron en Nova. Esto provocó las furiosas protestas de varios países, y especialmente Italia, que esperaba quedarse con ella. El marido era estéril, pero se mostró dispuesto a aceptar la situación y su esposa dio a luz otros seis niños concebidos por inseminación artificial. En Estados Unidos se dijo que el Gobierno federal promovía la inmoralidad, pero la mayoría de la gente no parecía pensar lo mismo. Todo el mundo sentía que la necesidad de sobrevivir era más importante que la moralidad convencional.

En el Año Uno la República de Sudáfrica poseía 150 mujeres blancas fértiles, sumadas a 23 asiáticas y 271 negras. Se crearon centros como Nova, separados, para las tres categorías. Las asiáticas murieron junto con sus maridos y sus hijos cuando el avión que las transportaba hacia su centro estalló en el aire. Un año más tarde, las 271 mujeres negras murieron cuando explotó un polvorín en las inmediaciones de su establecimiento. Los funcionarios de la República proporcionaron diversas explicaciones para justificar la ubicación de ese polvorín cerca de los «recursos nacionales» negros. Nunca se pudo probar que la explosión o la caída del avión fueran otra cosa que accidentes; pero la población negra, furiosa, se lanzó a la guerra civil —o a la rebelión, según otros—; antes que los blancos lograran sofocar el levantamiento, las personas fértiles de esa raza fueron masacradas, y sólo cinco sobrevivieron. El movimiento clandestino negro juró apoderarse de ellas, pero las cinco fueron secretamente evacuadas del territorio y vinieron a los Estados Unidos que les ofrecían el más alto standard de vida.

Samoa Occidental comenzó con cuatro mujeres fértiles, escasez que era común en toda la Polinesia. Muchas naciones y posesiones territoriales del Pacífico Sur no alcanzaban el mínimo crítico indispensable para asegurar la perpetuación de sus poblaciones. Se propuso la creación de una Gran Confederación Polinesia y el alojamiento de todas las personas fértiles en Tahití, que según algunas autoridades, era el hogar original. Esta propuesta fue rechazada por las naciones que poseían las

islas, o que tenían mandatos sobre ellas. De cualquier forma, todos los hombres y mujeres fértiles del Pacífico Sur fueron raptados de sus hogares y establecidos en Samoa Occidental. (Esta práctica recibió en la época la denominación de *sexuestro*.) Una guerra entre Inglaterra y Estados Unidos por una parte —que defenderían la Gran Confederación Polinesia— y una alianza franco-chilena por la otra —ambos países deseaban recuperar a sus fértiles— fue por un momento una posibilidad real, a juzgar por los medios informativos de los países involucrados.

El experimento polinesio funcionó, con todo, muy bien. En cambio, la Unión Bantú de África Oriental, formada para reunir a las personas fértiles de Zambia, Malawi, Kenia, Ruanda, Urubu y Mozambique, fracasó: las diferencias tribales no pudieron ser superadas, de modo que los fértiles regresaron eventualmente a sus territorios y la Unión se desintegró.

Canadá era, por su superficie, la segunda nación del mundo, aun cuando su población no excedía, el Año Uno, de veintiún millones de habitantes. Tenía 1.038 personas fértiles blancas, 13 indias y 4 negras. Todos los indios, sin excepción, pertenecían a tribus diferentes. De los negros, uno residía en Toronto, otra en Quebec, otra en Saskatoon y el cuarto en Vancouver. Los 13 indios fértiles invitaron a los 33 de Estados Unidos a instalarse con ellos a orillas el gran lago Slave, donde se construiría una nueva nación india, que formara, con el tiempo el núcleo de una tribu que se difundiera en las tierras desiertas de Norteamérica, viviendo en forma similar a la de sus antepasados precolombinos, aunque conservarían numerosos objetos modernos.

Los Estados Unidos objetaron que sus indígenas abandonaran el territorio (al mismo tiempo que defendían el derecho de los polinesios para abandonar el suyo). Igualmente, los 33 indios consiguieron fugarse al Canadá, y mientras se realizaban complejos trámites de extradición, Canadá y Estados Unidos se fusionaron en los Estados Unidos de Norteamérica, USNA.

La tribu recién creada, que adoptó el nombre de Los Primeros Hombres, coincidió en el uso del idioma inglés como lengua común. Y muchos años más tarde, cuando la tribu se extendió por las vastas tierras nuevamente desiertas, presentaba un curioso fenómeno: indios americanos de habla inglesa se llamaban a sí mismos «eslavos» por provenir del lago Slave.

Julio, Año Veinte

Busiris había perdido cuarenta mil ciudadanos, que en su mayor parte yacían en sus tumbas. Y había ganado quince, pero se habían ido a Nova: éstos eran los hijos de los chicos que tenían menos de dieciséis en el Año Cero, A. C.

Era extraño, pensaba Canute, no ver en la ciudad una sola persona menor de

veinte años, y poquísimas menores de treinta.

Empezaba a ser perceptible la cantidad de casas desocupadas y de lotes vacíos. El Gobierno derribaba las casas apenas desaparecían los propietarios, y los terrenos eran inmediatamente convertidos en parques con césped, árboles y macizos de llores. Esto no sólo daba un aspecto agreste a las zonas residenciales, sino que aseguraba a la futura población, cuando volviera a expandirse, una visión infinitamente más bonita que la de unas ruinas cubiertas por la maleza.

El plan a largo plazo consistía en nivelar toda la ciudad gradualmente, paso a paso y muerte a muerte, de modo que en el futuro un visitante no sabría que se encontraba en Busiris hasta que viera la gran placa en el centro del bosque. La placa, que en este momento se estaba preparando, contendría una breve historia de la ciudad. Incluso los cementerios se construían con miras a su propia desaparición: cuando se marcharan los vivos, la vegetación los cubriría.

La tumba de Canute desaparecería junto con las otras, pero su nombre se conservaría en la placa.

—Para siempre —le dijo un funcionario del Gobierno.

Canute sonrió.

¿Cuántos eran los monumentos, contruidos para durar eternidades, que ahora se habían desvanecido? ¿Qué le costaba al tiempo demostrar que las obras del hombre no eran «para siempre»?

El funcionario interpretó acertadamente la sonrisa de Jackson.

—Pero esta placa será de inertium, verdaderamente indestructible. Durará para siempre.

Canute se encogió de hombros.

—Pero yo estaré muerto y no serán mis hijos quienes lean mi nombre.

Una mañana salió a recorrer el sector Sur, aparentemente con finalidades oficiales, pero en realidad, simplemente a dar un paseo. Veinte años antes la zona era un conjunto de casas de renta baratas, y de proyectos de vivienda federales, un verdadero criadero de crimen, enfermedad y miseria. Sus edificios, alquilados sobre todo por negros aunque había una minoría de blancos pobres, estaban terriblemente descuidados. Los patios sin plantas estaban cubiertos de papeles, latas, colillas de cigarrillos. En las calles obstruían el paso los coches abandonados herrumbrados y desguazados en parte. Casas inhabitables que lo miraban a uno por sus ventanas sin vidrios, y mostraban en sus paredes toda clase de letreros y dibujos obscenos. Hoy el ghetto había desaparecido: todos sus habitantes habían sido transferidos a los mejores barrios residenciales. La edificación había sido derribada y reemplazada por césped y árboles, y en el centro había un gran lago artificial sembrado de peces.

Las protestas habían coreado cada cambio y se habían creado muchos conflictos entre las personas trasladadas a nuevas zonas y las que ya residían en ellas. Pero las fricciones no habían sido tan graves como se pensaba y en veinte años, gracias a que se encontraban relativamente libres de la necesidad, los desplazados se habían

convertido en un razonable facsímil de clase media. La miseria y hasta el derramamiento de sangre de dos décadas atrás habían quedado en el pasado.

Jackson pensaba, mientras conducía lentamente su coche eléctrico por el sector Sur, que Busiris había tenido una transición bastante afortunada porque al principio del proceso tenía una pequeña minoría de gente pobre. La región metropolitana de la ciudad de Nueva York, con sus gigantescas minorías, no había resuelto aún sus problemas, ni lo haría hasta que la población disminuyera mucho más. Su población antes del *decprob* era de quince millones de habitantes. Un índice de mortalidad normal no habría creado un cambio demasiado radical, pero las tasas de suicidio y criminalidad aumentaron velozmente y los terribles tumultos de agosto, doce años antes, habían causado aproximadamente un millón de víctimas. El incendio de Harlem durante los disturbios, y la extensión del fuego a otras zonas habían provocado doscientas mil muertes en seis días. El Ejército, la Marina y la Guardia Nacional ocuparon la zona y organizaron la dispersión del sector, con el auspicio parcial del Gobierno.

Muchos llamaron a ese acontecimiento la Segunda Diáspora: Busiris recibió a 350 desplazados, en su mayoría originarios de Puerto Rico. Canute los ubicó donde pudo, en las antiguas escuelas primarias y jardines de infancia, desiertos pero todavía en pie, y luego los distribuyó en varios distritos residenciales. No le fue difícil encontrar empleos para ellos: en ese momento había escasez de mano de obra. Y como su adaptación a la pequeña ciudad del Medio Oeste no fue fácil, Canute pasó muchas horas tratando de hacer que se sintieran felices.

Entre los miembros de este grupo estaba María Gutiérrez, programadora de ordenadores, hermosa, de ojos negros, pelo rojo y poco más de veinte años. Jackson se enamoró de María durante la enfermedad final de Jessica y, después de su muerte, se casó con aquélla. Estaba seguro de que la diferencia de edades crearía problemas más tarde o más temprano, pero mientras tanto se llevaban bien, y ella no se quejaba de que él faltara tantas horas de su hogar. María era sexualmente sosegada: respondía muy satisfactoriamente, pero nunca pedía más. Era una espléndida compañera para un hombre de edad mediana que solía regresar muy fatigado de su labor cotidiana.

Canute vio por el espejo retrovisor una camioneta de vapor que le seguía. No le gustaba que le siguieran tan de cerca mientras paseaba a baja velocidad, de modo que disminuyó aún más la velocidad y le cedió el paso: el coche se adelantó, pero bruscamente se detuvo delante, cortando el camino, y obligando a Canute a frenar violentamente: los neumáticos chillaron, el coche de Canute se incrustó en el paragolpes de la camioneta.

El hombre que se bajó de ella le parecía conocido a Canute, pero sólo cuando vio el revólver supo quién era, con asombro. Habían pasado veinte años desde que ese joven del Volkswagen intentara quitarle su lugar de aparcamiento del Colegio de Raywoods. Ahora el hombre parecía mayor, su expresión de malévola obstinación seguía siendo la misma. Era ella la que había alertado la memoria de Jackson.

—¿Qué quiere? —preguntó, sintiendo frío en sus entrañas.

El cañón del revólver, un Colt 45 que seguramente tenía más de cien años y era un verdadero ejemplar de colección, parecía enorme.

—Pagarle —respondió el hombre; después, seguramente, disparó.

Canute despertó más de una vez confuso y dolorido. Por fin, terminó de recuperar la conciencia en una cama de hospital. Una bala, sin duda la primera, le había rozado la cabeza. La segunda había entrado oblicuamente en su pecho, desviándose a lo largo del esternón. La tercera le había atravesado el muslo derecho.

—Si no aparece el coche de la Policía, ese maniático le habría vaciado el arma —dijo el doctor—. Pero tiró contra la Policía. Tuvieron que matarle.

—Pero ¿por qué quería matarme a mí? —dijo Jackson—. El incidente del aparcamiento no tenía ninguna importancia... Y ocurrió hace veinte años.

—Estuvo diez años en un hospital psiquiátrico de Los Ángeles —dijo el médico—. Leí todos los antecedentes. Según el psiquiatra, le acusaba de la muerte de su hijo y el divorcio de su mujer. Decía que el choque le causó al niño una conmoción y que ésa fue la razón del tumor de que murió. Por supuesto, no hay ninguna prueba de que haya sido así, y de cualquier modo, la Policía determinó que el culpable de ese accidente era él mismo. Se escapó del hospital hace seis meses, y robó el revólver y las balas en el museo de Dodge antes de dirigirse hacia aquí. La Policía sabía que había un extraño en la ciudad.

—¿Un extraño en la ciudad? ¿Y desde cuándo es ilegal ser nuevo en una ciudad?

—Veo que todavía no piensa con claridad.

—¡Ah, sí! —dijo Canute—. Comprendo.

Las fuerzas policiales habían crecido enormemente después del Año Cero. Lister había insistido en que hubiera suficientes fuerzas locales para impedir los tumultos y ayudar a mantener una situación de pleno empleo. El número de las fuerzas policiales se había mantenido a pesar del decrecimiento de la población. Y era probable que cualquier policía conociera a todas las personas de su zona, y pudiera determinar de inmediato la presencia de un extraño. Y para los patrulleros seguramente era una rutina comparar el rostro de un extraño con las fotos y películas inmediatamente asequibles por teléfono.

El doctor se fue. Cuando Jackson volvió a despertarse había una enfermera joven y atractiva junto a su cama.

—Buenas tarde, Mr. Canute —le dijo—. Soy Amanda Tilkeson. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor después de verla —respondió él.

—Gracias, Mr. Canute. Los sensores indican que está usted muy bien. Debería tener hambre.

—Así es.

—El sistema robot le traerá algo ahora —dijo ella—; pero una asistenta le servirá más tarde la cena.

—Muy bien.

La miró alejarse. El hospital estaba tan totalmente automatizado que una sola enfermera podía ocuparse de toda una planta. Pero Lister había dicho —sin duda un psicólogo había escrito ese párrafo— que la cibernética sólo era una ayuda en un hospital, y que los pacientes necesitaban la compañía de seres humanos.

A lo largo de los últimos diez años, Canute había escrito su autobiografía en las horas libres. La publicación de obras individuales era ahora una responsabilidad del Gobierno. Jackson no tuvo dificultad para publicar sus pensamientos y la historia de su vida. No era ahora un criterio de mayor o menor venta lo que decidía la aceptación de un libro. Lister había declarado públicamente mucho antes que deseaba «que se hicieran oír todas las voces de la nación.»

El Gobierno naturalmente no podía imprimir y distribuir un millón de ejemplares de cada libro propuesto, y por otra parte habría sido poco democrático crear comisiones de críticos cultos y distinguidos que determinaran qué era «bueno» y «malo». El problema se resolvió en primera instancia con la realización de ediciones baratas y limitadas de todos los originales sometidos, que se distribuían por intermedio de los almacenes federales. Los libros se entregaban gratuitamente a quienes los pedían; y una vez desaparecida la edición, sólo se reeditaba una obra determinada si los lectores la habían acogido bien. La encuesta se realizaba por medio de máquinas instaladas en los almacenes: casi la mitad de los lectores las utilizaban, y aproximadamente una octava parte de los libros fue reeditada, en mayor cantidad y con distribución más amplia.

Pronto el sistema se demostró inadecuado, sobre todo porque contenía demasiados elementos de azar. Se habían perdido así muchas obras valiosas, en tanto que libros muy malos sobrevivían. Lo que solía decidir el destino de una obra era la crítica de la televisión, y muchas veces los críticos tenían motivos exclusivamente personales. Con todo, la experiencia determinó exactamente los problemas a resolver, y Lister los trasladó a sus especialistas en cibernética, quienes propusieron una solución.

Hoy, todo ciudadano poseía una cantidad de *linders*. Éstos recibían su nombre de su inventor, George Linders, y eran «libros» de treinta centímetros por treinta y seis de espesor, contenían diez mil páginas en blanco y pesaban treinta y dos gramos. Bastaba con tomar del almacén una cassette (del tamaño de una cajita de cerillas) que contenía un libro entero codificado electrónicamente. Acoplaba la cassette al linder, conectaba a una fuente de electricidad, cuidando de apoyar el linder sobre una superficie plana. Minutos después la cassette había llegado al final de su recorrido, y se podía desconectar. En el linder se encontraba el libro deseado impreso con ilustraciones en color. Si el lector se hartaba del libro, el linder se podía borrar; si deseaba leerlo de nuevo, podía también guardar la cassette; de lo contrario la

devolvía. Los linders podían usarse casi indefinidamente.

Y las cassettes podían también conectarse a la TV, y entonces el contenido del libro se leía en la pantalla, donde se podía gobernar la velocidad de paso con un simple control remoto.

De modo que, por primera vez en la Historia, cualquiera que deseaba publicar un libro podía hacerlo dentro de límites muy amplios. La edición de una obra de un autor que no tenía antecedentes estaba reducida a cincuenta mil cassettes; si había demanda de más, el Gobierno editaba más. El derecho de un autor a una edición más grande era automático, y se basaba en la demanda de los lectores.

La autobiografía de Jackson Canute había sido bien recibida en Busiris, pero no era muy conocida fuera de la ciudad. Amanda Tilkeson, su enfermera, había venido varias veces a visitarlo y a conversar con él sobre el libro, que le había gustado mucho. Canute no pensaba que tuviera gran interés intrínseco ni méritos literarios, pero le alegraba que alguien lo admirara. Y aun otro interés común descubrió en Amanda: su afición a la pesca en bote. María odiaba el agua.

Cuando el dolor desapareció, y pasó de su cama a una silla de ruedas automatizada, Canute empezó a gozar de su estancia en el hospital. María, muy preocupada al principio, empezó a revelar una faceta oculta hasta entonces. Presentía la buena relación existente entre Canute y Amanda, y quizá recordaba que le había conocido cuando él todavía estaba casado con Jessica.

Le dijo que la autobiografía no le gustaba porque le recordaba lo poco que Jackson se había ocupado de ella. Cuando él respondió que eso era nuevo para él, María le dijo:

—No me hables de los sacrificios que has hecho por los demás; ¡a ti te gusta lo que haces! Siempre has preferido tu trabajo a estar conmigo. Yo te aburro, y tu trabajo no. Eres egoísta. No trabajas para ayudar a la gente. No te importa nada de ellos.

—¿Y qué diferencia hay? —respondió Jackson—. Lo que importa son los resultados. No importa que yo ayude a la gente porque quiero, o porque siento una compulsión. Admito que soy egoísta. ¿Y qué? Los asuntos de la ciudad están en orden, la gente recibe la ayuda que necesita y yo estoy contento, independientemente de mis motivos.

—Entonces, ¿por qué no te preocupas por hacerme feliz a mí?

Jackson se sentía auténticamente sorprendido, aunque no le importaba demasiado.

—Si yo me quedara en casa a mirar la televisión y a resolver los problemas que tienes con nuestros perros, entonces, yo sería infeliz. A ti te corresponde buscar una ocupación para no sentirte aburrida. Yo te he pedido mil veces que trabajes conmigo.

—¡Eso sí que no podría soportarlo!

Se marchó, después de besarle en la mejilla, con el ceño fruncido.

Luego llegó Amanda. No dijo nada, pero actuaba como si hubiera escuchado la conversación. Mostraba también una expresión de simpatía.

—Si volviera a casarse —le preguntó Jackson—. ¿Trabajaría o se quedaría en su casa?

—Trabajaría —dijo Amanda—. Si pudiera tener hijos sería distinto. Tuve una hija justamente antes de Clabb. Tiene ahora veinticinco años y es estéril, pero trabaja en Nova.

Se interrumpió. En el panel de instrumentos había aparecido una luz roja intermitente. Se oyeron pasos apresurados, y entró una enfermera.

—Ha muerto Mr. Guglielmo —le dijo a Amanda—. Y hace un minuto parecía encontrarse bien...

Parecía a punto de echarse a llorar.

—Era tan buen hombre —dijo—. ¡Y tan mal escritor!

Canute no le había conocido.

—No es un mal epitafio —le dijo a la chica—. ¡Tanto mejor que al revés!

Abril, Año Treinta y Cinco

Busiris, Illinois, tenía ahora una población de cien mil habitantes. Su ciudadano más joven tenía treinta y cinco años; el más viejo, ciento uno. La tasa de mortalidad aumentaba, pero el promedio de edad crecía. Materialmente, el hombre «no había estado nunca mejor» decía a los Estados Unidos de Norteamérica el sucesor de Lister. Y era verdad, aunque el índice de suicidios, después de estabilizarse, había comenzado nuevamente a ascender. Aumentaba el consumo de alcohol y de marihuana, y también la cantidad de ciudadanos empeñados en una lenta autodestrucción. El HSG —un hipersexogénico— convertía en formidables amantes aun a los ciudadanos y ciudadanas de mayor edad. A veces se producían sin embargo infortunados efectos colaterales, como fallas o infartos cardíacos; el Gobierno intentó restringir el uso del HSG, pero cedió ante la avalancha de protestas. Hubo quien se quejó precisamente de esto, por considerar que el Gobierno estaba asesinando a sus ancianos lo más rápido que podía, pero pocos consideraron justificado este cínico razonamiento.

Canute había cumplido sesenta y tres años. Todavía sentía en ocasiones algún leve dolor, recuerdo de los balazos del parque del Sur. Era siempre el presidente del CONEN, si bien había cedido buena parte de sus funciones a miembros más jóvenes. María había muerto tres años antes, posiblemente a causa de una dosis excesiva de HSG, aunque los médicos dijeron que era imposible probarlo. Después de un breve intervalo, Jackson se casó con Amanda.

Habían salido muy temprano, antes de la madrugada, a pescar. Continuaba viviendo en la casa de Highview Drive, que se estaba convirtiendo en un problema: cada día escaseaban más los fontaneros, los electricistas, los pintores, y era preciso

hacer uno mismo la mayor parte de las reparaciones. Canute siguió un curso de mantenimiento de casas y había aprendido casi todo lo necesario; pero aun así habían cerrado la mayor parte de la casa, viviendo solamente en seis habitaciones.

Antes del amanecer, con la luna aún alta en el cielo, habían mirado el panorama del río Illinois desde lo alto; luego descendieron, atravesando la zona donde antes estaban emplazadas las modestas casas de los obreros de la Diesel, y que ahora era un bosque. Luego Canute tomó el camino ribereño que llevaba al Ivory Club, que continuaba siendo un club exclusivo. Amanda y él salieron al ido en su comfortable crucero de vapor con cuatro literas; anclaron en la margen opuesta del río, lejos de todo signo de civilización, y contemplaron la salida del sol por encima de las colinas.

No era el río que Canute recordaba. Sus aguas eran puras: a medida que el sol se elevaba se podían ver los peces a varios metros de profundidad, como seguramente ocurría cuando el hombre blanco llegó aquí por primera vez.

Dispuso sus líneas de pesca y miró a través del río, hacia donde había estado —y estaba todavía— el centro de Busiris. La intendencia, la cárcel, los edificios oficiales del Estado, la nación y la ciudad se encontraban aún allí, pero sólo tenían dos plantas y los árboles los ocultaban. Los edificios más altos, la vieja Corte, la compañía de seguros, el Hotel Champlain, el Diesel Building, habían sido derribados. Hoy ir al centro también era visitar un parque.

—Sabes, Amanda —dijo suavemente—, hay todavía personas que reniegan de Clabb. Pero verdaderamente salvó el mundo. Si las cosas seguían por el camino que iban, con el aumento de población y de polución, y la ruptura de los sistemas educativos y sociales, la Humanidad habría regresado a las cavernas. Quizás algún día, se erijan estatuas a Clabb y se le dé su lugar en la Historia.

—Me pregunto qué puede haberle ocurrido —dijo ella.

—Tendría hoy ochenta y seis años, así que bien puede ser que haya muerto. Pero si no es así, sabrá sin duda que se cuenta entre los más grandes hombres, y que muchos lo creen así. Y Lister no está lejos de él.

—A mí me privó de tener más hijos.

—Pero también puedes considerarlo de otra manera —respondió Jackson—. Te privó de posibles amarguras y decepciones.

—Mis hijos me querrían y se ocuparían de mí en la ancianidad —dijo ella.

—No lo tomes a mal —agregó él—. Pero también es posible que tus hijos, y tú misma, hubieseis muerto hace tiempo, o que sobrevivierais ahora en alguna ciudad superpoblada, o que recorrierais el mundo buscando dónde respirar. Y no tendrías la atención geriátrica actual, o sea que serías seguramente una vieja artrítica y desdentada en lugar de la mujer sana, hermosa y juvenil que eres.

A esta altura de su vida, Jackson sabía cómo hacer feliz a una mujer.

De vuelta a su casa, vieron un equipo de demolición en la vieja casa de los Williams, construida ciento diez años antes. El doctor Williams y su mujer habían muerto con muy pocos días de diferencia. El equipo consistía en varias grandes

máquinas, y un hombre que controlaba el conjunto desde la consola de su vehículo, mientras las máquinas operaban.

Abril, Año Setenta

De los cuatro mil millones de pobladores iniciales, quedaban sólo quinientos millones. Dentro de treinta años, habría todavía varios millones; y treinta y cinco años más allá, quizá quedara una docena.

Pero había trece millones que no existían cuando Clabb envió sus cartas. Durante los últimos veinte años, los hijos de los inmunizados podían tener sin inconvenientes partos dobles, triples y hasta quíntuples —artificialmente inducidos—; pero esta práctica tendía a desaparecer actualmente. ¿Para qué llenar el mundo más rápidamente de lo que la Naturaleza deseaba?

Busiris tenía una población de treinta y cinco mil habitantes, ninguno menor de setenta años. Probablemente no quedara nadie vivo en menos de cinco años. Eran más y más los que necesitaban atención hospitalaria, y ya no había bastantes «jóvenes» que pudieran ocuparse de los mayores, ni siquiera con ayuda de la cibernética. Incluso faltaba en Busiris personal para el mantenimiento de los ordenadores, y de sus ojos, manos y pies electromecánicos, y cada vez era más frecuente que se llamara gente de afuera, para ocuparse de emergencias.

Los más ancianos eran trasladados a Chicago, donde el Gobierno —integrado por personas más jóvenes que nunca en toda la historia de la nación— había construido una metrópoli hospitalaria, cuyo final también estaba planificado. Quince años más tarde el hospital sería una ciudad fantasma, y aún no se había decidido el destino de los escasos fantasmas que todavía insistieran en deambular por sus corredores. Probablemente, estos nonagenarios serían nuevamente trasladados, seguramente a Indianápolis. Para entonces, Illinois estaría más despoblado que en las épocas precolombinas. Por ahora, las calles y los caminos eran atendidos por cíberes dirigidos por un pequeño equipo de septuagenarios, bajo la supervisión de supervisores de edad mediana, hijos de personas fértiles, y fértiles ellos mismos.

Canute, de noventa y ocho años, estaba en su silla cibernética. Contemplaba la televisión a través de los ojos que le habían implantado veinte años antes. Tenía un corazón de plástico, como eran también sus oídos y varios metros de venas y arterias. Su cerebro y su sistema circulatorio habían sido sometidos durante tres años a un tratamiento que eliminaba los depósitos de materias grasas. A pesar de todos estos auxiliares biológicos, Jackson sentía que en cualquier momento iba a morir. Algo se había roto en alguna parte de su cuerpo.

Estaba hablando el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, que sólo tenía treinta años de edad. Tenía afeitadas la cara y la cabeza, como usaban los

jóvenes desde veinte años antes: usaba una camisa de velvete oscuro bordada de dorado y un kilt amarillo canario con símbolos en rojo, azul y blanco y esto era todo. Y —sí—, estaba informando sobre la incorporación de los E.U.N.A. a la Federación Mundial.

El concepto de la Federación Mundial había sido planteado inicialmente por el premier del SIND (unión de Suecia, Islandia, Noruega y Dinamarca). Y la propuesta, que ahora endosaba el presidente Windom, consistía en que en el curso de los próximos veinte años, en los cuales desaparecerían prácticamente todos los preclabbianos, los postclabbianos de todo el mundo emigrarían a un megalópolis que se construiría cerca de Niza, en Francia. Sus ciudadanos tendrían una sola nacionalidad —Terrana— y el lenguaje sería el Loglan IV, descendiente del idioma sintético creado a mitad del siglo xx. A partir de esta ciudad central, que se llamaría Terra, la Federación Mundial se expandiría en todas direcciones: se crearían nuevas provincias, pero habría sólo una nación.

Los sobrevivientes de todas las naciones serían trasladados a un complejo geriátrico en Terra apenas las primeras obras quedaran completadas.

El presidente Windom no acentuó esto último, porque no deseaba fomentar los prejuicios de los viejos ciudadanos que eran aún relativamente numerosos. Era obvio que los ciudadanos de Terra dejarían definitivamente atrás el problema de la raza. Por supuesto, se había reducido mucho ya, porque los fértiles habían sido alentados a las uniones mixtas, y sus hijos se habían mezclado con absoluta libertad.

Windom mismo habría sido considerado en otros tiempos un negro casado con una blanca: ahora pocas eran las personas que usaban estos términos. Los planificadores de la Federación Mundial ambicionaban una raza única, cuyos antecesores provenían de todas las conocidas.

Excepto los amerindios del Canadá, pensaba Jackson, que seguramente se negarían a ir a Terra. Y dentro de generaciones, cuando Europa, África, Asia, Australia y América del Sur hubiesen sido nuevamente ocupadas por la Humanidad, ¿qué ocurriría con Norteamérica? Sería nuevamente propiedad de la gente de piel roja. ¿Y entonces, qué? ¿La sociedad altamente civilizada de Terra atacaría la sociedad silvícola de los amerindios? ¿Guerras? ¿Conquistas, nuevamente? ¿O el hombre habría aprendido la lección?

¿Era una buena señal que los jóvenes de todas las naciones pareciesen tan extraños a los ojos de los sobrevivientes? El fenómeno tenía precedentes; pero el abismo de incomunicación que separaba las generaciones nunca había sido tan profundo. Sencillamente, las personas pre y post Clabb no se comprendían.

Hacía tiempo que los postclabbianos se habían hecho cargo del Gobierno, y la generación del presidente Windom había ensanchado aún más el abismo. Los ciudadanos que no pertenecían a Nova habían perdido muchos de sus derechos: podían elegir funcionarios estatales y locales, pero el Gobierno federal estaba definitivamente fuera de su control.

Cuatro años antes, Windom había declarado que los mayores no comprendían a los jóvenes educados en Nova: el paso siguiente había sido la citada privación de derechos. Muchos indignados ancianos hablaron de rebelión, pero la estructura de la sociedad cibernética de abundancia en que vivían los ponía a merced de la autoridad central, que sólo necesitaba oprimir un botón para cortar la electricidad en cualquier punto de la nación, y dejar inmovilizado todo el equipo electromecánico. Además, los «rebeldes» no tenían armas y de cualquier modo, eran demasiado viejos.

Se decía que los ciudadanos de Nova, así como sus congéneres de todo el mundo, estaban casi enteramente libres de neurosis y enfermedades mentales. Actuaban racionalmente, ignoraban la superstición y el prejuicio y hasta los celos sexuales que para el hombre había sido siempre una parte tan importante de su personalidad. Su sociedad acentuaba la libertad personal más completa, para que cada uno pudiese aportar al enriquecimiento de la experiencia y el progreso humanos, por inusitados que fuesen.

Canute dormitaba por momentos, vagamente consciente de que Windom había dejado de hablar y que un documental había sucedido a una comedia, para ser reemplazado ahora por uno de los habituales programas cuyo tema era la nostalgia por el pasado. Éste ocurría en el año 1990.

Jackson tomó una tableta estimulante y se incorporó para verlo: los programas nostálgicos eran más divertidos que las comedias. El año 1990, tal como él lo recordaba, no era algo que hubiera que lamentar en lo más mínimo.

Pasaron dos minutos: sonreía mientras escuchaba el comentario cuando se interrumpió la transmisión.

Canute se incorporó del todo. Le latía con fuerza el corazón mientras escuchaba el informativo de emergencia: el presidente Windom había sido asesinado por un hombre que se había matado a su vez: pertenecía a su círculo de amigos, aunque en los últimos tiempos había disentido de él algunas veces por motivos políticos y, particularmente, en lo que se refería a las designaciones. La esposa del asesino había aceptado recientemente —contra los deseos de su marido— un cargo confidencial en la Casa Blanca.

Jackson se reacomodó en su silla y rió en tono un poco chillón. Su fe en la inestabilidad y la corruptibilidad de la naturaleza humana había sido confirmada. No habría superhombres ni utopía; siempre serían necesarios los hombres como él mismo, adaptables y poco ingenuos, capaces de construir una sociedad no utópica mediante el mero cumplimiento egoísta de su trabajo.

Nada tenía de malo un poco de egoísmo, le había dicho una vez a María. Clabb —sin egoísmo— había destruido a toda una generación y posiblemente también a sí mismo. Lister se había aliado egoístamente con hombres como Canute para salvar lo que quedaba. El asesinato de Windom era un acto no egoísta: había destruido simultáneamente al asesino. En alguna parte debía haber en este mismo momento un hombre dispuesto a salvarse él mismo —e incidentalmente a los demás— de las

consecuencias de este último desastre.

Jackson cerró los ojos. Satisfacía su razón saber que el hombre seguía tan capaz de locura como siempre.

Sólo la locura de la Humanidad permitía que fuera posible la cordura.

Jackson Canute se sintió súbitamente humano e invencible. *No des pasos en falso* —se dijo— *y quizás incluso cuando llegue la muerte...*

Aunque no lo dijo, Frederick Pohl debe haberse dirigido con cierta secreta satisfacción a los casi dos mil miembros de la 30.ª Convención Mundial de Ciencia Ficción porque, en la Primera Convención, los tres organizadores se negaron a permitirle (a él y a otros cinco aficionados) unirse a los ciento veinticinco invitados a la histórica ocasión.

Política pueril.

Dos de los tres organizadores originales de la Convención de 1939 han caído en el olvido, en tanto que, de los Seis Excluidos, Pohl ha eclipsado a todos los demás con la posible excepción de Donald Wollheim, en la historia de la afición y propulsión de la Ciencia Ficción. Se ha destacado en todas las áreas, como editor, agente, recopilador, conferenciante y autor.

Esto es lo que dijo:

LA FORMA DE LA CIENCIA FICCIÓN POR VENIR

(Lacón 1972. Discursos de los huéspedes de honor)

Por Frederick Pohl

Para poder hablar sobre lo que vendrá en ciencia ficción, necesito retroceder para tomar impulso. Lamento decir que retroceder significa retroceder hasta muy lejos.

Empecé a leer ciencia ficción en 1930, año más, año menos. Hace de esto más de cuarenta años. Parece más, y también, en cierto modo, parece más de lo que una vida debiera contener. El mundo era un lugar muy distinto en 1930. Recuerdo ese año, y los años vecinos. Supongo que tenían veranos, pero lo que recuerdo es la nieve, la gente en ropas de trabajo que paleaba la nieve, y los hombres que vendían manzanas en las calles. Eran los días de la Gran Depresión, cuando era elegante ser pobre, y casi toda la gente que yo conocía estaba a la moda.

Algún día alguien —quizás un miembro aspirante de la Asociación de Investigadores sobre Ciencia Ficción, o un futuro doctor en letras desesperado por hallar un tema— se pregunte qué habría sido de la Ciencia Ficción si no hubiese sido por la Gran Depresión. Yo no estoy seguro de lo que hubiera ocurrido. Quizá no habría sobrevivido. Porque las revistas, todas las revistas, eran un producto de la Depresión. Si uno no tenía trabajo, no podía comprarse un coche nuevo ni ir a un club nocturno, o ni siquiera comprar gin de contrabando. Pero seguramente sí podía conseguir diez o quince centavos para comprar un ejemplar de *G-8 and His Battle Aces* o *The Shadow*. Juntamente con las demás expresiones del *pulp*^[3] se desarrolló la ciencia ficción. Un empresario capaz, Hugo Gernsback, fue el primero, con *Amazing Stories*. Cuando quebró, perdió esa publicación, que continuó apareciendo bajo el sello de otra compañía editora, y editó en cambio *Wonder Stories*. Simultáneamente, Clayton ponía en marcha *Astounding Stories*. Gernsback era capaz de verdad. Vio lo que otros editores también veían, pero sin saber aprovechar: que los lectores de revistas de ciencia ficción se interesaban en lo que leían infinitamente más que los demás consumidores de *pulp*. Por ejemplo, escribían cartas. Muchas cartas. Quizá, pensó Gernsback, sea posible reunir a estos activistas en un club, y si entonces uno convierte la revista que edita en el órgano oficial del club, es posible lograr un público fijo que asegure indefinidamente una circulación básica.

Puso manos a la obra con una entidad llamada Liga de Ciencia Ficción... y allí, hermanos míos, todos nos metimos en dificultades. La Liga hizo mucho por la circulación de *Wonder Stories*, pero nos acostumbró a encontrarnos, y miren a qué hemos llegado cuarenta años más tarde.

En aquellos días había gigantes en la Tierra. Recuerdo a varias de las personas que convirtieron la ciencia ficción en lo que es en la década del treinta. Figuras como no volveremos a ver. Nosotros, los admiradores, los miembros de la Liga de Ciencia Ficción, o de la Liga independiente de Ciencia Ficción, o del grupo de los Futurianos, mirábamos a las figuras paternas que escribían los cuentos y editaban las revistas con el cálculo y la timidez con que un cabrito mide la fuerza del jefe del rebaño. Estaba entre ellos el poderoso Gernsback, cuyos cubiles se encontraban en la calle Hudson, y que se comunicaba con los jóvenes admiradores y escritores por medio de su representante en la Tierra, Charles Hornig. Y también T. O'Connor Sloane, doctor en filosofía, que fue luego director de *Amazing Stories*. Un hombre maravilloso que tenía una larga barba blanca como Jehová o como Bernard Shaw. Nunca le olvidaré, porque él publicó mi primer texto, en 1937. O más o menos en 1937. Era un poema; lo escribí en 1935, fue aceptado en 1936, editado en 1937 y me lo pagaron en 1938, porque así funcionaban las cosas en esos tiempos. Jamás se lo perdonaré, pero a veces quisiera hacerlo. Y también Farsworth Wright, el director de *Weird Tales*, que sufría de parkinsonismo y cuando tomaba en la mano un original lo hacía sonar como unas maracas; detrás de su enfermedad había un cerebro agudo y generoso. Y también el maestro de todos nosotros, John Campbell. Cuando tomó la dirección de *Astounding* a mitad de los años 30, llevó la ciencia ficción a cierto nivel de dignidad que no había tenido antes. No estoy hablando solamente de aspectos literarios; pocos saben que John era también un *connaisseur* de vinos y comidas. Por ejemplo, y me lo contó su esposa de entonces, era el único cliente del Chock Full O'Nuts de la Calle 23 para quien reservaban una botella especial de ketchup *Pride of the Farm*. Visitar a John Campbell era siempre una experiencia. Lo que más le divertía de *Astounding* eran sus propios editoriales. Mientras los pensaba, comentaba el tema con todos sus colaboradores. Hacía esto durante cuatro semanas, y el último día de la última semana los escribía. Y como ya había oído todas las objeciones posibles a la loca propuesta que iba a formular en el editorial, había tenido también tiempo para considerar la réplica a esas objeciones. Lo que más recuerdo de John en esos días son cosas largas: frases largas, larga nariz escocesa, larga boquilla de cigarrillo, larguísima cánula del pulverizador contra el asma con que puntuaba sus frases. «Aunque este cuento no está muy bien escrito, tiene algo. Pero —chorrillo— lo malo es que no sabe usted qué es.» Tiempo después esos pulverizadores pasaron a la historia, con la aparición de los medicamentos dianéticos. Sin embargo, John me dijo un día: «Gracias a la terapia dianética hemos conseguido una positiva reducción de los síntomas de la tuberculosis, el asma —chorrillo— y el resfriado.»

Que hable con ligereza de estas personas no significa que no las quiera. Ya he escrito en otras partes lo que de ellos pienso, y no creo que se ofendan si los recuerdo con un afecto cotidiano y familiar al mismo tiempo que con todo el respeto que se merecen. Cuando los conocí, nosotros éramos los admiradores, y ellos el *establishment*.

Y entonces empezaron a ocurrir cosas. Cosas locas. La gente nos compraba cuentos. Escribir cuentos seguía siendo una tarea muy interesante, pero también muy laboriosa. Miré a mi alrededor y me pareció que, en tanto que para ser un escritor se necesitaba por lo menos algún talento y esfuerzo, no había requisitos semejantes para ser un editor o un director de revista. Así que empecé a tratar de que alguien me contratara, y para sorpresa de todos, y principalmente mía, una semana de octubre de 1939 recibí dos propuestas de empleo. Una era como cadete de la *American Car & Foundry*; la otra como editor de dos revistas de ciencia ficción. No vacilé en ese momento, pero a veces me he preguntado si elegí bien. No era un problema de salario, porque los dos empleos eran por la misma cifra, diez dólares semanales. Esto significaba una especie de retroceso, porque el verano anterior ganaba doce dólares como lavaplatos en un restaurante, pero cuando el dueño de las publicaciones me dijo cuánto deseaba que trabajara con él, acepté inmediatamente. Y debía ser, cierto, porque al mismo tiempo contrató a otro editor para otra de sus revistas, y a él no le ofrecieron semejante suma. Firmó por trabajar a prueba —sin salario— durante tres meses, y luego, fue *ascendido* a mi nivel económico de diez dólares.

Pero allí estaba yo, con diecinueve años de edad, y director de dos revistas de ciencia ficción. Y poco después mi amigo Bob Lowndes fue designado director de *Future Fiction*, que editaba Louis Silberkleit y algo por el estilo le ocurrió a Don Wollheim. Y de repente, los tres miembros del grupo de los Futurianos, rebeldes contra el *establishment*, éramos el *establishment*. Los pacientes habían tomado el manicomio.

Eso fue hace mucho, y han pasado tantas cosas... Hemos visto a la ciencia ficción recorrer un largo camino, y crecer en dignidad, aunque me temo que no siempre para su beneficio en todos los sentidos. Muchos de nosotros debemos esforzarnos para rechazar la parálisis que causa poseer una imagen establecida de videntes o de literatos. Hemos visto convertirse en realidad muchas predicciones de la ciencia ficción: los viajes espaciales, la energía atómica, la televisión, cosas que ni siquiera los mismos escritores o editores creían mientras escribían o publicaban aquellas narraciones.

De los *pulp magazines*, que muchos llevábamos con las cubiertas arrancadas, o bien ocultos en los bolsillos interiores, la ciencia ficción pasó a ocupar un lugar muy diferente: hoy, por ejemplo, Herman Kahn contrata asistentes para que tabulen las ideas de las obras completas de A. E. van Vogt y vean cuáles pueden ser utilizadas en los argumentos que prepara el Hudson Institute.

Con una parte de la cabeza pienso que esto me gusta. Pero con la otra parte no tanto, porque siento —y lo digo con pena— que buena parte de la ciencia ficción de los últimos pocos años ha perdido en cierta manera el carácter excitante que tenía en otros momentos. Los escritores son buenos, incluso técnicamente mejores que los

precedentes,

Y sin embargo, la producción de nuevas ideas no parece estar de acuerdo con la cantidad de escritores existente ni con la cantidad de libros que se publican.

¿Por qué ocurre esto?

No sé si tengo toda la respuesta, pero creo que tengo una parte. Se puede resumir en una sola palabra: conformismo.

Quisiera evitar todo posible malentendido. Considero que cuando la ciencia ficción salió de Osborn y Barsoom hacia los probables futuros reales del mundo real en que vivimos, dio un paso hacia delante. No sólo esto mejoraba su calidad literaria, sino que creo incluso que desempeñó un papel bastante considerable en la tarea de convertir a una parte de la población en gente con sentido temporal, que, al menos, algunas veces, piensan en las acciones de hoy en los términos del costo de mañana en polución, superpoblación y degradación general de la condición humana.

Lo que quiero decir es que después de avanzar, un paso tras otro, de pronto nos quedamos congelados. Personalmente estoy cansado de muchos temas corrientes en la ciencia ficción. De verdad, no quiero volver a leer una novela donde el héroe sea un engranaje rígido y despersonalizado en una máquina corrompida y desalmada. Eso ya lo leí. Hasta lo escribí. Y no quiero volver a leerlo.

Es verdad que para muchos de nosotros el mundo se presenta así, y que las presiones que soportamos tienden a convertirnos en alguien como ese héroe. Y todos los escritores conocen las ventajas de la identificación con el lector: si usted le clava las espuelas al lector donde le duele, habrá conquistado su interés.

Supongo que esto no es malo en sí. Pero tiene algo de malo, y es que induce a pensar en algo que yo no creo: que la gente dentro de cincuenta o de quinientos años no sufrirá por causa de heridas diferentes de las que nos hacen sufrir hoy.

Y el problema de esto es que contradice ese elemento de la ciencia ficción que la hizo originariamente digna de ser leída. Un ejemplo puede ser la diferencia entre Julio Verne (que, en mi opinión, no merece hoy ser muy leído) y H. G. Wells (que, según pienso, será un autor eternamente digno de ser leído). Verne era conformista. La sociedad de que hablaba era la sociedad en que vivía. Los problemas que le preocupaban eran los problemas del mundo de mediados del siglo XIX. La ciencia que utilizaba era la que podía tomar de los textos y obras de referencia a que todo hombre culto tenía acceso.

En cambio, Wells ensanchaba su visión mirando hacia nuevas especies de ciencia, nuevas formas de sociedad, nuevos problemas.

No quiero hablar en los términos de la ética protestante, ni mencionar obligaciones o responsabilidades, pero no puedo dejar de sentir que nosotros, los escritores de ciencia ficción, tenemos en cierto sentido una obligación. No impuesta por una orden divina, sino porque se trata de una cosa que es preciso hacer y que nadie más está haciendo: esa cosa es tratar de imaginar nuevos estilos de vida y de anticipar qué sufrimientos —distintos de los nuestros— padecerán quienes vivan con

esos nuevos estilos.

Yo sé que no propongo una tarea sencilla. Quizá ni siquiera sea posible. Pero vale la pena. Tratar de ver unas condiciones distintas de las nuestras, a tiempo para ayudar al mundo a prepararse para ese futuro shock, ese cambio de valores, ese nuevo ambiente en que todos nosotros estaremos viviendo cuando el progreso de la tecnología alcance el actual potencial de la ciencia.

El conformismo con los problemas de hoy implica la no aceptación de los de mañana; y la ciencia ficción pertenece al mañana.

Avizorar el futuro, mostrar sus extraños e inesperados giros, proporcionar un catálogo de futuros posibles para que el mundo elija, iluminar las decisiones que hoy podemos tomar: éstas no son las únicas cosas que puede hacer la ciencia ficción, pero sí son cosas que la ciencia ficción, puede hacer mejor que cualquier otro instrumento humano.

No tenemos por qué hacerlas, si no queremos.

Esto es todo lo que deseo decir hoy sobre ciencia ficción, y ya he terminado, aunque quisiera formular una observación personal.

Como les he dicho, he pasado largo tiempo ocupándome de ciencia ficción, y he ganado una buena cantidad de Hugos, y plaquetas y premios de varias clases. Pero hoy he recibido el máximo. Ser Huésped de Honor en esta convención representa para mí una gratificación personal completa. Un verdadero honor.

Ya me referí al afecto y la amistad que siento por muchas de las grandes figuras del pasado: no se limitan a ellos, porque siento afecto por hombres de hoy, como Ben Bova o Larry Niven, y por los de ayer como John Campbell o Doc Smith. Existe entre nosotros una vieja amistad, que valoro y aprecio, y también entre todos los que estamos en este lugar.

Durante los años he conocido a muchas personas que trabajan en el campo de la ciencia ficción, autores, admiradores, artistas gráficos. Los he encontrado en California, y en el Este, y en todo el territorio de los Estados Unidos, y en Canadá, en Inglaterra, Alemania, Italia, Rusia, Brasil, Japón y una docena de otros países. Y he descubierto que todos somos iguales. No somos amigos o colegas: somos una familia. No siempre estamos de acuerdo. Podemos pelearnos. Pero lo que nos une siempre es más fuerte que aquello que nos separa. Podemos burlarnos unos de los otros y hasta insultarnos; pero nunca dejaremos de hablar entre nosotros, porque de otro modo, ¿con quién hablar? En Moscú y en Múnich, en Osaka y en Montreal, he hablado con gente que tenía piel de distinto color y hablaba distintos idiomas, pero a todos los reconocí. Eran una familia. Mi familia. Nuestra familia. Una familia a la que me da gran placer pertenecer. Y una gran calidez. Salud y gracias a cada uno de vosotros.

El nacimiento de Milton A. Rothman como autor, y la Primera Convención Mundial de Ciencia Ficción, ocurrieron al mismo tiempo: en julio de 1939. Rothman publicó su primera narración en el número de Astounding de agosto de 1939 con el seudónimo de Lee Gregor. Desde entonces ha publicado sólo un puñado de cuentos, pero el año pasado los editores de Galaxy pensaron que uno de ellos merecía representar a la publicación como el mejor cuento breve de 1972. Cuando nosotros lo elegimos ignorábamos la decisión de Galaxy, y nos agradó que confirmara tan explícitamente nuestro punto de vista.

Milton Rothman ha ejercido una sana y poderosa influencia en el movimiento de aficionado a la ciencia ficción, y fue elegido entre los Diez Primeros en 1941.

Cuando supo que queríamos su narración para esta antología, dijo: «Pienso que escribir ficción exige cierta madurez y experiencia, y quizás haya logrado algo de eso. Quién sabe, esto podría ser para mí el principio de una nueva carrera.» Sinceramente lo esperamos, y esperamos sus nuevas producciones.

INTEGRARSE

Por Milton A. Rothman

Elevado hasta el cielorraso por una veintena de manos, Onestone se sentía como si estuviera cabeza abajo antes de ser lanzado al espacio exterior. Cuando le depositaron suavemente en el suelo, lamentó que se hubiera acabado tan pronto.

—Oh —dijo por fin, y se quedó un rato inmóvil.

—Ya ves —dijo Jay Foreman—. Merecemos tu confianza. Pudimos soportar tu peso y no te dejamos caer.

—Es verdad —Onestone irguió su cintura y se sentó—. Pero ¿puedo extrapolar el futuro? ¿Qué va a ocurrir cuando deje este grupo? Fuera de aquí todo será como siempre, y me seguirán odiando.

—Estoy tan furiosa que gritaría —barbotó una chica alta llamada Jennie.

Sus amplios senos estaban velados por un largo pelo negro.

—Grita —dijo Onestone.

Ella gritó.

—Ahora estoy mejor —dijo finalmente—. Es que eres exasperante. Usas palabras difíciles. Y me sacas de quicio con esa voz tan..., tan fría.

—¿Y qué esperas de alguien con mis antecedentes? —preguntó él con amargura.

—¡Eh! —Bill el Peludo se puso de rodillas. Todo su cuerpo era una pelambre oscura desde la barba para abajo—. El viejo Onestone parece amargado; eso es un adelanto.

—Sí, parecía tener sentimientos.

—Estaba triste de veras.

Un murmullo excitado recorrió todo el grupo; Onestone estaba sentado en el centro, sobre la estera.

—¿Qué les parecería un poco de *role-playing*? —sugirió Jay Foreman—. Tú eres el hijo y Bill el padre. Vamos, Bill, ven al centro y siéntate de frente a Onestone. Vamos a ver qué ocurre con una relación padre-hijo.

Bill se acercó y se quedó en cuclillas.

—Hola, hijo —comenzó, afectando un tono amable y esforzándose por suprimir una sensación de ridiculez—. ¿Cómo te fue en la escuela?

—Bien, papá.

May, una rubia, rió nerviosa. La escena parecía tan absurda...

—Hoy estudiamos inversión de matrices —siguió valientemente Onestone—. Tengo tantas ganas de que hagamos cosas juntos, como ir al centro de computación...

—Pero tienes la cabeza demasiado metida en la consola. Deberías salir más y jugar con los chicos de la manzana.

—No serviría de nada —dijo Onestone, deprimido—. No quieren jugar conmigo. Soy demasiado diferente, les gano siempre al ajedrez y...

—¡Eso es lo malo! —gritó Bill—. Te digo que juegues con los chicos y me hablas de ajedrez. No te ocupas más que de tu cabeza. Tienes un cuerpo también. ¿No sientes cosas en tu cuerpo?

—Sí, por supuesto. Siento la temperatura con el índice derecho y los voltajes con el izquierdo. Siento cómo tengo inclinados los codos y las rodillas. Y la orientación, arriba, abajo, Norte, Sur.

—Pero —interrumpió Bill el Calvo, el jugador de rugby que medía dos metros de altura y casi lo mismo de ancho, y no tenía un pelo en el cuerpo— si alguien te hiciera un *tackle* a las rodillas, probablemente se quebraría el cuello y tú no sentirías nada... ¿Eres tan fuerte, realmente?

Onestone se encogió de hombros.

—En comparación con los humanos, no sé. ¿Qué importa?

—Una cosa que no sabes de los humanos —dijo Bill el Calvo— es que siempre se comparan, se miden, se prueban. Cuando veo un tío fuerte, quiero saber si es más fuerte que yo.

Miró a Onestone con aire desafiante.

—Podríamos hacer una pulseada —sugirió—, si no tienes inconveniente, Onestone. Recuerda que una de las cosas que debemos resolver es tu carencia de agresividad y tu incapacidad de sentirte furioso. Un pulso es una forma de combate no violento, una prueba de fuerza y voluntad.

—Yo no sé luchar. ¿Y si le hago daño?

—No puedes hacerle daño —explicó pacientemente Jay—\ Mira, se trata de que os acostéis uno al lado del otro, en posición inversa, que juntéis los codos, y luego que cada uno trate de forzar el brazo del otro contra el suelo.

Bill el Calvo se puso en posición y alzó el brazo.

—Y vamos a ver qué puedes hacer, hijo de puta inteligente.

Onestone, todavía de rodillas, miró al grupo, con la esperanza de que alguien interviniera.

—¿Por qué me insulta así? Yo estoy condicionado para no sentir hostilidad hacia los humanos.

—Mono estúpido —le dijo Bill el Peludo—, todavía no comprendes de qué se trata. Estás tan inhibido que no puedes sentir odio, amor ni furia. ¿Cómo esperas que te acepten como un ser humano? Tienes que aprender a sentir las emociones humanas.

—Vamos, artefacto obscuro —le provocó Bill el Calvo, tendiéndole la mano—. No me puedes hacer nada porque eres un autómatas.

Picado, Onestone dio un respingo. Las palabras podían herir, después de todo. En

alguna parte, en su interior, brillaba oscuramente el sufrimiento.

—Como quieras, atleta imbécil —murmuró, y se tendió sobre la estera.

Ambos se tomaron de la mano y se miraron a los ojos. La luz se reflejaba fríamente en la tersa piel de Onestone. Volumen por volumen, los contendientes estaban a la par; pero la constitución era muy diferente. La superficie de Onestone era pulida y lisa como una escultura de Brancusi; Bill el Calvo tenía una tez rosada y fuertes músculos tensos para el combate.

—¡Ya! —ordenó Foreman.

Instantáneamente la cara de Bill el Calvo enrojeció y se le hincharon como gusanitos las venas de la frente. Los duros músculos de su hombro se hicieron visibles mientras mantenía la vista clavada en su adversario.

La repentina violencia del ataque tomó de sorpresa a Onestone. Ya tenía el brazo inclinado a mitad de camino hacia el suelo cuando pudo ajustar el ángulo para contrarrestar el impulso. Bill el Calvo buscó dentro de sí otra medida de energía para acabar la tarea, pero para su sorpresa sintió su brazo irresistiblemente empujado hacia la vertical y más atrás. El sudor le corría por el cuerpo; con la cara contraída, dejó escapar un gruñido.

Onestone sentía cosas nuevas: furia en respuesta a ese gruñido, excitación por el contacto de los cuerpos, determinación de vencer. Aumentó un punto su presión y cubrió el espacio que separaba su brazo del suelo. Bill el Calvo se derrumbó, respirando agitadamente.

Onestone se quedó inmóvil, examinando el torrente de sensaciones nuevas. Alegría por la victoria. Afecto hacia el rival derrotado. Pena por el vencido.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó suavemente Foreman.

—Realmente sentí algo. Algo que no es como resolver problemas lógicamente. Que no se puede expresar en números, formas, ecuaciones o colores. Era una sensación más bien desagradable, ¡pero excitante!

Por primera vez su voz no parecía monótona.

—¡Por fin! —exclamó Marian, una jovencita de menos de veinte años, echándose a llorar—. Ha sentido una emoción real. ¡Pasó la barrera!

Los diez miembros del grupo se sentían como si un aire fresco soplara sobre sus pieles transpiradas.

—¿Y por qué lloras? —dijo Onestone.

—Que máquina tonta eres —gimió ella—, ¿cómo no sabes? ¿No sabes que podemos llorar de felicidad, o al percibir una emoción en otra persona, por empatía? Eso es lo que hace difícil y frustrante hablar contigo. ¡No recibimos ninguna respuesta emocional! ¡Te pegaría!

Se deslizó sobre la estera y empezó a golpear el pecho de acero de Onestone con sus fútiles, pequeños puños. A Onestone se le ocurrió bruscamente que le gustaría rodear a Marian con sus brazos. Sorprendida, la muchacha empezó a retroceder. Pero muy suavemente, él la atrajo hacia él y los dos, arrodillados sobre la estera, se

quedaron muy juntos un momento.

Onestone se dijo que su piel debería estar cubierta de algún revestimiento suave, con sensores térmicos y de presión debajo, y que así podría mejorar su sensación física de un cuerpo próximo. Pero aun sin él la sola idea de la experiencia era placentera.

A una señal de Jay Foreman el resto del grupo se acercó y rodeó a la pareja, hasta que todos abrazaron el núcleo formado por Marian y Onestone. Como si tuviera una mente propia, el grupo empezó a moverse suavemente hacia atrás y hacia delante y así continuaron un rato. Por fin, de mala gana, se separaron. Marian secaba sus lágrimas y Onestone estaba hundido en profunda meditación.

—Éste parece un buen momento para detenerse a recapacitar —sugirió Jay Foreman—. Es tarde y tenemos que consolidar varias nociones nuevas. Hemos visto que los sentimientos son complejos y que nuestras respuestas no son siempre lo que podríamos esperar superficialmente. Onestone con su estilo chato, esquizoide, no emocional, provoca ira y frustración en todos los demás. Tiene que aprender el sentido de las emociones, y por supuesto, para eso está aquí.

Casi todos los miembros del grupo fueron a la piscina, y luego al salón, donde se quedaron bebiendo y fumando. Incapaz de gozar de estos entretenimientos, Onestone caminó a oscuras hasta una roca sobre el océano, y se quedó contemplando el reflejo de la luz de las estrellas sobre la espuma de las olas. Sus sensores de smog y radiactividad indicaban una noche clara. Como no necesitaba dormir, se quedó allí el resto de la noche, ocupado en resolver un complejo cálculo matemático que le preocupaba desde hacía algún tiempo.

El sol le daba en la espalda cuando Marian se le acercó.

—Te has quedado aquí toda la noche... ¡Y nosotros nos divertimos tanto adentro!

—Yo no lo he pasado mal. El trabajo es también diversión. Empiezo a encontrar la solución de un problema de matemáticas.

Marian miró alrededor. Para ella, las matemáticas eran la terminal de un ordenador, y no veía cerca una consola ni una pantalla.

—Ah, eres de esas personas afortunadas que resuelven problemas matemáticos con la cabeza —dijo—. Yo apenas puedo sumar dos y dos.

—Hago trampa —dijo Onestone—. Tengo una conexión remota con un ordenador que está en mi coche.

Para no mencionar un relay radial con el ordenador central de San Francisco y un vínculo vía satélite con el ordenador del MIT, el más poderoso del mundo, y todo inmediatamente accesible, a la velocidad de la luz: Onestone podía percibir visual o simbólicamente esas vastas reservas de información en una «pantalla» instalada en su propio sistema nervioso.

—Oh —dijo Marian, como si comprendiera.

Onestone había aprendido a no dar explicaciones detalladas. La distancia entre las personas que tenían o no tenían formación científica era ahora tan grande que no

había forma de explicarle a un profano lo que el científico hacía. Y sin embargo, Onestone debía aprender cómo hablar de cosas sin importancia, de las trivialidades cotidianas, y comprender cómo se sentía la gente acerca de esas cosas sin importancia.

—¿Vas a tomar el desayuno? —preguntó él—. ¿Te acompaño?

—Por supuesto. Pero tú, eh, no comes, ¿verdad?

—No —dijo él—. Pero puedo ir a mi habitación y ponerme una batería recargada.

Marian le miró interesadísima mientras se quitaba una batería cúbica del centro del vientre y deslizaba la nueva en su lugar.

—¡Qué limpieza! Pero apuesto a que no sabe tan bien como el desayuno. Vamos. Me muero de hambre.

Onestone la miró alarmado, comprendió inmediatamente que la primera acepción de «morirse de hambre» no se le aplicaba a Marian, y consultó velozmente un diccionario de San Francisco para averiguar las acepciones figuradas. Todavía le faltaba aprender bien el lenguaje; había sido educado con los lenguajes lógicos de los ordenadores y encontraba arduas las complejidades del idioma común a mediados del siglo XXII.

La sesión de grupo de esa mañana se realizó en medio de la soledad del campo. El sol se abría paso a través de las brumas del mar y caía, caliente, sobre los cuerpos desnudos. Onestone decidió que ya había sido el centro de la atención bastante tiempo y se quedó escuchando tranquilamente mientras un muchacho delgado que se llamaba Ken contaba sus problemas con los padres. Era una historia bastante típica, parecida a miles de casos que Onestone había encontrado en los archivos. Su padre y su madre trabajaban. Cuando estaban en casa, el padre alternaba la depresión alcohólica con la euforia del *hash*. La madre compensaba el tiempo que no le dedicaba con un torrente de afecto y con un permanente interés por su vida sexual.

—Tiene miedo de que si no tengo relaciones un día, me seque como una pasa.

—Suenas como si te estuviera seduciendo inconscientemente —sugirió Jennie, que había estado en varios grupos y conocía la jerga—. Como si quisiera algo para ella.

Onestone desesperaba de llegar a comprender alguna vez ese aspecto de la conducta humana. Miró al grupo sentado en rueda. Su desnudez hacía evidentes las diferencias sexuales: sus sexos eran exactamente como los representaban los textos y los *tapes* que había consultado. Sabía todo sobre su anatomía y su fisiología, pero se le escapaba la enorme importancia que esos seres les atribuían.

El cuerpo de Onestone, duro y liso, sin características biológicas diferenciales, tenía agradable forma y textura. Los otros, suaves, peludos o regordetes no le parecían objetables, dado que no había sido condicionado por ningún prejuicio ante los cuerpos humanos. Y sin embargo, por lo que veía, los humanos sí tenían prejuicios y respuestas irracionales con respecto a sus propios cuerpos. Tanto, que reunirse en un grupo como éste, sin ropas, era una ocasión especial cargada de gran emoción y significado. Todo el primer día, el grupo se había dedicado a analizar sus

sentimientos de confusión, extrañeza, nerviosidad, en tanto que Onestone sólo había podido conjurar la moderada curiosidad que sentía en las situaciones nuevas, desde que nunca había visto antes seres humanos desnudos.

Su atención volvió al centro del grupo, donde Foreman había propuesto un psicodrama donde Ken haría de hijo y Jennie de madre.

—Por Dios, mamá —se quejaba Ken—. ¿No puedes dejarme tranquilo? Todas las noches me preguntas cómo me fue... ¿No te parece que es asunto mío?

—Pero hijo, sabes que lo hago solamente por tu bien.

—Me pareces una vieja descarada. Mi generación no piensa en esas cosas como la gente de la otra. Creemos en la vida privada. Me estás volviendo loco; nunca estás en casa cuando te necesito, y cuando estás, te metes de tal forma en mis asuntos que no me dan ganas de volver a verte... Y papá no estaba nunca allí: siempre había salido. Y cada vez que yo necesitaba a alguien, no había nadie en la casa.

Entonces se produjo ese extraño episodio que nunca dejaba de asombrar indeciblemente a Onestone: la cara de Ken se contrajo, sus hombros se sacudieron, brotaron lágrimas de sus ojos y angustiados gemidos de su garganta. ¿Qué desconocidas manifestaciones surgían de las profundidades del sistema nervioso para producir esa reacción? La preparación y el condicionamiento de Onestone no le habían preparado para ese tipo de sensación. Había sido adiestrado para la lógica, para la resolución de problemas. Sus pensamientos, en apariencia, eran siempre directos, y no había ocultos mensajes contradictorios.

En los seres humanos se cruzaban mensajes en dos o tres niveles. Lo que decían y lo que querían decir eran siempre cosas distintas. Si la madre de verdad quería a su hijo, ¿por qué se conducía de tal manera que le hacía infeliz? Debía haber alguna razón fundamental para estas paradojas. Podía buscar en las bibliotecas de San Francisco las últimas investigaciones sobre el tema, pero se había comprometido a no recurrir a la biblioteca durante las sesiones mismas, para aprender directa y experimentalmente de los humanos del grupo.

Comprender a estos seres significaba conocer las comunicaciones ocultas, inferir de sutiles indicios los significados secretos, imaginarse los pensamientos que pasaban por las otras mentes, porque no había ninguna forma de recibir directamente estos pensamientos. Ni telepatía, ni percepción extrasensorial, ni vibraciones.

Y mientras hacía estas conjeturas continuaba oyendo la narración de Ken, entrecortada con sollozos.

—Y cuando están juntos en casa siempre hay peleas y discusiones y no me quiero quedar y los odio, pero tampoco puedo abandonarlos porque los quiero.

La forma en que los humanos nacían y eran educados hasta la adultez era increíble. ¡Qué agonías, qué tormentos infligían los padres a sus hijos! Onestone se preguntaba cómo sería ser un niño y tener padres... La idea de algo suave y cálido pasó por su mente y entonces...

Onestone sintió una confusión incomprensible de sus pensamientos, la sensación

de una línea de alto voltaje en su médula. Se le movieron los brazos y un extraño ruido salió de su boca, como si quisiera reprimir el sonido de una sirena oculta. Miró frenéticamente a los miembros del grupo, pidiendo ayuda. Ken dejó de llorar y se puso de pie, mirándole. Jay Foreman se inclinó hacia él, indeciso. El resto estaba con la boca abierta.

Por fin Foreman tomó en las suyas las manos de Onestone, hasta que dejaron de temblar y de moverse, gradualmente, mientras el extraño ruido desaparecía.

—¿Cómo fue? —preguntó Foreman.

—Como si mis circuitos se cargaran de mensajes contradictorios, generando inestabilidad en la red. Me ha ocurrido antes. Por eso, en realidad, es que he venido aquí.

Jennie, la maternal Jennie, se inclinó hacia delante, muy pensativa, y dijo:

—¿Sabes qué me parece? Me parece que estabas llorando.

Tanto Onestone como Foreman la miraron asombrados. Lo que había dicho era increíble, y sin embargo parecía verdad.

—O es eso, o es alguna especie de acceso epiléptico —dijo Foreman—. ¿Cómo saberlo si no hay ninguna otra expresión facial? Dime, Onestone, ¿qué estabas pensando inmediatamente antes de que ocurriera?

—Escuchaba a Ken y me preguntaba cómo sería tener un padre y una madre... — De pronto el temblor regresó y Onestone no fue capaz de continuar durante unos minutos.

Cuando se calmó, Foreman dijo:

—Estabas hablando de tus motivos para venir al grupo. Tal vez quisieras seguir hablando de eso.

Onestone asintió.

—Como saben, soy el último de una serie de ordenadores de interacción humano-mecánica, destinado a cumplir las funciones de un científico de amplio espectro. Algunas personas me llamarían un robot; conceptualmente, mi diseño surge de dos ideas. Una es la consola que permite a un operador humano interactuar con un gran ordenador en lenguaje corriente; la segunda es el ordenador capaz de aprender por sí solo, y buscar su propia información y su propia experiencia, y no necesita que un operador humano lo programe de antemano. El desarrollo de esta última idea condujo a las naves de exploración interplanetaria e interestelar controladas por ordenadores.

»A medida que las técnicas se hicieron más sofisticadas, durante el segundo siglo del desarrollo de los ordenadores, a alguien se le ocurrió proyectar una terminal de ordenador que no estuviera fija, sino que pudiera caminar y conversar con los científicos que trabajaban con ella. De esta forma podría asistir a reuniones, tomar parte de las discusiones, resolver problemas en el momento y, en general, comportarse en forma similar a la de los seres humanos.

»Esto es lo que soy. En parte un robot, en parte un ordenador y en pequeña parte un ser humano. Seguramente, la parte que llora. Los anticuados robots de la ciencia

ficción estaban siempre limitados físicamente por el volumen del cuerpo: era imposible meter en tan poco espacio toda la maquinaria y los circuitos necesarios para tantas operaciones. Conmigo se resolvió el problema de una manera obvia, pero novedosa: yo no estoy todo aquí. Lo que ustedes ven es el mecanismo físico, la memoria a corto término y algunas unidades elementales de procesamiento de información. Otra parte de mí está en el coche, vinculada por radio. Esta unidad incluye mi memoria personal de largo plazo y grandes medios de procesamiento. Y el resto de mí está, en cierto modo, en todo el mundo porque puedo hacer instantáneamente conexiones directas con todos los principales centros ordenadores. De esta forma puedo usar todas las bibliotecas de información en existencia. Y desde ese punto de vista, tengo en mi memoria virtualmente todo lo que aprendió la Humanidad.

—Se me tambalea la mente —dijo Jay Foreman.

Onestone habría deseado poder sonreír.

—No hay, de verdad, limitaciones. Recordar un elemento de información supone ser capaz de ubicarlo. Para eso se puede usar una memoria con un sistema de catalogación, o una memoria asociativa; las dos llevan tiempo. Afortunadamente, tal como estoy construido, puedo pedir un elemento de información y mientras se desarrolla el procesamiento, hacer otras cosas. Tengo entendido que los seres humanos funcionan en forma similar. Dicen, por ejemplo, que tienen una palabra o un nombre en la punta de la lengua; y más tarde aparece bruscamente. Una vez procesado.

»Y así he nacido, o por lo menos he sido creado, con el cerebro más poderoso que existe. Durante las primeras semanas de mi vida me metieron en la memoria personal todos los conocimientos esenciales que necesitaría. Lenguaje, matemáticas, algo de historia. Las únicas personas que veía eran mis programadores.

»Mi nombre, originariamente, era Stone-1^[4], por ser el primer modelo de la serie diseñada por Jeremy Stone. Pero aparentemente era más fácil pronunciar Onestone, lo que además le recordaba a uno de los programadores otro nombre de interés histórico, de modo que pronto todo el mundo me llamó así.

»Después de algunas semanas de pruebas preliminares, entré en el universo de la ciencia. Los profesores y científicos se sentaban conmigo en un anfiteatro. Era como un examen.

»“Empecemos con algo clásico —dijo uno—. Díganos la relación de dispersión para ondas no lineales de plasma con dos clases de iones.”

»“Los resultados numéricos son éstos”, respondí, haciendo que el ordenador proyectara un gráfico tridimensional directamente en la pantalla de la pared frontal del anfiteatro. El truco les fascinó, porque como estoy directamente ligado al ordenador no tuve que tocar botones ni realizar ninguna acción visible. Y de ahí pasamos a la teoría elemental de las partículas, y a la estructura de las moléculas de proteína y finalmente a la estructura del sistema nervioso humano. Había en el salón

especialistas en todos estos campos. Cuando la sesión terminó, el profesor Mandelkorn se levantó y dijo: “Le felicito por su erudición. Estoy seguro de que su carrera será distinguida. Pero ahora, algunos de nosotros vamos a hacer algunas cosas que usted no puede: por ejemplo, ir a un bar de la vecindad y emborracharnos.” Y no me invitaron.

Onestone se interrumpió un segundo, sumergido en sus recuerdos.

—Pobre chico —dijo Jennie, con simpatía—. Eras el más inteligente de la manzana y todos estaban celosos. Nadie te explicó que lo mejor era esconder parte de tu cerebro.

—Nadie me explicó cómo convivir con los seres humanos. Tuve que aprender por mí mismo. Y no tengo verdaderamente amigos que me aconsejen. Tal vez yo les intimidaba. Tal vez pensaban que lo sabía todo. Pero para aprender algo sobre los seres humanos, hay que interactuar con ellos, estar con ellos, intimar. No había nadie con quien pudiera intimar.

»Leí libros, vi programas de TV, y pronto comprendí que me faltaba algo. Algunos de los libros eran muy explícitos, pero no decían cómo adquirirlo.

»Entonces le di la espalda al mundo exterior y me quedé en el despacho que me dieron en la universidad. Me entregué a mi trabajo. Elegí dos especialidades principales para no aburrirme con un solo tema. Una era la del campo unificado, que estudia la naturaleza fundamental de las fuerzas entre los objetos, un problema aún no resuelto a pesar de cientos de años de esfuerzo. La otra era la naturaleza de la conciencia humana, quizás el principal problema científico de la Humanidad, porque la conducta de los seres humanos depende en última instancia del modelo mental que se hagan de su propia naturaleza y del lugar que ocupan en el universo.

»En realidad, los dos problemas están interrelacionados. Uno de los misterios de la Naturaleza es cómo adquirimos conocimiento sobre el mundo que nos rodea, cuando toda la información que llega del mundo exterior a nuestro sistema nervioso consiste en impulsos eléctricos que se mueven desde los órganos de los sentidos hasta las profundidades del cerebro. De algún modo, por medio de esos impulsos conocemos lo que nos rodea hasta el punto de poder hacer modelos de los átomos y las partículas más pequeñas. Mi propia construcción es un paso hacia la solución del problema de la conciencia, porque soy un modelo de cerebro, si bien no se sabe todavía si soy un modelo de cerebro *humano*.

Jay Foreman le interrumpió.

—Pienso que te has ido por la tangente de las generalidades filosóficas para eludir el problema principal. Ibas a decirnos por qué viniste al grupo.

Onestone respondió sencillamente:

—Pensé que me estaba volviendo loco.

Foreman tuvo la visión instantánea de un nuevo apartado en los textos de psicología, titulado Patología del Ordenador y subtítulo Neurosis del Ordenador, Psicosis del Ordenador y así sucesivamente. Reprimió esta irrelevancia y continuó:

—¿Por qué pensabas eso?

—Los problemas en que estaba trabajando eran difíciles. Al principio yo era ingenuo y pensaba que los problemas siempre se resolvían fácilmente, pero vi que resolver problemas que nadie había enfrentado previamente exige algo más que memoria, velocidad y habilidad para manipular, las capacidades que exige la matemática. Exige poder pensar algo que nadie pensó nunca, integrar las cosas de otra manera. Algunos llaman a esto creatividad, otros capacidad asociativa, o imaginación. Tiene que ver con saltar el espacio entre lo conocido y lo desconocido, con suponer una respuesta y luego ponerla a prueba.

»Ahí empecé a tener dificultades. Aparentemente hay una zona en que los humanos son mejores que yo. Como resultado, había problemas que no podía resolver. Pero infortunadamente, la persona que me programó me dio una tremenda voluntad de resolver problemas, que se podría considerar una neurosis compulsiva intrínseca. Y cuando me doy contra la pared con un problema que no puedo resolver, siento esa compulsión y mis circuitos se trastornan, y entro en un estado de inestabilidad, y no puedo hacer nada para evitarlo.

»Me retiré cada vez más a mi aislamiento. Ni siquiera iba a las reuniones. Mis técnicos estaban desesperados. Entonces uno de ellos —una chica llamada Marcy— me dijo que estar solo no podía ser bueno para mí y que debía asociarme con más gente, y que quizá la terapia de grupo podía ayudarme.

»Ya sabéis el resto. Con lo que me dijo Marcy, sumado a mis propias fuentes de información, aprendí algo sobre los movimientos sobre el potencial humano de principios del siglo xx. Grupos, terapia gestáltica y demás. Hacia el fin del siglo era un movimiento poderoso, que fue eclipsado durante cien años por un giro totalitario del siglo xxi, y fue redescubierto por Vander...

Onestone tuvo bruscamente conciencia de que de nuevo estaba pronunciando una conferencia. Por otra parte, lo que se lo recordó fue la ruda interrupción de la pequeña Marian:

—¡Eh, profesor, no estamos en clase de historia!

El jefe del grupo, Jay Foreman, se inclinó hacia delante y le dijo a Onestone:

—Ahora creo que nos estamos acercando al punto importante. Sabes que los seres humanos son educados de cierta manera a partir de la infancia. Todo niño tiene una madre, real, o sustituía. Y usualmente hay por ahí un padre de algún tipo. Y cuando no, el niño tiene dificultades. Desde el primer día, la interacción entre la madre y el hijo imprimen en éste ciertas formas de conducta. Si estos ingredientes no llegan en el momento preciso el niño queda permanentemente afectado. La madre que canta nanas determina los futuros gustos musicales. La menor estimulación sensorial —una caricia, el juego, las cosquillas— promueven el crecimiento del sistema nervioso. Los cuentos de hadas impulsan el pensamiento imaginativo y, sobre todo, la capacidad de pensar en términos de abstracciones de alto nivel, como la magia, que más tarde podrán convertirse en la comprensión de la ciencia. Tu problema, Onestone, es que

nunca tuviste niñez. O —todavía más grave— nunca tuviste una madre.

Jennie estalló en lágrimas.

—Ni una madre, ni un padre, ni el calor del afecto. Nada de amor. ¡Qué vida vacía!

—Tengo una idea. Quizás una fantasía dirigida sirva de algo. Por supuesto —miró a Onestone— no podemos saber cómo funcionará en este caso. Es de veras un experimento. Pero en teoría debería matar dos pájaros de un tiro. Primero te dará experiencia en la fantasía, la libertad de flotar imaginativamente, viendo cosas nuevas y extrañas. Y, en segundo, para tener una infancia y una madre, debes volver a nacer, y esto es lo que haremos con nuestra fantasía dirigida.

»Jennie, siéntate en el centro. Cruza tus piernas, danos un regazo. Y tú, Onestone, tiéndete de espalda. Sí, aquí. Pon tu cabeza en el regazo de Jennie. Espero que no sea demasiado pesado para ti, Jennie.

—Para una madre, no —dijo ella, como ensoñada.

Estaba ya lejos en su fantasía, y miraba cariñosamente la cabeza pulida, apartando de sus ojos el pelo imaginario.

—Ahora, Onestone, cierra tus ojos y relájate —Foreman se ubicó junto a Jennie, mirando al robot con intensidad—. Vamos a iniciar nuestra fantasía. Cuando termine de hablar, quiero que ambos sigáis la historia y nos digáis qué veis y sentís. Estás suspendido en el fluido de un lugar oscuro y cálido. Lejos late firme y rítmicamente un corazón. Eres una sola célula, una esfera unida a un muro de tejido que parece extenderse en todas direcciones. Se acerca una multitud de criaturas pequeñas, como renacuajos, que se agitan a lo largo de un túnel oscuro. Uno de ellos llega hasta ti. Es como si una carga eléctrica polarizara todo tu cuerpo. Y la esfera que eres absorbe al renacuajo.

»Imagínate esa esfera. Siente sus alrededores oscuros, suaves, cálidos. Es tu cuerpo. La vida comienza. Ahora continuad.

Onestone se quedó totalmente inmóvil un tiempo. Luego, llenas de reticencias, brotaron las palabras.

—Ahora soy dos células que se dividen en cuatro, y cada división es un pequeño shock. La división se acelera, y ya hay una médula, un cerebro elemental, órganos sexuales embrionarios. Me convierto rápidamente en un pequeño ser humano completo, con sus dedos y su pelo rizado. Crezco y crezco y lleno todo el espacio y me pregunto si podrá estirarse mucho más. Muevo las piernas y los brazos y oigo voces del exterior...

Foreman miró a Jennie.

—Se mueve —dijo ella—. Va a ser grande y fuerte.

—Llegan más sonidos de todas partes, y puedo oír el latido de mi propio corazón. Me siento oprimido, hay calor y presión, una luz rojiza penetra por mis párpados. Oigo música, alguien canta.

Foreman miró a Jennie, que empezó a cantar una nana.

—La presión es ahora muy grande. Me impulsa hacia el exterior de mi cálida cueva. Las paredes se contraen y aprietan. Una luz rojiza más violenta viene de alguna parte. De afuera. Tengo miedo, tengo miedo, quiero quedarme en aquel lugar oscuro y tranquilo, pero la fuerza es irresistible, mi cabeza emerge violentamente a un mundo lleno de luz...

Hubo un instante de absoluto silencio.

De la boca de Onestone surgió algo como un zumbido, que creció hasta convertirse en un llanto.

Jennie miró hacia abajo. Tenía los ojos llenos de amor y una ancha sonrisa en la cara.

—Una madre judía —dijo— siempre quiere que su hijo sea un Einstein...^[5]

El malogrado Fredric Brown conservó durante varios años el récord de brevedad en cuento fantástico con este sucinto clásico:

«El último hombre del mundo está en su habitación. Golpean a la puerta.»

Ray Bradbury publicó un cuento de once palabras sobre el destino de la Tierra después de la Tercera Guerra Mundial, la guerra nuclear de tres horas o tres minutos. Es éste:

EL AÑO 2150 A. D.

En el año 2150 A. D., en lugar de un sol, había dos. (Fin.)

Más tarde, yo escribí uno de dos palabras:

ATOMIGEDON 2419 A. D.

FIN

Y estaba por ponerme a escribir un cuento de una sola palabra, cuando comprendí que era una empresa derrotada de antemano, y que lo mejor era escribir uno de una sola letra. Lo hice, y Vertex Science Fiction me pagó cien dólares por (esa) letra, lo que debe ser la tarifa más alta en la historia de la literatura.

En cuanto al relato mismo, es severo y directo. El concepto tiene algo que ver con Wylie, la temática con Stapledon. Cubre un espacio de tiempo de cuatro mil millones y medio de años, evalúa toda la Historia de la Humanidad y de cada vida que ha sido vivida, y pone en la balanza los éxitos humanos y los fracasos. Ha sido llamado (por el autor) «un inolvidable tour de Forrest».

Con un vistazo a la página siguiente habrán leído

EL CUENTO DE CIENCIA FICCIÓN MÁS CORTO QUE SE HA ESCRITO NUNCA

Por Forrest J. Ackerman

BOLETÍN
ESCOLAR
CÓSMICO

TIERRA:

0

Hace ya mucho tiempo (Astounding, octubre 1934) desde que Queen Catherine, el tan querido C. L. Moore, nos dio el inolvidable relato «Brillante ilusión», una historia de amor entre un ser humano y otro interestelar que superaban sus recíprocamente repelentes apariencias físicas.

«Para cuando llegue a Fénix» difícilmente puede considerarse una historia de amor; sí de concupiscencia y ciertamente de horror. Sin embargo, tiene cierta relación con el clásico de Catherine.

Un cuento tremendo. Es probable que al terminar de leerlo alguien se pregunte: «¿Y qué tiene que ver con esto el nombre de la canción?» Y que al caer en la cuenta celebre con franca risa el acierto con que el autor ha titulado su narración.

PARA CUANDO LLEGUE A FÉNIX

Por Thomas N. Scortia

Trató de convencerse de que el tiempo no existía, pero el desierto de Arizona generaba tiempo exclusivamente para él: rápidas estaciones encendidas por una brusca inundación, anchas cataratas de flores que en un día se marchitan y derraman sus semillas sobre las pálidas arenas, truenos distantes, el frenético rumor de los escorpiones que se acoplan, el perezoso arrastre de una serpiente de cascabel. Cada una de estas cosas le recordaba el tiempo a pesar de sus protestas; sin embargo, los ignoraba, existía como en una suspensión intemporal de la vida, buscando... cultivando... la futilidad.

Hasta que a las ocho de la noche, cuando la noche desértica trazaba glaciales planes a sus espaldas, miró por la ventana de la cabaña y vio una fulgurante llamarada que dejaba una herida azul, ionizada, sobre el cielo lleno de luna. La cosa cayó a menos de un kilómetro de distancia. Sólo las ondulaciones del desierto protegieron sus ojos del súbito estallido de luz y radiación que convirtió el universo en una blancura informe. La onda de choque golpeó contra su cuerpo y durante unos segundos le dolieron los oídos.

Después, silencio. La noche del desierto regresó, y él volvió a estar solo.

No. No estaba solo.

Un grito de angustia, interno, sin voz. Una llamada de ayuda. No había lenguaje. No podía haber palabras, porque se trataba de una llamada remota y extraña, pero llena de emoción y de necesidad.

Apartó de su cuerpo desnudo el ligero cobertor y se levantó, ignorando las feas cicatrices que puntuaban su cuerpo. Se puso sus Levis (sus extremidades inferiores debían estar siempre cubiertas), una camisa de denim, sandalias, y salió. El aire frío le chupó el calor del cuerpo. Avanzó por la leve ondulación, hacia arriba, hacia el lugar del impacto, sintiendo en su mente la llamada sin voz. En la parte más alta, se detuvo asombrado.

Abajo, la luz de la luna llena iluminaba un vasto círculo de desierto quemado y fundido. Fuera lo que fuera lo que había caído, se había evaporado en la increíble ola de calor que había azotado el desierto.

Y nuevamente el ruego.

¿Dónde? ¡Allí...! ¡Aquí!

Corrió, trastabillando, pisando escombros, con los pies ardiendo. Al principio sólo era una masa negra esparcida sobre la arena. Luego una forma... humanoide...

Luego...

Increíble, pero era una chica desnuda, con los delgados brazos tendidos, una pierna recogida, evidentemente por el dolor.

Levantaba la cabeza. Tenía ojos muy grandes y pupilas hendidas que le miraban desde una cara pálida y extraña, con orejas enroscadas, en medio de la brisa del desierto. La boca, humana, se abría en silencio, respirando el aire...

Estuvo junto a ella en segundos. La ayudó a incorporarse pasándole el brazo por los hombros, la puso de pie. El cuerpo parecía curiosamente articulado, pero su olor era indudablemente de hembra, una clara fragancia femenina totalmente exenta de los polvos y perfumes que siempre había despreciado en las mujeres que había conocido. Reparó en la parte inferior de su cuerpo: carecía de rasgos, la región genital era absolutamente lisa, asexual.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella abrió la boca. Sus dientes eran raros y afilados. Su lengua rosada tembló, y por fin suspiró:

—¿Estás bien?

El sonido carecía de acento, ella no hablaba esa lengua, era evidente que le imitaba, que no comprendía lo que él había dicho. Ella suspiró de nuevo, él la sostuvo, y de pronto la muchacha se derrumbó inerte, inconsciente.

La alzó, maravillado de su ligereza. No podía pesar más de cuarenta kilos. Empezó a subir, sosteniéndola estrechamente. La cabeza de ella, y su denso pelo negro azulado intrincadamente ondulado colgaba, inerte, sobre su brazo. Abrió con el pie la puerta de la cabaña y la llevó hasta la cama, en el lado opuesto de la única habitación. La depositó cuidadosamente y alisó las sábanas para que descansara con comodidad. Nuevamente miró sus suaves caderas; se tocó su propio cuerpo y sintió un escalofrío al recordar.

Por fin ajustó la lámpara de querosene y se sentó en el borde de la cama. Ella se movió suavemente, como si algo turbara su sueño y alzó un brazo por encima de su cabeza. La extraña musculatura del brazo acentuaba de algún modo la femineidad de su cuerpo; la posición destacaba el delicado relieve de sus pechos. Se inclinó sobre ella para mirar mejor su cara, cuando abrió los ojos.

Tenían tal profundidad que involuntariamente aspiró aire con avidez. Sintió que era atraído hacia ellos, que esos ojos de pupilas verticales miraban el interior de su mente, examinaban todo lo que allí había y tocaban con delicadeza cada pensamiento, cada deseo, cada dolor.

—¿Estás bien? —repitió ella suavemente.

—¿De dónde vienes? —preguntó él—. ¿Qué ocurrió? ¿Una nave?

—¿Una nave? —dijo la chica, sin sentido.

Pero no, pensó él. No era sin sentido. Era a la manera de un niño que aprende un lenguaje por medio de la mímica... Pero los ojos eran casi hipnóticos, seguían explorando, buscando, encontrando...

Lleno de furia se puso en pie de un salto. Esa cosa que tocaba su mente se había tornado embarazosamente íntima. Peor. Erótica. Erótica de una forma que jamás había conocido. Se sintió arder de ira. ¿Qué derecho tenía, viniera de donde viniera? Eso no era para él. Él estaba definitivamente alejado del amor y el deseo.

Ella advirtió su reacción y se puso una mano en la boca. Sus ojos parecían atemorizados. Abrió la boca, y su larga lengua vaciló, buscando una palabra.

—¿Mal...? —preguntó.

Él no había usado la palabra. Le estaba leyendo la mente, había encontrado la palabra en su mente. Sintió frío ante la sola idea. Podía ver en su interior, sentir sus emociones, percibir la profunda y terrible angustia que le afligía.

—¿Duele? —dijo muy despacio—. ¿Te duele?

—Sí que duele —respondió con violencia, mientras se alejaba un paso.

Claro que dolía. Le había dolido cada noche durante los últimos dos años. No sólo era el dolor de las terminaciones nerviosas destruidas y remendadas. La herida se había cerrado limpiamente, a pesar de la agonía y el horror; pero había quedado una herida más profunda, y tan aviesa que pocos hombres habrían podido sobrevivirle.

—¿Qué es la guerra...? —preguntó ella.

—No importa —dijo él—. Tienes que descansar.

—Descansar —dijo ella, y cerró los ojos.

Instantáneamente se durmió. Él la abrigó con el cobertor y bajó la mecha de la lámpara antes de retirarse al viejo sillón en el otro extremo de la habitación. Se sentó en silencio, mirando cómo el pecho de la muchacha subía y bajaba, hermoso y excitante a pesar de todo.

Debió dormirse en algún momento. Al principio sus sueños eran informes. Tenía conciencia de su propio cuerpo, algo que flotaba en medio de la niebla. Y sentía agudamente un extraño masaje profundo de su cuerpo dañado, y que estaban ocurriendo cambios en él, y el vigoroso latido de la sangre en sus muslos y en su...

Eso era imposible. Sabía fría y desapasionadamente que era imposible, sin pánico, ni angustia, ni deseos de suicidio, pero ahora sentía emociones que crecían hasta producir en su mente un enceguedor espasmo de alivio.

Se despertó de su sueño, nuevamente furioso. Ella estaba sentada, con las piernas recogidas bajo el mentón y el cobertor sobre al regazo. Se puso en pie de un salto y fue hasta la cama.

—¿Qué derecho tienes? —preguntó.

Y notó algo extraño. Al principio creyó que era efecto de la luz. Subió la llama de la lámpara y la miró atentamente. No había ninguna duda. Su piel, que tenía una textura muy suave y sedosa, era ahora más áspera; había sombras debajo de los grandes ojos y se veían indicios de finas arrugas. ¿Cómo era posible?, se preguntó, ¿cómo podía haber envejecido en una hora?

Se inclinó y le tocó la mejilla; ella se apartó, con un poco de miedo. Él la tomó del mentón y con una mezcla de brutalidad y ternura le volvió la cara hacia la luz.

Una lágrima grande y dorada brilló en el ángulo de uno de sus ojos. Él, sin saber por qué, la besó, asombrado de su propia dulzura. Hacía dos años que no conocía una emoción semejante: la ternura había sido reemplazada por la amargura y la furia dirigida contra él.

—¿Sabes cómo es —dijo en voz alta— darle la espalda para siempre a toda forma de amor normal?

—¿Amor? —dijo ella.

Amor normal, pensó él. ¿Normal? Había que ampliar la definición. Amor a una criatura absolutamente extraña que parecía envejecer con la pasión que volcaba sobre él. Y, sin embargo, amor con todas las implicaciones físicas del término.

Le asombró el pensamiento. No esperaba volver a sentir eso. No porque no lo deseara. Eso era lo irónico. Había sido reparado cosméticamente, y bastaba una inyección mensual para compensar las pérdidas químicas; pero no podía participar en la más básica de las funciones humanas.

Hasta ahora.

La pura alegría animal del recuerdo se apoderó de él. Sin saber bien qué ocurría, la besó y la rodeó con sus brazos, y sintió que ella respondía a su brusca pasión, y que en él crecía la intensidad...

Se apartó saciado y la miró. Ella tenía los ojos cerrados y una expresión como de un suave dolor. Y la cara discerniblemente más vieja. Ahora eran visibles las arrugas alrededor de los ojos, y la tez sin brillo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué eres?

Ella sonrió con una sonrisa de muchacha (fuera de lugar en ese rostro que envejecía) y dijo:

—Soy... ¿placer?

Volvió a estirarse en la cama y cerní los ojos. Él la miraba con una mezcla de miedo y maravilla. Por supuesto, pensó. ¿Qué sentido podía tener la presencia de un ser tan inerte y dependiente a bordo de una nave estelar? Bastantes precedentes había en su propia historia. Debían ser una extraña raza, los seres que habían construido la nave vaporizada. Para ellos el sexo no era un hecho físico, sino una especie de empatía explosiva que contenía la misma liberación física que proporciona un contacto físico más inmediato en nuestra propia especie.

Placer, había dicho. Sonrió irónicamente. Tal vez concebida para ese fin. Sólo que la descarga psíquica que para él era la salud y la vida, para ella era terrible. La envejecía y quizá terminara con su vida. Se preguntó si eso sería normal en ella, o una consecuencia de la situación en que se encontraba.

La muchacha volvió a dormir. Él retornó hasta el sillón y un rato después dormitaba. Se encontraba en medio de la jungla, a medio mundo de distancia. Tenía los pies hundidos en un suelo tan lodoso que temía que pudiera literalmente tragarlo. Silencio. Ni cantos de pájaros ni voces de animales. Sólo un silencio mortal y poco amistoso: había en la jungla seres escondidos que le acechaban. Sentía el peso

opresivo del casco y la humedad de su ropa de fagina. Avanzaba cautelosamente, pensando de dónde podía venir la amenaza. No vio hasta último momento el fino alambre cruzado a la altura de sus pies. Espantado, trató de retroceder, pero había perdido el equilibrio. El alambre se tensó, cedió un segundo, y luego se volvió a tensar antes de romperse. En el mismo momento oyó un «pop» delante de sí. No tanto una explosión como una nubecita de humo. Sus ojos frenéticos alcanzaron a percibir la granada que se alzaba entre las plantas hasta un metro de altura, era retenida y detonada por un delgado cable. Un vicioso cono metálico saltó hacia él, desplegando una sombrilla de fragmentos que se clavaron en su cuerpo.

Gritó en sueños, y quizás en voz alta. No estaba seguro. Sus oídos volvieron a ensordecerse al sonido imaginario; nuevamente sentía en el cuerpo esa sensación recordada de algo que calmaba su angustia, se elevaba hasta concluir en una especie de explosión nerviosa que lo dejaba temblando, físicamente exhausto, satisfecho, contento y...

Terminó de despertarse y la vio fuera de la cama, con la cara contraída de dolor. Sólo que ahora era como una vieja temblorosa víctima de un ataque de reumatismo.

Dios mío, se dijo, yo le he hecho esto...

Y después no habrá otra.

¿O habría? ¿Cómo se reproducían? ¿Era parte de la raza constructora de la nave, o un objeto, un extraño juguete? Sin órganos sexuales visibles, parecía biológicamente inválida.

Se indignó contra su propio egoísmo. Era obvio que se estaba muriendo y sólo podía pensar en sus propios deseos personales, que ahora había encontrado un medio de satisfacer.

Saltó del sillón y corrió a su lado. Ella le miró con sus ojos de anciana, con el rostro fatigado. Respiraba agitadamente.

—¿Qué puedo hacer? —dijo él.

—¿Hacer? —dijo ella, moviendo la cabeza.

Él corrió a buscar un vaso de agua. Se volvió y la vio ponerse en marcha.

—¡Espera! —gritó, pero ella había ido hasta la puerta, apartado la cortina y salido antes que él pudiera moverse.

Corrió en su busca. Salió al frío aire de la mañana: en el Este se veía la brillante promesa de un sol despiadado. No estaba a la vista. Pero sí las huellas de sus pies descalzos, y las siguió: volvían hacia el lugar donde la nave había estallado.

Se detuvo en la parte superior de la elevación. Debajo yacía la forma de ella: cuando estuvo a su lado se detuvo lleno de horror.

Estaba muerta, nadie podía vivir con semejantes señales de corrupción. Parecía marchitarse bajo el sol de la mañana; la cara era una masa informe y su abdomen se hinchaba como por la formación de gases internos.

—¡Dios mío! —gritó, dejándose caer a su lado.

No había ningún olor, sólo la corrupción que avanzaba. De pronto su vientre se

abrió, muy limpiamente, como por la acción de un bisturí. Dentro había oscuridad y luego...

Algo que se movía.

Se puso de pie, con náuseas. Mientras miraba, la cosa de adentro se erguía; su forma cambiaba, empezaba a brotar una cara en la parte superior. Horrorizado echó a correr. La cosa cambiante se quejaba.

—Espérame —pedía—. Será como era antes.

Corrió por el desierto, sollozando, mientras la cosa, el gusano, cambiaba de forma y crecía y abría ojos todavía ciegos.

—Espérame —pedía—. Espérame...

La reputación de Robert Bloch se funda más en su obra en el campo del horror y la fantasía que en el de la ciencia ficción. Uno recuerda sus películas, como Psicosis y Hospicio, su tantas veces reeditada obra —que también ha sido llevada al teatro— Sinceramente suyo, Jack el Destripador, sus obras para la Arkham House.

Pero Bloch mantiene un amor eterno por la ciencia ficción, y cuando ocasionalmente escribe una narración del género, suele ponerle los ojos de punta al lector, aunque esto sólo puede ocurrir en la ciencia ficción, y en la vida cotidiana lo más probable es que le ponga los pelos de punta. Ya verán si no es cierto con...

PARA SIEMPRE AMÉN

Por Robert Bloch

Para siempre.

Es una linda manera de vivir, si uno puede pagársela.

Seward Skinner podía.

—Mil millones de unidades integrales —dijo el doctor Togol—. Tal vez más.

Seward Skinner no parpadeó al oír la cifra. Parpadear, como cualquier otro movimiento corporal, supone un penoso esfuerzo cuando uno está al final del camino. Pero Skinner reunió la fuerza necesaria para hablar, aunque su voz era solamente un cascado susurro.

—Siga adelante, y de prisa.

El plan se había estado preparando durante diez años, y Skinner se había estado muriendo durante los dos últimos, de modo que Togol se dio prisa. Pero la prisa cuesta, y al final Skinner seguramente tendría que pagar una cifra más próxima a los cinco mil millones de Unigs. Nadie podía saberlo, aunque nadie ignoraba que Seward Skinner era el único hombre de la galaxia —la galaxia conocida— que podía pagar esa cantidad.

Seward Skinner era desde hacía largo tiempo el hombre más rico de la galaxia. Había todavía algunos ancianos que recordaban los días en que era una figura y un chiste público, el «*playboy* de las estrellas», como le llamaban. Según los rumores tenía una mujer en cada mundo.

Otras personas, algo menos ancianas, recordaban a un Seward Skinner más maduro, el genio galáctico, el fabuloso inventor y empresario de las Industrias Interespaciales, la corporación más grande que había existido nunca. Durante esos días, sus operaciones comerciales eran las noticias y los rumores. Pero para la mayoría del público interplanetario, para los jóvenes sin un recuerdo personal concreto de esos lejanos tiempos, Seward Skinner era solamente un nombre. En los últimos años, se había retirado completamente de todo contacto con los mundos exteriores. Industrias Interespaciales había rastreado laboriosamente y adquirido todos los *tapes* que tuvieran imágenes o información de su pasado. Algunos decían que habían sido destruidos, y para otros se encontraban ocultos, pero en definitiva era lo mismo. La vida privada de Seward estaba totalmente protegida. Y nadie le veía. Sus negocios, su vida misma, parecían operados por control remoto.

En realidad, el que se ocupaba de todo era el doctor Togol.

Si Skinner era el hombre más rico, el doctor Togol era sin duda el hombre de

ciencia más brillante. Inevitablemente, los dos hombres fueron unidos por un amor común, el amor a la riqueza.

Nadie sabía qué significaba la riqueza para Skinner; era evidente en cambio lo que significaba para Togol: un instrumento para sus investigaciones. Para llevar la experimentación a niveles ilimitados se necesitaban fondos ilimitados. Y así nació entre ambos una asociación.

Durante la última década el doctor Togol desarrolló sus planes, y Seward Skinner, un cáncer incurable.

Y ahora el plan estaba listo para funcionar, justamente mientras Skinner dejaba de funcionar.

Y Skinner murió.

Y volvió a vivir.

Es magnífico estar vivo, sobre todo después de haber muerto. El sol calienta más, el mundo parece más brillante, los pájaros cantan mejor. Aun cuando en Edén el sol era artificial, la luz era producida por complejos sistemas y los cantos de aves procedían de gargantas mecánicas.

Pero Skinner estaba vivo.

Estaba sentado en la terraza de su gran casa en las colinas y miraba Edén y le encantaba lo que había hecho. Muchos años antes había comprado ese pequeño y desolado satélite y lo había transformado en una Tierra artificial, un recuerdo de su hogar original. Debajo había una ciudad muy similar a aquella donde naciera; y en lo alto de la colina había una mansión que era el duplicado de la más hermosa de sus casas. Más allá estaba el complejo de laboratorios del doctor Togol y en una profunda bóveda excavada debajo...

Skinner apartó el pensamiento.

—Tráeme un trago —dijo.

Skinner, el sirviente, entró en la casa y le dijo al mayordomo Skinner que preparara la bebida.

Ya nadie bebía alcohol ni tenía valets ni sirvientes, pero así le gustaba a Skinner. Recordaba cómo había vivido en tiempos anteriores y así pensaba vivir ahora. Ahora y para siempre.

De modo que después de beber, hizo que su chófer Skinner le llevara a la ciudad. Desde el pequeño minimóvil gozó del espectáculo. A Skinner siempre le había gustado contemplar a la gente, y las actividades de esta gente poseían para él muy especial interés.

Detrás de los volantes de otros minimóviles había Skinners que le sonreían. En un cruce le saludó el policía Skinner. Otros Skinner cumplían sus funciones en las intermediaciones de las plantas de procesado de alimentos. Skinner, el ingeniero de hidropónica; Skinner, el encargado de reciclaje de los residuos; Skinner, de la planta generadora de oxígeno; Skinner, de transportes; Skinner, de medios de comunicación. Cada uno tenía su lugar y su función en ese mundo en miniatura, y ayudaba a que se

moviera eficaz y fluidamente, de acuerdo al programa.

—Una cosa debe quedar bien claro —le había dicho Skinner al doctor Togol—: nada de automatización. No quiero que mi gente sea controlada por máquinas. No son robots. Cada uno de ellos es un ser humano, y quiero que viva como un ser humano. Plena responsabilidad y plena seguridad: ése es el secreto de una vida plena. Después de todo, son tan importantes para el desarrollo del programa como yo mismo, y quiero que sean felices. Quizá no le importe, pero recuerde que son mi familia.

—Más que su familia —dijo el doctor Togol—, son usted mismo.

Y era verdad. Eran él mismo, o parte de él. Cada uno era realmente Skinner, el producto de una sola célula, reproducida y desarrollada por la perfección del proceso del doctor Togol.

El proceso se denominaba *cloning*, y era sumamente complejo. La misma teoría de los clones lo era, y Skinner nunca la había comprendido del todo. Y tampoco hacía falta que la comprendiera; ésa era la función del doctor Togol. Skinner había provisto la financiación, el laboratorio, el equipo, todo lo necesario. Y el doctor Togol se había ocupado de arbitrar los medios y recursos. Y por fin —cuando llegó el fin— de su cuerpo se extrajo el tejido celular vivo de donde se aislaron los clones, que por un complicado proceso se convirtieron en duplicados físicos de él mismo. No reproducciones, no imitaciones ni copias, sino él mismo.

Miró hacia el espejito retrovisor del minimóvil y vio la cara del chófer, idéntica a la suya, y la imagen reflejada de su cara y su cuerpo. Al mirar por la ventanilla se vio retratado en todas las personas. Cada uno de estos Skinners era un hombre alto, entrado en años, pero con todo el vigor juvenil devuelto por un eficiente régimen a base de una avanzada terapia vitamínica y de regeneración de órganos que había eliminado en gran parte los daños de las metástasis. Y como el cáncer no es hereditario, no se transmitía a los clones. Como él mismo, todos los Skinners gozaban de buena salud. Y como él mismo, llevaban en sí las semillas —las células reales— de la inmortalidad.

Vivirían para siempre, como él mismo.

Y eran él mismo. Físicamente intercambiables, excepto por las ropas que llevaban, los uniformes diseñados especialmente para identificarlos, diferenciarlos y designar sus diversas ocupaciones.

Un mundo de Skinners en el mundo de Skinner.

Por supuesto que había habido problemas.

Antes de que el doctor Togol iniciara su trabajo, habían discutido el asunto.

—Un clone verdadero —dijo el doctor Togol—. Eso es todo lo que se necesita. Un facsímil sano.

Skinner movió la cabeza.

—Demasiado arriesgado. ¿Y si hubiera un accidente? Sería el fin.

—Está bien. Conservamos más tejido celular vivo, en reserva. Y bajo guardia.

—¿Guardia?

—Por supuesto —dijo el doctor Togol—. Su satélite, Edén, necesitará protección. Y ya que no desea usted sistemas de automatización, tendrá que tener personal. Otras personas que hagan su trabajo, y le acompañen. Seguramente no querrá vivir para siempre si va a estar solo por toda la eternidad.

Skinner frunció el ceño.

—Yo no confío en la gente. Ni como guardias, ni como empleados, ni mucho menos como amigos.

—¿En nadie?

—Confío en mí mismo —dijo Skinner—. Así que quiero más clones. Bastantes para que Edén pueda funcionar independientemente de toda persona ajena.

—¿Todo el satélite poblado de Skinners?

—Exactamente.

—Pero... No sé si usted comprende bien. Si el proceso funciona bien y obtenemos más de un Skinner, cada uno compartirá absolutamente todo. No solamente tendrán un cuerpo como el suyo, sino idéntica mente y personalidad. Tendrán los mismos recuerdos hasta el momento en que las células sean extraídas del cuerpo.

—Lo comprendo.

—Veamos qué ocurre si sigo sus instrucciones. Técnicamente es posible: si se puede obtener un *cloning*, también se pueden realizar más operaciones del mismo tipo. Simplemente, el proceso costaría más caro.

—Entonces no hay ningún problema, ¿verdad?

—Ya le dije cuál es el problema. Mil Skinners, absolutamente iguales. Todos parecen igual, piensan y sienten igual. Usted sería uno de tantos. ¿Ha decidido qué actividad desea realizar en su nuevo mundo cuando sea inmortal? ¿Quiere atender la central de energía o descargar provisiones? ¿Le gustaría trabajar para siempre en las cocinas de la casa?

—¡Por supuesto que no! —dijo Skinner—. Quiero ser exactamente como soy ahora.

—El jefe, el que manda, el gran señor —dijo Togol, sonriendo. Luego suspiró—. Eso es lo que le quería decir. Y todos los demás querrán lo mismo. Cada uno de los Skinners tendrá la misma finalidad, el mismo deseo, la voluntad de dominar. Porque todos tendrán exactamente su mismo cerebro y su mismo sistema nervioso.

—Hasta el momento en que sean resucitados, querrá usted decir.

—Así es.

—Entonces, a partir de ese momento pondrá usted en marcha un nuevo programa. Un programa de condicionamiento —dijo Skinner—. Sé que existen técnicas. Enseñanza durante el sueño, sistemas de hipnosis profunda, los métodos que usan los psicólogos para alterar la conducta criminal. E implantará usted memorias selectivas.

—Pero voy a necesitar todo un centro psicomédico, con un equipo completo...

—Lo tendrá. Quiero que todo el procedimiento se desarrolle aquí, en la Tierra,

antes de que nadie sea trasladado a Edén.

—No termino de verlo claramente. Usted quiere la creación de una nueva raza, en que cada individuo adquiriera una nueva personalidad. Un Skinner que recuerda su pasado, pero está ahora contento de ser un jardinero hidropónico, otro al que le gustará vivir eternamente como un contable, otro como un mecánico.

Skinner se alzó de hombros.

—Un trabajo complicado y difícil, lo sé. Pero trabajará usted con una personalidad complicada y difícil: la mía. —Se aclaró penosamente la garganta antes de proseguir—. No porque yo sea único. Somos todos bastante más complejos de lo que parecemos en la superficie, usted lo sabe. Cada ser humano es un manojito de impulsos conflictivos, algunos expresados y otros suprimidos. Sé que una parte de mí siempre amó la Naturaleza, el suelo, los cultivos y el crecimiento de la vida. He sepultado esa faceta de mi personalidad desde la infancia, pero los recuerdos todavía están presentes: búsquelos y hallará los jardineros, los granjeros y los asistentes de su equipo médico.

»Otra parte de mí todavía hoy siente fascinación por las cifras, y las matemáticas en general. Bastará aislar ese aspecto y desarrollarlo plenamente y tendrá usted sus contables y toda la ayuda que necesitará para que Edén funcione a las mil maravillas.

»Y sabe usted que buena parte de mi vida estuvo consagrada a la investigación científica y la invención. No le será difícil encontrar Skinners capaces de dirigir las plantas o de conducir los vehículos de transporte.

»Los alcances de la mente son infinitos, doctor. Úselos adecuadamente y tendrá todo un mundo, donde todos los roles de autoridad menor serán cubiertos por Skinners que sienten el impulso de ser policías o supervisores, y los demás quedarán a cargo de Skinners que sólo desean servir. Resucite esos rasgos y tendencias, intensifíquelos, borre las memorias que podrían resultar conflictivas, y el resto será fácil.

—¿Fácil? ¿Lavarles el cerebro a todos?

—Todos menos uno —dijo Skinner con voz seca—. Uno quedará intacto, y será reproducido exacta y enteramente como es. Soy yo.

El hombre de ciencia, un médico de talla pequeña, vientre prominente y pelo gris, contempló un momento a Skinner.

—¿No admite la posibilidad de algún cambio en usted? ¿No siente el deseo de modificar alguna parte de su personalidad?

—No creo ser perfecto, si eso es lo que quiere usted decir. Pero estoy satisfecho conmigo mismo tal como soy. Y como seré, una vez que usted haya terminado su trabajo.

El doctor Togol continuó mirándolo.

—Dice usted que no confía en nadie. Si eso es verdad, y siento que lo es, ¿cómo puede usted confiar en mí?

—¿Qué quiere decir?

—Usted va a morir. Los dos lo sabemos. Es cuestión de tiempo. El poder de regenerarlo por medio del *cloning* queda en mis manos. ¿Y si no lo consigo?

Skinner le miró.

—Lo conseguirá y antes de que muera. Mucho antes de que esté inválido e incapacitado de dar órdenes, estará usted procesando los clones como hemos dicho. Le aseguro que tengo toda la intención de seguir vivo hasta que todos los clones estén listos para ser transportados.

—Pero después se morirá —insistió Togol—. Y faltará un clone: el que le representará a usted, el que debe mantenerse inalterado. ¿Por qué piensa que cumpliré sus órdenes una vez que esté muerto? Podría usar técnicas psicológicas para modificar la personalidad de su clone. ¿Por qué no podría hacer de él un esclavo y convertirme en el amo del nuevo mundo que usted ha creado?

—Por curiosidad —murmuró Skinner—. Hará usted exactamente lo que le digo porque es fanáticamente curioso acerca de las consecuencias. Ningún otro hombre vivo puede darle los medios ni la oportunidad de realizar este proyecto de *cloning*. Si el experimento tiene éxito, habrá logrado usted el avance científico más grande de todos los tiempos; por esto no traicionará usted mi confianza ni con la negativa ni con el fracaso. Y una vez que haya llegado a ese punto, no podrá resistirse a seguir adelante, sobre todo cuando comprenda que esto es solamente el principio.

—No comprendo.

—Toda mi vida he avanzado constantemente a partir de una posición de fortaleza, de confianza en mí mismo. Y ya ve lo que he logrado: creo que soy, en este momento, el individuo más rico y poderoso de la galaxia.

»Y estoy enfermo, pero gracias a usted volveré a estar bien. Y además, seré inmortal. Piense ahora la confianza que poseeré una vez que esté libre de la enfermedad, y definitivamente libre del temor a la muerte. Con esa confianza y el empuje consiguiente podemos acometer mayores empresas, resolver todos los misterios, derribar todas las barreras, conmovier las estrellas.

»Y no se puede permitir jugar con mi mente simplemente porque usted quiere ser parte de esos planes, verlos y participar en ellos. ¿No es verdad, doctor?

Togol nada podía responder. Sabía que era verdad.

Y así ocurrió.

Se cumplió el *cloning* en la forma prevista por Seward Skinner. Y el proyecto de acondicionamiento psicológico también se logró, aunque resultó más complicado de lo que nadie pensó.

La etapa final consistió en el reclutamiento de varios cientos de técnicos altamente capacitados, que fueron divididos en equipos asignados individualmente a cada clone, a medida que se convertía en un adulto. Bajo la supervisión del doctor Togol, estos especialistas crearon los programas para el bloqueo de ciertas zonas de la memoria y la conformación de la personalidad de cada Skinner, de modo que se ajustara a su rol una vez llegado a Edén.

Posteriormente empezó el traslado.

Transportes especiales, tripulados exclusivamente por Skinners entrenados para esa tarea, llevaron a los otros Skinners a la pétreo superficie del satélite secreto. Otros Skinners transportaron la aparentemente infinita cantidad de materiales necesarios para transformar las vacías extensiones de Edén en el mundo soñado por Seward Skinner.

Y la ciudad en miniatura se alzó en el valle, y la gran casa en la colina, y el complejo de laboratorios algo más lejos, con su gran bóveda debajo. Y todo esto, cada paso de la operación, se hizo en el más profundo secreto.

Mientras pasaba el tiempo, Skinner corría una carrera con la muerte.

Estaba agonizante. Sólo una increíble fuerza de voluntad le permitió vivir para poder supervisar la destrucción total del lugar de la tierra donde se habían realizado los trabajos.

Entonces él se trasladó a Edén con el doctor Togol, pero no antes de disponer el envío de todo el equipo psicomédico al nuevo laboratorio construido allí.

Para esto se dispuso un transporte especial.

Skinner recordaba vívidamente la noche en que estaba en su lecho de muerte en la casa de la colina con el doctor Togol, esperando la llegada del transporte.

En la habitación oscurecida, una pantalla resplandeciente transmitió la impactante noticia:

Falla de presión e implosión más allá de Plutón. Transporte totalmente destruido, sin sobrevivientes.

—Dios mío —dijo Togol.

Y entonces advirtió la sonrisa en la cara del agonizante y escuchó el laborioso susurro.

—¿Realmente pensaba que iba a permitir a ningún forastero que viniera aquí, a espiar, a interferir, a enterarse de secretos, y transmitir la noticia a otros mundos?

Togol le miró.

—Pero sabotear un transporte, matar a toda esa gente... No podrá eludir esa responsabilidad...

—*Fait accompli* —dijo Skinner—. Nadie a bordo sabía el verdadero destino, pensaban que iban hacia Rigel. Y lo ocurrido será considerado un accidente.

—Hasta que yo diga la verdad.

Las facciones del agonizante mostraron la caricatura de una sonrisa.

—No lo hará. Porque en mi archivo hay un informe detallado de todo el plan, que le implica como cómplice, de modo que si habla estará firmando su sentencia de muerte.

—Se olvida de que puedo firmar la suya —dijo el doctor Togol— simplemente si dejo que la Naturaleza siga su curso.

—Si me deja usted morir, mis archivos serán publicados de inmediato. No hay opciones. Así que mejor será que siga con el *cloning* final y me reproduzca como lo

he ordenado.

Togol respiró profundamente.

—Por eso tenía tanta confianza en que no le traicionaría. No sólo confiaba en mi curiosidad científica, sino que además había planeado cómo tenerme en sus manos.

—Yo le dije que soy un hombre complejo —dijo Skinner—. Pero ya es hora de que me convierta nuevamente en un hombre sano. Empezará esta noche.

Ni siquiera era una orden: una mera afirmación.

Y, en efecto, el doctor Togol así lo hizo.

Seward Skinner se sentía agradecido de que su nuevo yo crónico hubiera sido desarrollado a partir de ese momento, y antes de su muerte. Porque si Togol hubiese esperado hasta entonces, el clone llevaría consigo la memoria de la muerte de Skinner, una memoria que ningún hombre podría soportar.

Pero el tejido vivo que era ahora Skinner había empezado a desarrollarse en el laboratorio antes de que el cuerpo original dejara de funcionar. Skinner no sabía exactamente cuándo había muerto: estaba demasiado ocupado aprendiendo cómo vivir.

Trabajar sin un equipo de técnicos era una desventaja grave, pero el doctor Togol había conseguido resolverla rápida y eficazmente con otros Skinners a quienes impartió conocimientos médicos elementales. Y a partir de ese momento, había desarrollado todo un equipo de Skinners para ese fin, y disponía de un doctor Skinner, jefe de psicoterapia, un doctor Skinner neurocirujano, un doctor Skinner especialista en diagnósticos y una docena más.

Una vez que todo esto se realizó, el nuevo Skinner le dijo a Togol:

—Somos totalmente autosuficientes aquí. Y cuando estos cuerpos muestren signos de deterioro, nuevos clones los reemplazarán. El sueño de la inmortalidad realizado por fin.

—No es el mío —dijo Togol.

—Entonces usted está loco —respondió Skinner—. Tiene la oportunidad de producir clones de usted mismo, y de vivir eternamente. Yo le concedí ese privilegio. ¿Qué otra cosa podría desear?

—La libertad.

—Usted es libre. Tiene todos los recursos de la galaxia a su disposición. Puede expandir el laboratorio indefinidamente, e iniciar investigaciones en cualquier campo, tal como le prometí. La cura del cáncer de que se habla hace siglos, ¿no quiere hallarla? Usted ha implementado algunas maravillosas técnicas de bloqueo de la memoria, pero esto no es sino el principio de una psicoterapia radicalmente nueva. Puede construir nuevas personalidades, reformar la condición humana a su voluntad...

—A su voluntad —dijo Togol, sonriendo con amargura—. Quiero lo mío, el viejo mundo con personas ordinarias, hombres. Y mujeres.

—Sabe muy bien por qué decidí que no hubiera aquí mujeres —dijo Skinner—.

En primer lugar, no son necesarias para la reproducción. Y además, a mi edad, los impulsos sexuales no son ya un imperativo. La presencia de mujeres sólo complicaría nuestra existencia, sin servir a ninguna función real.

—Ternura, compasión, comprensión, compañía —dijo Togol—. Todo esto es no funcional, según su definición.

—Son estereotipos. Carecen del menor sentido. Son vaguedades sentimentales que usted y yo liemos hecho obsoletas.

—Usted ha hecho todo obsoleto —dijo Togol—. Excepto la actividad de hormigas de su colonia de clones, las personalidades parcialmente mutiladas creadas para servirle.

—Son felices así —dijo Skinner—. Y no importa. Lo que importa es que yo no he cambiado. Soy un hombre entero.

—¿Lo es? —dijo Togol, mientras señalaba la casa, la terraza, la ciudad—. Todo lo que ha construido es el producto del defecto que más invalidez causa: el miedo a la muerte.

—Todo hombre teme morir.

—¿Tanto que se pasan la vida tratando de no comprender su mortalidad? —Togol movió la cabeza—. Usted sabe que hay una bóveda debajo de mi laboratorio. Sabe para qué se ha construido y qué contiene. Pero su temor es tan grande que no quiere siquiera admitir que existe.

—Lléveme allí —dijo Skinner.

—No lo dice en serio.

—Vamos. Le demostraré que no me asusta.

Pero le asustaba.

Aun antes de llegar al ascensor Skinner empezó a temblar, y cuando iniciaron el descenso al nivel inferior ese temblor se hizo incontrolable.

—Hace frío aquí —murmuró.

—Control de temperatura —dijo el doctor Togol.

Dejaron el ascensor y caminaron por un corredor oscuro hacia la cámara de acero rodeada en medio de la roca. Skinner, el guardia de seguridad, estaba ante la puerta. Saludó sonriente. Ante una orden de Togol, tomó una llave y abrió la puerta.

Seward Skinner no le miró. Ni tampoco quería mirar más allá del umbral.

Pero el doctor Togol ya había penetrado y no había otra cosa que hacer sino seguirle. Y entró a la penumbra de la cámara muy fría, donde se veían las consolas de control, y los macizos de tubos de vidrio y los cables que terminaban en un cilindro de vidrio transparente.

Skinner miró el cilindro: tenía la forma de un ataúd, y era un ataúd, donde Seward Skinner vio...

Su propio cuerpo, el cuerpo desgastado de donde habían brotado todos los clones, flotaba en una solución clara. Miles de cables terminaban en el cuerpo.

—No está muerto —murmuró el doctor Togol—. Meramente congelado. El

proceso criogénico lo mantiene en hibernación indefinidamente.

Skinner volvió a temblar y se apartó.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué no me dejó morir?

—Usted me pidió la inmortalidad.

—Pero la tengo. Con este cuerpo nuevo, con todos los demás cuerpos.

—La carne es vulnerable. Un accidente puede destruirla.

—Pero hay tejidos guardados. Si algo me ocurriera, podría repetir el *cloning*.

—Sólo si su cuerpo original es asequible para el proceso. Y ése es el motivo de que lo mantenga vivo, contra tal emergencia.

Skinner se obligó a mirar a la criatura cadavérica congelada dentro del cristal.

—Pero no está vivo, no puede estar...

Sin embargo, sabía que así era, porque no ignoraba que los procesos criogénicos habían sido desarrollados para eso: para mantener un mínimo de fuerzas vitales en hibernación, para poder ganar tiempo y esperar hasta que la ciencia médica fuera capaz de eliminar enfermedades y desarrollar técnicas que pudiesen restaurar eficazmente la existencia completa y consciente.

Skinner sabía que ese fin nunca se había logrado, pero la posibilidad no había desaparecido. Algún día, quizá, los métodos se perfeccionarían y esa cosa volvería a la vida, no como un clone, sino como él mismo había sido, el Skinner original, vivo nuevamente y rival de su yo actual.

—Destruyalo —dijo.

El doctor Togol le miró.

—No lo dice de verdad. No puede...

—¡Destruyalo!

Skinner salió de la bóveda.

El doctor Togol se quedó, y pasó largo tiempo antes de que se reuniera con Skinner en la casa de la colina. No dijo qué había hecho en la bóveda, ni Skinner se lo preguntó. No se volvió a hablar del tema.

Pero a partir de esa noche la relación de Skinner con Togol no volvió a ser la misma. No hubo más discusión del futuro, de posibles proyectos y experiencias nuevas. Sólo había tensión, expectativa, una indefinible atmósfera de alienación. El doctor Togol pasaba cada vez más tiempo en su laboratorio, donde tenía también su residencia separada. Y Skinner vivía solo.

No demasiado solo. Porque éste era su mundo, y estaba lleno de su propia gente, creada a su imagen y semejanza. *No habrá otro Dios más que Skinner. Y Skinner es su profeta.*

Ésa era la ley. Y si el doctor Togol no quería seguirla...

Seward Skinner recorrió las calles de su ciudad hasta la puerta del museo.

Skinner, el chófer, se quedó esperando, sonriendo, y Skinner, el guardián del museo, saludó alegremente cuando él entró.

Skinner, el conservador, se alegró ante la visita. Nadie visitaba el museo excepto

su amo, y en realidad la misma idea de un museo era una extraña preocupación, un arcaísmo perteneciente a un remoto pasado terrestre.

Pero Seward Skinner sentía la necesidad de un lugar así, un depósito y una vitrina de los objetos artísticos que había acumulado en el pasado. Y aunque podría haberlo llenado de tesoros y trofeos de toda la galaxia, sólo tenía en él objetos de la Tierra. Objetos anticuados, que recordaban la historia antigua. Riquezas y reliquias de épocas pasadas, pinturas, esculturas de viejos altares, joyas que representaron antes gustos reales y habían sido halladas en tumbas.

Skinner caminó sin mirar las glorias expuestas. En circunstancias normales habría pasado horas admirando el antiguo televisor, la biblioteca de libros impresos herméticamente sellados en bloques de plexiglás, una máquina tragamonedas, un coche con motor a explosión reconstruido y en perfectas condiciones.

Esta vez se dirigió al cuarto más distante e indicó uno de los objetos en exhibición.

—Deme eso.

La sonrisa del conservador enmascaraba cierta perplejidad, pero obedeció.

Luego Skinner se volvió y el chófer le escoltó hasta el minimóvil.

De regreso, Skinner volvió a sonreírles a los transeúntes y a observarlos mientras se dirigían a sus quehaceres.

¿Cómo podía Togol considerarlos mutilados? Estaban felices en su actividad, y sus vidas eran plenas. Todos habían sido condicionados para aceptar su vida sin envidia, competencia ni hostilidad. Gracias a ese condicionamiento y al filtro selectivo de sus memorias parecían mucho más contentos que el Seward Skinner que regresaba a su casa de la colina.

Pero pronto, también él estaría satisfecho.

Esa noche hizo llamar al doctor Togol.

Sentado en su terraza al crepúsculo, rodeado por el aroma sintético de las flores simuladas, Skinner saludó sonriente al hombre de ciencia.

—Siéntese —le dijo—. Es hora de que conversemos.

Togol asintió y se hundió en un sillón con un audible suspiro.

—¿Cansado?

Togol asintió.

—He estado muy ocupado últimamente.

—Lo sé —Skinner hizo girar su copa de coñac—. Debe haber sido agotador reunir todos los datos del proyecto.

—Es importante tener un registro completo.

—Lo ha reducido a un *microtape*, ¿no es verdad? ¿Bastante pequeño para llevar en un bolsillo? Es muy práctico.

El doctor Togol se endureció y enderezó.

La sonrisa de Skinner era tranquila.

—¿Se propone sacarlo de aquí? ¿O se irá usted mismo en el próximo transporte

de reaprovisionamiento a la Tierra?

—¿Quién le ha dicho...?

—Es bastante evidente —dijo Skinner, encogiéndose de hombros—. Ahora que ha logrado el éxito quiere la gloria. Un regreso triunfal. Su nombre y su fama serán conocidos en toda la galaxia.

—Es natural que usted piense en términos de egoísmo —dijo Togol, con el ceño fruncido—. Pero no es ésa la razón. Usted mismo me lo dijo antes de comenzar: éste puede ser el logro más significativo de todos los tiempos. Y los descubrimientos realizados deben ser compartidos y permitir el beneficios de los demás.

—Yo pagué las investigaciones. Yo puse en marcha el proyecto. Es mi propiedad.

—Nadie tiene el derecho de ocultar conocimientos.

—Esos conocimientos son míos.

—Pero yo no —dijo el doctor Togol, poniéndose en pie.

La sonrisa de Skinner se desvaneció.

—¿Y si me niego a dejarle ir?

—No se lo aconsejo.

—¿Una amenaza?

—Un hecho —Togol sostuvo la mirada de Skinner—. Déjeme ir tranquilamente. Tiene mi palabra de que su secreto está seguro. Compartiré mis descubrimientos, pero preservaré su vida privada. Nadie sabrá nunca dónde está Edén.

—No tengo el hábito de negociar.

—Lo comprendo —dijo el doctor Togol—. Por eso he tomado algunas precauciones.

—¿Qué clase de precauciones? —dijo Skinner, sonriendo, gozando de la situación—. Usted se olvida de que éste es mi mundo.

—Usted no tiene ningún mundo —dijo Togol con el ceño fruncido—. Esto es un laberinto de espejos. La megalomanía llevada a su extremo lógico. En tiempos antiguos, reyes y conquistadores se rodeaban de retratos y elogios de sus proezas, estatuas de encargo y pirámides en honor de su vanidad. Los siervos y los esclavos cantaban sus alabanzas, los sicofantes erigían altares a su gloria. Usted ha hecho eso mismo, y un poco más. Pero no durará. Ningún hombre es una isla. Los templos más altos se derrumban, los admiradores más fieles se convierten en polvo.

—¿Usted no reconoce que me ha dado la inmortalidad?

—Le he dado lo que quiere, lo que verdaderamente quiere todo hombre en búsqueda del poder: la ilusión de su propia omnipotencia. Y por mí puede quedársela —dijo Togol—. Pero si trata de detenerme...

—Eso es lo que pienso hacer —dijo Skinner, sonriendo—. Y ahora mismo.

—¡Skinner! ¡Por Dios!

—Sí. Por mí.

Skinner buscó algo en su chaqueta y extrajo el objeto que había tomado de su museo.

Hubo una breve llama en el crepúsculo, un breve ruido en el silencio, y el doctor Togol cayó con un balazo entre los ojos.

Skinner llamó a Skinner, que limpió la pequeña mancha de sangre de la terraza. Otros dos Skinners se llevaron el cuerpo.

Y la vida siguió como siempre. Ahora seguiría así eternamente, libre de toda interferencia exterior. Skinner estaba a salvo en el mundo de Skinner. Y libre de trazar nuevos planes.

El doctor Togol tenía razón, naturalmente. Él era un megalómano. Había que afrontar ese hecho. Y Skinner lo admitía. Con bastante facilidad, porque no era un loco, sino un hombre realista, y todo realista admite la verdad, que consiste en que el propio ego es lo más importante. Un hecho sencillo para un hombre complejo.

Pero ni siquiera Togol había comprendido qué complejo era Skinner. Lo bastante para seguir trazando planes. Lo había estado pensando durante cierto tiempo.

Ser inmortal e independiente en un mundo propio no era más que el principio. ¿Qué ocurriría si los infinitos recursos del complejo galáctico de Seward Skinner fueran utilizados ahora para el fin último e inexorable: la supresión de todos los demás mundos?

Llevaría tiempo, pero tenía la eternidad. Llevaría esfuerzo, pero la inmortalidad nunca se fatiga. Habría un camino y un arma, y tendría las dos cosas. Y cuando el plan se desarrollara, no habría en la galaxia otra cosa que Dios, Skinner, y solamente Skinner, para siempre, amén.

Skinner miraba desde la terraza cómo la oscuridad cubría progresivamente el paisaje. Ya un plan confuso empezaba a tomar forma en su mente, una mente eternamente alerta y consciente.

Los científicos Skinner elaborarían los detalles, y con sus recursos, el cumplimiento de ese plan no era ni fantástico ni imposible.

Era muy simple. Bastaba desarrollar un microorganismo mutante, un virus que fuera transportado por el aire, y que no pudiera evitarse por ninguna forma de inmunización, y luego transportarlo a puntos claves en la galaxia. Toda la vida humana, animal, vegetal, perecería. Para siempre, amén.

Ser el hombre más rico del mundo no era nada. Ser el más inteligente, el más fuerte, el más poderoso, también era poco. Pero ser el único hombre... Para siempre...

Seward Skinner se echó a reír.

Y de pronto, bruscamente, su risa se convirtió en un aullido.

A lo ancho y lo largo de su mundo, Skinner gritaba. El sonido surgía de todas partes: del despacho del conservador del museo, de las calles, de la boca del chófer dormido, de todos los Skinners que se encontraban en este momento *allí abajo*.

También el Skinner de la terraza estaba allí abajo. Allí donde —le decía un último resto de cordura— el doctor Togol debía haber tomado sus precauciones y su venganza. No había hecho nada complicado, realmente.

Había bajado a la bóveda donde el Seward Skinner original flotaba en la solución helada que lo mantenía en hibernación. Y se había limitado a cerrar los controles de temperatura.

El doctor Togol había mentido con respecto a la destrucción de la cosa en la bóveda. La había mantenido viva, y ahora que se descongelaba, la conciencia retornaba. Retornaba la conciencia original, la del verdadero Seward Skinner, que despertaba en medio de la oscuridad, en esa cubeta burbujeante, para gemir, suspirar y ahogarse en el acto.

Y como se hacía evidente en ese momento, los clones estaban ligados a esa vida y a esa conciencia, y compartían este horrible choque, mientras se desvanecían los bloqueos indivisuales, de modo que ahora todos volvían a ser uno mismo.

La cosa de la bóveda murió en un instante. Pero no antes de que todos los Skinners sintieran su agonía final, que para ellos nunca sería final. Como clones que eran, serían inmortales.

El aullido de Seward Skinner se unió a los de todos los demás Skinners en el mundo de Skinner. Continuarían.

Para siempre.

Alfred Elton van Vogt, superstar.

Slan.

Los hacedores de armas.

El mundo de los No-A.

Cualquiera de estas novelas, por sí sola, bastaría para asegurarle un lugar permanente en el panteón de los grandes de todos los tiempos.

Las tres serán pronto películas. Y él sigue produciendo década tras década, siempre en demanda. «Una lectura obligatoria para toda persona que gusta de la ciencia ficción —como ha dicho Donald Wollheim— y para toda persona que quiera escalar las alturas de una imaginación verdaderamente cósmica.»

Ésta es una tormenta mental menor: sólo involucra un millón de años (para comenzar).

Ajustarse los cerebros para encontrarse con el

ERSATZ ETERNO

Por A. E. van Vogt

Grayson le quitó al otro los hierros de tobillos y muñecas.

—Hart —dijo vivamente.

El joven de la litera no se movió. Grayson vaciló y luego le dio un puntapié.

—Hart, maldita sea, ¡escúchame! Te estoy poniendo en libertad... por si no vuelvo.

John Hart no abrió los ojos ni demostró tener conciencia del golpe recibido. Se quedó inerte; la única evidencia de vida era que estaba flojo, no rígido. Casi no tenía color en las mejillas. Su pelo negro estaba húmedo y enmarañado.

Grayson dijo con naturalidad:

—Hart, voy a buscar a Malkins. ¿Recuerdas? Se fue hace cuatro días, aunque pensaba volver en veinticuatro horas.

No hubo respuesta, y el hombre mayor empezó a alejarse, pero vaciló y dijo:

—Si no vuelvo, debes comprender dónde estamos. Éste es un nuevo planeta, ¿sabes? Nunca hemos estado aquí. Nuestra nave naufragó en el espacio, y los tres llegamos aquí en un bote salvavidas... Necesitamos combustible. Eso es lo que Malkins fue a buscar. Yo voy a buscar a Malkins.

La figura de la litera permaneció inmóvil. De mala gana, Grayson caminó hasta la puerta, salió y se dirigió hacia las colinas. No tenía particulares esperanzas.

Tres hombres estaban en un planeta extraño, sabía Dios dónde, y uno de los tres se había convertido en un loco violento.

Mientras caminaba, miraba a su alrededor, ocasionalmente asombrado. El lugar era muy parecido a la Tierra. Árboles, arbustos, pastos y distantes montañas esfumadas por el brillo azul. Era extraño que mientras aterrizaban, Malkins y él hubiesen tenido la distinta impresión de que se acercaban a un mundo desierto, sin atmósfera y sin vida.

Una suave brisa le tocó la mejilla. Había en el aire perfume de flores. Vio pájaros revoloteando entre los árboles y en una oportunidad oyó un canto sorprendentemente parecido al de una alondra.

Caminó todo el día sin hallar señales de Malkins. Y no había ninguna construcción que demostrara la presencia de vida inteligente en el planeta. Justamente antes del crepúsculo oyó una voz de mujer que le llamaba por su nombre.

Grayson se volvió instantáneamente y era su madre, mucho más joven de lo que él la recordaba en su ataúd, ocho años antes. Se le acercó y le dijo severamente:

—Billie, no te olvides tus deberes.

Grayson la miró pestañeando todo el tiempo, incrédulo. Entonces, deliberadamente, avanzó hacia ella y la tocó. Ella le tomó la mano con dedos cálidos y vivientes.

—Quiero que vayas a avisarle a tu padre que la comida está lista —dijo.

Grayson se soltó, dio un paso atrás, y miró a su alrededor. Los dos estaban en una llanura desierta cubierta de hierba: lejos, a la distancia, se veía el reflejo plateado de un río.

Se apartó de ella y siguió caminando. Cuando volvió la vista, no había nadie. Pero pronto apareció un muchacho que caminaba a su lado. Al principio no le prestó atención, pero luego le miró.

Era él mismo a la edad de quince años.

Antes que el atardecer borrara sus rasgos, apareció otro chico que caminaba junto al primero. Él mismo, de once años.

«Tres Bill Grayson», pensó Grayson. Y se echó a reír.

Después empezó a correr. Cuando miró hacia atrás, estaba solo. Casi llorando en voz baja, aminoró la marcha hasta un paso tranquilo y escuchó risas de niños en la suave oscuridad. Sonidos familiares, pero cuyo impacto era tremendo.

Grayson les dijo:

—Siempre yo mismo, a distintas edades. Idos, sé que sois solamente alucinaciones.

Terminó de gritarles, con la voz convertida en un susurro fatigado, y pensó: «¿Alucinaciones? ¿Estoy tan seguro?»

Se sentía indeciblemente deprimido y cansado.

—Hart y yo —dijo en voz alta— pertenecemos al mismo manicomio.

Llegó el alba, fresca, y esperaba que la salida del sol pusiese fin a la locura de la noche. Mientras la luz se extendía sobre el paisaje, Grayson vio que estaba en una colina y que a sus pies estaba su ciudad natal, Calipso, Ohio.

La miró con incredulidad, y luego echó a correr hacia ella, porque parecía verdadera.

Era Calipso, pero en la época en que él era un muchacho. Se dirigió a su casa, y allí estaba. En cualquier parte podría reconocer a ese chico de diez años. Le llamó, él le miró y entró corriendo en la casa.

Grayson se tendió en el césped y se cubrió los ojos.

«Alguien —se dijo— o *algo* está tomando imágenes de mi mente para mostrármelas luego.»

Le pareció que para tener alguna esperanza de mantenerse sano y vivo no debía olvidarlo.

Hacía seis días que Grayson se había marchado. En el bote salvavidas, John Hart

abrió los ojos.

—Hambre —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Esperó sin saber qué y luego, fatigadamente, salió de la litera, y fue hacia la despensa. Después de comer miró por la puerta largo rato la escena terrestre que se abría ante sus ojos, y que le hizo sentirse vagamente mejor.

De pronto saltó al suelo y empezó a caminar hacia la próxima colina. La noche caía rápidamente, pero no se le ocurrió regresar.

Una amiga de su juventud fue la primera en hablarle. Salió de en medio de la oscuridad; tuvieron una larga conversación y finalmente decidieron casarse.

Inmediatamente un pastor llevó a cabo la ceremonia, y luego los llevó en coche hasta donde las dos familias estaban reunidas en una casa hermosa, en los suburbios de Pittsburgh. El pastor era un anciano a quien Hart había conocido cuando era muy joven.

Los novios se fueron a Nueva York y a las Cataratas del Niágara a pasar su luna de miel, y posteriormente regresaron en un taxi aéreo, a establecerse en California. Inmediatamente tuvieron tres niños, y un *ranch* de cien mil hectáreas con un millón de cabezas de ganado y cowboys vestidos como en las películas.

Para Grayson, la civilización que había pasado a una plena existencia en lo que originariamente había sido un planeta desierto y sin aire reunía las cualidades de una pesadilla. La gente que encontraba tenía una expectativa de vida inferior a los setenta años. Los niños nacían nueve meses y diez días después de la concepción.

Enterró a seis generaciones de una familia que había fundado. Y entonces, un día, mientras cruzaba Broadway, en Nueva York, la forma de caminar de un hombre que venía en la dirección opuesta, y su talla pequeña y maciza le obligaron a detenerse de golpe.

—¡Henry! —gritó—. ¡Henry Malkins!

—¡Pero si es Bill Grayson!

Cambiaron un apretón de manos, en silencio, después de los excitados saludos. Malkins habló primero.

—Hay un bar a la vuelta.

Cuando tomaban la segunda ronda apareció el nombre de John Hart.

—Una fuerza vital, en busca de una forma, estaba usando su mente —dijo con seriedad Grayson—. Aparentemente carece de una expresión propia. Trató de usar la mía, también.

Luego miró interrogativamente a Malkins.

El otro hombre asintió.

—También la mía.

—Pienso que resistimos más.

Malkins se secó la frente transpirada.

—Bill —dijo—. Es todo como un sueño. Yo me caso y me divorcio cada cuarenta años. Siempre me caso con lo que parece una chica de veinte. Y unas décadas después, parece de quinientos.

—¿Crees que estará todo en nuestras mentes?

—No, nada de eso. Creo que esta civilización existe, entienda lo que entienda por existencia —dijo Malkins—. Pero dejemos eso de lado. Cuando leo libros de filosofía que explican la vida, me siento al borde de un abismo. Si tan sólo pudiéramos librarnos de Hart de alguna manera...

Grayson sonreía sombríamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tienes un arma encima?

En silencio, Malkins sacó un fino proyector de rayos. Grayson lo tomó, lo apuntó contra su propia sien y disparó el gatillo curvo, mientras Malkins trataba frenéticamente de detenerlo, aunque muy tarde.

El fino rayo blanco atravesó la cabeza de Grayson. Abrió un agujero redondo, humeante, en la pared de madera, más allá. Fríamente, Grayson, indemne, apuntó a su compañero con el cañón triangular.

—¿Quieres que pruebe contigo? —preguntó jovialmente.

El hombre mayor, tembloroso, se apoderó del arma.

—¡Dame eso! —dijo.

Luego se calmó y dijo:

—He notado que no envejezco, Bill... ¿Qué vamos a hacer?

—Pienso que nos tienen en reserva —dijo Grayson.

Se levantó y tendió su mano.

—Me alegro de haberte encontrado, Henry —agregó—. ¿Qué te parece si nos encontramos cada año, desde ahora en adelante, y comparamos nuestras experiencias?

—Pero...

—Prepárate, amigo mío. ¿No lo ves? Vamos a vivir para siempre. Somos posibles sustitutos por si algo marcha mal.

—¿Pero qué es? ¿Cuál es la causa?

—Pregúntamelo dentro de un millón de años. Quizá sepa la respuesta.

Se volvió y salió del bar, sin mirar hacia atrás.

Un cuento que ocupa un tercio de una antología, aproximadamente, tiene que ser un cuento sólido. Éste, que más apropiadamente deberíamos denominar una novela corta, es precisamente eso: sólida, hardcore ciencia ficción tradicional que, como dijo el autor cuando nos manifestó su regocijo porque la consideráramos una de las mejores del año, «es tan difícil de encontrar ahora». Entre los nuevos autores, sólo Larry Niven, que ya no es tan nuevo, continúa escribiendo narraciones al mismo tiempo directas y tiernas, como ésta de Frederick Pohl, siguiendo la línea gernsbackiana que alcanzó gran elevación durante el reinado de Campbell con Hal Clement, George O. Smith y otros pocos.

No dudamos de que a los lectores de auténtica ciencia ficción les interesa lo que pueden recibir de los autores directos como un Clement, un Jones, un Rocklin, un Niven o un Pohl.

LOS MERCADERES DE VENUS

Por Frederick Pohl

I

Mi nombre, Audee Walthers. Mi trabajo, conductor de aerocuerpo. Mi casa, en Venus, es generalmente una tienda Heechee, en cualquier parte donde me sorprenda el sueño.

Hasta los veinticinco años viví en la Tierra, en Amarillo Central. Mi padre era gobernador comisionado de Texas: murió cuando yo estaba en la universidad, pero me dejó suficientes beneficios a los familiares para terminar mi carrera de administración de empresas, y aprobar los exámenes prácticos de viajante y dactilógrafo. Así quedé preparado para la vida.

Pero después de unos cuantos años, descubrí que no era la clase de vida que deseaba. No tanto por los motivos convencionales: no me molestan los trajes anti-smog, puedo llevarme bien con los vecinos aunque sean 300 por kilómetro cuadrado, soporto el ruido y me puedo defender de los encapuchados. No es que no me gustara la Tierra, sino lo que estaba haciendo allí, de modo que vendí mi credencial de viajante de la UOPWA, hipotequé el resto de mi pensión y me compré un billete de ida a Venus. Lo que no tiene nada de raro: es lo que todos los chicos dicen que van a hacer. Yo lo hice.

Supongo que todo habría sido distinto si hubiese tenido dinero, por ejemplo si mi padre hubiese sido gobernador electo y no un empleado del servicio civil, o si los beneficios a los familiares que heredé hubiesen incluido Atención Médica Completa; es decir, si hubiese estado arriba y no en el medio, apretado por ambos lados. Como no fue así, opté por la ruta de los pioneros y me fui a cazar turistas a El Huso.

Todo el mundo ha visto fotos de El Huso, el Coliseo y las Cataratas del Niágara. Como todo lo que vale la pena ver en Venus, El Huso es una ruina Heechee. Nadie pudo descubrir nunca para qué usaban los Heechee una cámara subterránea de trescientos metros de largo y de forma ahusada, pero allí estaba y nosotros la usábamos lo mejor que podíamos. Era lo más parecido a Times Square o a los Campos Elíseos que tenía Venus. Y lo primero que hacían los terris era ir allí, donde los esperábamos nosotros.

Mi negocio de alquiler de aerocuerpo es bastante legítimo: casi todo lo que vale la pena en Venus está debajo de la superficie. En general, las otras trampas para turistas son más bien tortuosas. Los turistas de la Tierra, los terris, seguramente se dan cuenta pero no les importa, y todos compran abanicos de oraciones Heechee y cabezas de

muñeca, y esos pisapapeles de plástico transparente donde el globo de Venus se ve rodeado de nubes de ceniza anaranjada en movimiento, y también diamantes de sangre y perlas de fuego. Ninguna de estas cosas justifica el precio de su transporte a la Tierra, pero seguramente eso no le hace perder el sueño a un turista que tiene bastante dinero para pagarse un pasaje.

Para la gente como yo, que no puede pagar el precio de nada, los turistas son muy importantes. Vivimos de ellos. No quiero decir que les robemos; sólo que son el medio de obtener qué comer y dónde dormir, y que si no les tuviéramos, moriríamos. No hay muchas formas de ganar dinero en Venus, y las mejores son realmente poco probables, como ganar la lotería, conseguir un buen empleo o hacer una excavación que encuentre una nueva ruina Heechee. De modo que para el pan y la mantequilla todos dependemos de los terris.

Hay turistas y turistas. Exactamente se conocen tres variedades, y la diferencia entre ellas está dada por la mecánica celeste.

Primero están los peores. En la Tierra son personas que están meramente en buena posición. Llegan una vez cada veintiséis meses, cuando es factible una órbita de Hohmann que permite un mínimo gasto de energía, y nunca pueden quedarse más de tres semanas porque la órbita de Hohmann sólo es posible en algunos momentos muy precisos. Son *tours* guiadas, y todo el mundo llega decidido a sacar todo lo posible del cuarto de millón que cuesta el camarote más barato y que los abuelos le han pagado como regalo de graduación, o que ha sido ahorrado para una segunda luna de miel, o lo que sea. Y lo malo es que llegan con poco dinero, porque se lo han gastado casi todo en pasajes. Eso sí: son muchos. Cuando están en Venus, no queda una habitación libre. A veces seis parejas comparten un solo cubículo tabicado, a razón de dos parejas por cada turno de ocho horas. Cama caliente. Entonces la gente como yo se va a vivir en una tienda Heechee en la superficie y alquila sus habitaciones subterráneas y a veces gana bastante dinero para vivir unos cuantos meses.

Pero eso no alcanza hasta la fecha de la próxima órbita de Hohmann, de modo que cuando llegan los turistas de la variedad II nos cortamos el pescuezo por ellos.

Son bastante ricos, lo que se podría llamar millonarios pobres. Su ingreso anual no excede las siete cifras, pero pueden pagar por una órbita acelerada energéticamente —en lugar de la lenta y larga deriva de Hohmann— y llegar en unos cien días. Esto cuesta un millón de dólares o más, de modo que no hay tantos. Con todo, suelen aparecer una vez por mes, cuando hay conjunciones orbitales razonablemente favorables. Y tienen también más dinero. Y cuatro o cinco veces por década, la balística de los planetas nos pone en tal configuración que los tres planetas quedan en una órbita que no requiere mucha más energía que el viaje directo Tierra-Venus. Es bastante bueno cuando los millonarios pobres vienen primero aquí y luego siguen a Marte, pero cuando es a la inversa sólo nos quedan las sobras, bastante magras.

Pero los muy ricos... ¡Ah, los muy ricos, los que vienen cuando quieren, haya o no haya buenas condiciones orbitales!

Cuando mi informante del puerto espacial me anunció la llegada del *Yuri Gagarin* privadamente contratado, excitó mi olfato financiero. Por la época no podía ser nadie excepto uno de los muy ricos, y la única dificultad era saber cuántos de mis competidores estaban tan decididos a lanzarse al ataque como yo mismo.

Establecer una empresa de aerocuerpo de alquiler exige mucho más capital, por ejemplo, que abrir una tienda de abanicos de oraciones. Yo había tenido la buena fortuna de comprar muy barato mi aerocuerpo a la muerte de mi antiguo patrón. Y no tenía mucha competencia. Dos de ellos estaban en reparaciones, y otros dos estaban afuera, realizando excavaciones por su cuenta. De modo que, en realidad, tenía bastantes posibilidades de quedarme con los pasajeros del *Gagarin*, quienesquiera que fuesen. Siempre que estuviesen interesados en salir a visitar los túneles Heechee.

No tenía más remedio que esperar que así fuese. Mi necesidad de dinero era apremiante por ese problema de hígado. Según los médicos, tenía tres opciones: ir a la Tierra y sobrevivir merced a prótesis externas, o conseguir dinero para un trasplante. Y también podía morirme.

II

El nombre de la persona que había contratado el *Yuri Gagarin* era Boyce Cochenour. Edad aparente, cuarenta años. Dos metros de alto. Descendiente de irlandeses, franceses, americanos.

Estaba acostumbrado a mandar. Le vi entrar en El Huso como si le perteneciese y estuviese preparándose para venderlo. Se sentó en el *Heechee*, el café de Sub Vastra, imitación de una terraza parisiense y dijo:

—Scotch.

Vastra se apresuró a verter John Begg sobre el hielo supercongelado y servirle el vaso crujiente y tan frío que seguramente podía entumecer los labios.

—Tabaco —dijo, y la muchacha que le acompañaba encendió un cigarrillo y se lo alcanzó.

—Qué lugar inmundo —dijo, y Vastra estuvo totalmente de acuerdo.

Me senté en una mesa muy cercana, sin mirarlos siquiera, pero podía oír lo que decían. Tampoco Vastra me miró, pero naturalmente me había visto entrar y sabía qué estaba buscando. Fue su tercera esposa la que tomó mi pedido, porque Vastra no iba a perder ni un segundo conmigo cuando tenía en una mesa un terri capaz de contratar una nave privada.

—Lo de siempre —de dije. Era una medida de alcohol sintético en un gran vaso de gaseosa—. Y una copia del informe —agregué, en voz más baja.

Me guiñó el ojo por encima de su coqueto velo. Zorrita astuta. Le acaricié la mano y puse en ella un billete arrollado.

El terri inspeccionaba el lugar, inclusive mi persona. Yo le devolví la mirada, con distancia y cortesía, y él saludó con un cuarto de inclinación de cabeza. Luego se volvió hacia Subhash Vastra.

—Ya que estoy aquí —dijo— podría moverse un poco. ¿Qué se puede hacer?

Sub sonrió ampliamente, como una rana muy alta y flaca.

—Lo que usted quiera, señor. En nuestros salones tenemos a los mejores artistas de los tres planetas... ballet, música, teatro...

—Tengo bastante de eso en Cincinnati. Y no vine a Venus para ver un show de night club.

Él no lo sabía, pero acababa de tener un acierto: los salones de Vastra ocupaban un lugar bastante modesto en la lista de lugares nocturnos de Venus, y los que estaban en la cúspide tampoco valían gran cosa.

—Por supuesto, señor. ¿Y no le interesaría una gira?

—Bah —dijo Cochenour, moviendo la cabeza—. ¿Para qué? ¿Es muy distinto de lo que vimos en el puerto, aquí encima de nuestras cabezas?

Vastra vaciló. Le vi computar la posibilidad de que el terri aceptara una gira en la superficie contra lo que me podría sacar de comisión. No miró hacia mí. Y venció la honestidad, es decir, la honestidad sumada a una rápida apreciación de la posibilidad de embarcar a Cochenour.

—No es muy distinto, señor —admitió—. La superficie es bastante seca y caliente, al menos por mil kilómetros. Pero no pensaba en la superficie.

—¿En qué?

—En los túneles Heechee, señor. Hay una enorme extensión debajo de nosotros. Se podría encontrar un guía...

—No me interesa —gruñó Cochenour—. Está demasiado cerca.

—¿Cómo, señor?

—Si un guía nos puede llevar —explicó Cochenour—, eso significa que han sido totalmente explorados, y que no se puede encontrar nada interesante. ¿Dónde está la diversión?

—Por supuesto, señor —dijo inmediatamente Vastra—. Ya sé lo que quiere decir. —Estaba notablemente más feliz, y pude sentir su radar dirigido hacia mí para asegurarse de que estaba atento aunque en ningún momento me miró—. Siempre hay la posibilidad de descubrir algo, señor, si uno sabe dónde buscar. ¿Me equivoco si pienso que esto le interesaría?

La tercera de la casa de Vastra me trajo mi bebida y una finísima hoja xerografiada.

—Treinta por ciento —susurré—. Dile a Sub. Eso sí: sin regateo y sin que le pida

precio a nadie más.

Asintió. También ella estaba alerta, y tan segura como yo de que el terri había mordido la carnada. Yo tenía la intención de saborear largamente mi bebida, pero ante la inminente prosperidad, decidí festejar con un largo trago.

La carnada no llevaba anzuelo. Inesperadamente, el terri se encogió de hombros.

—Pura pérdida de tiempo —dijo—. Si alguien sabe dónde mirar, ¿cómo es que ha ido ya él mismo?

—Ah, señor —dijo Subhash Vastra—, ¡pero hay cientos, o miles de túneles no explorados! ¿Y quién sabe si no hay en ellos tesoros valiosísimos?

—Dejemos eso —respondió Cochenour moviendo la cabeza— y tráigame más whisky. Y esta vez vea si le puede poner hielo *frío*.

Dejé mi copa, me volví un poco para ocultar mi mano de los terris y miré la copia del informe de Sub sobre ellos para ver si contenía alguna explicación de esa brusca pérdida de interés.

No la había, aunque me dijo muchas cosas. La chica se llamaba Dorotha Keefer, y llevaba dos años viajando con él, aunque ésta era la primera vez que ambos salían de la Tierra; nada sugería que estuviesen casados ni que él tuviera la menor intención. Tenía —ella— veintipocos años de edad real y no simulada por drogas y trasplantes. Cochenour pasaba de noventa.

Por supuesto no aparentaba nada de eso. Le había visto acercarse a la mesa y moverse viva y ágilmente. La fuente de su fortuna eran las tierras y los alimentos de petróleo. De acuerdo al informe, era uno de los primeros magnates del petróleo que había dejado de vender su producto como combustible para dedicarlo íntegramente a la producción de alimentos, sembrando en el petróleo crudo algas que, una vez procesadas, eran eminentemente aptas para el consumo humano. Y había dejado de ser simplemente un millonario para convertirse en algo mucho mayor.

Y eso explicaba su aspecto. Había recibido Atención Médica Completa con todos los extras. El informe aseveraba que su corazón era de plástico y titanio, que sus pulmones eran los de un muchacho de veinte años muerto en un accidente de helicóptero, y que su piel, sus músculos y sus grasas, para no mencionar sus diversos sistemas glandulares, eran alimentados por hormonas y constructores de células a un costo que pasaba de mil dólares diarios. A juzgar por la forma en que abrazaba a la muchacha, no era un precio excesivo. Parecía un hombre de cuarenta años, excepto, quizá, por la expresión desilusionada de sus brillantes ojos azul claro.

Un cliente ideal. Apuré el resto de mi copa y pedí otra con un gesto. Tenía que haber alguna forma de que alquilara mi aerocuerpo.

Sólo faltaba encontrarla.

Desde luego, todo El Huso, fuera del café de Vastra, pensaba aproximadamente lo mismo. Era el peor momento de la temporada baja, y faltaban aún tres meses para que llegara la multitud de Hohmann. Nos estábamos quedando todos sin dinero. Mi trasplante de hígado era un pequeño incentivo extra. De las cien ratas de laberinto que

podía ver con el rabillo del ojo, noventa y nueve necesitaban el dinero de este opulento turista tanto como yo, simplemente para sobrevivir.

No todos lo íbamos a lograr. Tal vez dos, tres o media docena. Más no. Y yo quería estar entre ellos.

Bebí un sorbo de mi segunda copa, le di una generosa —y conspicua— propina a la tercera de Vastra, y me volví ociosamente hasta quedar frente a los terris.

La chica hablaba con un grupo de vendedores de *souvenirs*. Parecía interesada e indecisa.

—Boyce —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué es eso?

Él miró.

—Parece un abanico —dijo.

—Así es. Un abanico de oraciones Heechee —dijo el vendedor. Yo le conocía, era Booker Allemang, una vieja figura de El Huso—. Yo mismo lo encontré, señorita. Le concederá todos los deseos: todos los días recibo cartas de gente que agradece resultados milagrosos...

—Tonterías —dijo Cochenour—. Cómpralo si quieres.

—¿Pero para qué sirve?

—Para lo que sirve cualquier abanico —dijo riendo—. Para echarte aire.

Y me miró con una sonrisa.

Terminé mi copa, me puse de pie, y caminé hasta la otra mesa.

—Bienvenidos a Venus —dije—. ¿Puedo ayudarles en algo?

La muchacha esperó la aprobación de Cochenour antes de decir:

—Éste me parece muy bonito.

—Lo es —confirmé—. ¿Están familiarizados con la historia de los Heechees?

Cochenour me señaló una silla. Me senté y continué:

—Construyeron esos túneles hace un cuarto de millón de años. Pasaron aquí unos dos siglos; luego se marcharon dejando un montón de chatarra y algunas otras cosas. Una de ellas es cierta cantidad de esos abanicos. Un vendedor de aquí, como B. G., tuvo la idea de llamarles «abanicos de oraciones» y de ofrecérselos a los turistas para que les pidieran deseos.

Allemang estaba pendiente de mis palabras, para ver adónde iba.

—Sabe que es cierto —dijo.

—Son demasiado inteligentes para creerle —dije—. Pero no dejen de mirarlos. Los abanicos son hermosos aun sin la historia.

—Evidente —dijo Allemang—. ¡Mire cómo brilla éste! ¡Y qué bien le queda, con su pelo rubio, el de cristales grises y negros!

La chica desplegó el de cristales. Estaba arrollado como un diploma, sólo que en forma de cono. Y bastaba la más mínima presión del pulgar para mantenerlo abierto, y de verdad era un objeto hermoso. Como todos los abanicos Heechee pesaba apenas

diez gramos, y su retícula cristalina recogía la luz de las paredes Heechee, así como las de los tubos fluorescentes que habíamos instalado nosotros, las ratas de laberinto, y la devolvía en destellos iridiscentes.

—Se llama Booker Garey Allemang —informé—. Les venderá las mismas cosas que los demás, pero les engañará menos.

Cochenour me miró, y luego le pidió a Sub Vastra otra ronda para todos.

—Está bien —dijo—. Si compramos algo, le compraremos a usted, Booker Garey Allemang. Pero no ahora.

Luego se volvió hacia mí.

—¿Y usted qué quiere venderme?

—Mi aerocuerpo y mi asesoría si quiere buscar nuevos túneles. Son de lo mejor que puede encontrar.

—¿Cuánto?

—Un millón de dólares —dije inmediatamente.

No contestó en seguida, pero el precio no le impresionó. Parecía tan cordial, o por lo menos tan tranquilamente aburrido, como siempre.

—Beba —dijo, mientras Vastra y la tercera nos atendían. Luego señaló El Huso con la copa en alto—. Y esto, ¿para qué servía?

—¿Para qué lo construyeron los Heechees? No sé. Eran bastante pequeños, así que probablemente no era porque necesitaran más lugar para sus cabezas. Y estaba enteramente vacío cuando se encontró.

Miró con aire tolerante el animado cuadro que ofrecían los balcones abiertos en los costados inclinados de El Huso, llenos de lugares para comer y beber como el de Vastra, hileras de tiendas de *souvenirs*, en su mayoría inactivas porque era la temporada baja, y las doscientas ratas de laberinto que se movían por todos lados, y que habían empezado a llegar a partir del momento en que Cochenour y la muchacha se instalaron en el lugar.

—No hay gran cosa que ver, ¿no es cierto? —dijo—. Un agujero en el suelo y un montón de gente que trata de sacarme plata.

Me encogí de hombros.

—Entonces, para qué vine, ¿eh? No es una mala pregunta, pero como no la hizo tampoco voy a contestarla. Usted quiere un millón de dólares. Veamos. Cien K para contratar un aerocuerpo. Más o menos ciento ochenta semanales para alquilar el equipo. Diez días por lo menos, seguramente tres semanas. Provisiones y permisos, otros cincuenta K. Casi setecientos, aparte de su propio salario y la comisión que tiene que darle a nuestro anfitrión para que no le expulse de su café. ¿Me equivoco mucho, Walthers?

Me costó algún esfuerzo tragar el sorbo que tenía en la boca, pero logré responder.

—No mucho, Mr. Cochenour.

No me pareció necesario decirle que ya poseía el equipo, así como el aerocuerpo,

y tampoco me habría sorprendido demasiado que ya lo supiera.

—Entonces trato hecho. Y quiero salir lo más pronto posible. Me imagino que será, humm, mañana más o menos a esta hora.

—Así es —dije y me puse de pie, mientras evitaba la expresión de Sub Vastra, que pareció herido por un rayo.

Tenía bastante trabajo por delante, y debía pensar un poco. Me había tomado de sorpresa, lo que nunca es bueno cuando uno no puede permitirse un error. Le vi acusar el golpe de que le llamara por su nombre. Eso estaba bien; él debía saber que yo me habría informado inmediatamente sobre su presencia. Lo que me parecía más extraño era que él me llamara a mí por mi nombre.

III

Lo primero era controlar el equipo; lo segundo era redactar un contrato y ajustar cuentas con Sub Vastra, y lo tercero ver a mi médico. Durante un tiempo el hígado no me había molestado mucho, pero tampoco había estado bebiendo alcohol de cereales.

En una hora estuve seguro de que todo lo que necesitaríamos para la expedición estaba en perfectas condiciones, y que tenía todos los repuestos que razonablemente podía necesitar. La Curandería me quedaba de paso para ir a la Oficina 88, así que vi primero al doctor Morius. Las noticias no eran peores de lo que esperaba. El médico estudió las cifras de sus instrumentos con mucho cuidado. Con ciento cincuenta dólares de mucho cuidado. Y expresó la cautelosa esperanza de que sobreviviera tres semanas lejos del consultorio siempre que tomara todo lo que me diera y que no me apartara más que habitualmente de sus restricciones a mi dieta.

—¿Y cuando vuelva? —pregunté.

—Otro tanto, Audee —dijo alegremente—. Para el colapso total faltan todavía... ah... uh... tal vez noventa días.

Golpeó contra su palma abierta con la punta de los dedos.

—He oído decir que ha conseguido un contrato —agregó—. ¿Quiere que hagamos un trasplante?

—¿Qué sabe del contrato? —pregunté.

—El precio es el mismo de cualquier modo —dijo con buen humor—. Doscientos K, más el hospital, la anestesia, la psiquiatría preoperatoria y los medicamentos... Usted ya conoce las cifras.

Así era. Y sabía que con lo que podía ganar con la expedición de Cochenour, más algo que tenía ahorrado, y un pequeño préstamo sobre el aerocuerpo, me alcanzaba para pagarle. Arruinado, naturalmente, pero vivo.

—Adelante —le dije—. Dentro de tres semanas a contar de mañana.

Y lo dejé suavemente satisfecho, con la expresión de un cultivador oriental de

arroz que contempla una nueva cosecha. Papá querido: ¿por qué no me mandaste a estudiar medicina?

Habría sido bueno que los Heechees tuvieran el mismo tamaño que los seres humanos, en lugar de ser un cuarenta por ciento más bajos. En los túneles menores, como el que llegara a la Oficina 88, había que caminar agachado todo el tiempo.

El encargado de organización me estaba aguardando. Tenía uno de los pocos empleos que no dependían de los turistas, por lo menos directamente. Me dijo:

—Acaba de llamar Subhash Vastra. Dice que usted acepta un treinta por ciento, y además que olvidó pagarle la cuenta a la tercera de su casa cuando salió del café.

—Las dos cosas son ciertas.

—Y también a mí me debe algo, Audee. Trescientos por la copia del informe. Cien por la legalización del contrato con Vastra. Y si quiere credenciales de guía, mil seiscientos.

Le di mi carta de crédito y transfirió el total a la oficina. Luego firmé y estampé mi carta en el contrato que preparó. El treinta por ciento de Vastra no era sobre la entrada bruta de un millón de dólares sino sobre mi ganancia neta, pero con todo ganaría casi lo mismo que yo, por lo menos en dinero líquido, porque yo tendría que pagar todas las cuentas corrientes de equipo y créditos. Los proveedores lo sostenían a uno hasta que conseguía un contrato, pero entonces querían cobrar, porque sabían cuánto tiempo podría pasar hasta que hubiera un nuevo trabajo.

—Gracias, Audee —dijo el encargado, mirándome por encima del contrato—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No a esos precios.

—Ah, bromea. «Boyce Cochenour y Dorothea Keefer, Ohio, Tierra, en viaje en la nave espacial *Yuri Gagarin*, registrada en Odessa, especialmente contratada. No hay más pasajeros...» No hay más pasajeros —repitió—. Va a ser pronto un hombre rico, Audee.

—Eso es más de lo que pido —le dije—. Sólo quisiera ser un hombre vivo.

Esto no era totalmente cierto. Tenía algunas esperanzas, no muchas, no las bastantes para que las expresara y de hecho con nadie las había comentado, de salir de esto algo mejor que meramente vivo.

Había, sin embargo, un problema.

De acuerdo con el contrato habitual de los guías y los términos del alquiler de los aerocuerpos, uno recibe el dinero estipulado y nada más. Si llevo a Cochenour en busca de nuevos túneles Heechee, y él encuentra algo valioso —esto ha ocurrido en otras ocasiones— es todo suyo. Yo trabajo para él.

Y por otra parte, nada me impide salir de expedición cuando se me ocurra, y si entonces encuentro algo, es naturalmente mío.

Es evidente que cualquier persona con el menor buen sentido iría sola si

realmente pensara que va a encontrar algo. Sin embargo, en mi caso, eso no era una idea tan buena. Porque si salía de expedición y no encontraba nada, no sólo perdía tiempo y unos cincuenta K en provisiones y desgaste; perdía mi propia vida.

Necesitaba lo que me pagaba Cochenour para seguir vivo. Encontráramos o no algo interesante, eso quedaba resuelto con mis honorarios.

Infortunadamente para mi paz mental, yo creía saber dónde existía la posibilidad de encontrar algo muy interesante. El problema era que, como tenía un contrato en que todos los derechos le correspondían a Cochenour, no podía permitirme encontrarlo.

La última escala fue mi dormitorio, donde tenía, debajo de la cama, una caja fuerte disimulada en la roca, donde guardaba algunos papeles que desde ese momento quería tener en mi bolsillo.

Cuando había llegado a Venus no me interesaba el escenario. Sólo quería hacer fortuna. Poco vi entonces de la superficie de Venus, ni durante los dos años siguientes. Uno no ve gran cosa en el tipo de naves espaciales que pueden descender en Venus: una presión superficial de veinte mil milibares quiere decir algo más resistente que las burbujas que van a la Luna o a Marte o más lejos, y el margen de tolerancia del diseño no admite ventanas innecesarias en el casco. Y eso tampoco importa mucho, porque no hay mucho que ver en ninguna parte, excepto cerca de los polos. Todo lo que importa está *dentro* del planeta, y alguna vez perteneció a los Heechees.

Tampoco sabemos mucho de ellos. Ni siquiera su nombre. «Heechee»: así escribió alguien el ruido que hace una perla de fuego cuando se la acaricia. Les damos el nombre del único sonido que tiene que ver con ellos.

Los hesperólogos no saben de dónde vinieron los Heechees, aunque se han hallado fragmentos del material que los Heechees usaban como papel que se asemejan a un mapa celeste. Son incompletos, desvaídos, irreconocibles. Tal vez, si conociéramos la ubicación exacta de todas las estrellas de nuestra galaxia hace doscientos cincuenta mil años podríamos sacar algo en claro, si es que vinieron de esta galaxia. No hay huellas de los Heechees en ningún otro lugar del sistema solar, tal vez con excepción de Fobos. Todavía los expertos están discutiendo si las celdillas hexagonales encontradas en el satélite marciano son naturales o artificiales. Si son artificiales, son sin duda Heechee, aunque no se parecen demasiado a las nuestras.

A veces me he preguntado qué querían, qué buscaban. ¿Escapar de un planeta agonizante? ¿Eran refugiados políticos? ¿Eran acaso viajeros que habían encontrado un lugar a mitad de camino entre alguna parte y alguna parte donde podían quedarse a hacer lo que necesitaran antes de seguir viaje? También pensaba que habían venido a mirar cómo se conducían los seres humanos en la Tierra, como si fueran padres adoptivos sonriendo ante el desarrollo de una raza joven; pero no debíamos ser un

espectáculo tan interesante en ese momento, mientras pasábamos de los australopitecos al Cro-Magnon.

Pero aunque se llevaron casi todo cuando se fueron, y dejaron únicamente túneles y cámaras vacías, quedaron aquí y allá cositas que, o no valía la pena llevarse, o fueron despreciadas, como por ejemplo, los «abanicos de oraciones», bastante recientes de una u otra forma como para recordar un picnic al aire libre al final de un cálido verano, y otras tonterías. La mejor conocida de estas tonterías es el impulsor anisokinético, un cristal de carbono que transmite un impulso a noventa grados, y que hizo que alguien, bastante afortunado para encontrar uno, y bastante inteligente para analizarlo y duplicarlo, ganara unos cuantos miles de millones de dólares. Pero, en general, todo lo que hemos encontrado hasta ahora es basura. Y debe haber quedado algo que vale un millón de veces más.

¿O es posible que se hayan llevado consigo todo lo que valía algo?

Nadie lo sabía. Y yo tampoco, pero sí sabía algo que tenía que ver con eso.

Yo creía saber de dónde había zarpado la última nave Heechee. No era cerca de ninguna de las excavaciones realizadas.

Tampoco me engañaba. Sabía que no había ninguna certeza absoluta.

Pero era un punto de partida. Tal vez, cuando partió esa última nave estaban un poco impacientes, tal vez no eran ya tan minuciosos, o se esforzaban tanto por no dejar nada olvidado.

Yo no veía otra razón para estar en Venus. La vida de una rata de laberinto era, en el mejor de los casos, marginal. Costaba cincuenta mil por año meramente sobrevivir. Si uno tenía menos, no podía afrontar los impuestos al aire, al agua, a la ciudadanía, ni siquiera el costo de los alimentos para la mera subsistencia. Si uno deseaba comer carne más de una vez por semana, o un cubículo propio para dormir, el precio era bastante mayor.

Las credenciales de guía costaban una semana de vida. Si alguno de nosotros pagaba ese precio, jugaba el costo de esa semana contra la posibilidad de ganar algo, tanto de los terris, como de lo que se pudiera encontrar. Y lo que queríamos era poder volver a la Tierra, donde nadie se moría de hambre ni de falta de aire, y nadie era lanzado al incinerador de alta presión que era la atmósfera de Venus. Y no solamente volver a la Tierra, sino al estilo de vida que se había fijado como finalidad toda rata de laberinto en el momento de lanzarse hacia el sol. Volver con bastante dinero para vivir la existencia de un ser humano con Atención Médica Completa.

Eso era, también, lo que yo quería.

IV

Lo último que hice esa noche —y no por casualidad— fue visitar la Sala de los

Descubrimientos.

La tercera de la casa de Vastra me guiñó un ojo por encima de su coqueto velo y se volvió hacia su compañera, que miró hacia mí y asintió.

Me reuní con ellas.

—Hola, Mr. Walthers —me dijo.

—Estaba seguro de que la encontraría aquí —le dije.

Era verdad, porque la tercera de Vastra me había prometido que la traería. No sabía bien cómo llamarla. *Miss Keefer*, era adecuado; *Mrs. Cochenour*, era diplomático. Decidí no decidir y dije:

—Nos vamos a ver bastante, preferiría que me llamara por mi primer nombre.

—Audee, ¿verdad? ¿Qué origen tiene?

—Mi madre era sueca, mi padre tejano. El nombre ha estado en la familia varias generaciones —dije, sonriendo.

La Sala de los Descubrimientos está destinada a excitar a los terris. Hay un poco de todo, desde mapas de los yacimientos encontrados y un gran planisferio mercator de Venus, hasta muestras de los principales hallazgos. Le mostré un calco del cristal anisokinético y del piezófono que había hecho a su descubridor tan rico como al descubridor del impulso anisokinético. Había una docena de perlas de fuego, de unos seis milímetros de diámetro, protegidas por cristales armados, sobre cojines, derramando su fresca luz lechosa.

—Son bonitas —dijo—. Pero, ¿por qué tanta protección? Vi más grandes en El Huso y nadie las miraba.

—Hay una diferencia, Dorotha —dije—. Éstas son de verdad.

Se rió abiertamente. Era una hermosa risa. Ninguna chica es hermosa cuando se ríe, y las que se preocupan no se ríen. Dorotha Keefer parecía una muchacha linda y sana que se está divirtiendo, y si uno lo piensa bien, no se puede parecer nada mejor.

Como yo necesitaba un hígado nuevo, aparté mi mente de ese aspecto de Dorotha y le dije:

—Esas bolitas rojas son diamantes de sangre. Son radiactivos y todavía ahora están calientes. Eso permite saber cuáles son auténticos: los que pasan de tres centímetros son falsos. Si fueran verdaderos, por la ley del cubo de las distancias, generarían demasiado calor y se fundirían.

—Así que los que me quería vender su amigo...

—Son falsos.

—Y lo que usted nos quiere vender —dijo sonriendo—, ¿es auténtico o falso?

La tercera de la casa de Vastra se había desvanecido discretamente, y la chica y yo estábamos solos en la Sala de los Descubrimientos. Respiré hondo y le dije la verdad. Tal vez no toda la verdad, pero sólo la verdad.

—Todo esto que ve —dije— es el producto de cien años de excavaciones. Y no es mucho. El cristal, el piezófono, y dos o tres objetos cuyo funcionamiento conocemos; fragmentos que todavía se están estudiando, y eso es todo.

—Eso es lo que había oído decir —respondió—. Y además, todas esas cosas han sido descubiertas antes de los últimos cincuenta años.

Más inteligente y mejor informada de lo que yo creía.

—La conclusión obvia —agregué—, es que en el planeta ya no queda nada por descubrir. Quizá tenga razón. Los primeros exploradores encontraron todo... por el momento.

—¿Usted cree que hay más?

—Tengo la esperanza de que sí. Mire, los túneles son todos iguales. Las paredes azules, perfectamente lisas, con esa luz propia que jamás varía... la dureza... ¿cómo se imagina que los hicieron?

—No tengo idea.

—Tampoco yo. Ni nadie. Pero todos los túneles tienen idénticas características. Si uno accede a ellos desde el exterior encuentra primero las rocas básicas del substratum, luego una capa intermedia que está hecha mitad del material de la pared, mitad de roca básica. Y, finalmente, la pared. Es decir, que los Heechee no hacían primero una zanja abierta, construían el túnel y luego lo recubrían, sino que poseían algún mecanismo que avanzaba debajo del suelo como un gusano y dejaba atrás el túnel. Hay por otra parte muchos túneles aparentemente inútiles, que no parecen haber sido usados y no van a ninguna parte, ¿le sugiere algo?

—Quizá fuese fácil y barato...

Asentí.

—Si era una máquina, debería haber por lo menos una en alguna parte del planeta. Otra cosa. El aire. Los Heechee respiraban oxígeno, como nosotros, y de alguna forma tenían que producirlo.

—Pero si hay oxígeno en la atmósfera...

—La mitad de un uno por ciento. Y más de noventa y cinco por ciento de dióxido de carbono. Pero también sabían cómo obtener oxígeno fácil y barato, puesto que llenaban de aire incluso los túneles inútiles, y además nitrógeno, o algún otro gas inerte, para lograr una mezcla respirable. Yo no sé cómo lo hacían, pero seguramente también debería haber trazas de las máquinas que empleaban. Más todavía: los Heechee volaban a su voluntad sobre la superficie de Venus.

—Usted también, Audee.

—Recuerde todos los requisitos: como la temperatura de la superficie es de 270° C., y no hay bastante oxígeno para mantener encendido un cigarrillo, mi aerocuerpo debe ir equipado con dos tanques de combustible, uno de hidrocarburos y otro de oxidantes. ¿Alguna vez oyó el nombre de Carnot?

—Un científico de las primeras épocas, ¿verdad? ¿El ciclo de Carnot?

—Bien de nuevo. —Era la tercera vez que me sorprendía, pensé cautelosamente—. El rendimiento de un motor es la relación entre su temperatura máxima —la temperatura de la combustión— y la de los gases de escape. Y esta última no puede ser nunca inferior al calor de la atmósfera exterior, porque de lo contrario no tendría

usted un motor sino una nevera. Con 270° en el exterior no se puede tener un buen motor. Ningún motor de combustión interna es bueno en Venus. ¿No se ha preguntado por qué hay pocos aerocuerpos? A mí no me importa, porque hay menos competencia, pero la razón es que son terriblemente costosos.

—Y los Heechee ¿tenían algo mejor?

—Pienso que sí.

Dorotha volvió a reír, inesperada y atractivamente.

—Pobre Audee —dijo con gracia—, le gusta su trabajo... Piensa que un día va a encontrar el túnel madre lleno de máquinas, ¿verdad?

Las cosas tomaban un giro que no me gustaba mucho. Yo había arreglado con la tercera de Vastra que viniera con la muchacha para poder ver qué tenía en la cabeza; pero en cambio me había obligado a tomar conciencia de ella como persona y —lo que era peor— a mirarme críticamente a mí mismo.

—Quizá tenga razón —le dije—. Eso es lo que voy a tratar de hacer.

—No lo ha tomado a mal, ¿verdad?

—No —dije—. Pero estoy algo fatigado, y mañana tenemos un largo viaje. Será mejor que la lleve a su casa, Miss Keefer.

V

Mi aerocuerpo estaba en el puerto espacial. Un ascensor hasta la superficie, y un tractor para avanzar por la torturada superficie de Venus en el viento de trescientos kilómetros por hora. Normalmente el aeropuerto estaba protegido por una cubierta de espuma. No se puede dejar nada expuesto en la superficie de Venus, ni aunque esté hecho de acero cromado. Pero la había retirado más temprano, cuando fui a transportar las provisiones y hacer una última inspección. Ahora todo estaba listo: podía verlo por los ojos de buey del tractor, a través de la atmósfera amarillo verdosa. También Cochenour y la chica habrían podido, de haber sabido adonde mirar; aunque quizás así tampoco lo habrían reconocido.

Cochenour me gritó en la oreja:

—¿Así que tuvo una discusión con Dorrie?

—No fue una discusión —grité.

—No me importa —agregó—. No tienen por qué gustarse: basta con que los dos hagan lo que yo quiero. —Guardó silencio un segundo—. ¡Jesús! ¡Qué viento!

—Zefir —dije.

La zona misma del puerto es, sin embargo, y para el standard de Venus, una zona de calma natural. La topografía del lugar hace que los vientos pasen por encima y que sólo tengamos que padecer un confuso remolino. No es difícil levantar vuelo ni aterrizar, aunque parte de los compuestos metálicos de la atmósfera suelen quedar

retenidos en el puerto, en forma de rojas capas de sulfuros y cloruros de mercurio. Extraña atmósfera donde esas bonitas nubes plumosas están hechas de ácido clorhídrico y fluorhídrico.

Tampoco es difícil la navegación en Venus. Para trasladarse de un punto a otro basta mantener contacto con los centros radiales que establecen automáticamente la posición sobre las cartas. Lo que no es nada fácil es encontrar la altura correcta, y por eso mi aerocuerpo y mi experiencia valían un millón de dólares para Cochenour.

Ya estábamos junto al aerocuerpo. La trompa telescópica del tractor se extendía hacia la escotilla de acceso. Cochenour miraba por el ojo de buey.

—¡No tiene alas! —gritó, como si yo le estuviese estafando.

—Y tampoco velas o cadenas para la nieve —le dije—. Suba si quiere hablar: en el aerocuerpo es más fácil.

Subimos, abrí la escotilla y entramos.

Es una gran cosa tener un aerocuerpo en Venus. Tuve mucha suerte en poder comprarlo y, para no andarme con rodeos, yo amaba el mío. Sin equipo, podía alojar a diez personas. Pero con lo que nos había vendido el departamento de compras de Sub Vastra —certificado como esencial por la Oficina 88— quedaba completo con nosotros tres. Yo estaba preparado para oír por lo menos algún sarcasmo. Pero Cochenour se limitó a mirar en torno para descubrir la mejor litera, avanzó hacia ella y declaró que era suya. La muchacha lo tomó con buen humor, y yo me quedé con todas mis glándulas cargadas para un cambio de ironías, y sin ironías que devolver.

Estaba mucho más silencioso a bordo. Se oía el ruido del viento, desde luego, pero menos. Y cuando todos nos pusimos tapones prácticamente desapareció.

—Siéntense y átense —ordené, y despegué apenas estuvieron listos.

Con veinte mil milibares las alas no son solamente inútiles, sino un verdadero veneno. Mi aerocuerpo tenía toda la fuerza ascensional necesaria con su mera forma de concha. Alimenté las turbinas térmicas, nos lanzamos a la pista razonablemente lisa, que una topadora emparejaba una vez por semana, y ya estábamos en el espacio amarillo verdoso y un momento después en el castaño grisáceo, después de corretear apenas cincuenta metros.

Cochenour no se había ajustado bien el cinturón para estar más cómodo. Me divirtió oírle gritar mientras era arrancado de su lugar: a mil metros de altura encontré la inversión atmosférica semipermanente de Venus, y las turbulencias se calmaron hasta el punto en que pude quitarme el cinturón y ponerme de pie.

Me quité también los tapones, y les indiqué con un gesto que me imitaran.

Cochenour se frotaba la cabeza —había dado contra el estante de las cartas que teníamos por encima— y sonreía.

—Muy excitante —dijo, y buscó algo en el bolsillo. Preguntó—: ¿Se puede fumar?

—Se trata de sus pulmones.

—Sí, ahora son míos —dijo sonriendo más ampliamente. Encendió su cigarrillo

—. ¿Por qué no nos dio los tapones cuando estábamos en el tractor?

Hay una especie de mareas en la relación de guías y turistas. O bien uno se dedica silenciosamente a lo suyo, o sufre una avalancha de preguntas y pasa largo rato explicando para qué sirve esa perillita. Era difícil saber si al final de esta aventura Cochenour y su amiga me gustarían o no.

Lo mejor era que me esforzara por ser cordial con ellos. Algo más que cordial. Vivir tres semanas en un espacio no mayor que el de una *kitchenette* significaba que los tres deberíamos trabajar duramente para ser agradables recíprocamente, y como era yo el que estaba recibiendo una paga para eso, más valía que diera el ejemplo. Por otra parte, si los Cochenour iban a ponerse desagradables, lo mejor sería hablar poco, y por ejemplo, responder a una pregunta como la anterior «Me olvidé».

Pero no la había formulado en forma hostil y Dorotha se había mostrado permanentemente amistosa, así que dije:

—Percibimos sonidos por diferencias de presión. Mientras arrancábamos, los tapones filtraban parte del ruido, de las ondas de presión. Pero cuando les dije que se ataran, dejaron pasar el exceso de presión de mi voz, y pudieron oírme. Sin embargo, hay un límite. Después de los ciento veinte decibeles... que son una unidad de ruido...

—Sé lo que es un decibel —dijo Cochenour.

—Después de ciento veinte, el tímpano no responde. Por eso, en el tractor, con los tapones puestos, no habrían oído nada.

Dorotha escuchaba mientras reparaba el maquillaje de sus ojos.

—¿Había algo interesante que oír?

—Bueno —dije—, la verdad que no. Excepto... —me decidí a pensar en ellos como amigos, al menos por el momento— en el caso de un accidente. Una ráfaga de viento podría habernos desplazado lateralmente. Y a veces hay rocas que vuelan por encima de las colinas y...

—Comprendo —dijo ella—. Qué lugar reposado es éste, Boyce.

—Sí —dijo él—. Y ahora, ¿quién conduce este aparato?

—En este momento, el piloto automático. Vamos en la dirección general de este cuadrante. Luego elegiremos un destino específico.

—¿Esto es Venus? —preguntó la chica—. No se le parece mucho.

—Estas líneas son trazados de ondas radiales: no las verá mirando por la ventanilla. Y Venus no tiene océanos ni está cortado en naciones, de modo que los mapas no son como en la Tierra. Este punto brillante somos nosotros. Miren ahora. —Hice aparecer, por encima de la red radial, los contornos de color con los mascones—. Estas cosas circulares son los mascones. ¿Saben qué es un mascón?

—Una concentración de masa... Una región de materia más densa —dijo Dorotha.

—Exacto —dije—. Ahora vean las ruinas Heechee conocidas. —Modificando la fase, las puse a la vista en forma de líneas y puntos dorados.

—Están todas en los mascones —dijo ella en el acto, mientras Cochenour la miraba con tolerante aprobación.

—No todas. Ésta no, por ejemplo, y aquélla tampoco. Pero lo mismo están muy cerca. ¿Por qué? Se ignora. Las concentraciones de masa son terrenos más antiguos, rocas densas, del tipo del basalto, y quizás eso le convenía más a los Heechee. O les gustaba.

En mi correspondencia con el profesor Hegramet, de la Tierra, cuando no estaba enfermo del hígado y me interesaba más por el conocimiento abstracto, habíamos analizado la posibilidad de que las máquinas perforadoras Heechee sólo funcionaran en rocas más densas, o de una determinada composición química. Pero no pensaba discutirlo con ellos.

—Miren ahora dónde estamos. —Hice girar la esfera virtual moviendo un dial—. Éstas son las excavaciones que acabamos de dejar atrás. Esa forma es El Huso. Es una forma bastante común, y se pueden ver parecidas en otras partes. A veces no se ve en la pantalla, pero sí cuando uno se encuentra en el lugar. El mascón donde está El Huso se llama Serendip; fue descubierto accidentalmente por un equipo hesperológico.

—¿Hesperológico?

—Un equipo geológico que trabaja en Venus. Estaban tomando muestras de terreno con una perforadora y encontraron las ruinas Heechee. Y allí, en el Norte, pueden ver otras ruinas en ese grupo de mascones asociados: están unidas por túneles que atraviesan rocas menos densas, pero sólo donde es absolutamente imprescindible.

—Pero están al Norte y nosotros vamos hacia el Sur —dijo Cochenour—. ¿Por qué?

Era interesante que pudiera leer los instrumentos de navegación, pero no se lo dije.

—No vale la pena. Las han explorado reiteradamente.

—Parecen más grandes que El Huso.

—Mucho más, en efecto. Pero no queda allí nada interesante, o al menos nada que pueda conservarse en buenas condiciones. Hace cien mil años, o quizás algo más, fueron anegadas por líquidos subterráneos. Una cantidad de gente seria se arruinó tratando de limpiarlas por medio de bombas y de explorarlas sin encontrar nada. Yo mismo participé en eso.

—No sabía que en Venus hubiera agua en estado líquido, ni siquiera debajo de la superficie —dijo Cochenour.

—Yo no hablé de agua —respondí—. Aunque algo había, en la forma de una especie de légamo. Parece que el agua es producida por las rocas y que demora algunos miles de años en llegar a la superficie donde inmediatamente entra en ebullición, se divide en hidrógeno y oxígeno y desaparece. Por si no lo sabía, hay un poco debajo de El Huso: y es eso lo que ha estado usted bebiendo y también respirando.

—Todo esto es muy interesante, Boyce —interrumpió Dorotha—, pero estoy sucia y tengo calor. ¿Puedo cambiar de tema por un momento?

—Una protesta subliminal, ¿no le parece, Walthers? Y una sombra de anticuada mojigatería... Lo que quiere realmente es ir al baño.

Tal vez podría haberme compadecido un poco de la chica, pero ella se limitó a decir:

—Si vamos a vivir aquí tres semanas, realmente querría saber qué comodidades hay.

—Por supuesto, Miss Keefer —dije.

—Dorotha. Dorrie, si prefiere.

—Mire lo que tenemos, Dorrie. Cinco literas. Tienen una división, de modo que caben diez personas si uno quiere, pero no queremos. Dos duchas. El espacio no parece suficiente para enjabonarse, pero lo es si uno se ingenia. Tres lavabos químicos. Y eso es la cocina. Elija la litera que más le guste. Todas tienen una cortina por si alguien quiere cambiarse de ropa, o simplemente si no tiene ganas de ver a los demás por un tiempo.

—Ponte cómoda y no te ocupes de nosotros —dijo Cochenour—. Yo quiero que Walthers me enseñe a manejar este aparato.

No era un mal comienzo. Había tenido a bordo situaciones francamente traumáticas, grupos que llegaban borrachos y se dedicaban exclusivamente a seguir emborrachándose, parejas que sólo dejaban de pelearse para mostrarse agresivas conmigo... Y ésta de ahora no me parecía mal, aparte de que iba a salvarme la vida.

No es complejo el manejo de un aerocuerpo, al menos en lo que se refiere a hacer que se mueva como uno quiere. Su fuerza ascensional es muy considerable, dada la atmósfera venusina, y de la dirección se ocupan los controles automáticos.

Cochenour aprendía rápido. En la Tierra había pilotado cualquier cosa que volara, y también sumergibles individuales. Comprendió en el acto, apenas se lo dije, que lo más difícil era elegir el nivel de vuelo adecuado, y saber con suficiente anticipación cuándo había que cambiarlo. Y también comprendió que eso no lo iba a aprender en un día, y ni siquiera en tres semanas. Muy contento me dijo:

—Espléndido, Walthers... Por lo menos sé cómo llevarlo hacia donde quiero, por si se queda encerrado en un túnel o le ataca un marido celoso.

Le devolví una sonrisa adecuada al valor de la broma, que no era muy alto.

—Y la otra cosa que soy capaz de hacer es cocinar. Salvo que usted lo haga muy bien. ¿No? Muy bien. Entonces me ocuparé de las comidas. He pagado demasiado por el estómago que tengo para no comer bien, y ésa es una de las pocas habilidades que Dorrie no tiene... Su abuela tampoco. Era la mujer más hermosa del mundo, pero estaba segura de que eso era lo único que se necesitaba.

Puse esas frases a un lado para estudiarlas más tarde. Este joven atleta de noventa años estaba lleno de cosas inesperadas.

—Mientras Dorrie usa toda el agua de las duchas...

—No se preocupe; es reciclada.

—Sea como sea... ¿por qué no termina con su pequeña conferencia acerca de nuestro lugar de destino?

—Muy bien. —Hice girar un poco el globo virtual, hasta que el punto brillante (nosotros) se encontró desplazado unos doce grados—. ¿Ve ese macizo, en el punto donde nuestra trayectoria se cruza con la red radial?

—Sí. Cinco grandes mascones muy juntos, sin ninguna indicación de ruinas ni excavaciones. ¿Allí vamos?

—En general, sí.

—¿Por qué en general?

—Bueno —respondí—. Hay una cosa que no le dije. Espero que no se enoje y que después yo también me enoje y le diga que debía saber algo más acerca de Venus antes de salir de exploración.

Me miró apreciativamente un segundo. Dorrie salió silenciosamente de la ducha, con una larga *robe* y el pelo envuelto en una toalla.

—Eso depende de lo que no me dijo.

—Está prohibido el acceso a la mayor parte de esos mascones —dije. Otro dial puso de manifiesto brillantes líneas rojo cereza que rodearon el macizo de mascones.

—Ésa es la zona de seguridad del polo sur —agregué—. Allí los de la Defensa guardan sus misiles y la mayor parte de sus zonas de desarrollo de armamentos. Y no nos permiten entrar.

—Pero... hay una pequeña parte de uno de los mascones que está fuera del límite... —dijo en su voz áspera.

—Ése es el punto exacto adonde vamos —dije.

VI

Era increíble que Boyce Cochenour tuviera más de noventa años. No me refiero a su aspecto saludable. Para la Atención Médica Completa eso no es difícil de lograr: basta reemplazar todo lo que parece desgastado. Pero no se puede reemplazar ni reacondicionar el cerebro; y lo común, en los ancianos muy ricos, es un cuerpo fuerte y bronceado que tiembla, titubea, tropieza y deja caer cosas. Y nada de esto le ocurría a Cochenour.

Iba a ser una compañía fatigosa para tres semanas. Primero pidió que le enseñara a conducir el aerocuerpo. Luego, cuando decidí hacer un control prematuro del sistema refrigerante, me ayudó a sacar la cubierta, examinar los niveles de refrigeración y limpiar los filtros. A continuación se dedicó a preparar la comida.

La chica se convirtió entonces en mi ayudante mientras yo cambiaba de lugar y reacomodaba algunas provisiones para sacar las sondas autosónicas. Dado el nivel

estable de ruido en el interior del aerocuerpo, Cochenour, a unos tres metros, no podría oír nuestra conversación, y me tentó la idea de saber por ella algo más sobre Cochenour. Inmediatamente me acusé de curiosidad. Cochenour me estaba pagando el precio de un hígado nuevo: no tenía la menor necesidad de averiguar qué pensaban una del otro, y viceversa.

De modo que hablamos de la manera en que funcionan las sondas, que disparan una carga y luego miden el tiempo que tarda en llegar el eco, y de las posibilidades de encontrar algo realmente bueno. (¿Y cuáles son las posibilidades de ganar la lotería? Sin embargo, entre todos los que compran un billete, hay un ganador.) Y también de los motivos que me habían traído a Venus. Mencioné el nombre de mi padre, pero ella jamás lo había oído. Era muy joven para eso. Y había nacido y estudiado en Ohio del Sur; allí mismo había trabajado Cochenour en su juventud, para regresar cuando ya era mil veces millonario. Había establecido allí una nueva planta de procesado, aunque con varios dolores de cabeza. Dificultades con Bancos, sindicatos y sobre todo con el Gobierno local. Eso le había decidido a tomarse unos meses de descanso.

Miré hacia él: estaba revolviendo enérgicamente una salsa.

—Descansa trabajando más que nadie —dije.

—No lo puede evitar: es adicto al trabajo —respondió Dorrie—. Supongo que por eso llegó a ser tan rico.

El aerocuerpo se inclinó: dejé caer todo lo que tenía en las manos y corrí a los controles. Oí un aullido de Cochenour, pero yo estaba demasiado ocupado ubicando el nivel correcto de tránsito. Cuando ascendí unos mil metros y volví a poner en funcionamiento el piloto automático, se estaba frotando la muñeca.

—Lo siento —le dije.

—No me importa escaldarme la piel, siempre puedo comprar un pedazo más..., ¡pero casi se me vuelca la salsa!

Examiné la pantalla. El punto brillante estaba a los dos tercios del recorrido.

—¿Está la comida? —pregunté—. Llegaremos dentro de una hora.

Por primera vez pareció sorprendido.

—¿Tan pronto? Creí oírle decir que esto era subsónico.

—Así es. Pero está en Venus, Mr. Cochenour. A este nivel la velocidad del sonido es de unos cinco mil kilómetros por hora.

Reflexionó, pero simplemente dijo:

—Podemos comer ahora mismo. —Más tarde, cuando terminábamos, continuó—: Es bastante probable que no sepa de este planeta todo lo que debiera. Si quiere continuar explicando se lo agradeceré.

—Los lineamientos generales ya los conocen... De verdad cocina usted bien, Mr. Cochenour... Yo empaqué las provisiones, pero ignoraba que se pudiera preparar algo así.

—Cuando venga a mi despacho en Cincinnati —respondió— no me parecerá mal que pida por Mr. Cochenour, pero mientras estemos viviendo aquí como sardinas bien

podría llamarme Boyce. ¿Teme engordar?

La respuesta era que podía matarme, pero eso implicaba explicaciones que pondrían de manifiesto la necesidad que tenía de mis honorarios.

—Orden del médico —dije—. Pocas grasas durante un tiempo: piensa que estoy aumentando demasiado de peso.

Me miró, reflexivo y dijo:

—¿La conferencia?

—Empezaré por lo más importante —dije, sirviendo cuidadosamente el café—. Mientras estemos en el aerocuerpo pueden hacer lo que quieran, comer, beber, fumar, lo que sea. El sistema de refrigeración está construido para el triple de personas, teniendo en cuenta la sobrecarga de la cocina y los diferentes *gadgets*, y con un factor de seguridad de dos. Aire y agua tenemos para dos meses. El combustible alcanza para tres viajes de ida y vuelta y algunas maniobras. Si algo anda mal, podemos pedir ayuda y alguien llegará en unas dos horas —probablemente los muchachos de la Defensa, que tienen aerocuerpos *supersónicos*—. Lo peor sería que nuestro casco se hundiera como una granada y que toda la atmósfera venusina se nos colara dentro. Si esto ocurriera rápidamente, moriríamos. Pero nunca es rápido. Tendríamos tiempo para meternos en los trajes, donde se puede vivir treinta horas, y mucho antes nos rescatarían.

—Suponiendo que la radio no se descompusiera al mismo tiempo —dijo Cochenour.

—Así es. Uno puede matarse en cualquier parte, si se producen bastantes accidentes al mismo tiempo.

Se sirvió otra taza de café, le agregó un poco de coñac y dijo:

—Adelante.

—Fuera del aerocuerpo es más complicado. Uno tiene solamente el traje, cuya vida útil es de sólo treinta horas. Es un problema de refrigeración. Uno puede llevar todo el aire y el agua que quiera, y tampoco el alimento es un problema; pero cuesta un montón de energía librarse de la energía difusa que hay alrededor. Combustible, sistemas de refrigeración... Y cuando no hay más, es mejor regresar rápidamente al aerocuerpo. No porque el calor sea la peor forma de morir: uno se muere antes de que duela. Pero el resultado final es la muerte.

»Así que lo mejor es que controlen el traje cada vez que se lo pongan. Primero la presión, y observar si no pierde. Yo también lo controlaré, *pero no confíen en mí*. Se trata de sus propias vidas. La placa transparente facial es muy fuerte: se puede hasta clavar un clavo en ella sin que se rompa, pero puede romperse si uno se golpea con bastante violencia contra una superficie bastante dura. Y ésa también es una forma de morir.

—Una pregunta —dijo Dorrie, suavemente—. ¿Alguna vez se le murió un turista?

—Nunca —dije—. Pero a otros les ha ocurrido. Todos los años mueren cinco o

seis.

—No me refería a ese tipo de riesgos —dijo Cochenour—. Y tampoco es la conferencia que le estoy pidiendo, Audee, quiero decir, por supuesto me interesa saber cómo se hace para sobrevivir aquí, pero esto de cualquier forma nos lo diría antes de salir del aerocuerpo. Lo que de veras me interesa es por qué ha elegido ese mascón en particular.

Me estaba empezando a fastidiar ese *old-timer* con músculos playeros por su molesta costumbre de preguntar lo que yo no quería contestar. Había muchas razones. Cinco años de estudio, varias excavaciones, y casi un cuarto de millón de correspondencia con personas como el profesor Hegramet en la Tierra.

Pero no quería decirle mis razones. Había por lo menos una docena de lugares que quería explorar. Si éste era uno de los buenos, él ganaría más que yo. El contrato establece cuarenta por ciento para el explorador, veinticinco por ciento para el guía y el resto para el Gobierno. Y si no era uno de los buenos, tampoco quería que otro guía lo llevara a los otros lugares que tenía marcados.

—Una hipótesis sensata. Le prometí una tentativa de hallar un túnel inexplorado, y espero poder mantener mi promesa. Pero retiremos la comida. Llegaremos en diez minutos.

Cuando dejamos todo bien sostenido —incluso nosotros mismos— descendimos nuevamente de las capas relativamente calmas a los vientos.

Estábamos por encima del gran macizo central del Sur, a la misma altura de las tierras que rodean El Huso, es decir, a la altura a que ocurren casi todas las cosas importantes en Venus. En las tierras bajas y los profundos valles las presiones alcanzan los cincuenta mil milibares. Mi aerocuerpo no podría soportarlas largo tiempo —ni ningún otro— salvo algunos modelos especiales militares o de investigación. Afortunadamente, los Heechee tampoco se preocupaban de las tierras bajas. Nada Heechee se ha encontrado nunca por debajo de los veinte mil milibares, lo que, naturalmente, no quiere decir que no pueda haber algo.

Fuera como fuera, verifiqué nuestra posición en la pantalla esférica virtual y en las cartas detalladas, y desplegué las sondas autosónicas. El viento las dispersó por todas partes apenas quedaron libres. No importa mucho adonde se dirigen, en términos generales. Al principio volaron como jabalinas, luego como pajas al viento, hasta que los pequeños cohetes y los controles buscadores del suelo las dirigieron contra la superficie.

Todas se clavaron en el planeta; no siempre se tiene tanta suerte, era un buen principio.

Verifiqué su posición en los mapas más detallados. Era algo bastante parecido a un triángulo equilátero. Encendí la radio en la onda apropiada y empecé a dar vueltas alrededor.

—¿Y ahora qué? —dijo Cochenour. La muchacha se había vuelto a poner los tapones, pero no quería perder nada de lo que ocurría.

—Ahora esperamos a que las sondas busquen túneles Heechee. Llevará un par de horas. —Mientras hablaba, llevé el aerocuerpo al nivel de las capas superficiales. Nos empujaban de un lado a otro, y el ruido era terrible.

Pero encontré lo que buscaba, una formación superficial semejante a un arroyo ciego, y la seguí a pesar de una o dos dificultades. Cochenour miraba con gran atención, y yo sonreía para mis adentros. Era aquí donde contaba la experiencia, no en ruta ni cerca de El Huso. Cuando fuera capaz de conducir un aerocuerpo en un lugar como éste, entonces no me necesitaría.

La posición parecía correcta, de modo que disparé cuatro estacas de cabeza explosiva que se clavaron en el suelo y nos dejaron firmemente amarrados. Tensé los cables de las estacas al máximo, y todas resistieron. Eso también era una buena señal. Razonablemente satisfecho conmigo mismo, me desprendí el cinturón y me puse de pie.

—Nos quedaremos aquí uno o dos días —dije—. Si tenemos suerte, más. ¿Les gustó el paseo?

La chica se estaba quitando los tapones, ahora que las paredes protectoras del arroyo habían bajado el nivel de ruido hasta un mero chillido constante.

—Me alegra no haberme mareado.

Cochenour pensaba en silencio; encendió un cigarrillo mientras estudiaba el tablero de instrumentos.

—Una pregunta, Audee. ¿Por qué no nos quedamos arriba, donde está más tranquilo?

—Tenemos combustible para treinta horas a la velocidad máxima, pero eso es todo. ¿El ruido le molesta demasiado?

Hizo un mohín.

—Se acostumbrará. Es como vivir cerca de un puerto espacial: al comienzo uno se pregunta cómo puede alguien tolerarlo una sola hora. A la semana uno se sobresalta cuando el ruido se detiene.

Fue hasta un ojo de buey y contempló pensativamente el paisaje. Habíamos penetrado en la zona nocturna, y no había gran cosa a la vista excepto polvo y pequeños objetos que se movían en los haces de nuestras luces exteriores.

—Lo que me preocupa es la primera semana —dijo.

Encendí el tablero de las sondas. Todas estaban disparando sus pequeñas cargas y recibiendo los ecos de las demás, pero era muy pronto para que se viera algo. La pantalla empezaba a mostrar un vago esquema, con más huecos que detalles.

—¿Cuánto tiempo se necesita para que eso empiece a tener sentido? —dijo por Cochenour. No había preguntado qué era.

—Depende del tamaño de lo que encontremos, y de la distancia a que esté. En una hora se puede deducir algo, pero a mí me gusta obtener todos los datos posibles. Unas seis u ocho horas. No hay prisa.

—Yo tengo prisa, Walthers. No lo olvide.

—¿Qué hacemos, Audee? ¿Jugamos al bridge?

—Lo que quieran, pero lo mejor sería dormir. Tengo píldoras. Si encontramos algo —una probabilidad sobre cien— tendremos necesidad de estar despiertos largo tiempo.

—Muy bien —dijo Dorothea, extendiendo la mano hacia el somnífero.

—¿Y usted? —preguntó Cochenour.

—En seguida. Estoy esperando una cosa. —No preguntó qué, seguramente porque ya lo sabía. Decidí no tomar yo una píldora. Cochenour no sólo era el turista más rico que me había tocado guiar, sino también uno de los mejor informados, y quería pensar un rato en eso.

Lo que estaba esperando tardó casi una hora. Los muchachos andaban un poco lerdos; hacía rato que debían habernos advertido.

La radio zumbó, y luego se oyó una voz:

—Nave desconocida en uno tres cinco, cero siete, cuatro ocho y siete dos, cinco uno cinco cuatro. Por favor, identifíquese y explique su presencia.

Cochenour levantó la vista inquisitivamente. Sonreí:

—Mientras digan «por favor» no hay ningún problema. —Abrí el transmisor—. Aerocuerpo Poppa Tare Nueve Uno, de El Huso, piloto Audee Walthers, con plan de vuelo oficialmente aprobado, y dos turistas de la Tierra a bordo. Propósito: exploración deportiva.

—Mensaje recibido. Espere —dijo la radio, a gritos. Los militares siempre transmiten a la máxima potencia. Sin duda, un resabio de la época de la instrucción en orden cerrado.

Cerré el micrófono y dije a mis pasajeros:

—Están controlando el plan de vuelo. No hay motivo para preocuparse.

Un momento más tarde, se volvió a oír la emisora de la Defensa:

—Se encuentra a once kilómetros punto cuatro y a uno ocho grados de la línea demarcadora de una zona restringida. Muévase con cuidado. Según el Reglamento Militar Uno Siete y el Uno Ocho, artículo...

—Conozco los reglamentos —interrumpí— y he explicado las restricciones a los pasajeros.

—Comprendido —gritó la radio—. Le vigilaremos. Si observa naves o partidas en la superficie, se trata de nuestras unidades perimetrales. Responda en el acto a cualquier orden de información o identificación.

La comunicación se interrumpió.

—Parecen nerviosos —dijo Cochenour.

—No. Están acostumbrados a vernos. Simplemente, no tienen gran cosa que hacer.

—Les dijo que nos había explicado las restricciones, Audee —observó Dorrie—;

pero yo no me acuerdo.

—Dije que había zonas prohibidas. Y si no nos mantenemos fuera de ellas, empiezan a tirar. Ésa es Toda la Ley.

VII

Cuatro horas más tarde oí mi despertador. Los otros me oyeron moverme y se levantaron a su vez. Dorrie nos trajo café y miramos el diagrama trazado por la computadora mientras lo tomábamos.

Se veía bastante claramente a primera vista, pero le dedicamos varios minutos. Había ocho anomalías mayores que podían ser obras Heechee. Una estaba casi inmediatamente junto a nuestra puerta: no sería necesario mover el aerocuerpo para hacer la excavación.

Les mostré las anomalías una por una. Cochenour las miró pensativo. Después de un momento, Dorotha preguntó:

—¿Quiere decir que todos éstos son túneles inexplorados?

—No. Me gustaría que lo fueran. Primero, uno o todos podrían haber sido explorados por personas que no se tomaron el trabajo de informar después. Segundo, no es seguro que sean túneles. Podrían ser fallas de fractura, o alguna especie de ríos de material fundido que se endurecieron hace mil millones de años. Lo único que sabemos con seguridad es que no es probable que haya en la región túneles inexplorados excepto en estos ocho lugares.

—¿Entonces qué hacemos?

—Cavamos, y vemos qué se encuentra.

—¿Dónde cavamos? —dijo Cochenour.

Señalé un punto situado justamente al lado de la brillante delta del aerocuerpo.

—Aquí mismo.

—¿Es la mejor posibilidad?

—No necesariamente. —Pensé qué decirle y opté por la verdad—. Hay tres que parecen mejores... Las voy a señalar. —Moví los mandos y aparecieron las letras A, B y C junto a las anomalías de mejor aspecto—. A está directamente debajo del arroyo, y vamos a comenzar por ella.

—¿Cómo sabe que son mejores? ¿Porque tienen más brillo?

Asentí, un poco fastidiado por su rapidez, aunque era bastante obvio.

—Pero la más brillante de todas es C. ¿Por qué no empezamos por ésa?

Elegí cuidadosamente las palabras.

—Porque tendríamos que trasladar el aerocuerpo. Y porque está en el perímetro de la zona estudiada y eso hace que los datos de la sonda sean menos confiables.

Y la razón principal es que está justamente sobre la línea de la que nuestros

amigos de gatillo fácil nos piden que nos alejemos.

Cochenour se rió, incrédulo.

—¿Me va a decir que si encuentra un túnel Heechee sin tocar se va a quedar afuera porque un soldado le dice «eso no»?

—Todavía no se plantea el problema. Tenemos siete anomalías legales... y, por otra parte, los militares nos van a vigilar más durante uno o dos días.

Cochenour insistió:

—Y si examinamos las siete y no encontramos nada, ¿qué hacemos?

—No me gusta crearme complicaciones. Probemos con las legales.

—Imagínese que ocurra lo que le digo.

—¡Qué sé yo, Boyce! Veremos.

Cedió, pero le guiñó un ojo a Dorrie mientras comentaba:

—¿Qué te dije, querida? Es más bandido que yo.

Durante las dos horas siguientes no tuvimos mucho tiempo de hablar de posibilidades teóricas, porque había demasiado trabajo concreto.

Lo primero era evitar que una enorme cantidad de gases calientes de alta velocidad nos mataran. Mi traje estaba hecho a medida, por supuesto, y sólo había que controlar los accesorios y los tanques. Pero Boyce y la chica tenían unidades de alquiler, y aunque eran lo mejor que se podía conseguir, lo mejor no es nunca perfecto. Hice que se los probaran una docena de veces, controlando el ajuste y las diversas tensiones hasta que me pareció que estaban lo mejor posible. En la superficie de Venus son muy grandes el calor y la presión: los trajes estaban hechos de un laminado de doce capas, con nueve grados de libertad en las juntas esenciales. No fallarían, no era eso lo que me preocupaba. Era la comodidad, porque un roce, o un escozor, pueden llegar a ser un serio problema si no hay forma de eliminarlo.

Finalmente estuvieron listos para una primera prueba; nos apelonamos entre las puertas dobles de la escotilla y salimos a la superficie de Venus.

Todavía era de noche, pero la dispersión de la luz solar era tan grande que sólo está realmente oscuro una cuarta parte del tiempo. Les dejé que ensayaran caminar en torno al aerocuerpo, afirmándose contra el viento tomados de la nave o de sus soportes, mientras yo preparaba la excavación.

Saqué un primer igloo instantáneo, lo puse en posición y lo encendí. Mientras ardía, chisporroteaba como ese viejo juguete infantil llamado «serpiente de faraón», y producía una ceniza fuerte y ligera que crecía hasta rematar en un domo sin aberturas. Yo había emplazado previamente el equipo excavador y la entrada, exactamente igual a la de un igloo: un breve túnel adonde se entra arrastrándose. Mientras la ceniza crecía, logré que se uniera perfectamente con la boca del túnel de acceso.

Dorrie y Cochenour se habían mantenido alejados durante el proceso, en respuesta a mi gesto, mirando por las tres ventanillas de sus cascos. Conecté la radio.

—¿Quieren venir a ver el comienzo de la excavación?

Movieron sus cabezas dentro de los cascos.

—Vengan —dije, y entré por el túnel.

Con los tres en el interior, y el equipo de excavación, el igloo estaba aún más atestado que el aerocuerpo. Mientras ponía en marcha la excavadora, cuidando su verticalidad, se pegaron a las paredes del igloo. Todos vimos aparecer las primeras muestras de terreno en espiral.

La espumosa pared de ceniza del igloo absorbe más ruido del que refleja, pero aun así el ruido interior era bastante peor que los vientos externos. Cuando pensé que habían visto bastante, les indiqué que salieran, les seguí, cerré la entrada y regresamos al aerocuerpo.

—Hasta ahora todo va bien —dije, en tanto me quitaba el casco y aflojaba el traje—. Hay que perforar unos cuarenta metros; será mejor que esperemos aquí.

—¿Cuánto tiempo lleva?

—Una hora, tal vez. Voy a tomar una ducha, luego veremos cómo vamos.

Una de las ventajas de ser solamente tres a bordo era la abundancia de agua. Es asombroso el efecto de un baño cuando uno sale de un traje térmico. Me sentí dispuesto a todo.

Incluso estaba preparado para comer algún producto de las artes culinarias de Cochenour, pero no fue necesario.

La muchacha se había hecho cargo de la cocina, y lo que preparó era sencillo, ligero, y razonablemente poco tóxico. Con una cocina como ésa podría sobrevivir hasta cobrar mis honorarios. Me pregunté cuál sería la razón y pensé, por supuesto, debía tener práctica. Cochenour, con tantos órganos reemplazados, debía tener a veces problemas dietéticos peores que los míos.

Aunque no exactamente peores: no le ponían en peligro de muerte.

De acuerdo con las sondas autosónicas, el punto más alto del Túnel A, o lo que fuese, estaba cerca del pequeño valle cerrado donde nos encontrábamos.

Eso era muy afortunado: debíamos encontrarnos justamente encima de la misma entrada Heechee. Esto no significaba que pudiéramos usar esa entrada como ellos la usaban. No había muchas posibilidades de que sus mecanismos hubiesen durado un cuarto de millón de años, expuestos a los vientos y la corrosión química de la superficie.

Pero si el túnel terminaba allí, no sería difícil la excavación. Un cuarto de millón de años no es bastante para producir rocas realmente duras, especialmente si en la superficie no hay agua que disuelva los sólidos y produzca sedimentos compactos.

En cierta medida, las cosas ocurrieron como yo esperaba. El terreno era poco más que arena endurecida, y los trépanos lo devoraron rápidamente. Demasiado rápidamente: cuando volví al igloo lo encontré casi íntegramente lleno de desechos, y me dio bastante trabajo llegar hasta las máquinas, detenerlas y vaciar el material por el túnel de acceso. Ésa era la parte sucia y aburrida del trabajo. No duró mucho.

Y no me molesté en volver al aerocuerpo. Les dije a Boyce y a la muchacha por radio que me parecía que nos estábamos acercando. Ambos miraban por los ojos de buey. No les dije cuán cerca estábamos. En realidad, nos encontrábamos apenas a uno o dos metros de la anomalía, tan poco que no tuve que sacar afuera todos los desechos. Había bastante lugar para moverse; volví a orientar los trépanos, y cinco minutos más tarde empezaban a brotar trozos de suelo espiralados con el brillo azul claro que caracteriza distintamente los túneles Heechee.

VIII

Diez minutos más tarde conecté el transmisor del casco y dije:

—¡Boyce! ¡Dorrie! ¡Hemos dado con un túnel!

O tenían sus trajes puestos, o lograron vestirse más rápido que cualquier rata de laberinto. Abrí el acceso, repté hasta afuera y ya venían desde el aerocuerpo, pujando contra el viento.

Gritaban preguntas y felicitaciones, pero les detuve.

—Entren —dije— y miren.

Pero no era necesario que entraran para ver la luz celeste desde la entrada.

Les seguí y cerré cuidadosamente el túnel de acceso. La razón era sencilla. Mientras el túnel está cerrado, no importa lo que uno haga; pero el interior de un túnel Heechee que no ha sido explorado se encuentra a una presión que apenas supera la presión normal de la Tierra. De no ser por el igloo, bastaría horadar el muro del túnel para permitir la entrada de los veinte mil milibares de la atmósfera venusiana, junto con el calor. Si el túnel está vacío, o contiene objetos simples y sólidos, no es grave; pero si hay cosas importantes, uno podría destruir en una fracción de segundo lo que había esperado un cuarto de millón de años.

Nos reunimos en torno del pozo. Señalé hacia abajo. Los trépanos habían dejado una perforación de unos setenta centímetros por un metro, con bordes redondeados, y en el fondo se podía ver el frío fulgor azul del exterior del túnel, apenas recortado por los desechos sueltos que no me había molestado en extraer.

—¿Y ahora? —preguntó Boyce. Se le veía excitadísimo, lo que me parecía bastante natural.

—El soplete —dije.

Hice que mis clientes se alejaran todo lo posible, y bajé los proyectores térmicos por un cable suspendido de un trípode colocado sobre el pozo. Cuando estaban a unos centímetros del túnel, los encendí.

Uno pensaría que ninguna acción humana puede modificar la temperatura de la superficie de Venus, pero los proyectores térmicos lo lograban. En el pequeño espacio del igloo el tremendo calor produjo la sobrecarga de los sistemas refrigerantes de

nuestros trajes en segundos.

—¡Oh! —suspiró Dorrie—. Creo que me voy a...

—Desmáyate si quieres —dijo Cochenour, sosteniéndola—. ¡Walthers! ¿Cuánto va a durar esto?

Para mí era tan duro como para ellos. No hay práctica que le acostumbre a uno a estar delante de un alto horno con la puerta abierta.

—Quizás un minuto —dije—. Aguanten... Todo va bien.

Llevó un poco más, quizá noventa segundos. El indicador de mi traje señaló alarma casi la mitad del tiempo. Pero los trajes estaban hechos para soportar estas sobrecargas, si uno no se cocinaba antes.

Y lo atravesamos. Una sección circular de medio metro de diámetro se desprendió y quedó colgando de un costado.

Apagué los proyectores, y todos respiramos con fuerza un par de minutos, mientras los refrigeradores de los trajes eliminaban la sobrecarga.

—¡Uf! —dijo Dorotha—. Esto fue bastante duro.

Miré a Cochenour. Pude ver su ceño fruncido a la luz que brotaba del pozo. No dije nada. Simplemente, volví a encender los proyectores cinco segundos para terminar de cortar el círculo, que cayó dentro del túnel y resonó contra el piso.

—No hay diferencia de presión —dije.

Cochenour se mantuvo silencioso y con el ceño fruncido.

—Lo que significa que éste ya ha sido explorado —agregué—. Volvamos al aerocuerpo y descansemos un rato antes de continuar.

—¡Audee! —exclamó Dorotha—. ¿Cómo se piensa eso? ¡Yo quiero bajar y ver lo que hay!

—Cállate, Dorrie —dijo Cochenour amargamente—. ¿No oíste lo que dijo? Éste no sirve.

Sin embargo siempre había la posibilidad de que el túnel no hubiese sido invadido por una rata de laberinto con un soplete sino por alguna avalancha geológica, y en ese caso podríamos encontrar algo interesante. Y no quería matar de un golpe el entusiasmo de la chica.

De modo que descendimos por el cable, uno por uno, y entramos en el túnel Heechee.

Estaba totalmente vacío hasta donde podíamos ver, como era lo corriente. Y no podíamos ver hasta demasiado lejos, porque incluso para eso se necesitaba algún equipo, y nuestros trajes, después de sufrir semejante sobrecarga, debían ser revisados en un término no mayor de dos horas. Después de caminar un kilómetro por el túnel sin encontrar nada, ambos estaban dispuestos a regresar al aerocuerpo.

Nos duchamos y preparamos algo de beber. Ni siquiera el uso dispendioso del agua nos reconfortó demasiado.

Teníamos que comer algo, y Cochenour no estaba de humor para una exhibición culinaria: Dorotha, silenciosamente, metió en el horno radar unas tabletas de

emergencia y comimos aburridos.

—Bueno, no fue más que el primero —dijo, determinada a no deprimirse—. Y es sólo nuestro segundo día.

—No sigas, Dorrie —dijo Cochenour—. Lo único que no soy es un buen perdedor. —Miraba obsesivamente el registro de las sondas—. Walthers, ¿cuántos túneles pueden estar como éste, no marcados pero vacíos?

—¿Cómo puedo saberlo, Boyce? Si no han sido denunciados no hay información.

—De modo que las huellas no quieren decir nada... Podríamos encontrar un túnel inútil todos los días durante tres semanas.

—Así es.

Me miró intensamente.

—¿Y entonces?

—Eso no es lo peor que puede pasar. He guiado grupos que se habrían enloquecido tan sólo por dar incluso con un túnel explorado. Es posible también cavar todos los días durante semanas y no encontrar un solo túnel Heechee. No se queje demasiado: al menos ha conseguido cierta acción a cambio de su dinero.

—Ya le dije, Walthers, que no soy buen perdedor. El segundo puesto no me interesa. —Pensó un minuto y dijo luego—: Usted eligió este lugar; ¿sabía lo que hacía?

¿Lo sabía? La única forma de contestar a esa pregunta era encontrar un túnel virgen, naturalmente. Podría haber hablado de los meses de estudio de todas las exploraciones realizadas desde la llegada a Venus de las primeras naves. O del empeño con que había transgredido todos los reglamentos para conseguir los informes militares. O de las horas que había pasado con las tripulaciones de la Defensa que habían participado en las exploraciones originales. O de mi extensa correspondencia con el viejo Jorolemon Hegramet, profesor de arqueología exótica en Tennessee...

—El hecho de que encontramos un túnel —dije simplemente— prueba que conozco mi oficio de guía. Eso es lo que ha pagado. Y a usted le toca decidir si seguimos explorando o no.

Se miró la uña del pulgar.

—Vamos, Boyce —dijo alegremente Dorothea—. Todavía nos quedan muchas oportunidades. Y aun si no encontramos nada, igual será divertido contárselo a todo el mundo en Cincinnati.

Ni la miró.

—¿No hay ninguna forma de saber si un túnel ha sido explorado aparte de penetrar en él?

—Sí que hay. Basta golpear la pared exterior: el sonido es diferente.

—¿Pero igual hay que excavar hasta encontrar el muro?

—Así es.

Lo dejamos así. Volví a ponerme mi traje para sacar el equipo perforador del

igloo, ahora inútil.

No quería continuar la discusión, porque no quería oír preguntas que preferiría contestar con una mentira. Por lo general, trato de decir la verdad porque así es más fácil recordar lo que uno ha dicho.

Por otra parte, no soy fanático al respecto, y no veo por qué voy a rectificar una impresión errónea: por ejemplo, Cochenour y la muchacha tenían la impresión de que yo no me había molestado en examinar el muro del lado exterior porque, habiendo hecho la excavación, tanto daba perforarlo.

Pero por supuesto que lo había hecho. Y cuando oí el sonido típico de la alta presión sentí una infinita tristeza. Tuve que esperar un par de minutos antes de llamarles y decirles que había alcanzado el muro del túnel.

Y en ese momento, aún no había decidido qué haría si el túnel no estaba explorado.

IX

Cochenour y Dorrie Keefer eran algo así como la partida de exploración número sesenta que yo guiaba a las ruinas Heechee. No me asombró, por lo tanto, que trabajaran como coolíes. Muchas veces los noveles exploradores se mostraban perezosos y aburridos al comienzo, y se volvían febriles ante la presencia cercana de construcciones de una raza absolutamente extraña, de una época en que lo más parecido a un ser humano sobre la Tierra era una criatura peluda y de frente estrecha que mataba a otras criaturas con huesos de antílope.

Ambos trabajaban con ahínco y me impulsaban a mí a hacer lo propio, aunque no necesitaba mayores incentivos... A medida que pasaban los días me frotaba cada vez con mayor frecuencia el costado derecho, justamente debajo de las costillas más cortas.

En los primeros días los militares sobrevolaron nuestro emplazamiento una media docena de veces. No decían gran cosa; pedían identificación, que de cualquier modo ya conocían. Los reglamentos exigen que uno informe sobre todo hallazgo inmediatamente: a pesar de las objeciones de Cochenour, denuncié el encuentro del primer túnel ya explorado. Les sorprendió un poco.

Y no hubo nada más que informar.

El emplazamiento B era una formación de pegmatita. Los otros dos puntos brillantes, D y E, no correspondían a túneles. El eco se debía probablemente a las caras internas invisibles de diversas capas de rocas o cenizas. Me opuse a la exploración de C, que parecía la mejor elección. Cochenour insistió frenéticamente, pero me resistí. Los militares seguían vigilándonos de vez en cuando, y yo no quería acercarme a la zona reservada más de lo que ya estaba. Con todo, prometí a medias

que, si no teníamos suerte con el resto de los mascones, intentaríamos una rápida y furtiva excavación en C antes de regresar a El Huso.

Desplazamos el aerocuerpo, nos ubicamos en una nueva posición y lancé una nueva serie de sondas.

A fines de la segunda semana habíamos hecho nueve excavaciones infructuosas. Empezábamos a agotar nuestra reserva de igloos y de sondas. En cuanto a nuestras reservas de tolerancia entre nosotros mismos, las habíamos agotado por completo.

Cochenour estaba sombrío e insoportable. Cuando le conocí no pensé que fuera a gustarme mucho, pero tampoco había pensado que pudiera llegar a estos extremos. Después de todo, para él esto era sólo un juego. Con todo su dinero, la pequeña fortuna extra que podía ganar descubriendo algunos objetos Heechee sólo significaba unos puntos extra en su marcador. Jugaba de puro jugador.

Yo tampoco estaba particularmente agradable. La verdad era que las píldoras de la Curandería no ayudaban lo suficiente. Sentía frecuentes dolores de cabeza y en la boca, exactamente el mismo sabor de un nido de ratas. El hígado es el órgano que regula la química interna. Filtra los tóxicos, convierte unos hidratos de carbono en otros asimilables, construye proteínas con los aminoácidos. Si no funciona, uno se muere. El médico me lo había explicado en detalle; yo podía figurarme lo que pasaba en mi interior. Los glóbulos rojos se morían y eran reemplazados por racimos de amarillentas grasas. Y lo peor era que no podía hacer nada al respecto. Sólo seguir tomando píldoras, que cada día eran menos eficaces. Adiós, hígado; hola, colapso hepático.

De modo que Cochenour se conducía como un bastardo porque así era su naturaleza, y yo hacía lo mismo porque estaba enfermo y desesperado. El único ser humano decente a bordo era la muchacha.

Dorotha hacía todo lo que podía, de verdad. Se mostraba dulce y con frecuencia lucía bonita y siempre estaba dispuesta a ser más que tolerante con nosotros dos. Y era una chiquilla. Por adulta que pareciera, no había vivido lo bastante para generar defensas contra la mezquindad concentrada. Y tanto Cochenour como yo empezábamos ya a odiar la vista, el sonido de la voz, y el olor del otro. Y en un aerocuerpo uno sabe muy bien cómo huelen los demás. No había mucha alegría en Venus para Dorrie Keefer.

Tampoco para nosotros, y menos cuando anuncié que nos quedaba un solo igloo.

Cochenour se aclaró la garganta. Parecía un piloto de caza cuando arranca la cubierta de sus cañones antes de entrar en combate, y Dorrie intentó desviar el ataque.

—Audee —dijo vivamente—. ¿Sabes qué pienso? ¿No podríamos volver a ese lugar que parecía bueno cerca de la zona militar?

Desvió peligroso.

—No —dije, moviendo la cabeza.

—¿Qué diablos quiere decir «No»? —gritó Cochenour lanzándose a la batalla.

—Ya lo sabe. Es una actitud desesperada, y no estoy tan desesperado.

—Walthers: usted se desesperará cuando yo le diga que se desespere. Todavía puedo hacer que no paguen ese cheque.

—No puede. La oficina local no se lo permitiría. Usted paga a menos que yo desobedezca una orden legal. No puede obligarme a hacer algo ilegal, y penetrar en la zona militar está claramente contra la ley.

Pasó a la guerra fría.

—En eso se equivoca —respondió—. Está contra la ley si eso es lo que decide la justicia después que lo hagamos. Es decir, que sólo tiene razón si sus abogados son más inteligentes que los míos. Y yo les pago a mis abogados para que sean los mejores.

Lo grave era que tenía más razón de lo que él mismo imaginaba. Yo no tenía tiempo para un juicio: sin su dinero y mi trasplante no viviría hasta entonces.

Dorrie volvió a interponerse.

—Acabamos de llegar a este lugar. ¿Por qué no esperamos a ver qué dicen las sondas? Quizás encontremos algo mejor que la huella C.

—Aquí no va a haber nada —dijo sin mirarla.

—¿Cómo puedes saberlo, Boyce? Todavía no tenemos los resultados de las sondas.

—Escúchame bien, Dorothea, por una vez —dijo—. Walthers está jugando con nosotros. Mira dónde estamos ahora.

Fue hasta la consola y programó la exhibición completa de la carta con todas las imágenes virtuales de nuestra posición, la línea irregular de la reserva militar, la imagen del grupo de mascones, y las líneas de navegación auxiliares. Volvió a sorprenderme: no sabía que pudiera hacerlo.

—¿Ves? Ni siquiera estamos en este momento en la zona de alta densidad. ¿No es verdad, Walthers? ¿No es verdad que ya hemos probado sin resultados todas las zonas convenientes?

—En parte tiene razón, Mr. Cochenour; pero no estoy jugando con usted. Este lugar es una buena posibilidad. No estamos sobre un mascón, pero sí justamente entre dos muy próximos. Es corriente encontrar un túnel que une dos complejos, y los pasajes de conexión están siempre más cerca de la superficie que cualquier otra parte del sistema. No puedo garantizar que encontremos algo, pero no es de ningún modo imposible.

—¿Pero sí improbable?

—No más improbable que en cualquier otro lugar. Hace una semana le dije que había justificado el dinero invertido con el hallazgo del primer túnel Heechee, explorado y todo. Hay en El Huso ratas de laberinto que no han encontrado tanto en cinco años. —Reflexioné un momento—. Voy a hacer un trato con usted —dije.

—Le escucho.

—Aquí hay por lo menos una probabilidad. Veamos qué dicen las sondas. Si

encontramos una buena huella, cavamos. De lo contrario, consideraré la posibilidad de regresar a la huella C.

—¡Considérela pronto! —gritó.

—No me empuje, Cochenour. No sabe en qué se mete. Los muchachos tiran primero y preguntan después, y no hay en Venus policía ni jueces dispuestos a preguntarles nada.

—No lo sé —respondió.

—No, Mr. Cochenour: por eso me paga. Yo sí lo sé.

—Probablemente sea cierto. Pero no sé si me dice la verdad acerca de lo que sabe. Hegramet nunca me habló de que hubiera nada entre los mascones.

Me miró con expresión opaca, a la espera de mi respuesta.

No respondí. Le devolví una expresión idéntica, seguro de que no me explicaría cómo conocía el nombre de Hegramet, ni qué relaciones tenía con la máxima autoridad terrestre en ruinas Heechee.

—Veamos qué ocurre con sus sondas. Haremos su voluntad una vez más —dijo finalmente.

Me quedé mirando los primeros resultados como si pudieran arrojar alguna información útil. No era posible, desde luego, pero era una buena excusa para pensar tranquilamente durante un rato.

Era necesario pensar en Cochenour. Era obvio que no había venido a Venus sólo por la diversión. Antes de abandonar la Tierra sabía que iba a hacer excavaciones en Venus, y se había documentado cuidadosamente, incluso acerca del manejo de un aerocuerpo. Y yo le había vendido las ruinas Heechee a un comprador que estaba decidido a la compra desde por lo menos un año y medio antes, y a decenas de millones de kilómetros de distancia.

Era comprensible, pero cuanto mejor lo comprendía, veía claramente que no lo comprendía. Lo que deseaba realmente era darle una moneda a Cochenour para que se fuera al cine y me dejara charlar un rato con la chica. Pero no había adonde enviarlo, así que me obligué a bostezar, me quejé de lo aburrida que era la espera y sugerí dormir un rato. No sirvió de nada, y el único que se mostró soñoliento fui yo mismo. Dorrie se ofreció a mirar la pantalla y llamarme si aparecía algo interesante.

Así que me fui a dormir. Apenas pude, y en cambio tuve tiempo para pensar en lo mal que me sentía. Tenía un permanente sabor de bilis en la garganta, me dolía la cabeza y empezaba a ver luces fugaces en mi campo de visión. Ya no contaba las píldoras que me quedaban. No quería saber cuántas eran.

Puse mi despertador para tres horas más tarde, con la esperanza de que Cochenour se fuera a dormir, pero al despertar le vi preparándose una *omelette* de hierbas con los últimos huevos estériles.

—Tenía razón, Walthers —dijo—. Dormí un ratito y me siento espléndidamente. ¿Quiere un poco?

Realmente quería, pero no me atreví. Tragué lo que la Curandería aconsejaba

mientras él comía. Era injusto que un hombre de noventa años estuviera tan sano que no necesitara preocuparse por la digestión, mientras que yo... Pero de nada servían esas reflexiones. Propuse que escucháramos algo de música y Dorrie eligió el *Lago de los Cisnes*.

Entonces tuve una idea y fui al armario de herramientas. Había que examinarlas. Los trépanos debían ser reemplazados y ya no quedaban muchos repuestos, y además el armario estaba lo más lejos posible del puente de mando, y esperaba que Dorrie me siguiera, como hizo.

—¿Necesitas ayuda?

—Gracias —dije—. Ten esto. Trata de no engrasarte la ropa.

Esperaba que no me preguntara por qué habría que tener eso. No lo hizo. Se rió.

—¿Engrasarme? Ni lo notaría, sucia como estoy. Ya empieza a ser hora de volver a la civilización.

Cochenour, con la mirada fija en la pantalla, no se ocupaba de nosotros.

—¿Qué tipo de civilización? ¿El Huso o la Tierra?

Yo quería que me hablara de la Tierra, pero tomó la otra dirección.

—El Huso, Audee. Me pareció fascinante, y apenas lo vimos. La gente, como el hindú del café... La cajera es la mujer, ¿verdad?

—Una de ellas. Ésa es la primera esposa; la camarera es la tercera y hay otra que se queda en casa con los niños. Tienen cinco entre las tres... No es tan diferente de la Tierra: Vastra tendría una trampa para turistas en Benarés si no estuviera aquí, y no estaría aquí si no hubiese venido con el Ejército. Y yo sería tal vez un guía en Texas, si es que queda alguna zona poco habitada... Quizá cerca del río Canadian. ¿Y tú?

Al mismo tiempo yo me dedicaba a recoger las mismas cuatro herramientas, mirar su número de serie y volver a dejarlas donde estaban. Ella no parecía notarlo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué hacías antes de venir aquí?

—Trabajé un tiempo en las oficinas de Boyce.

Era alentador, quizá recordara algún detalle de su vinculación con Hegramet.

—¿Como secretaria?

—Algo así. Boyce me encargaba de... ¿qué es eso?

Una llamada radial.

—¿No va a responder? —dijo Cochenour desde el otro extremo del aerocuerpo.

Pasé la comunicación a mi auricular privado. Es tal la falta de intimidad en un aerocuerpo que uno se aferra a la menor migaja. Era una llamada de la base. Una sargento que yo conocía, llamada Littleknees, de comunicaciones. Lamenté perder la oportunidad de sonsacarle algo a Dorotha.

—Tengo algo que decirte, Audee —dijo la sargento Littleknees—. En privado... ¿Tu cliente está cerca?

—Sin posibilidad de escuchar —respondí.

—Se trata de un boletín informativo que acabamos de recibir por el synsat —dijo

Littleknees, con quien solíamos tener charlas radiales. El tono de su voz me pareció extraño—. Para nosotros no tiene importancia, pero quizá la tenga para ti, querido.

—Comprendido. Escucho.

—El capitán de la nave contratada por tu cliente va a tener unas palabras con él cuando lo vea, porque le estafó.

—Adelante, base —dije—. Señales recibidas, fuerza diez.

La sargento rió.

—Pagó el viaje con un talón y el Banco lo devolvió por falta de fondos.

Yo tenía siempre ese dolor debajo de las costillas, pero empeoró un poco.

—Sargento Littleknees —dije—. ¿Puede verificarse esa estima?

—Lo siento, querido —dijo con simpatía—, pero no hay absolutamente ninguna duda. El capitán pidió un informe confidencial y confirmaron lo peor. Cuando tu cliente regrese a El Huso le estará esperando una orden de captura.

—Gracias por el informe sinóptico —contesté—. Verificaré hora de salida antes de partir.

—¿Ocurre algo, Walthers?

Yo no oía su voz. Oía la voz del médico en la Curandería. La ecuación era inolvidable. Dinero = hígado nuevo + feliz supervivencia. Carencia de dinero = colapso hepático + muerte. Y había invertido en este viaje todas mis reservas de dinero.

X

Cuando uno recibe una información verdaderamente importante hay que dejar que se difunda lentamente por todo el sistema hasta absorberla por completo antes de obrar. No es simplemente cuestión de suponer las consecuencias. Yo las vi en el acto, les aseguro. Es cosa de permitir que el sistema alcance un estado de equilibrio. Escuché la melodía de Chaikovsky. Me aseguré de que la radio estaba cerrada. Miré el diagrama de la pantalla. Habría sido agradable que apareciera algo, tal como iban las cosas, pero no había nada interesante ni que tuviera el aspecto de una ruina Heechee. No se podía esperar de ninguna de esas huellas que se convirtiera en el túnel supremo capaz de salvarnos a todos, incluso a ese maldito millonario en bancarrota. Hasta miré el cielo: altas nubes blancas resplandecientes se entremezclaban con los amarillos y los púrpuras de los halogenuros de mercurio. Era hermoso y lo odiaba.

Cochenour me miraba con atención, como así Dorrie, que todavía tenía en la mano los trépanos con su grasienta envoltura. Le sonreí.

—Qué bueno es —dije, refiriéndose a la música. La Filarmónica de Auckland llegaba al pasaje en que los pequeños cisnes se adelantan tomados de los brazos y

hacen un saltarín *pas de quatre* en el escenario. Era una de mis partes favoritas del *Lago de los Cisnes*—. Más tarde escucharemos el resto —dije, y apagué.

—¿Qué sucede? —dijo Cochenour.

Me senté en el embalaje de un igloo y encendí un cigarrillo. Una de las cosas que había hecho mi sistema interno era calcular que no había motivos para preocuparse por la reserva de oxígeno.

—Hay una cosa que no entiendo, Cochenour —dije—. ¿Cómo se puso en contacto con el profesor Hegramet?

—¿En eso estaba pensando? Traté de saber todo lo posible antes de venir. ¿Por qué no?

—Me hizo creer que no sabía nada.

Se encogió de hombros.

—Yo no llegué a ser rico por ser estúpido. ¿Piensa que hubiera hecho un viaje de millones de kilómetros sin informarme previamente?

—No, pero hizo todo lo posible para que yo lo creyera. No importa. Buscó a alguien capaz de decirle qué se podía sacar de Venus, y alguien le puso en contacto con Hegramet. Y luego ¿qué? ¿Él le dijo que yo era el tonto que le convenía?

Cochenour no estaba ya tan relajado, pero tampoco se le veía agresivo.

—Hegramet me dijo que usted era el guía más capaz de encontrar un túnel virgen. Y eso fue todo, aparte de la información que me dio sobre los Heechee. Si usted no se hubiera acercado a nosotros, le habríamos buscado. Nos ahorró la tarea.

—Me parece que me está diciendo la verdad —repuse, un poco sorprendido—. Aparte de una omisión: que no vino a buscar un poco de dinero por diversión, sino dinero que necesita realmente... —Me volví a Dorotha, que seguía inmóvil, con los trépanos en las manos—. ¿Sabías que está arruinado, Dorrie?

Vi anticipadamente lo que iba a hacer y salté, un poco tarde. Dejó caer los trépanos; afortunadamente no cayeron de punta y los filos quedaron intactos. Los recogí y los puse en su lugar.

La muchacha había contestado claramente a mi pregunta.

—No lo sabías. Lo siento. Le dio un talón sin fondos al capitán del *Gagarin*, y el mío debe ser por el estilo. Espero que tengas algunas joyas y pieles: escóndelas antes que te las reclamen los acreedores.

No me miró: tenía los ojos fijos en Cochenour, y su expresión era toda la confirmación que necesitaba. No recuerdo qué era lo que yo esperaba: lágrimas, furia, o reproches. Pero lo único que hizo fue susurrar:

—¡Oh, Boyce, cuánto lo lamento!

Le abrazó luego, y yo me volví porque no quería ver al derrotado anciano en que se había convertido aquel joven de noventa años. Por primera vez parecía tener su edad. Le temblaba la boca, tenía los ojos húmedos y la espalda inclinada. Dorotha le consolaba.

Miré nuevamente la pantalla, por falta de otra cosa mejor que hacer. Ya estaba

absolutamente definida, y vacía. Como teníamos un cincuenta por ciento de yuxtaposición sobre el sondeo anterior, podía asegurar que la única aparentemente interesante no lo era: ya la habíamos probado antes, y era un mero fantasma. No había salvación.

Curiosamente, me sentía aliviado. Es en cierto modo tranquilizador descubrir que uno ya no tiene mucho que perder. Pone las cosas en otra perspectiva. Esto no significa que estuviera dispuesto a rendirme: todavía había cosas que hacer. Quizá no pudieran prolongar mi vida, pero el mal sabor y el dolor en el costado tampoco me dejaban gozar mucho de ella. Por ejemplo, podía dar por terminada la existencia de Audee Walthers, ya que no estaría vivo dentro de una semana, y tratar de usar el tiempo que quedaba para algo útil. ¿Para qué? Bueno: Dorrie era una muchacha excelente. Podía llevar el aerocuerpo de vuelta a El Huso, entregar a Cochenour a la Policía y ocupar mis últimos días en dejarla en relación con mis amigos. Vastra y B. G. la ayudarían, y no tendría ninguna necesidad de dedicarse a la prostitución ni al contrabando. La temporada alta estaba cerca, y se podría arreglar con un puesto de abanicos de oraciones y de talismanes Heechee para los turistas de la Tierra. Quizá no fuera mucho, desde su punto de vista, pero era algo.

Y también podía ponerme a merced de la Curandería. Tal vez me dieran un hígado nuevo a crédito. La única razón que tenía para sospechar que no lo harían era que jamás lo habían hecho.

O abrir las dos válvulas de combustible y dejar que se mezclaran un poco antes de abrir el encendido. La explosión no dejaría gran cosa del aerocuerpo, de nosotros, ni de nuestros problemas.

O también...

—Al diablo —dije—. Ánimo, Cochenour. Todavía no estamos muertos.

Me miró un momento. Acarició el hombro de Dorrie y la apartó muy suavemente.

—Lo estaré pronto. Lo siento por ti, Dorotha. Y también por su cheque, Walthers; supongo que necesitaba mucho el dinero.

—No tiene idea.

—¿Quiere una explicación? —dijo con dificultad.

—Por supuesto que siento curiosidad, aunque no haga ninguna diferencia.

Contó todo clara y sucintamente. Yo podría haberlo imaginado. Un hombre de su edad es o muy, muy rico, o un hombre muerto. Él era rico, pero no lo bastante. Sus industrias funcionaban con el remanente de los costos de trasplante, calcifilaxis, prótesis, regeneración de proteínas... un millón para una cosa, cien mil por semana para otra...

—No sabe lo que cuesta mantener vivo a un hombre de cien años.

—Noventa —le corregí automáticamente.

—No, ni siquiera cien. Creo que son ciento diez, tal vez algo más. ¿Quién los cuenta? Uno les paga a los médicos, que lo remiendan por unos cuantos meses. No se lo puede imaginar.

«Cómo que no», dije, pero para mis adentros. Refirió cómo los inspectores federales le acorralaron, y cómo decidió dejar la Tierra y rehacer su fortuna en Venus.

No escuché las últimas palabras. Estaba escribiendo en el dorso de un formulario de navegación. Cuando terminé se lo tendí a Cochenour.

—Firme esto —dije.

—¿Qué es?

—¿Qué importa? No tiene otra opción, ¿verdad? Pero es una cláusula agregada a nuestro contrato. Reconoce que su talón no tenía valor y voluntariamente cede a mi favor la propiedad de todo lo que podamos encontrar.

—¿Y esto es el final?

—No por completo —continué—. Retiene usted un diez por ciento. Si encontramos algo.

—Caridad —dijo, pero firmó—. No me molesta la caridad, especialmente porque no tengo otra opción. Pero puedo leer esa pantalla tan bien como usted, Walthers, y sé que no hay nada.

—Verdad —dije, guardándome el papel en el bolsillo—. No excavaremos aquí. Esta zona está tan vacía como su cuenta bancaria. Lo que vamos a hacer es probar suerte con la huella C.

Encendí otro cigarrillo y reflexioné. Estaba midiendo lo que les diría. Lo había estado pensando durante cinco años, obligándome a no comunicárselo a nadie. Y estaba seguro de que nada ahora tenía importancia, pero igual las palabras no querían salir.

—¿Recuerdan a Subhash Vastra, naturalmente? Vino a Venus con el Ejército. Es un especialista en armamentos. Como no hay ninguna carrera civil para un experto en armas, cuando fue dado de baja estableció su café. Pero era un experto particularmente bueno.

—¿Quieres decir que el Ejército ha encontrado armas Heechee? —dijo Dorrie.

—No. Nadie ha encontrado armas Heechee. Pero sí blancos.

Realmente me resultaba físicamente difícil continuar, pero lo hice:

—Sub Vastra dice que son blancos. Los oficiales no parecían estar seguros, y el asunto quedó archivado en la zona reservada. Se trata de trozos triangulares de pared Heechee, el material azul y luminoso de que están hechas todas sus obras. Había docenas. Sub dice que pensó inmediatamente que eran blancos: todos están horadados por algo que dejaba las perforaciones bordeadas por un material como tiza o talco. ¿Se les ocurre que algo pueda causar ese efecto en una pared Heechee?

Dorotha estaba a punto de responder, pero Cochenour se adelantó.

—Eso es imposible —dijo.

—Lo mismo dijeron los oficiales. Decidieron que se trataba de marcas realizadas durante el proceso de elaboración, para algún motivo que nunca conoceremos. Vastra lo niega: dice que parecían blancos de papel, y que las perforaciones no se encontraban jamás en los mismos lugares. Eso significa algo, aunque no pruebe nada.

—¿Y cree usted posible encontrar el arma que hizo esos agujeros en la huella C?

—Yo no lo diría de esa manera. Es una remota esperanza. Pero hay algo más.

»Esos blancos fueron encontrados por un explorador hace casi cuarenta años. Los entregó, denunció lo que había encontrado, volvió a buscar más y se mató, lo que en esa época era bastante corriente. Nadie se preocupó mucho, hasta que los militares pensaron en el asunto: el resultado es que la zona reservada está ahora donde está. Marcaron el lugar del hallazgo, trazaron un círculo de mil kilómetros de radio y prohibieron el acceso. Después removieron todo el suelo: descubrieron una docena de túneles, aunque la mayoría vacíos o arruinados.

—Entonces ahí no puede quedar nada —dijo Cochenour.

—En esa época los exploradores solían mentir. Éste en particular no dio las coordenadas correctas. Vivía con una muchacha que a su muerte se casó con un hombre llamado Allemang, el padre de mi amigo: él me mostró un mapa. Y la ubicación real es aproximadamente en esta región. Vi un par de veces señales de excavación y pienso que se trata de sus excavaciones.

Puse en la pantalla virtual una ficha magnética y apareció una sola señal, una X anaranjada.

—Ahí es donde creo que es posible encontrar algo —dije—. Y como pueden ver, la única huella de una posible construcción no explorada es la buena y vieja huella C.

Hubo un silencio. A lo lejos se oía el aullido del viento.

—No me gusta la idea de buscar un arma nueva —dijo Dorrie—. Es como... traer de vuelta los malos tiempos.

Cochenour volvía a parecer el de siempre.

—No se trata de buscar un arma. De lo que se trata es de encontrar un túnel Heechee inexplorado, sea lo que fuere lo que haya en su interior. Pero como los soldados piensan que puede haber un arma, no nos van a dejar excavar, ¿verdad? Van a tirar primero y hacer preguntas después. ¿No es eso lo que dijo?

—Así es.

—Y ¿cómo resolvemos ese pequeño problema?

De ser un hombre veraz, habría respondido que no estaba seguro. Lo más probable era que nos sorprendieran, y en ese caso era sumamente posible que hicieran fuego. Con todo, Cochenour y yo teníamos tan poco que perder que no valía la pena decirlo.

—Podemos tratar de engañarlos un poco. Hacemos que el aerocuerpo alce el vuelo mientras nosotros nos encargamos de la excavación. Si piensan que nos hemos ido, levantarán la vigilancia y sólo tenemos que cuidarnos de las patrullas perimetrales de rutina.

—¡Audee! —exclamó la muchacha—. Pero eso significa que yo me quede en el aerocuerpo... ¡Nunca podría conducirlo!

—Por supuesto que no. Pero puedes dejar que vuele automáticamente. Te sacudirás bastante, y gastarás enorme cantidad de combustible, pero el piloto

automático te depositará en El Huso.

Cerré mi mente a la imagen del estado en que un aterrizaje automático dejaría mi único aerocuerpo; pero ella sobreviviría, tenía noventa y nueve probabilidades sobre cien.

—¿Y entonces? —preguntó Cochenour.

El plan estaba todavía lleno de agujeros, pero no les presté atención en ese momento.

—Dorrie busca a mi amigo B. G. Allemang, le entrega una nota con nuestras coordenadas, y él viene a buscarnos. Con los tanques extra, tendremos aire y energía para unas cuarenta y ocho horas. Ese tiempo es suficiente para que Dorrie vaya a El Huso, le dé el mensaje a B. G. y él vuelva a buscarnos. Si se demora, tendremos naturalmente dificultades. Si no encontramos nada, habremos perdido el tiempo. Pero si hay algo...

Me encogí de hombros.

—No hay ninguna garantía. Pero nos da una oportunidad.

Dorrie era encantadora si se tienen en cuenta su edad y las circunstancias; pero le faltaba confianza en sí misma. No había sido educada en ese sentido, y lo que mostraba era una prótesis aplicada por Cochenour. Y antes, dada su edad, seguramente por su padre.

El único problema era persuadir a Dorrie de que era capaz de hacer su parte.

—No voy a poder —decía—. Lo siento. No es que no quiera ayudar. Es lo que más quiero, pero sé que no puedo.

Tendría que poder, o al menos eso era lo que yo pensaba.

Pero no había de ser así.

Finalmente entre Cochenour y yo la convencimos de que tratara. Recogimos las pocas cosas que habíamos sacado, volamos hasta un barranco y allí empezamos a preparar nuestra excavación. Pero yo me sentía en mal estado, torpe, con dolor de cabeza, y supongo que Cochenour tenía sus propios problemas. Entre los dos colocamos la perforadora en la escotilla de salida, y mientras él la sostenía desde abajo y yo desde arriba se le cayó encima. No le mató, pero le abrió el traje y le rompió una pierna, y con eso quedó eliminado mi plan de excavar la huella C.

XI

El laminado del traje no se había roto por completo. Aunque no pudiera soportar la presión, retendría el aire.

La perforadora no estaba dañada. Alcé a Cochenour hasta la escotilla. Esto, unido

al peso combinado de nuestros cuerpos y nuestros trajes, exigió todo mi esfuerzo, pero lo logré.

Dorrie estuvo espléndida. Ni histeria ni preguntas tontas. Me ayudó a quitarle el traje. Estaba inconsciente. La pierna había sido comprimida, se veía una punta ósea, sangraba por la nariz y la boca y había vomitado dentro de su casco. En conjunto, era el hombre de ciento y tantos años más feo que se había visto nunca. Vivo, quiero decir. Pero su corazón (o de quien fuera) funcionaba perfectamente. Era sin duda una excelente inversión. La hemorragia se detuvo por sí sola, excepto en la pierna.

Dorrie llamó a la base militar y pidió hablar con Eve Littleknees, quien la comunicó con el cirujano de la base. Luego él me dijo qué hacer. Sugirió inicialmente que le llevara a Cochenour, pero me opuse por razones técnicas de vuelo. Entonces me instruyó paso por paso; no fue demasiado difícil. Reducir la fractura, limpiar la herida, cerrarla con Velero quirúrgico y un cemento regenerador, vendar, escayolar. Llevó una hora. Cochenour podía haber vuelto en sí en cualquier momento, pero tenía una inyección anestésica.

Luego hubo solamente que tomar el pulso, el ritmo respiratorio y la presión arterial para que el médico se quedara satisfecho, previa promesa de llevarle lo antes posible a El Huso. Cuando el cirujano se marchó, regresó la sargento Littleknees. Yo sabía qué pensaba:

—Y ¿cómo ocurrió ese accidente, querido?

—Un Heechee muy grande salió del suelo y le mordió —dije—. Tienes una mente perversa: fue de veras un accidente.

—Naturalmente —dijo—. Yo no te lo reprocho ni esto —y cortó.

Dorrie terminaba de asear y poner cómodo a Cochenour lo mejor que podía: la dejé entregada a esa tarea mientras me preparaba un café, encendía un cigarrillo y me ponía a pensar.

Cuando Dorrie terminó de limpiar y ordenar (y atender a la urgente necesidad de reparar el maquillaje de sus ojos), yo tenía una idea.

Desperté a Cochenour con una nueva inyección, y mientras volvía en sí, Dorrie le hablaba y le daba golpecitos. Yo traté de impulsarlo a mover sus músculos antes de que él quisiera, y su expresión me dijo en el acto que le dolía todo. Sin embargo, funcionaba bien.

Hasta fue capaz de sonreír.

—Viejos huesos —dijo—. Yo sé que tendría que haber procedido a una nueva recalcifilaxis. Eso es lo que pasa cuando uno quiere ahorrar un dólar.

Se sentó pesadamente, con la pierna tesa delante.

—Siento haber manchado su prolijo aerocuerpo —dijo.

—¿Quiere lavarse?

—Bueno —dijo con cierta sorpresa—, sería buena idea.

—Hágalo. Quiero hablar con los dos.

No discutió. Extendió una mano, Dorrie le ayudó. En realidad, ella había hecho la

mayor parte del trabajo, pero le hizo bien lavarse la cara y volvió bastante recuperado.

—¿Vamos a abandonar?

—No. Lo haremos de otra manera.

—Pero no puede, Audee —exclamó Dorrie—. Mire cómo está. Y con el traje así no podría quedarse una hora fuera, y mucho menos ayudar a excavar.

—Ya lo sé. Yo haré la excavación, y los dos irán en el aerocuerpo.

—Hombre tenaz —dijo Cochenour—. ¿Cómo lo va a hacer? Es trabajo para dos.

—No necesariamente. Ya lo han hecho los exploradores solitarios, aunque los problemas eran otros. Admito que serán cuarenta y ocho horas duras, pero hay que intentarlo, simplemente porque no hay ninguna alternativa.

—Sí que hay —dijo Cochenour, dándole una palmadita en las nalgas a Dorrie—. Tiene músculos sólidos esta chica. No es grande, pero sí fuerte: como su abuela. No discuta, Walthers. Piense un poco. No es más peligroso para Dorrie, y en cambio, con el trabajo de ambos, existe una probabilidad. Si lo hace usted solo, no hay ninguna.

Por alguna razón su actitud me puso de mal humor.

—Habla como si ella no tuviera nada más que decir.

—Bueno —dijo suavemente Dorrie—. Si es por eso, estás haciendo lo mismo. Agradezco tu deseo de ahorrarme trabajo, Audee, pero de veras creo que puedo ayudar. He aprendido muchas cosas. Y si quieres que te diga la verdad, pareces estar en bastante peor estado que yo.

Dije con todo el desdén posible:

—Gracias. Me ayudarán los dos durante una hora, más o menos, hasta que todo esté dispuesto. Luego se hará como yo digo. Manos a la obra.

Cometí dos errores. Uno fue que no terminamos en una hora, sino en más de dos, y yo estaba sudando frío antes de concluir. Me sentía pésimamente. No estaba ya afligido al respecto, solamente sentía algún asombro cada vez que me latía el corazón. Dorrie hizo más trabajo muscular que yo, llena de fuerza y de buena voluntad, y Cochenour examinó los instrumentos y preguntó un par de cosas para asegurarse de que podía hacer su parte, es decir, conducir el aerocuerpo. Yo tomé dos tazas de café con bastante ginebra de mi reserva privada y fumé mi último cigarrillo por un largo tiempo. Luego llamé a la zona militar reservada. Eve Littleknees se mostró intencionada y coqueta, pero un poco extrañada.

Luego Dorrie y yo salimos por la escotilla y dejamos a Cochenour atado a la butaca del piloto.

Se quedó inmóvil un segundo, como si estuviera perdida; inmediatamente tomó mi mano y los dos nos pusimos al abrigo del igloo que ya habíamos encendido. Yo le había explicado la importancia de mantenerse fuera del alcance de las toberas. Había comprendido claramente; se arrojó al suelo y no se movió.

Yo fui menos cuidadoso; apenas calculé por la luz que las toberas no nos apuntaban, saqué la cabeza para ver el decolaje de Cochenour. No fue malo. Pero en

esas circunstancias, yo habría definido como «mala» una maniobra que provocara la demolición total del aerocuerpo y la muerte o mutilación grave de una o más personas. Lo evitó, pero el aerocuerpo se bamboleó locamente cuando lo sorprendieron los vientos. Sería una dura travesía para él la de esos pocos cientos de kilómetros hacia el Norte que lo pondrían fuera del alcance de la vigilancia.

Toqué a Dorrie con la punta del pulgar del pie, y ambos nos levantamos. Conecté en su casco el cable del circuito cerrado: la radio podía ser peligrosa por la presencia invisible de patrullas perimetrales.

—¿Todavía no has cambiado de idea? —pregunté.

Era una pregunta imbécil, pero no la tomó a mal. Se rió. Lo sabía, porque las ventanas de nuestros cascos estaban juntas y podía ver su cara. Pero no pude escuchar lo que decía hasta que recordé que debía oprimir el botón correspondiente, y entonces le oí decir:

—... romántico, los dos solos aquí.

—No perdamos tiempo —le dije, irritado—. Recuerda lo que te dije. Tenemos aire, agua y energía para cuarenta y ocho horas. No cuentes con ningún margen: dos de esas tres cosas podrían durar algo más, pero necesitamos las tres para vivir. Trata de no trabajar demasiado: cuanto más bajo sea tu metabolismo, menos tendrá que trabajar tu sistema de eliminación de residuos. Si encontramos un túnel, quizá podamos comer alguna ración de emergencia, siempre que no esté explorado, o que no se haya calentado demasiado en este último cuarto de millón de años. Y no pienses en comer. Y en cuanto a dormir...

—Y ahora ¿quién pierde tiempo? —dijo—. Todo eso ya me lo dijiste —y su voz era alegre.

Nos metimos en el igloo y empezamos a trabajar.

Lo primero era limpiar los residuos que se estaban acumulando desde que la perforadora había empezado a funcionar. Normalmente se invierte su funcionamiento, modificando la dirección. Pero no podíamos hacerlo, porque habría supuesto una pérdida de tiempo. Hubo que hacerlo a mano.

Era trabajo duro, de verdad. Para comenzar, los trajes son incómodos; si con ellos hay que trabajar, son miserables. Si además es una tarea físicamente pesada, y complicada por la escasez de espacio dentro de un igloo donde ya hay dos personas y una perforadora en marcha, es casi imposible.

Como no había opción, lo hicimos.

Cochenour no había exagerado. Dorrie era tan buena como un hombre, o mejor. La cosa era saber si sería lo suficientemente buena. Y la otra cosa era saber si yo era un hombre lo bastante bueno. El dolor de cabeza empeoraba y a veces me sentía desvanecer cuando me movía con brusquedad. La Curandería había dicho tres semanas, pero no se referían a este tipo de trabajo. Yo estaba pensando que este tiempo era extra, lo que era un pensamiento desconcertante.

Especialmente cuando, después de diez horas, comprendí que estábamos por

debajo del nivel indicado por las sondas y que no había ningún terreno celeste y luminoso a la vista.

Estábamos excavando un pozo inútil.

Ahora bien: cerca del aerocuerpo, esto habría sido solamente un inconveniente. Quizás un serio inconveniente, pero no un desastre. En ese caso, habríamos regresado al aerocuerpo, nos habríamos duchado, tomado una noche de sueño, comido algo y luego habríamos vuelto a examinar la huella. ¿Que estábamos excavando en un lugar equivocado? Pues entonces, recomenzar en el lugar correcto. Se estudia el terreno, se elige un lugar, se enciende otro igloo, se pone la perforadora en marcha y asunto arreglado.

Pero no teníamos el aerocuerpo, ni la posibilidad de comer ni dormir, no había más igloos, ni podíamos volver a examinar la huella en la pantalla, y yo me sentía cada vez peor.

Me arrastré fuera del igloo, me senté apenas encontré un lugar resguardado del viento, y miré el cielo verde y amarillo.

Tenía que haber alguna posibilidad. Si tan sólo pudiera pensar. Me ordené pensar. Veamos. ¿Era posible mover el igloo?

No. Podía aflojarlo con los trépanos, pero apenas quedara libre, los vientos lo arrastrarían. Y de cualquier modo, ya no volvería a ser impermeable a los gases.

¿Y de qué sirve perforar sin un igloo?

Es posible pero inútil. Si uno encuentra un túnel y no hay un igloo para encerrar afuera los veinte mil milibares de gases calientes, destruirá todo lo que contenga el túnel.

Sentí que algo me rozaba el hombro: era Dorrie. No preguntó nada, ni dijo nada. Lo sabía todo.

Según mi cronómetro habían transcurrido quince horas: quedaban treinta y tantas antes que Cochenour volviera, y no tenía ningún sentido quedarse sentado, ni tampoco en hacer nada.

Por supuesto, podía dormir un rato... Entonces me desperté y vi que eso era lo que había hecho.

Dorrie dormía a mi lado.

Quizá se pregunte usted cómo puede alguien dormir durante una tormenta termal del Polo Sur. No es tan difícil: basta con estar totalmente fatigado y totalmente desesperado. Dormir no es solamente zurcir una manga deteriorada, es una buena manera de suprimir el mundo cuando es demasiado difícil de enfrentar, como era el nuestro.

Pero Venus es, sin duda, el último refugio de la ética puritana. Yo me sentía como muerto, pero igual sentía que era necesario hacer algo. Me aparté de Dorrie, después de asegurarme que su traje estaba amarrado al igloo, y me puse de pie, lo que me exigió un alto nivel de concentración.

Pensé que seguramente habría ocho o diez Heechee vivos en el túnel, y que nos

habían oído golpear a la puerta. Seguramente nos estaban esperando al pie del pozo, así que fui a ver qué pasaba en el igloo.

Primero miré hacia abajo. No. Sólo había un agujero profundo que se disolvía en la invisibilidad cuando lo iluminaba con la luz de mi casco. Me quejé porque los Heechees no nos ayudaban, y pateé unas pilas de residuos al pozo, sobre sus inexistentes cabezas.

Me pregunté qué podía hacer. ¿Morir? Eso ya lo estaba haciendo. ¿Algo constructivo, quizá?

Recordé que siempre había que dejar las cosas como uno las encuentra. Subí la perforadora, la guardé prolijamente, arrojé al pozo parte de los residuos, y cuando quedó lugar, me senté a pensar.

Meditaba en lo que habíamos hecho mal, como quien reflexiona sobre un problema de ajedrez.

Podía ver la huella mentalmente. Era clara y brillante, es decir, que algo había allí. Simplemente nos habíamos equivocado.

¿Por qué?

Un rato después pensé que sabía la respuesta.

La gente como Cochenour o como Dorrie pensaba que una huella sísmica se parece a los mapas subterráneos de Dallas, donde se ven las cloacas y los desagües: uno excava y encuentra lo que busca.

No es así. Una huella es sólo una borrosa aproximación, que van construyendo, hora por hora, los ecos. Es como un conjunto de finas sombras, mucho más ancho que el túnel real y sumamente difuso en los bordes. Uno lo mira y comprende que tiene alguna causa, puede ser la cara interna entre dos capas, y, con suerte, una ruina Heechee. Sea lo que sea, uno no sabe exactamente dónde está. Si un túnel tiene veinte metros de ancho —un buen promedio para las conexiones entre los túneles Heechee— en la pantalla parecerá de cincuenta y quizá de cien metros.

Entonces, ¿dónde cavar?

Ahí es donde comienza el arte de la prospección. Lo primero es formular una hipótesis.

Uno puede perforar exactamente en el centro geométrico, hasta donde es posible saber dónde se encuentra. Es lo más sencillo. O también, donde las sombras son más densas, que es lo que hacen muchos exploradores bastante inteligentes, y da resultados en la mitad de los casos. Y la tercera posibilidad es tratar de pensar como un Heechee, que es lo que yo hice. Uno mira la huella en su totalidad y trata de pensar qué puntos podría conectar, y calcula la trayectoria imaginaria, y dónde habría puesto un túnel de ser el ingeniero Heechee a cargo de la obra.

Eso es lo que yo había hecho, y había salido mal.

Recapacité qué había hecho.

Visualicé la huella. El lugar ideal para perforar era donde había descendido con el aerocuerpo, pero por supuesto no podía poner allí el igloo porque estaba el

aerocuerpo, de modo que lo había ubicado diez metros barranco arriba.

Estaba seguro de que el error máximo era de diez metros. Me alegró poder calcularlo, porque no vi ninguna diferencia práctica. Con otro igloo habría recommenzado; pero eso no significaba gran cosa porque no había otro igloo.

De modo que me senté al borde del pozo, contento de la sagacidad con que había resuelto el problema, con las piernas sobre el abismo y tirando abajo algunos desechos de vez en cuando. Eso debía ser parte de una especie de deseo de morir, porque de vez en cuando pensaba qué bueno sería dejarme caer y arrastrar conmigo los desechos.

Pero la ética puritana no me lo permitió. Eso habría resuelto mi problema personal, pero no el de Dorothea Keefer, que dormía afuera, expuesta al huracán térmico.

Entonces empecé a preguntarme por qué me preocupaba por Dorrie. Era bello pensar en eso, aunque algo triste.

Seguí pensando en el túnel.

No podía estar a más de unos cuantos metros. Pensé bajar y romper la roca con mis guantes. No parecía mala idea. No sé qué parte era la fantasía de un enfermo, pero seguí pensando qué alegría si había aún algunos Heechees: al llegar a la luz celeste golpearía cortésmente y me dejarían entrar. Tenía mi propia imagen de cómo eran: Amistosos, y como dioses. Habría sido espléndido encontrar un Heechee, uno vivo, capaz de hablar inglés. «Heechee, ¿para qué usan realmente estas cosas que llamamos abanicos de oraciones?», le hubiera preguntado. O también: «Heechee, ¿hay en su botiquín algo para que no me muera?» O bien: «Siento haber derribado su puerta, trataré de arreglar el destrozo.»

Tiré abajo parte de los residuos, hasta que casi llené el pozo y no tenía más residuos, porque el resto los había sacado afuera del igloo, y no tenía fuerzas para ir a buscarlos. Pensé qué otra cosa podía hacer. Volví a emplazar los trépanos, poniendo ahora los últimos llamantes, los apunté en una dirección angular nueva, a unos veinte grados, y los puse en marcha.

No sé si advertí, hasta que Dorrie estuvo a mi lado, ayudándome a afirmar el ángulo de perforación, que había trazado un plan.

¿Por qué no hacer una perforación oblicua? ¿Acaso había una opción mejor?

No había. Esperamos.

Cuando los trépanos empezaron a morder la roca dura y pudimos dejarlos solos, limpié una zona, al costado del igloo, y empecé a arrojar fuera los desechos. Después, fatigado, vi cómo el igloo se iba llenando. No hablamos. Volví a dormirme.

No me desperté hasta que Dorrie me golpeó la cabeza. Estábamos hundidos entre los desechos, pero no eran solamente de roca. Daban una luz azul, tan viva que casi me dañaban los ojos.

Los trépanos debían haber estado girando contra el muro Heechee durante horas. Habían incluso rayado el muro.

Miramos abajo, y pudimos ver el ojo azul del túnel que nos miraba.

No hablamos.

No sé cómo me abrí paso hasta la entrada. Cerré el acceso después de arrojar afuera unos dos metros cúbicos de rocas. Después me puse a buscar el soplete. Por fin lo encontré. Lo bajé al fondo. Disparé. Vi la luz brillante que brotaba del pozo y dibujaba imágenes en el techo.

Y luego un breve estallido de gas, y un ruido cuando el fragmento desprendido cayó. Habíamos penetrado en un túnel Heechee. Nadie lo había explorado, estaba esperándonos. Era virgen. Con amor y reverencia tomamos su virginidad y entramos en él.

XII

Seguramente volví a dormirme. De pronto comprendí que estaba en el piso del túnel. Tenía el casco abierto, así como el traje. Respiraba un aire estancado de un cuarto de millón de años de edad donde cada minuto era perceptible. Pero era aire. Más denso que el de la Tierra y mucho más húmedo, pero la presión del oxígeno debía ser la misma, y era suficiente para vivir, puesto que respiraba y no me moría.

A mi lado estaba Dorrie Keefer.

La luz celeste del muro Heechee no halagaba su tez. Primero no supe si respiraba, pero sentí su pulso y sus pulmones, y cuando advirtió mis manos abrió los ojos.

—Ganamos —me dijo.

Nos quedamos allí, sonriendo, como máscaras de la Gran Calabaza, a la luz celeste.

No era posible hacer más. Yo tenía las manos juntas, reconocía que estaba vivo. No quería alterar ese precario equilibrio con un movimiento. Pero no me sentía cómodo, y entonces comprendí que hacía mucho calor. Cerré el casco, pero olía tan mal que lo abrí, pensando que prefería el calor.

¿Por qué el calor sería meramente incómodo, y no fatal? El transporte de energía a través de un muro Heechee es lento, pero no si se piensa en un cuarto de millón de años. Mi viejo y triste cerebro rumió la idea y llegó a una conclusión: hasta muy poco antes, algunos siglos, algunos milenios, este túnel había sido refrigerado, seguramente por maquinaria automática. Ya eso valía la pena. Una fortuna, varias fortunas...

Y eso me llevó a recordar por qué estábamos allí, y miré los corredores, para ver qué tesoros nos esperaban.

En la escuela de Amarillo Central mi maestra favorita era una inválida, la señorita Stevenson, que nos hablaba de Homero y del Minotauro. Me arruinó un fin de semana con la historia de un griego que deseaba ser un dios. Era rey de un pueblecito

de Lydia, pero quería más. Los dioses le invitaron al Olimpo, y allí cometió un error, que tenía que ver con un perro, y con un engaño, muy feo, a los demás dioses, y con comerse a su propio hijo. Fuera como fuera, le confinaron por toda la eternidad, hundido hasta el cuello en un lago helado del infierno, sin poder beber. Su nombre era Tántalo y, en ese túnel Heechee, yo tenía muchas cosas en común con él. El tesoro estaba allí, pero no podíamos alcanzarlo. Habíamos dado con una especie de tubo lateral del túnel principal, cerrado por ambos extremos. A través de extrañas puertas podíamos ver el túnel principal, con máquinas Heechee y montañas irregulares de cosas que podrían haber sido recipientes... Pero no teníamos fuerza para llegar hasta ellas.

Lo que nos hacía tan torpes eran los trajes. Sin ellos podríamos habernos movido... ¿pero habríamos tenido fuerzas para volver a ponérmolos cuando llegara Cochenour? Lo dudo. Me quedé con el casco apretado contra la puerta, como Alicia cuando miraba el jardín con la botella de «Bébeme» y entonces pensé en Cochenour y miré la hora.

Había salido unas cuarenta y seis horas antes. Debía estar por llegar.

Y si llegaba y abría la puerta del igloo descuidadamente, veinte mil milibares de veneno caerían sobre nosotros. Nos matarían, por supuesto, pero además harían trizas el túnel virgen. La implosión del gas podía destruirlo todo.

—Tenemos que volver —le dije a Dorrie, y ella sonrió.

—Por un rato —contestó echando a andar, delante de mí.

Después del alegre fulgor celeste del túnel Heechee el igloo parecía repleto y lamentable, y lo peor era que ni siquiera podíamos quedarnos dentro. Cochenour seguramente recordaría cerrar ambos extremos del acceso; pero tal vez no. No podíamos correr ese riesgo. Traté de pensar en un medio para cerrarlo, como tapanlo con los desechos, pero aunque mi cerebro no funcionaba bien, vi que eso era una estupidez.

Así que debíamos esperar afuera, en la movida atmósfera venusiana. Todos mis diales de control estaban en la zona roja y demostraban que Cochenour ya debía haber llegado.

Conduje a Dorrie a través del acceso, me apreté contra ella, la até y me até, y esperamos.

Esperamos largo tiempo. Dorrie estaba junto al acceso y yo a su lado, sosteniéndola y sosteniendo los rodrigones que nos mantenían unidos al igloo. Podríamos haber hablado, pero ella parecía dormida, porque no se movía, y parecía un trabajo inaccesible conectar la ficha del sonido.

Esperamos muchísimo, y Cochenour no llegaba.

Traté de pensar.

Había una multitud de razones. Podía haberse estrellado. Podía haber sido apremiado por los militares. Podía haberse perdido.

Pero había otra posibilidad que tenía más sentido. Habían pasado cinco horas

desde la hora convenida. Estábamos en el límite de la energía y del aire, y habíamos excedido el del agua. De no ser por los gases Heechee que habíamos respirado, ya estaríamos muertos.

Había dicho que no era buen perdedor. Se le había ocurrido una maniobra final para no perder. Podía verle en el aerocuerpo mirando el reloj, preparándose una comida, escuchando música mientras esperaba a que muriéramos.

No me asustaba la idea. Estaba demasiado cerca de la muerte para que la diferencia no fuera un mero problema técnico, y lo bastante cansado del calor para no desear un rápido alivio. Pero estaba Dorrie, y en mi cerebro semienvenado se mantenía la idea de que era injusto que Cochenour nos matara a los dos. A mí, sí. A ella, no. Le golpeé el traje, y se movió un poquito, y por fin conseguí que entrara por el acceso al igloo.

Había dos cosas que Cochenour no sabía. No sabía que habíamos encontrado aire respirable, ni que podíamos sacar energía extra de las baterías de las máquinas.

Aunque estaba loco y furioso, podía razonar en forma consecuente. Podíamos sorprenderle, si no tardaba mucho. Podíamos sobrevivir algunas horas aún. Entonces, cuando llegara para encontrarnos muertos, y ver si habíamos encontrado algo para él, me encontraría esperándole.

Debió ser un shock terrible. Entró al igloo con la llave inglesa en la mano, y se inclinó sobre mí. Y en lugar de encontrar un trozo de carne asada, vio que estaba vivo y podía moverme. El trépano le dio en medio del pecho: no vi su cara, pero me imagino su expresión.

Después sólo hubo que hacer cuatro o cinco cosas imposibles. Llevar a Dorrie al aerocuerpo. Cerrar. Seguirla, trazar el rumbo. Y todavía otra cosa imposible, más difícil que las otras, pero vital para mí.

No aterrizamos bien, pero estábamos atados y con trajes, y cuando la gente del puerto vino a investigar, Dorrie y yo todavía estábamos vivos.

XIII

Tuvieron que remendar y rehidratar durante tres días antes de pensar en ponerme el hígado nuevo. En los viejos tiempos me habrían tenido anestesiado todo el tiempo, pero ahora, por supuesto, me despertaban cada dos horas para adiestrarme en algún sistema de realimentación o para supervisar mi circulación hepática. Yo odiaba eso, porque no eran más que órdenes del doctor Morius y sus enfermeras, y puro dolor, pero en los viejos tiempos, por supuesto, ya me habría muerto.

El cuarto día ya no tenía dolores, excepto al moverme y me dejaban alimentarme por la boca.

Comprendí que iba a vivir un tiempo aún, y miré los alrededores, y no me

parecieron mal.

En El Huso no hay estaciones, pero la Curandería es sentimental acerca de la tradición y el planeta madre. Estaban pasando escenas de nubes blancas y el aire de los ventiladores olía a hojas frescas y a lilas.

—Feliz primavera —le dije al doctor Morius.

—Silencio —dijo, extrayendo dos de las agujas que convertían mi abdomen en un alfilerero—. Jum —agregó, retirando otras dos agujas—. Bueno, Walthers —siguió—. Hemos modificado la conexión esplenovenal. Su nuevo hígado funciona bien, aunque debería eliminar excedentes un poco más rápido. Sus niveles iónicos parecen los de un ser humano, y la mayoría de sus tejidos han recuperado cierta humedad... En general —se rascó la cabeza—, sí, yo diría que está vivo, de modo que la operación ha sido un éxito.

—¿Cuándo puedo irme? —pregunté.

—¿Quiere irse ahora mismo? —dijo, meditativo—. Podríamos usar esa cama... Hay varios pacientes de los que pagan.

Una ventaja de tener sangre en el cerebro, y no un líquido tóxico, era que podía pensar con bastante claridad. Era una broma. No estaría allí si no fuera un paciente que pagaba, de una u otra forma. Aunque no podía imaginarme cómo, podía esperar hasta descubrirlo.

Pero lo que más me interesaba era irme. Me envolvieron en sábanas húmedas y me enviaron hasta el café de Sub Vastra. Dorrie me estaba esperando, y la tercera de la casa de Vastra se ocupó de ella y de mí, y nos dio caldo de carne de oveja y ese pan chato y duro que a ellos les gusta, antes de acostarnos para un largo sueño. Había una sola cama, pero a Dorrie no parecía molestarle y de cualquier modo en ese momento el asunto era académico. Algo más tarde, ya no era académico; y dos días después me sentí mejor que nunca.

Y ya sabía quién había pagado la Curandería. Me habría gustado ser yo mismo asquerosamente rico gracias a nuestro túnel; pero no era posible. Sólo podríamos haber ganado dinero guardando silencio, pero estábamos medio muertos cuando llegamos a El Huso, y nada podíamos ocultar.

Los militares ocuparon todo. Mostraron, sin embargo, que tenían un corazón. Fueron al túnel cuando todavía me estaban dando enemas de glucosa en sueños y lo que encontraron les gustó lo bastante para decidir que tenía algún derecho a mi hallazgo. No mucho. Pero suficiente para salvar mi vida. Alcanzó para pagar los costos de la exploración, la operación, el hospital y el pago inicial de una tienda Heechee propia.

Durante un tiempo me molestó no saber qué habían encontrado. Incluso traté de emborrachar a la sargento Littleknees, que estaba de permiso en El Huso. Pero allí estaba Dorrie y ¿hasta qué punto se puede emborrachar a una chica cuando otra está vigilando? Seguramente Eve Littleknees no lo sabía. Seguramente nadie lo sabía, aparte de algunos especialistas en armamentos. Pero debía de ser importante, a juzgar

por el dinero que me dieron y sobre todo porque no me acusaron de invadir la zona reservada. De modo que nosotros dos estamos saliendo adelante. Nosotros tres.

Dorrie empezó a tener éxito en la venta de perlas de fuego a los turistas terris, especialmente cuando su embarazo se hizo perceptible. Nos mantuvo hasta la temporada alta, y en ese momento descubrí que me había transformado en una especie de celebridad, que rápidamente convertí en un crédito bancario y un nuevo aerocuerpo. No nos va mal. Le he prometido casarme si el bebé es varón, pero lo voy a hacer de cualquier manera. Fue una ayuda increíble, sobre todo en lo que respecta a mi proyecto privado. No podía saber por qué quería llevarme el cuerpo de Cochenour, pero aunque se sentía espantosamente, bregó conmigo hasta que lo metimos por la escotilla.

Yo lo necesitaba.

No es realmente un hígado nuevo. Ni siquiera de segunda mano. Sabe Dios dónde lo compró Cochenour, pero estoy seguro, habiéndole conocido, que no era original. Funciona. Y, aunque era una mala persona, Cochenour me gustaba un poco, y no me molesta llevar conmigo —para siempre— una parte de él.

EPÍLOGO

¡VOTE!

¿Le gustó el horror de Robert Bloch?

¿La ironía de Norman Spinrad?

¿La extrapolación de Philip José Farmer?

O bien...

¡No deje de votar!

Elija las tres narraciones que prefiere: recompensará a sus autores favoritos con una bonificación de 150 dólares entre los tres.

También se agradecerá toda reacción a la antología misma.

Dirijan cartas o tarjetas postales a:

Forrest J. Ackerman

Best Sf 73

915 So. Sherbourne Dr.

Los Ángeles/CA 90035

Notas

[1] *Amazing, Astounding, Startling, Astonishing*, son sinónimos de «asombroso» o «sorprendente». *Thrilling* es «sensacional». <<

[2] Todos los jefes de Estado del mundo recibieron una carta de Jacob Clabb. Cuando los científicos hallaron que la fórmula de Clabb no era una broma, la tasa de nacimientos de todo el planeta había descendido bruscamente. No tenía sentido ocultar la noticia. Según una teoría, Clabb perdió la razón durante los Grandes Calores de Julio en la ciudad de Nueva York, en 1976. <<

[3] *Pulp*: *Pulp magazines*, literalmente *revistas de pulpa*, por la calidad del papel en que se imprimían. Era papel de periódico, y se imprimían también en rápidas rotativas de periódico, de ahí su gran difusión y bajo costo. La expresión más notoria del *pulp* es seguramente la historieta. <<

[4] El dígito 1 (uno) en inglés es *one*. Del nombre original, *Stone-one* el protagonista pasó a llamarse *One stone*. <<

[5] *One stone* (en inglés *una piedra*) se dice, en alemán, *ein stein*. <<